

Antologías de los Dragones - Volumen 3



Los Dragones de Chaos

Editado por
Margaret Weis y Tracy Hickm

Lectulandia

Krynn es un mundo que evoca imágenes de magia y de poderosos dragones. Pero también es el lugar donde actúan los más variopintos personajes, los héroes de estos relatos recogidos por M. Weis y T. Hickman. Elfos, humanos, gnomos, enanos... e ¡incluso kenders! Personajes dispuestos a enfrentarse a los dragones del Mal, a los draconianos, a los caballeros de Takhisis o incluso a la mismísima Reina de la Oscuridad.

Las historias del presente volumen, ambientadas en la época de la guerra de los dioses, son un interesante complemento para todos aquéllos que quieren conocer por completo la historia del universo de la Dragonlance.

Lectulandia

Sue Weinlein Cook & Linda P. Baker & Richard A. Knaak & Adam Lesh & Teri McLaren & Jean Rabe & Janet Pack & Chris Pierson & Jeff Grubb & Margaret Weis & Don Perrin & Douglas Niles

Los dragones de Caos

Dragonlance: Antologías de los Dragones 3

ePub r1.0
helike 21.10.13

Título original: *The Dragons of Chaos*

Sue Weinlein Cook & Linda P. Baker & Richard A. Knaak & Adam Lesh & Teri McLaren & Jean Rabe & Janet Pack & Chris Pierson & Jeff Grubb & Margaret Weis & Don Perrin & Douglas Niles, 1998

Traducción: Víctor Lorenzo

Ilustración de portada: Don Clavette

Diseño de portada: helike

Editor digital: helike

ePub base r1.0

- Los ojos de Caos, Sue Weinlein Cook (Eyes of Chaos, 1997)
- Lecciones de la tierra, Linda P. Baker (Lessons of the Land, 1997)
- El hijo de Huma, Richard A. Knaak (The Son of Huma, 1997)
- El Ojo de Dragón, Adam Lesh (The Dragon's Eye, 1997)
- Miedo al dragón, Teri McLaren (Dragonfear, 1997)
- Relatos de taberna, Jean Rabe (Tavern Tales, 1997)
- El Manantial de los Dragones, Janet Pack (The Dragon's Well, 1997)
- La Primera Resistencia de los Enanos Gullys, Chris Pierson (The First Gully Dwarf Resistance, 1997)
- El fragmento de estrella, Jeff Grubb (The Star-Shard, 1997)
- Maestro Alto y Maestro Bajo, Don Perrin & Margaret Weis (Master Tall and Master Small, 1997)
- El Muro de Hielo, Douglas Niles (Icewall, 1997)

más libros en lectulandia.com

Los ojos de Caos

[Sue Weinlein Cook]

El último de los ogros se desplomó en la tierra endurecida por el sol y quedó, inmóvil, junto a los cadáveres de sus compañeros. Al cabo de un momento, la conmocionada criatura se agitó débilmente, intentando alejarse a rastras de la carnicería.

La hembra de Dragón Azul echó hacia atrás sus garras, dispuesta a asestar otro zarpazo a su presa, pero titubeó. Sus párpados se entornaron. Se había cansado de este juego.

Inspiró profundamente, paladeando el penetrante sabor del relampagueante aliento que amenazaba con surgir impetuosamente de sus fauces. El dragón contempló al ogro que trataba en vano de apartarse del montón de cadáveres. La hembra Azul contuvo el aliento hasta que no pudo más.

Un relámpago brotó del monstruo con tanta violencia que lanzó al desgraciado ogro más de quince metros hacia atrás y lo aplastó contra las ruinas de una tosca vivienda de madera. El infeliz cayó pesadamente al suelo, y su cuerpo, achicharrado, se convulsionó por las impresionantes descargas eléctricas que lo atravesaban. Su rostro, ennegrecido y aterrorizado, estaba rodeado de chispas. De la seca madera de la casa se elevaron finas columnas de humo acre; en pocos segundos la construcción entera ardía en llamas que silbaban y restallaban a su alrededor.

El ogro no volvió a incorporarse.

La hembra de Dragón Azul dirigió su hocico hacia el cielo y soltó un potente rugido. Adoraba el sonido de su propia voz retumbando por la tierra arrasada. Dio un paso, clavando sus garras profundamente en el montón de cadáveres, en ese momento nada más que carroña. Unos pasos más, y la hembra Azul tensó los poderosos músculos de sus patas para darse impulso y emprender el vuelo.

La hembra de dragón batió las alas con furia, acelerando mientras se remontaba por el cielo de finales de verano. Clamor adoraba la velocidad casi tanto como el sonido: la velocidad y el volumen la consumían. Voló cada vez más deprisa, propulsada por una súbita descarga de energía y alborozada por la fresca corriente de aire de las montañas Khalkist que le acariciaba el pellejo azulnegruzco. Tras avisar a su jinete para que se agarrara bien, la hembra se ladeó bruscamente. Clamor bajó el largo hocico y plegó las musculosas alas, con lo que se precipitó hacia el suelo como una flecha élfica, para nivelarse en el último momento y pasar rozando el ennegrecido poblado de los ogros.

—¿Qué te ha parecido eso, Jerne?

Clamor estaba demasiado complacida con su obra para advertir que no obtuvo

respuesta por parte del jinete.

Inspeccionando la destrucción, la satisfecha hembra de dragón ronroneó guturalmente; era lo mejor que podía imitar la risa de su compañero, el caballero negro llamado Jerne. Clamor balanceó la cabeza para abarcar en toda su extensión las ruinas de las toscas cabañas que todavía humeaban por efecto de su abrasador aliento y las viviendas de piedra desnuda reducidas a escombros. El olor de carne quemada penetró en sus ollares y Clamor divisó los restos de los ogros, calcinados hasta resultar casi irreconocibles, tendidos en medio de la destrucción. Había más cadáveres diseminados por el centro del poblado, pero en ellos no había marcas de ningún tipo. A su lado, había cestos y herramientas esparcidos por el suelo, que sus dueños habían soltado junto a sí en su agonía. Los cerdos y lagartos que criaban como alimento los habitantes del poblado también habían perecido en sus corrales.

—No es en absoluto como la última vez que vinimos, ¿verdad, Jerne? —preguntó fríamente Clamor. ¿Había transcurrido sólo un mes desde que ellos dos, junto con el resto de su ala de caballeros, recorrieron Blode para reclutar a todo guerrero apto al servicio de los esbirros de las Tinieblas?—. Han ocurrido muchas cosas, desde entonces. Nuestra invasión...

Absorta en sus pensamientos, la hembra de dragón sobrevoló en círculo el poblado por última vez. A continuación desplegó sus alas en toda su envergadura para aprovechar una corriente térmica y se dejó llevar majestuosamente, reviviendo aquellas triunfales semanas durante el verano más caluroso que recordaban incluso los dragones. Los ejércitos de los Caballeros de Takhisis, compuestos por temibles paladines de las Tinieblas montados en sus dragones, habían assolado el continente en una conquista sin precedentes en ninguna de las grandes eras de Ansalon.

—¿Recuerdas cómo aplastamos todas las naciones como frágiles ramitas bajo nuestros pies? Les enseñamos el verdadero significado del honor... ¡y del miedo! La tierra entera se inclinaba ante la gloria de Su Oscura Majestad.

Clamor titubeó, pues no quería recordar el último capítulo de aquel decisivo verano. En su lugar, con el pulso latiéndole aceleradamente en las sienes, agitó las alas en el bochornoso aire y se elevó de nuevo. Tras ganar altitud, torció el cuello para contemplar por última vez el resultado de sus esfuerzos. Lo que parecía una expedición de ogros, de cacería, acababa de entrar en el poblado. Clamor sonrió con petulancia, imaginándose la consternación de los ogros al descubrir sus hogares...

Un Caballero no debe batirse con un oponente desarmado.

... convertidos en simples despojos humeantes.

Una de las peludas criaturas miró hacia arriba y señaló a Clamor con su garrote. Los demás ogros se encogieron de miedo, hasta parecer diminutos entre las ruinas y los cadáveres.

—¡Pobrecitos! —se mofó en voz alta la hembra Azul y, a continuación, se

sumergió en la fresca blancura de las nubes.

¡Pobre Clamor!

La hembra de dragón dio un violento respingo al sentir un repentino dolor en la pata derecha. El miembro —ennegrecido, arrugado y rezumando verde icor— se bamboleaba flaccidamente. Clamor maldijo a los ogros del ya lejano suelo, sabiendo que su herida había empeorado con su parada en Blode. El dolor despertó bruscamente sus recuerdos sobre la batalla donde había recibido la herida. Notó cómo el corazón se le aceleraba y la piel se le calentaba a pesar de los fríos vientos del sur, al recordar el momento que con tanto empeño había intentado apartar de su memoria. Parecía que hubiera sido ayer... En efecto, ayer fue.

Clamor sentía un feroz orgullo. Sobre Jerne y ella había recaído el raro privilegio de volar como lugarteniente del valiente Steel Brightblade, el jinete de Lllamarada. Su ala había abandonado las ruinas de la Torre del Sumo Sacerdote para internarse en la fisura abierta recientemente en el océano Turbulento. Descendían interminablemente, hasta que Clamor se convenció de que saldrían por el otro extremo del mundo en cualquier momento. Por fin, emergieron en el Abismo y contemplaron a sus enemigos.

Aunque pocas cosas atemorizaban a la gran hembra de Dragón Azul, la visión del gigante llamado Caos provocó en ella oleadas de terror que recorrieron todo su cuerpo. El enorme y bestial personaje rugió como un volcán en erupción, riéndose de quienes acudían a combatir contra él. Su feo semblante bastaba para hacer vacilar en su ataque incluso a un dragón, y su tamaño empujaba al más poderoso de los Dragones Rojos. Pero lo peor eran los ojos, pensó Clamor. Aquellos agujeros sin párpados en el rostro parecían succionar todo lo que contemplaban en su vasta vacuidad. La hembra de dragón creyó que aquellos oscuros remolinos serían capaces de aspirarle hasta el alma.

A su alrededor caían en picado terribles Dragones de Fuego, los esbirros de Caos. Estas criaturas de magma viviente lanzaban a sus enemigos apestoso azufre candente, al tiempo que brotaban chispas de sus escamas del color de la obsidiana y de sus alas llameantes que chamuscaban las carnes del hombre y del dragón.

Steel ordenó a sus caballeros que atacaran a los jinetes de estas inmundas criaturas, los demonios guerreros. Clamor y Jerne, un equipo experimentado, con muchos años de entrenamiento juntos e incontables batallas en su haber a raíz de la invasión de aquel verano, se abalanzaron sobre sus enemigos con una furia que reprodujeron los demás Dragones Azules, así como los Plateados que los acompañaban al combate con Caballeros de Solamnia a la espalda. Clamor sabía que ésta era la lucha de todos los hijos de Krynn.

Con el opresivo calor del Abismo arreció el ataque. Los alaridos de los dragones

atacantes se mezclaban con los gritos agónicos de los caídos. Clamor y su caballero ya habían destruido a varios de los infernales demonios guerreros cuando ocurrió.

Jerne alzó su espada, que había sido bendecida por Su Oscura Majestad el día en que fue nombrado caballero, y pidió a Clamor que se acercara un poco más al enemigo. Pese a hallarse casi exhausta por el esfuerzo realizado en esta interminable batalla, Clamor accedió valerosamente. El demonio guerrero les dedicó una feroz mueca burlona mientras su Dragón de Fuego batía sus alas ardientes, aproximándose más que nunca.

«¡Espera! —pensó alarmada la hembra de Dragón Azul—. ¡Jerne no está bien sentado en la silla!». Intentó virar para interrumpir su aproximación, pero ya era demasiado tarde. Con una última palmada cariñosa en el flanco, el caballero saltó desde el lomo de Clamor sobre su demoníaco enemigo en un ataque suicida, profiriendo su grito de guerra y blandiendo su oscura espada en un malévolos arco.

Repentinamente desequilibrada, Clamor intentó enderezarse. Horrorizada, vio a Jerne derribar al demonio guerrero de su montura y caer con él en dirección al lejano suelo.

—¡No! ¡Jerne! —El grito de desesperación de la hembra Azul se convirtió en un aullido de dolor cuando el Dragón de Fuego, en ese momento sin jinete, se zambulló por debajo de ella y le abrasó la pata derecha. Enfurecida, Clamor rodó sobre sí misma en el aire y su mirada se trabó con la del otro dragón. Acto seguido exhaló un rayo cegador contra el dragón de Caos. El impacto provocó un estallido de escamas de obsidiana que volaron en todas direcciones y el Dragón de Fuego salió despedido hacia atrás, hacia la lanza de un Caballero de Solamnia y su plateada montura, que atacaban en aquella dirección.

Malherida, Clamor apenas consiguió reunir las fuerzas suficientes para frenar su descenso antes de estrellarse contra el suelo. A través de un velo de dolor distinguió a Jerne tendido no muy lejos, inmóvil bajo el cadáver del demonio guerrero. Deseando ver otra cosa —cualquiera— que no fuera el cadáver de su amado jinete, Clamor miró hacia el cielo. Divisó a Lllamarada y a Steel en el momento que herían a Caos y le arrancaban una única gota de sangre que cayó al suelo, gris, muy cerca de ella. Sin apartar la vista de Lllamarada, Clamor aplaudió débilmente el ataque. No reparó en la pequeña humana de cabellos plateados que escarbaba frenéticamente con dos trozos de reluciente piedra en la arena empapada por la sangre del gigante y luego, al borde de las lágrimas, se alejaba a la carrera.

Aun creyéndose incapaz de resistir el dolor pulsante de su pata quemada, la tullida Clamor logró incorporarse. Dio varios pasos tambaleantes, intentando mantener el equilibrio, y apoyó el pie herido justo en la zona del suelo teñida de rojo con el fluido vital de Caos.

Cuando la sangre del Padre de Todo y de Nada se mezcló con la suya, la hembra

de Dragón Azul se sintió inexplicablemente ajena a la lucha. Aunque recordaba que Jerne había insistido en que la mismísima supervivencia de Krynn dependía del resultado de esta batalla, ella no podía resistirse a la voz que ahora le ordenaba que remontara el vuelo, sin detenerse, hasta salir del Abismo. A punto de perder la razón, Clamor creyó ver que Chaos la miraba directamente con aquellos horribles agujeros vacíos que tenía por ojos. Lo último que oyó antes de dejar atrás el combate fue la risotada socarrona, del gigante.

¡Hija de Chaos!

Clamor sacudió la cabeza, intentando despejarla de recuerdos tan perturbadores.

—Jerne, ¿cómo pudiste dejarme? —gimoteó.

No lo recuerdas, ¿verdad?

—¡No quiero recordarlo! —rugió la hembra de dragón a las nubes.

A modo de respuesta, el dolor recorrió de nuevo su pata como una llamarada. Clamor inhaló de golpe al sentir la oscura malevolencia de la herida arrastrarse lentamente por su pata y hacia su vientre. En ese momento supo que no podía seguir escondiéndose de la funesta verdad. «Me está devorando viva —pensó la hembra de dragón, enloquecida por el pánico—. ¡La herida es del propio Chaos! ¡Me está robando la vida! Jerne, ¿qué hago? Lo único que lo detiene es...».

Una súbita idea restañó el miedo que se acumulaba en su interior. Clamor supo cómo colmar el voraz apetito de la sangre de Chaos que recorría su cuerpo. Si lo que buscaba era vida, eso iba a ser lo que ella le daría. Pero no la suya propia.

Surcando exultante el aire a gran velocidad, lanzó un rayo que inflamó las nubes con la luz reflejada. Un ronroneo se instaló en su garganta. Comprimiendo las alas plegadas a lo largo del dorso, la hembra de Dragón Azul salió repentinamente de las nubes e inspeccionó el exuberante terreno boscoso que se desplegaba bajo sus pies.

—¡Conquistaré todas estas tierras en tu nombre, *sir* Jerne Stormcrow! —proclamó en representación de su ausente jinete—. ¡Todos reconocerán el honor de tu valiente sacrificio y a ti como el mayor de los caballeros!

Honor, honor, honor, honor, honor, honor.

Clamor se propulsó hasta el límite de la vegetación y escudriñó el bosque en busca de señales de civilización. No había vuelto a esta región meridional de Ansalon desde hacía muchos años, desde que los elfos repelieron la Pesadilla de Lorac que corrompió los bosques de Silvanesti tras la Guerra de la Lanza. La hembra de dragón aspiró profundamente el aroma del nuevo verdor. Sólo los elfos podían cultivar algo en medio de esta sequía, pensó con una punzada de añoranza por la fría y árida isla en la que vivieron y se entrenaron durante tanto tiempo ella y su jinete.

Los ojos de Clamor se iluminaron al distinguir un claro entre los árboles. Cuando se aproximó, la escena de un tranquilo pueblo se materializó bajo su mirada. «Casi

igual que el anterior», pensó ronroneando de júbilo al imaginarse la furia de los elfos que vivían allí si oyeran que se los comparaba con ogros en algún aspecto.

La hembra de Dragón Azul describió un solo círculo por encima del poblado y se lanzó en picado. El fragor del aire a su alrededor era como música.

—¡Por ti, Jerne! —rugió mientras emitía un breve rayo sobre los silvanestis congregados en el centro del pueblo, alrededor de un pequeño estanque. El rayo aniquiló a media docena de elfos y derribó a varios más, que cayeron al estanque manoteando frenéticamente. Otros se dispersaron entre alaridos de terror y sorpresa. Clamor siguió a un grupo de delicadas criaturas rubias que corrían hacia la grácil torre de un edificio tallado en un árbol vivo. La hembra pudo oler su miedo.

Cuando se hallaban a pocos pasos de su supuesto refugio, la mirada de Clamor se posó sobre ellos, obligándolos a volverse y mirarla de frente. La hembra Azul se quedó cernida, dejándolos petrificados con su mirada, y se maravilló por lo que ocurrió a continuación. Lentamente, unas finas hebras plateadas surgieron del cuerpo de cada elfo y se mantuvieron flotando, delicadamente, en el aire.

«Qué extraño —reflexionó la hembra de dragón, al tiempo que atraía inexorablemente hacia ella los hilos plateados por el poder de su voluntad—. Los de los ogros eran de bronce». La implacable mirada de Clamor extrajo la sutil energía vital de los elfos, hasta que la luz plateada resultó casi cegadora. La hembra de dragón se recreó con la inyección de vitalidad que invadía su cuerpo como la marea. Se quedó momentáneamente desconcertada al observar en los rostros de los silvanestis moribundos la misma expresión horrorizada que imaginaba en su propia cara cuando contempló por primera vez el rostro de Chaos. Después, los elfos se desplomaron como marionetas y ya no tuvo importancia.

Clamor arrasó con celeridad el resto del pueblo, alternando la destrucción de los elfos y sus viviendas mediante su relampagueante aliento con el acto de devorar sus almas para alimentar la sangre de Chaos. Sin prestar atención apenas a los escasos silvanestis que habían huido al bosque, la hembra de dragón regresó al estanque central aleteando suavemente. Sintiendo rejuvenecida, se tumbó con satisfacción junto al estanque y escrutó las aguas.

Lo que contempló en la lisa superficie la sorprendió tanto que dio un respingo. Después, lentamente, la hembra de dragón se inclinó para verlo más de cerca. Horrorizada y asqueada observó fijamente su reflejo, el enfermizo tono negruzco que había adoptado su piel a partir del centro de su pecho y hasta los dedos de los pies. La zona descolorida estaba cubierta de arriba abajo por horrendas pústulas y llagas ulcerosas. Su pata derecha, abrasada, se había consumido hasta reducirse a un simple muñón deforme. Ya casi no parecía un dragón.

Pero lo peor eran los ojos. Al fijar la vista en ellos, Clamor sintió que el miedo le atenazaba el corazón. Los ojos que le devolvían la mirada desde la superficie del

estanque se parecían menos a los de un Dragón Azul que el resto de su espantoso cuerpo. Los agujeros sin párpados de su rostro ya no daban idea de la inteligencia y el humor de los dragones, ni el menor atisbo de la dedicación y la voluntad que había desarrollado como compañera de Jerne. Ahora sólo contenían una vasta negrura. Una total vacuidad.

De tal padre, tal hija.

Clamor gritó y remontó el vuelo. Por enérgicamente que batiera las alas, no podía escapar de la gigantesca erupción de carcajadas que atronaba en sus oídos.

Tras lo que debieron ser horas de volar en línea recta, sin pensar en nada más que en el ininterrumpido batir de sus grandes alas, una idea afloró en la mente de la frenética hembra Azul. «¡Silvanost! —pensó. Volaba recto hacia esa radiante capital del bosque reclamado por los elfos. Sus ojos de otro mundo centellearon ante la idea—. ¡En Silvanost viven millares! Absorber a tantos sin duda satisfará esta famélica sangre de Caos».

Pero el frenético ritmo de la hembra de dragón había empezado a cobrarse su tributo. Notaba las alas entumecidas por el esfuerzo del vuelo a semejante velocidad y había empezado a dolerle todo el cuerpo. A este paso jamás llegaría a la capital élfica.

—Sólo un breve descanso —anunció a su ausente jinete, tambaleándose un poco por el esfuerzo de mantener la altitud—. Una corta siesta no me hará daño. ¡Después te conquistaré una reluciente joya para la corona de tu reino!

La hembra de dragón empezó a planear en círculos, cada vez a menor altura, buscando un lugar adecuado donde posarse. Irritada ante la ausencia de los lugares secos y despejados que preferían los Dragones Azules, al fin encontró un pequeño claro cerca de un arroyo y aterrizó. Le sorprendió su propio sobresalto al tomar tierra con brusquedad.

—Cuidado, Jerne —murmuró fatigosamente, levantándose con cuidado del suelo cubierto de musgo—. No quisiera verte caer. —La exhausta hembra cerró los ojos y sucumbió al sueño por primera vez desde la batalla contra Caos.

No quisiera verte caer

caer

caer

caer

caer

Clamor se encontraba de nuevo en el Abismo, una vez más en medio de la furiosa batalla contra el Padre de Todo y de Nada. Una vez más percibió el horrible olor a azufre del aliento de dragón y oyó los alaridos de dragones y hombres sin distinción. Oyó a su caballero apremiarla para que se acercara al sonriente demonio guerrero que montaba un Dragón de Fuego cercano y advirtió que respondía a la orden. Entrecerró

los ojos para filtrar la luz que arrojaban las ígneas alas del dragón que montaba el enemigo. Era demasiado brillante. ¿Dónde...? ¡No!

Ansiosa por evitar el contacto con las alas de fuego de su contrincante, Clamor, medio ciega se retorció bruscamente para ascender. Sin embargo, el repentino movimiento se produjo justo en el momento en que Jerne se disponía a atacar y el caballero perdió el equilibrio. Tras un único y vano intento de encontrar algún asidero, Jerne salió despedido de la silla, gritando: «¡Clamor!». Se contorsionó mientras caía y logró aterrizar justo sobre el sorprendido demonio guerrero, con lo que ambos cayeron de la montura al duro y lejano suelo.

—¡No! ¡Jerne!

Clamor despertó con un sobresalto, respirando entrecortadamente por la intensidad del sueño.

—¡Yo quería hacer de ti un héroe! —exclamó, como si un tropel de palabras pudieran contener el caudal de recuerdos indeseados—. Iba a contarle a todo el mundo tu osado ataque suicida.

Sabes que no fue suicida.

—¡Te recordarán como al más grande de los caballeros! ¡Honrarán tu nombre! Pero antes debo llegar a Silvanost... —La tullida hembra intentó ponerse en pie, pero se encogió de dolor al levantar del suelo la piel cubierta de pústulas.

No recuerdas nada del honor, Clamor.

—¡Voy a hacerlo por ti, Jerne!

¿Sí?

—¿Acaso no lo ves? ¡Me está matando!

Un ruido brusco procedente del lindero del claro hizo volver la cabeza a Clamor. Un grupo de elfos —¿y ogros?— arremetió contra ella saliendo del follaje. Los elfos se detuvieron y armaron sus arcos, mientras una docena de ogros avanzaba a la carrera con sus garrotes en alto. Se preguntó qué podía conseguir que se aliaran enemigos mortales como ellos.

Tú.

En el momento en que Clamor intentaba imaginarse cómo podían haberle dado alcance aquellas criaturas —jamás habría sido tan descuidada como para dejar rastro, ¿o sí?— cayó la primera andanada de flechas. La hembra de dragón rugió de dolor e incredulidad. Sus tiernas escamas, ya víctimas de la sangre cancerosa que circulaba por sus venas, no la protegieron de las devastadoras puntas de flecha élfica. Clamor bajó la cabeza a la altura de los ogros que se aproximaban, dispuestos a ofrecer sus fuerzas vitales en sacrificio a la bestia que había en ella.

¿Cuándo terminará esto, Clamor?

La hembra de Dragón Azul sacudió la cabeza, tratando de expulsar de su turbia

mente la familiar voz que tanto la confundía.

Primero ellos, luego Silvanost, y después ¿qué? ¿Convertirás todo Ansalon en tu presa?

La debilitada hembra Azul dejó de moverse. Se había cansado de luchar contra la fuerza mortal que habitaba en ella.

—¡Quiero vivir!

Ésta no es la manera. Para salvarnos, debemos combatir a Caos, no alimentarlo.

Mientras los ogros se aproximaban, Clamor apoyó la cabeza en el suelo con calma y contempló el arroyo que tenía delante. Sobre la transparente agua corriente se fue aclarando ante sus ojos una imagen: el familiar rostro de un hombre de cabello rojizo cortado al cepillo y ojos verdes. Jerne le sonrió y, cuando lo oyó reír por lo bajo, supo que había sido perdonada. Clamor ni siquiera notó los garrotes de los ogros que se abatieron violentamente sobre su cuerpo, no sintió la segunda y luego la tercera andanada de flechas que se clavaron en su pecho, su cabeza y sus patas. El arroyo se lo llevó todo excepto a Jerne.

—Todo va a ir bien ahora —dijo, y llamó con un gesto a su compañera.

Desde una gran distancia, Clamor oyó las débiles voces de sus agresores alzarse por su triunfo. Después, su cháchara perdió todo sentido, mientras la hembra de dragón se apresuraba a reunirse con su caballero.

Lecciones de la tierra

[Linda P. Baker]

«A finales de primavera, Chislev, diosa de las bestias y la naturaleza, la que trae las estaciones, inspiró profundamente, contuvo el aliento hasta que el aire se tornó caliente y seco y lo expulsó sobre la faz de Krynn».

Poema silvanesti, escrito después del Segundo Verano de Caos

Las hojas secas del suelo del bosque crujieron y chascaron bajo la rodilla de Calarran cuando se agachó al lado del jefe de la patrulla. Suspiró audiblemente, descolgó el arco que llevaba al hombro y trató de encontrar una postura más cómoda sobre la suave pendiente de la ladera.

El jefe de patrulla, Eliad, no hizo ademán de haber reparado en la presencia de Calarran. Se limitó a proseguir la exploración visual de la zona del bosque de Qualinesti que se extendía ante él, con sus ojos almendrados de elfo entrecerrados hasta parecer meras rendijas.

Calarran se alegraba de interrumpir la búsqueda de huellas del enemigo en los bosques para Eliad y su patrulla. Acalorado y sediento tras la larga caminata de la mañana, estaba infinitamente más interesado en aliviar el cansancio de sus hombros y espalda, en beber un sorbo de agua tibia del odre que cargaba en bandolera.

Meneó la cabeza con incredulidad mientras se inclinaba para alcanzar el recipiente que quedaba a su espalda. Calarran, hijo y nieto de senadores de los qualinestis. ¡Cómo se reirían de él sus amigos si pudieran verlo en ese momento, integrado en la patrulla de Eliad! Emboscados en el grandioso bosque, «explorando» en busca de las tropas enemigas que asediaban su ciudad de Qualinost.

Para la mayoría de los qualinestis que conocía, los elfos de la patrulla y los que se habían quedado en el campamento de los tessiels eran traidores a su propio pueblo, renegados que seguían a cabecillas repudiados por sus respectivas naciones.

A Calarran, que nunca había conocido a un exiliado antes de su llegada a este campamento de desterrados, no le parecían tan malos, en realidad. No tenían cuernos, verrugas ni los dientes verdes. Y en cuanto a los silvanestis, en el fondo eran muy cívicos. Pero él suponía que vivir como nómadas renegados, trasladándose de un campamento a otro como vagabundos, despojaría de una parte de su arrogancia a un

elfo.

Los tessiels eran un grupo de elfos silvanestis emparentados de lejos que habían seguido a su reina, Alhana Starbreeze, y a su marido, Porthios, anterior Orador de los Soles de los qualinestis en el exilio. Exactamente por qué el Senado de Qualinesti había accedido a reunirse con el exiliado Porthios mandando al senador Idron, de la familia Estfalas, a los bosques a tal efecto no era una información que Calarran tuviera el privilegio de conocer; aunque la curiosidad le había robado muchas horas de concentración. Ver en persona al esquivo elfo oscuro Porthios no era el tipo de misión que se había imaginado Calarran cuando fue asignado al servicio de Idron, senador de los qualinestis.

Sorbió un trago de agua de su odre. Estaba caliente y su sabor era el del arenoso fondo del arroyo que corría junto al campamento de los tessiels. Se sentía cada vez más cansado. Cambió nuevamente de postura y trató de desenganchar una ramita seca que se había trabado en el dobladillo de su túnica. Unas hojas crujieron bajo su rodilla.

Esta vez, Eliad reparó en él. El jefe de patrulla no se molestó en disimular su irritación cuando le indicó que guardara silencio con un movimiento cortante de la mano. Sin pronunciar palabra, Eliad regresó a su escrutinio de la ondulante superficie de copas de árboles que se extendía bajo sus pies.

La túnica de seda de Calarran se pegaba a sus costillas y espalda, adherida por un engrudo de sudor y polvo. Su lengua no estaba menos pastosa y el agua no había aliviado esa sequedad. Tenía una piedrecita en la bota izquierda y dos hojas en la derecha. Había soportado con estoicismo las incomodidades de la jornada, siguiendo los pasos de Eliad en silencio, obedeciendo las órdenes que le daba como si fuera uno de sus soldados. La impaciente señal de Eliad fue la gota que colmó el vaso. El rostro de Calarran enrojeció de vergüenza.

—No puedo evitar que el bosque esté más seco que un desierto —estalló.

—¿Por qué preocuparse por guardar silencio? —preguntó una suave voz femenina en un teatral susurro apenas audible para Calarran—. Hacen más ruido que un hatajo de hobgoblins.

Calarran no poseía la estatura de un silvanesti como Eliad, y la elfa que había hablado se hallaba oculta al otro lado de Eliad. Calarran tuvo que inclinarse hacia adelante para ver a la dueña de la voz. Aplastando hojas en su movimiento, su mirada entró en contacto con la de ella y lo sorprendió tanto que casi se echó hacia atrás.

La expresión de la elfa era despectiva; resultaba evidente que no se refería al resto de la patrulla, que producían el mismo ruido al situarse en posición a lo largo del risco, sino a él.

Calarran estudió atentamente su rostro, desde el cuero curtido del cuello de su chaqueta hasta las raíces del cabello de color castaño, desde una oreja puntiaguda

hasta la otra. Cada centímetro de piel expuesta, incluyendo la de sus delgadas manos, estaba pintado de gris, verde y marrón, con los garabatos y espirales característicos de los elfos kalanestis. No pudo reprimir una mueca de disgusto. Ningún silvanesti, ni siquiera un renegado, desfiguraría su cuerpo de aquel modo.

No se había percatado de que hubiera una kalanesti entre los tessiels. Los kalanestis eran poco más que salvajes que vivían como animales en el bosque. Incluso los silvanestis renegados sentían más respeto por sí mismos.

Eliad inclinó su esbelta cabeza, primero a un lado, después al otro, como si meditara las palabras de la elfa. Aunque la patrulla casi parecía compuesta por meras sombras que pasaban fugazmente de un árbol a otro mientras remontaban la ladera, los crujidos y chasquidos que producían eran, inconfundiblemente, pasos.

Eliad se encogió de hombros y cuando habló miraba fijamente al frente de nuevo, como si no se dirigiera a ninguno de sus dos acompañantes.

—Lo intentan. Todo está tan seco que es imposible ser silencioso.

Tocó el suelo a su lado y las hojas crujieron bajo sus finos dedos.

—Yo sí puedo —replicó ella con una insolencia que Calarran jamás habría tolerado de una sirvienta kalanesti.

Antes de que pudiera reprenderla, Eliad volvió a indicarles que guardaran silencio y, acto seguido, conminó a la kalanesti, por señas, a que observara el bosque, más abajo.

Tras encogerse de hombros a su vez, la elfa volvió a escudriñar la vegetación.

Calarran no. Tocó las hojas con la yema de los dedos, como había hecho Eliad. El ruido lo sobresaltó. La sequedad del bosque era algo que podía notar en su piel. El sofocante calor del verano, el peor que recordaban hasta los elfos más viejos, era una losa sobre las copas de los grandes árboles y las cabezas de quienes caminaran bajo ellos.

Incluso sus ojos poco experimentados le informaron de que el magnífico bosque estaba sufriendo. Con buen tiempo, el follaje habría sido tan tupido y exuberante que impediría ver el cielo. Ese día, desde su atalaya en el risco, Calarran podía contemplar todo el territorio hasta la estribación de las montañas Kharolis que ocultaba la ciudad élfica de Qualinost. Para su ojo inexperto, no había signos de movimiento, señales de tropas.

—Nada —masculló Eliad para su coleteo.

—Pareces casi decepcionado —dijo Calarran—. ¿Seguro que no quieres ver ningún rastro del ejército de la Reina de la Oscuridad?

—No, claro que no. Esperaba ver algún indicio de la patrulla de Porthios. Confiaba en que vendrían por aquí y que nuestro destacamento tendría el honor de escoltarlo a la reunión.

—¿Está previsto que Porthios pase por aquí? —Calarran se preguntó si el

cabecilla de los renegados tendría un aspecto muy distinto del Porthios que recordaba como Orador de los Soles. Era difícil imaginarse al elegante, arrogante Porthios viviendo como los tessiels, en burdos campamentos y con tiendas de pieles.

Eliad se encogió de hombros.

—Pensé que era lo más probable. ¿Por qué iban a enviarte con nosotros, si no es como espía?

Calarran se sorprendió tanto por la idea que se quedó sin palabras. Nunca se le había ocurrido que su misión tuviera tanta importancia. Si tal hubiera sido el caso, Idron se lo habría dicho.

—No creo...

Una repentina llamada, como el gorjeo de una ave silvestre, interrumpió el murmullo de Calarran. A su alrededor, todos los ruidos de la patrulla cesaron, cortados bruscamente cuando sus miembros detuvieron todo movimiento y se quedaron petrificados. Por un momento, sólo se oyó el rumor de las hojas secas arrastradas por la cálida brisa. Después volvió a sonar la llamada.

Eliad volvió la cabeza bruscamente en dirección al gorjeo. Apuntó con el índice extendido a la kalanesti y echó el pulgar hacia atrás en una muda orden de retirada. A continuación se señaló a sí mismo y luego la dirección que pensaba tomar.

Sin un solo movimiento innecesario, la kalanesti retrocedió sigilosamente y desapareció de la vista por la izquierda. Eliad imitó la posición agachada de la elfa y se arrastró hacia la derecha, rodeando a Calarran.

Calarran recorrió con la mirada las copas de los árboles, atreviéndose a moverse lo suficiente para inspeccionar el bosque a sus espaldas. No vio nada ni oyó nada. Ni rastro de los caballeros negros de lord Ariakan. Ni rastro de la guardia de honor del renegado Porthios.

A su izquierda, por donde se había escabullido la kalanesti, había un cauce seco y polvoriento que apenas unas semanas atrás era un estrecho arroyo. Se hallaba cerca de un trío de álamos, a cuya sombra crecía, todavía verde, un espeso matorral.

Calarran avanzó a gatas, trabajosamente, hasta la zanja y se internó entre la vegetación más tupida. Una frescura comparable a sumergirse en un estanque de montaña bañó su piel. La penetrante fragancia vegetal de las hojas era dulce como el caramelo.

Observó a Eliad desaparecer de la vista, doblado por la cintura para correr entre los árboles. Casi en el mismo instante en que Eliad alcanzaba las sombras, los pies y las piernas de la hembra kalanesti entraron en el campo de visión de Calarran. Sus pasos, aun siendo ligeros como el aire sobre las hojas secas, se le antojaron ruidosos como truenos.

La elfa se detuvo al borde del cauce del arroyo y se quedó agazapada, como un muelle tensado hasta el límite. Se hallaba lo bastante cerca para que él oliera su

aroma de cítrico mezclado con marga. Con los garabatos pintados en su piel y la túnica teñida del color de las nuevas y más pálidas hojas, resultaba casi invisible entre los tonos pardos, verdes y plateados del bosque.

Calarran reuló aun más, sabiendo que todavía era visible. De pronto fue consciente de que su túnica añil destacaba como un faro.

Al mismo tiempo que se movía, las hojas que rozaban su mejilla temblaron y luego se agitaron violentamente. Un recio y seco viento barrió toda frescura. Un aire caliente y áspero inundó sus pulmones con el olor del fuego. Un trueno retumbó justo sobre su cabeza y el sol desapareció.

A menos de un metro del rostro de Calarran, las hojas se curvaron y arrugaron. En un abrir y cerrar de ojos, pasaron de ser verdes, suculentas y jugosas a pardas y quebradizas, agostadas sobre las ramas que de improvviso se habían vuelto negras y humeaban. Por un momento se quedó inmóvil, demasiado conmocionado para reaccionar, y luego se echó hacia atrás, al sentir el calor de un fuego antinatural en el rostro.

Después, con un grito, se arrojó al suelo para escapar del asombroso calor. En su precipitación por salir del lecho del arroyo se desolló las manos y las rodillas.

El mundo era un infierno a su alrededor: fuego, calor y los agudos gritos de la patrulla que corría. Eliad gritó, intentando poner orden en el caos. El viento zarandeaba los altos árboles como si fueran espigas de trigo en la llanura abierta.

Había dragones.

Los terribles, temibles dragones surcaban el cielo, planeando sobre las copas de los árboles, oscureciendo el sol, rugiendo, arrojando su terrible aliento en grandes llamaradas, pasando rasantes a tal velocidad que igual podían ser cinco que quince.

El ataque se centraba en el punto más elevado de un risco situado a su derecha. El miedo envolvió a Calarran como algo tangible, tan espeso que podía palparlo. Se volvió para huir, para alejarse de los ululantes dragones con la mayor rapidez posible.

Pero antes de que pudiera levantar un pie, la kalanesti lo sujetó por el brazo.

—¡Vamos con Eliad! —gritó. Clavó unos dedos como tenazas en la carne de Calarran y lo arrastró con todo su peso.

Calarran la siguió, demasiado aterrorizado para hacer otra cosa que obedecer. Mientras corría en dirección a la voz de Eliad, distinguió una cerrada línea de dragones que se acercaban por encima de los árboles, sacudiendo los álamos y aproximándose como una ondulante nube de tormenta. Las armaduras de sus jinetes emitían mortíferos destellos azules a la luz del sol.

Lo dominó un miedo tan lóbrego como la ondulante nube de dragones. Sobrepasó todo sentido del bien y el mal, adelante y atrás, arriba y abajo.

Divisó a Eliad entre los árboles, frente a él. El silvanesti mantenía su posición mientras un dragón se cernía sobre él. Eliad levantó los brazos, lanzó un agudo grito

de desafío y murió alzando los brazos al cielo, reducido a cenizas en un instante.

Al grito de la exploradora kalanesti se sumó el rugido de las llamas que se elevaron bruscamente. Calarran alcanzó a ver su boca, articulando un grito de horror. A continuación, la kalanesti dio media vuelta y corrió hacia otro grupo de elfos, al tiempo que se descolgaba el arco de la espalda.

Todos los músculos del cuerpo de Calarran querían seguirla, pero sus pies estaban pegados a la tierra, su mirada fija en el punto donde sólo un momento antes vivía y respiraba un valiente elfo.

Cayó una lluvia de fuego que calcinó el follaje ya ennegrecido y socarrado. El calor consumió todo el aire de los pulmones de Calarran y abrasó el suelo hasta que sus pies tuvieron que moverse o sufrir la misma suerte.

Boqueando por respirar, echó a correr.

Estaba ciego de miedo. Ensordecido por el rugido del fuego y de los dragones voladores. Aterrorizado por los crujidos y rechinos de las coriáceas alas.

Las ramas rasgaron sus vestiduras y sus brazos. El miedo oprimía su corazón. Saltó una zanja seca y aterrizó al otro lado sin dejar de correr. Remontó una pequeña loma y la rebasó zigzagueando entre los árboles. Y aun así las alas batientes y el rumor del viento levantado por los dragones resonaban a su espalda entre los árboles.

Una rama se enganchó en la manga de su túnica, obligándolo a describir un amplio arco antes de quebrarse, llevándose con ella tela y carne. La sangre empapó el costado de la prenda. El dolor se propagó de la muñeca hasta el codo, espoleándolo a correr todavía más.

Tropezó y cayó rodando por una suave pendiente, hasta estrellarse contra el pie de un árbol. Su corazón latía con tanta fuerza que notaba el paso de la sangre por sus oídos. El borde de su visión estaba teñido de rojo. Y todavía le llegaba claramente el ruido de los dragones. Cada vez más cerca. Incendiando y gritando en su avance, desplegándose hacia el este, el oeste y el sur.

No había adonde huir. No había velocidad suficiente. No había esperanza. Con un gemido de dolor, de miedo, de vergüenza, se dejó caer al suelo.

El Dragón Azul pasó como una flecha por encima de su cabeza, en dirección al campamento donde Idron aguardaba para reunirse con Porthios. La mente de Calarran se hundió en una espiral de negra locura.

Gaellal, jefa del clan tessiel, se hallaba junto a Idron, senador de los qualinestis, y observaba cómo el otro elfo se volvía lentamente, inspeccionando el terreno. Sabía que Idron estaba impaciente.

Porthios llevaba dos días de retraso a su reunión y, a cada momento que Idron pasaba fuera de Qualinost, el peligro aumentaba para él: el peligro de los caballeros negros, el peligro de que su ausencia fuera cuestionada por su propio pueblo. El

retraso también comportaba el peligro para su ciudad, sometida a asedio por parte de las tropas de lord Ariakan. Pero Idron disimulaba bien su impaciencia.

Aunque Idron fuera un qualinesti, ella lo apreciaba. Con unos ojos del color de la cerveza dorada y el cabello del color de la miel resplandeciente, atado en la nuca con cordones de oro, Idron era casi demasiado hermoso para ser un varón. Demasiado elegante para hallarse al raso en una tierra salvaje. Y demasiado afable y educado para ser senador de los qualinestis.

El campamento ocupaba el triángulo formado por el bosque, un abrupto e inesperado farallón casi vertical, y el hilito de agua cenagosa que quedaba de un riachuelo estacional. Habían montado las tiendas a lo largo del lindero umbrío de los árboles, aún bastante agrupadas para considerarse un campamento pero resguardadas del tórrido sol.

—Nuestro último campamento estaba más en el interior de las montañas —comentó Gaellal—. Allí el calor no era tan agobiante.

—¿Os trasladáis a menudo? —Lo preguntó con corrección, pero era obvio que su mente se hallaba en otra parte. Idron era casi un palmo más alto que ella y no le costó nada mirar por encima de su cabeza hacia el sur.

—Según dicta la necesidad. —Ella se inclinó hacia atrás y miró directamente el ceñudo rostro de Idron.

—¿Por dónde vendrá el elfo oscuro? —preguntó él, imperiosamente, sin apartar la vista del bosque.

—No lo sabemos.

—¡No lo sabéis!

—No. Los movimientos del Orador no se comentan abiertamente.

Idron la miró con una mezcla de sorpresa y lástima.

—Mi señora, creí que Gilthas era el Orador de los Soles —dijo suave pero firmemente.

Gaellal fue a replicar vivamente pero contuvo su genio. Idron era un invitado en su campamento.

—Los movimientos de Porthios no se comentan abiertamente por razones obvias.

—¿Cómo sabéis siquiera que vendrá?

—Siento haceros esperar, senador —se disculpó glacialmente—, pero Porthios os dio su palabra. Vendrá.

La actitud distante se evaporó en un abrir y cerrar de ojos, y el senador se inclinó respetuosamente.

—Perdonad mi impaciencia, mi señora. No pretendía ofenderos. Ocurre que esta reunión es muy importante, para vuestro pueblo y para el mío. Si Porthios y yo alcanzamos un acuerdo...

Gaellal asintió y le devolvió la sonrisa añadiendo un matiz de disculpa.

—No hay nada que perdonar. Tenéis razón. Al margen de nuestras diferencias, juntos podemos alcanzar la victoria.

En cuanto acabó de pronunciar estas palabras, las copas de los árboles se estremecieron, exponiendo en un breve destello la cara inferior plateada y verde de las hojas.

Cuando Calarran rodeaba lentamente el tronco de un árbol y salía al claro lo recibió el siseo metálico de espadas y dagas al ser desenvainadas. La luz de la luna se reflejaba en las armas de los guerreros élficos que formaban un círculo alrededor de una mísera hoguera de campamento.

Calarran sabía que, sin la protección del guardia que lo había encontrado mientras buscaba el campamento de los tessiels, aquellas hojas habrían dejado su carne hecha trizas sin darle tiempo a protestar.

El guardia murmuró un santo y seña, asió a Calarran del brazo para impedir que se tambaleara y lo condujo hacia la luz. El roce del acero contra el cuero le indicó que las armas de los guerreros volvían a sus fundas. Un suave murmullo de preguntas y comentarios se propagó a su alrededor, pero Calarran apenas reparó en ello. Trastabilló y sólo apoyándose en el elfo que lo sostenía por el brazo consiguió mantenerse erguido.

—¿Dónde está el senador Idron? —preguntó Calarran con voz ronca. Las palabras le dolieron al abrirse paso por su garganta y a través de su lengua hinchada. El guardia le había dado agua, pero sólo un sorbo, no lo suficiente para aliviar la sequedad de su garganta abrasada.

—Eres Calarran, ¿verdad? —dijo una voz.

Con un esfuerzo, el aludido se zafó de la mano del guardia y se mantuvo en pie por sus propios medios.

—¿Dónde está Idron? —preguntó con voz recia, obligándose a mostrar firmeza—. ¡Hablad!

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido? —Calarran miró en derredor con desesperación, esperando que el aristocrático rostro de Idron apareciera de algún modo entre las figuras acurrucadas junto a la hoguera. ¡Tenía que estar allí! Estos idiotas no habían caído en la cuenta de por quién preguntaba—. ¡El senador! —exclamó de nuevo, imperiosamente—. El senador de Qualinesti.

—Calarran... —dijo otra voz, ésta suave y cansada. Gaellal se adelantó un paso. Su largo cabello dorado estaba alborotado, su túnica de seda arrugada y manchada de sangre.

¿Sangre de quién? ¿Había muerto Idron?

—¿Dónde está? —murmuró Calarran, esta vez con más suavidad.

Gaellal le respondió con un gesto, bajando la mano, pero Calarran no tenía ni idea de su significado. ¿Implicaba simpatía? ¿Ignorancia de la respuesta?

—Tu senador está vivo, por lo que sabemos.

Una mano le tendió un vaso de agua. Estaba tibia, tenía tierra y sabía más dulce que cualquiera que hubiese bebido antes. Las palabras de Gaellal eran aun más dulces, pero desconcertantes.

—¿Por lo que sabéis?

—El campamento fue atacado por caballeros negros montados en dragones. Por eso nos ha sorprendido tanto verte. Te creíamos muerto, como tantos otros.

Los rostros de los elfos que se movían formando un círculo alrededor suyo y de Gaellal estaban aturdidos y fatigados.

Por primera vez, Calarran examinó el campamento. Incluso en la oscuridad pudo ver que había sido atacado y destruido. Las tiendas estaban derribadas, las hogueras pisoteadas, las cazuelas volcadas y aplastadas.

—El senador Idron fue secuestrado por los caballeros que atacaron el campamento —dijo Gaellal—. Se lo llevaron los caballeros negros sobre la grupa de un dragón.

Un nuevo terror oprimió la garganta de Calarran, dificultándole la respiración. ¡Secuestrado! Se pasó una mano por la frente sudorosa. Tenía el rostro cubierto de polvo, y embadurnado de hollín y ceniza. La sucia palma de su mano le recordó los ruidos del ataque. Gritos de dragones por arriba. El recuerdo del calor del incendio. Apartó deliberadamente aquellos pensamientos. Debía concentrarse. Debía pensar.

—Tenéis que ir tras ellos —exigió.

Gaellal ya negaba con la cabeza antes de que terminara la frase.

—No podemos ayudar...

—¡Aquí tenéis veinte guerreros! —interrumpió Calarran, indicando con un amplio gesto el círculo de elfos, varones y hembras.

—No podemos —repitió con firmeza Gaellal—. Comprendo tu deseo de salvar a tu senador, pero nuestro jefe también está ausente. Nuestro primer deber es garantizar su seguridad.

—¡No lo entendéis! —insistió Calarran—. ¡Han secuestrado a Idron, senador de los qualinestis! ¡El único rehén más valioso que él sería el senador Rashes o el Orador de los Soles en persona!

Gaellal lo miró fijamente.

—Tienes razón. Pero antes debo encontrar a Porthios. Después buscaremos a Idron.

Calarran habló con firmeza, muy despacio, como si hablara con una niña.

—Insisto en que me ayudéis. Idron vino a instancias de vuestro pueblo, estaba bajo vuestra protección.

Gaellal suspiró.

—Lo sé. No puedo expresar cuánto lamento lo ocurrido. Quizá tengas razón. Debemos hacer algo.

Calarran advirtió que la tensión de sus hombros se relajaba y reparó en que tenía los puños crispados. Flexionó los dedos y se estremeció cuando la sangre empezó a circular de nuevo por ellos.

Gaellal se volvió para inspeccionar al grupo de elfos. Al no encontrar el rostro que buscaba, hizo un gesto y uno de los elfos que estaban a su lado se internó al trote en la oscuridad. Al cabo de un momento reapareció acompañado por la exploradora kalanesti de la patrulla de Eliad.

—¡Tú! —La palabra surgió de la garganta de Calarran como si salvara un obstáculo.

Gaellal extendió una mano, indicando a la kalanesti que se acercara.

—Daraiel es la mejor exploradora que tenemos —dijo—. Si alguno de nosotros puede encontrar a tu senador, es ella.

La kalanesti, con el rostro limpio de las extravagantes pinturas, lo miró con ojos color ámbar y una expresión que reflejaba punto por punto cada emoción que lo embargaba a él. Desagrado, desdén, rechazo... Todo excepto la vergüenza. El rostro de Calarran estaba tan colorado como el bosque incendiado durante el ataque. Supuso que debía de estar rojo como la grana.

—No iré a ninguna parte con este cobarde —espetó ella.

—¡No soy un cobarde! —Calarran volvió a apretar los puños.

La kalanesti lanzó dardos por los ojos contra Calarran y le soltó a Gaellal:

—Este cobarde intentó huir de la batalla, en lugar de acudir en ayuda de Eliad.

Los músculos de la mandíbula de Calarran se tensaron tanto que sus dientes rechinaron. Sus hombros amenazaron con ceder bajo el peso de la vergüenza, pero él se negó a permitirlo. Tendió ambas manos al frente con las palmas hacia arriba, en actitud implorante.

—Sí, corrí, pero no soy ningún cobarde. Desafío a cualquiera de vosotros a mantenerse impávido cuando los dragones os ataquen, socarrando el mismísimo aire que respiráis. Soy diplomático, no un guerrero, mi formación es la de mensajero y embajador. Desafío al más fuerte de vosotros, al más arisco, a que haga frente al miedo mágico que infunden los dragones.

La kalanesti frunció los labios dejando al descubierto sus dientes en un feral gesto de repulsa. Calarran sabía que ella había resistido donde él no pudo. Recordaba que la vio correr hacia el combate mientras él lo rehuía. Pero Daraiel no dijo nada para confirmar su explicación.

Los elfos que lo rodeaban permanecieron impassibles, casi indiferentes. No había ni rastro de simpatía o comprensión en sus largos y estrechos rostros.

Gaellal lo miró, después contempló a la kalanesti y finalmente asintió para sí misma, como si diera por finalizada una conversación interior.

—Iréis tú y Daraiel —declaró.

Calarran irguió la cabeza, como impulsado por un resorte. En su interior se encendió la ira, cuando creía estar demasiado entumecido, demasiado cansado para sentir nunca más una sensación parecida.

—¿¡Nosotros!? ¿¡Mandarás a una sirvienta kalanesti y a un diplomático en auxilio de un senador de los qualinestis, cuando dispones de guerreros!?

La kalanesti dio un paso hacia él y sus dedos rodearon la empuñadura de la daga que pendía de su cinturón.

—¡Yo no soy la sirvienta de nadie! —siseó.

Gaellal alzó una mano para detenerla, pero sus palabras iban dirigidas a Calarran.

—¿Lucharéis entre vosotros mientras el enemigo nos derrota? Daraiel es nuestra mejor exploradora. Nuestra mejor rastreadora.

Calarran fulminó con la mirada a la kalanesti, consciente de que sus acusaciones habían disuadido a Gaellal de ofrecerle más ayuda, consciente de que sus propios actos habían surtido el mismo efecto.

—¡Basta ya! —espetó Gaellal—. Daraiel conoce la posición del campamento principal de los caballeros negros. Es el mayor y el único permanente. Ése es el destino más probable de un prisionero tan importante. Daraiel te guiará hasta allí. Después de todo, Idron es tu senador.

Calarran sabía, por terrorífica que se le antojara la perspectiva de enfrentarse de nuevo a los dragones, que no podía rehusar. No podía permanecer en un campamento de renegados y mostrar menos valor que ellos. Con un esfuerzo que resultó evidente para todos los presentes, Calarran dio un paso atrás e inclinó la cabeza.

Los hombros y la mirada de la kalanesti descendieron, aceptando hoscamente la derrota.

—Cuando encontremos a Porthios, os seguiremos. —Gaellal les dio la espalda. Los demás elfos se alejaron lentamente con ella, dejando sola a la pareja.

No había trazas del sol en la negra penumbra del corazón del bosque cuando Calarran se puso en marcha y, sin embargo, el calor era el normal para un mediodía de verano.

Calarran presentaba un aspecto muy diferente al del día anterior y no podía evitar mirarse furtivamente mientras caminaba. En lugar de la toga azul, vestía un jubón prestado y pantalones de segunda mano, algo raídos por el uso y manchados con los colores de la nueva tierra y los álamos. Llevaba un arco ligero, una manta enrollada de través a la espalda y odres de agua a ambos costados.

Las ropas y el equipo de campaña no le sentaban bien. El jubón de cuero era más rígido que sus prendas de seda y le tiraba de la sisa cuando levantaba los brazos. El

peso del petate le hundía los hombros y las botas no se amoldaban a la forma de sus pies. Aun así, la extraña sensación del cuero sobre su espalda y la pesadez de su carga lo excitaban como una visita a las dependencias del senado lo había excitado de niño.

La exploradora kalanesti, con un aspecto muy similar al del día anterior y la cara pintarrajeada de gris y verde, encabezaba la marcha a un paso tan vivo que pronto se perdió de vista.

Calarran tuvo que correr, soportando el golpeteo del equipo, contra su espalda, para no quedarse atrás.

—No nos separaremos —ordenó firme pero amablemente.

—Tú no me das órdenes —le espetó ella—. Y pretendo mantenerme lo bastante alejada de ti para que quien te oiga llegar no me descubra a mí también.

Calarran le lanzó una furibunda mirada, pero la dejó adelantarse.

Sin embargo, ella redujo el paso lo suficiente para que él la viera avanzar sinuosamente entre los árboles. Aquello le pareció tan deliberadamente calculado para molestarlo como antes su rápido avance. La kalanesti se hallaba a la distancia justa para permitirle admirar la ligereza de sus andares. Calarran no oía las pisadas de ella en la seca y quebradiza alfombra de hojas.

Pero escuchaba perfectamente las suyas. No era cierto que hiciese más ruido, como le había dicho ella el día anterior, «que un hatajo de hobgoblins». Pero quizá sí más que un solo hobgoblin, uno pequeño. Pese a su irritación, se pasó la mañana intentando caminar como ella. Estaba decidido a descubrir qué hacía exactamente la exploradora para acallar sus pasos sobre las crujientes hojas.

Estaba tan enfrascado en emular la habilidad de la kalanesti que casi chocó contra ella cuando se detuvo bruscamente al pie de un alto álamo. Notó el pulso acelerado en su garganta mientras se inmovilizaba y escrutaba en derredor, entre las sombras del bosque.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Sin responder, la kalanesti rodeó el árbol, lentamente, mirándolo de arriba abajo. A continuación extrajo un trozo de mineral blanco y blando de la bolsa de su cinturón y trazó una línea recta sobre el tronco, a la altura de los ojos.

—¿Qué haces? —Esta vez Calarran no se esforzó por bajar la voz.

—Señalo nuestra dirección. ¿O creías que Gaellal nos encontraría por arte de magia? —Lo miró hoscamente y luego bajó la vista hasta la muñeca que él le sujetaba.

Se liberó con una sacudida, se volvió y empezó a descender por la ladera a grandes zancadas. Calarran pudo seguir sus pasos por el ruido que hacía, aplastando hojas y ramas secas bajo sus botas y empujando las ramas bajas para abrirse camino.

Definitivamente, ella sí hacía más ruido que un par de hobgoblins. El sonido le causaba una inmensa satisfacción y Calarran la siguió con el máximo sigilo de que

era capaz.

Llegaron a la escena del ataque justo al amanecer y Calarran se detuvo con tanta brusquedad que el petate se desplazó hacia adelante sobre su hombro.

La kalanesti exhaló un quedo gemido, un reflejo del dolor que también él sintió al ver el bosque herido. Quizá no estuviera preparado para vivir allí como ella, pero ningún qualinesti, por muy apegado a la ciudad que estuviera, nunca era realmente ajeno al hermoso bosque que circundaba su hogar.

La furia que lo embargó ante la visión de la tierra calcinada era caliente como el aliento de los dragones que la habían destruido.

Calarran se detuvo al borde de la franja abrasada, incapaz de tocar la tierra ennegrecida. No quedaban hojas, ni matorrales, ni zarzas, sólo carbonilla y cenizas. Donde antes crecían altos y orgullosos álamos, más viejos que el elfo más anciano, tan antiguos como el propio Krynn, había ahora tocones achicharrados, tan yertos y quebradizos que la brisa más ligera los convertía en polvo. Y en ese polvo se mezclaban las cenizas de los amigos de la kalanesti.

En este lugar no quedaba olor a bosque, a vida. Si un olor pudiera visualizarse, el de aquí debería ser de color negro, como la muerte. Incluso el suelo era negro, resecaado por el calor hasta pulverizarse como arena fina.

La kalanesti se detuvo a su lado como si tampoco ella deseara tocar el terreno destruido. Casi le rozaba el brazo con su hombro.

Calarran se arrodilló lentamente y apoyó la yema de un dedo en la tierra muerta, que se le pegó como si fuera pólvora. Pólvora gris.

Cuando la miró, la exploradora apartó el rostro, pero no antes de que Calarran la viera pestañear para contener el llanto. También sus ojos estaban nublados por las lágrimas.

La kalanesti tragó saliva y mantuvo el rostro apartado.

—Pagarán por esto —dijo suavemente—. Aunque me muera en el intento, lo pagarán.

Su angustia sorprendió a Calarran casi tanto como su propia amabilidad al comentar:

—Amas este bosque tanto como los qualinestis. —Por amar aquel bosque como él podría perdonarle incluso que hubiera sido testigo de su cobardía.

—Mi padre me enseñó a amar el bosque. A todos los seres vivos.

—He oído que los kalanestis viven en armonía con el bosque. Claro que hay kalanestis en Qualinost, pero viven como... —Se detuvo antes de decir «sirvientes». Sabía que muchos de ellos detestaban el modo como sus hermanos habían sido conducidos a la servidumbre—. Bueno, viven en la ciudad, no en el bosque.

—Mi padre no era kalanesti —dijo ella en voz baja—. Era silvanesti. Mi madre era kalanesti. —Sin mirarlo, empezó a alejarse.

Calarran se quedó tan sorprendido que no se movió del sitio, agachado junto al límite de la devastación. ¡Una mestiza! Qué extraordinario. ¿Qué clase de guerra se libraba en su alma, nacida de una salvaje kalanesti y un aristocrático silvanesti?

Observó a la elfa hasta que desapareció entre los árboles y luego volvió a mirar la destrucción. La visión le hizo olvidar a la exploradora. Se frotó los dedos cubiertos de ceniza y comprendió que los largos años de vida que tenía por delante no bastarían para que los majestuosos árboles se recuperaran.

—Sí —coincidió—. Lo pagarán.

A los pocos instantes siguió los pasos de la kalanesti. Ella había elegido una ruta paralela a la superficie quemada pero que dejaba ésta fuera de su campo de visión y que remontaba la colina donde se encontraban cuando atacaron los dragones.

Cuando la alcanzó, Daraiel estaba en cuclillas detrás de unos matorrales, escudriñando las copas de los árboles, exactamente igual que el día anterior. El corazón de Calarran latía aceleradamente cuando se unió a ella y exploró el horizonte en busca de señales de dragones.

—El ataque empezó por el norte. —Daraiel señaló en la dirección indicada. En su voz había un ligero temblor que rememoraba el aterrador momento en que Calarran miró hacia arriba y vio los dragones.

Alargó la mano para apoyarla en el brazo de la elfa e impedir que evocara un recuerdo tan reciente, tan crudo. Ella se apartó del contacto de los dedos masculinos con sólo una sombra de disgusto en su rostro.

Su expresión no ofendió a Calarran.

—Los vi —dijo él con voz ronca, incapaz de interrumpir la marcha de su memoria—. Aparecieron como por ensalmo. Como si surgieran del bosque, igual que fantasmas o humo. —Inspiró audiblemente, tembloroso.

—No eran fantasmas. Vinieron del norte. El mayor campamento de los caballeros negros, y el más permanente, está al norte de aquí, cerca del río de la Rabia Blanca. —Señaló hacia el norte, pero al oeste de Qualinost—. Ahí es adonde iremos primero.

Avanzaron a buen paso, a pesar de la resbaladiza y traicionera pendiente de la colina que desembocaba en un valle, y mejor aun en cuanto llegaron a terreno llano. Comieron, sin dejar de caminar, pescado seco del campamento, raíces y un puñado de míseras moras arrugadas, casi secas por el calor, que la elfa recogió por el camino. Y no cruzaron ni una palabra, pero el silencio le pareció a Calarran en cierto modo más cómodo.

Se detuvieron al anochecer cerca de un hilito de agua que en otro tiempo fue un borboteante arroyo. Calarran dormitó apoyando la espalda entre las raíces de un árbol. Sospechaba que la mujer no durmió más que él.

Rellenaron sus odres de agua y estuvieron en marcha antes del amanecer. El calor,

que apenas había disminuido durante la noche, se hizo insoportable cuando el sol se elevó por encima de los árboles. La noche pasada sobre el duro suelo había dejado a Calarran entumecido y dolorido.

Cuando el sol hubo rebasado su cénit y volvía a proyectar leves sombras, la elfa se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Calarran, mientras Daraiel elegía una extensa zona soleada entre los árboles y se acucillaba.

Sin responderle, la exploradora removió las hojas muertas que tapizaban el suelo a su alrededor. Cogió algunas, después un palo de la longitud aproximada de su antebrazo y lo sostuvo en alto para inspeccionarlo. Lo descartó y recogió otro.

—¿Qué haces ahora? —exigió saber Calarran.

Ella repitió su gesto antes de responder.

—Compruebo nuestra dirección. —Apostilló sus escuetas palabras clavando en el suelo el palo que había elegido. Volvió a hurgar entre las hojas hasta que encontró una piedra pequeña y marcó la punta de la sombra con ella.

Calarran se dejó caer cerca, a la exigua sombra de un árbol, y bebió de su odre.

—¿Cómo funciona?

—¿Qué estudiabas tú mientras los demás niños aprendían a sobrevivir en los bosques? —preguntó ella en tono de clara exasperación.

El impropio despertó en Calarran un agradable recuerdo de mañanas felices en el jardín con su madre. Sonrió.

—Si te lo dijera, no me creerías.

Como no añadió nada más, ella destapó su propio odre y se recostó en un tronco.

—Cuando la sombra se mueva un poco, marcaré la punta de la nueva posición. La línea que una las dos marcas irá de oeste a este. La línea más corta entre la base del palo y la línea señalará al norte. A partir de eso puedo saber si vamos directamente hacia el noroeste, como deberíamos.

Calarran estudió el palo y su sombra como si pudiera moverse de improviso, pero enseguida cayó en la cuenta de lo que hacía y volvió a sentarse. Muy a su pesar, la técnica le pareció impresionante.

—Si tu padre te enseñó lo que sabes del bosque, ¿qué aprendiste de tu madre?

Ella titubeó, escrutando el rostro de Calarran con gran atención. Tenía un aire de desconfianza que hizo sospechar a Calarran que llevaba muchísimos años aguantando esas preguntas de extraños.

Evidentemente vio algo aceptable en la expresión del diplomático, porque respondió.

—Mis padres me enseñaron a amar la tierra. Mi madre era... la persona más valiente que he conocido.

Calarran se ruborizó por la alusión. Valiente. Él siempre se había considerado

valiente. Y no había cambiado, se dijo con firmeza. Cuando levantó la vista, ella lo estaba observando.

—Por favor, continúa.

—No hay mucho que contar. Mis padres se conocieron durante la Guerra de la Lanza. Y murieron combatiendo contra la pesadilla de Lorac en Silvanesti.

Calarran se quedó sin aliento. Había oído hablar de las cosas terribles que le hicieron a la hermosa y antigua tierra de Silvanost cuando su gobernante intentó utilizar uno de los maléficos Orbes de los Dragones para derrotar al ejército de la Reina de la Oscuridad. No existía un solo elfo en el mundo que no se lamentara del daño sufrido.

—Por eso sigo a Porthios y Alhana. Porque lucharon por Silvanesti. Y ahora luchan por salvar Qualinesti. Yo no puedo hacer menos por esta tierra —concluyó Daraiel.

Calarran bajó la vista. Se sentía avergonzado y reprendido, pero resuelto a no implicarse menos que ella.

Calarran se irguió apoyándose en los codos y espió el campamento. Por cuarta vez, Daraiel lo obligó a agacharse y le recordó que no debían asomar la cabeza.

Se hallaban tendidos de bruces sobre una suave elevación situada al este del campamento de los caballeros negros. En el campamento, erigido en la herbosa orilla del río, reinaba un gran bullicio por las innumerables tropas que lucían la oscura armadura de los hombres de lord Ariakan. Parecía un acuartelamiento de tropas permanente. Docenas de grandes árboles habían sido talados para hacer sitio a las tiendas. Los troncos estaban amontonados a lo largo de los flancos del campamento, creando un eficaz parapeto.

Mientras observaba, el sol se ocultó casi por completo, dejando un cálido resplandor rojo en el cielo por el oeste.

—¿Dónde están los dragones? —susurró Calarran, tras apartarse un poco de Daraiel para obtener una perspectiva distinta entre los árboles.

Ella lo siguió, apoyándose sobre codos y rodillas, con gran cuidado de mantenerse agachada.

—Probablemente más al oeste, en las montañas. Pero esa gran zona despejada de allí parece haber sido preparada para que aterricen. Tendremos que estar atentos por si vienen. Son...

Daraiel siseó y aferró el brazo de Calarran.

—¡Mira! Allí, cerca de esa tienda a rayas. ¿No es Idron?

Calarran se puso a gatas para atisbar hacia el interior del campamento. Esta vez no fue necesario que Daraiel lo obligara a agacharse.

El personaje que vestía como Idron era alto y esbelto como un elfo. Dio dos

vueltas al claro y regresó a la tienda de rayas. Los dos guardias tomaron posiciones junto a la entrada.

—¡Es él! —susurró Calarran—. ¡Reconozco sus andares!

Se tendió de espaldas, sorprendido al comprobar que su corazón latía como si acabara de correr en círculos alrededor del campamento, en lugar de arrastrarse.

—Ya sabemos que lo tienen ellos. Y ¿ahora qué?

En los largos días que habían tardado en llegar y las largas horas dedicadas al reconocimiento del terreno, Calarran no se había permitido pensar en la posibilidad de que encontraran a Idron, del mismo modo que no se había permitido pensar que podían encontrarlo muerto.

Se mordió el labio y contempló las hojas que se mecían tranquilamente sobre su cabeza. ¿Y ahora qué? Él era un diplomático, no un guerrero. Pero no podía presentarse allí simplemente a negociar el regreso de Idron.

—¿Esperamos, observamos y confiamos en que los tuyos lleguen a tiempo? ¿Volvemos en su busca? ¿Deberías regresar tú para avisarlos mientras yo me quedo a vigilar?

Calarran miró a Daraiel y por su reacción comprendió que había formulado aquellas preguntas en voz alta. A pesar de los garabatos pintarrajeados, el rostro de la exploradora mostraba una expresión resuelta a la que ya estaba acostumbrado.

—Sólo somos dos —protestó él—. ¿Crees que deberíamos atacar el campamento?

—No, pero quizá podamos colarnos sin ser vistos y liberarlo.

—¿Qué?

—Yo puedo entrar furtivamente en el campamento en cuanto oscurezca. Su tienda no está lejos del bosque, por aquel lado. Podemos practicar una abertura en la parte posterior de la tienda y sacarlo de allí antes de que se percaten de su fuga.

Calarran se volvió e inspeccionó el campamento una vez más, con el corazón martilleando en su pecho ante la audacia del plan. La creía muy capaz de escabullirse hasta allí, entre las tiendas distribuidas en zigzag, entre las sombras.

—¿No crees que yo también puedo? —Las palabras eran tanto una provocación como una temeridad.

No podía creer que estuviera pensándolo siquiera. Pero al mismo tiempo..., ¿qué otra cosa podía hacer? Si se refugiaba en el bosque y esperaba a que la tribu de la exploradora rescatara a Idron, sería doblemente tildado de cobarde. ¡Y no era ningún cobarde! Tensó los hombros, esperando que la musculatura de su espina dorsal le transmitiera fuerza de voluntad.

Daraiel se rió sin alegría.

Calarran comprendió que su apariencia era ridícula, sentado con la espalda erguida y orgulloso, con sus pantalones de segunda mano, su rostro tiznado con los colores del terreno, sus largos dedos sucios de hollín y yeso. Su impecable aspecto

urbano había desaparecido hacía largo tiempo bajo el sudor y la mugre. Pero le demostraría a aquella semikalanesti que estaba equivocada.

Asintió con toda la firmeza que consiguió reunir.

—Puedo hacerlo.

Sus miradas se encontraron un momento. Ella lo miraba directamente a los ojos con expresión solemne.

—¿Cuándo echaste a correr..., en realidad?

Calarran inhaló aire sonoramente.

La mirada de la elfa, que no pestañeaba, evaluando, cuestionando, era tan intensa que Calarran no se atrevió a desviar la suya. O a negarse a responder.

—No lo sé. Sentí un pánico sobrenatural desde el instante en que vi arder en llamas los matorrales. Era como... Era como algo vivo. Como si la niebla cobrara vida. Recuerdo que tuve que alejarme... Los dragones aullaban en el cielo y pude oler a chamusquina...

Un estremecimiento lo interrumpió. Inspiró profundamente, con la esperanza de conjurar el olor a carne quemada, a bosque moribundo.

—Recuerdo que, cuando recobré el sentido, estaba a un par de metros de una zona quemada. El calor era todavía muy intenso, podía verlo danzando en el aire. No sé por qué corrí en lugar de morirme. No sé por qué me dejaron con vida. Quizá no me vieron. Quizá los dioses tienen previsto otro destino para mí. Sé que recé para que no me mataran.

La fuerza que había esperado de sus tensos músculos llegó a su corazón.

—Esta vez no correré, Daraiel. Lo prometo. —Contuvo el aliento y levantó la vista buscando la mirada de la elfa.

Durante un largo rato, ella calló, pero continuó escrutando los ojos de Calarran. Finalmente, justo cuando él empezaba a pensar que le estallarían los pulmones, la elfa se volvió y atisbo el campamento por encima de la loma.

—Mira —dijo, indicándole por señas que se uniera a ella—. Pasaremos entre las tiendas. Si avanzamos en zigzag por allí en dirección a la orilla, permaneceremos ocultos para el grupo de guardias más numeroso. Tú irás primero, yo te seguiré.

Calarran fue a protestar, a decirle que para él sería más seguro cubrir la retaguardia; pero en su lugar recogió su arco y emprendió el descenso, oblicuamente, por la ladera, en dirección al campamento. No miró atrás para comprobar si ella lo seguía.

Dio un cauteloso rodeo, recordando todo lo que la kalanesti le había enseñado sobre hacerse invisible: saltando de una sombra a otra; deslizándose, esperaba él, como una hoja mecida por la suave brisa de verano.

Llegó a la primera tienda. A la segunda. Intentaba moverse como las sombras titilantes que proyectaban las hogueras de campaña. Dejó atrás la tercera. Alguien

roncaba sonoramente en su interior. La cuarta. No había señales de guardias. Se detuvo en las sombras más espesas antes de doblar por la primera fila de tiendas, para luego mirar atrás y comprobar que Daraiel lo seguía de cerca.

Ya se había introducido en el campamento antes de que la última traza de gris del crepúsculo desapareciera del cielo; pero, ahora, las sombras eran densas y oscuras, y no vio ni rastro de su compañera. ¿No lo había seguido?

Su respiración estaba alterada, tan vacilante como el fuego. ¿Se hallaba solo en un campamento enemigo? Inspiró profundamente para serenarse. No importaba. Solo o acompañado, debía seguir adelante.

Avanzó lenta y cautelosamente, dejando atrás la segunda fila de tiendas. Giró de nuevo en dirección a la tienda que servía de prisión a Idron y, con gran precisión, se dio de bruces con un caballero que salía de otra tienda.

El rostro del caballero negro compuso una ridícula expresión de perplejidad. Calarran la identificó mientras el hombre, no tan alto como él pero el doble de grueso, lo sujetaba y gritaba pidiendo ayuda a sus compañeros. Unos brazos macizos como robles y del diámetro de un álamo joven oprimieron sus propios brazos contra el cuerpo. Calarran ni siquiera intentó escapar. Reprimió todos los instintos que le ordenaban resistirse o alejarse, porque si corría, saldrían en su busca y podían descubrir a Daraiel.

Se irguió cuanto pudo, tensó los hombros y declaró con voz autoritaria:

—Soy Calarran, ayudante del senador Idron e hijo del senador Rodalas. Exijo ser conducido ante Idron. —Confió en haber hablado en voz bastante alta para que lo oyera Daraiel.

Le ataron las muñecas a la espalda con tiras de cuero y lo abofetearon cuando gritó, exigiendo de nuevo que lo llevaran con Idron. Pese a que le zumbaban los oídos por el duro tratamiento recibido de uno de los guardias que lo habían capturado, Calarran se mantuvo firme. Ni siquiera trastabilló mientras los guardas lo llevaron a empujones ante su comandante.

Mientras repetía su discurso, advirtió que el guardia de la derecha, el que lo había abofeteado, se ponía rígido. El guardia lanzó un bronco gruñido y se volvió con expresión amenazadora.

—Si vuelvo a oír eso... —espetó.

El comandante, con una sonrisa que apenas curvaba las comisuras de sus labios, hizo una seña al guardia para que retrocediera.

—O eres muy valiente, o muy tonto, Calarran.

El calor y el color ascendieron lentamente por el cuello de Calarran, dirigiéndose hacia sus altos pómulos.

—Me enviaron con Idron como protección y asistencia. Mi lugar está a su lado. No puedo regresar a Qualinost sin él.

—¿Y por eso has venido hasta aquí, siguiendo nuestro rastro, burlando a nuestras patrullas, sólo para ofrecerte voluntariamente como rehén junto a tu senador? —El tono de voz del comandante era de clara incredulidad. Pronunció una última palabra en un tono tan indiferente que nadie se llamó a engaño—: ¿Solo?

—No he venido a ofrecermelo como rehén —dijo Calarran, y se sintió orgulloso de la dignidad que consiguió transmitir—. Ni siquiera sabía si Idron estaría vivo. Los elfos del campamento dijeron que os lo habíais llevado. Tenía que asegurarme. Tenía que saber lo que le había ocurrido. Y una vez averiguado, mi misión era liberarlo. — Calarran tragó saliva—. Habiendo fracasado en eso, mi lugar está a su lado.

—¿Y los demás, los elfos que se quedaron en el campamento? —Por el tono de voz del comandante estaba claro que no aprobaba que dejaran a nadie con vida.

—No vendrán. Pretendían aliarse con los qualinestis, pero al final han demostrado lo que son realmente. —Calarran frunció los labios en su mejor imitación del asco—: Renegados. Exilados —escupió—. No son amigos míos. Y tengo información sobre el paradero de su jefe.

El comandante le lanzó una calculadora mirada.

—Que sólo os daré si me lleváis con Idron.

El rostro del comandante se ensanchó con una ancha y cruel sonrisa. Indicó por señas a los guardias que lo acompañaran.

Calarran fue conducido por sus captores a través del trillado campamento, ante lumbres, tiendas y grupos de guardias. Los olores, tan distintos a los del campamento élfico, eran acres, a sudor humano y a animales, de carne guisada, de armas engrasadas, a bosque destruido, a hierba y matorrales aplastados y reducidos a polvo por gruesas botas.

A pesar de las sogas que ataban las manos de Calarran a su espalda, los guardias que lo escoltaban lo agarraban por los brazos con tanta fuerza que tenía los dedos insensibles. Los caballeros se volvían y contemplaban a la comitiva con el rostro pétreo e impasible bajo sus oscuros yelmos.

La escolta lo condujo directamente a la tienda de rayas con centinelas y lo empujaron sin contemplaciones al interior.

Idron se puso en pie de un brinco cuando Calarran se precipitó en la tienda. Hasta entonces había estado sentado ante una mesa de madera bastante labrada.

—¡Calarran!

El terror que Calarran había mantenido bajo control se desbordó al ver a Idron. Los guardias lo siguieron al interior de la tienda y lo sujetaron con rudeza cuando se tambaleó.

—Ya basta —ordenó Idron con voz serena pero firme, como alguien que espera ser obedecido en cualquier circunstancia.

Los guardias enderezaron a Calarran, lo soltaron y retrocedieron, en el momento

en que el comandante penetraba en la tienda.

—Comandante Haros, ¿qué significa esto?

—Hemos sorprendido a éste husmeando en el campamento, senador. Afirma ser vuestro asistente. Dice que os ha seguido el rastro, solo, porque su lugar está junto a vos.

Idron sonrió a Calarran y dijo amablemente:

—No debiste venir. —Después se volvió al caballero negro, Haros, y añadió con orgullo—: Es mi asistente. Mi personal es muy leal.

Los labios de Haros se curvaron con desdén.

—Es evidente. —Se volvió hacia Calarran—. Bueno, ahí está tu amo. Dime dónde se encuentra el renegado Porthios.

Idron dio un respingo; pero, antes de que pudiera decir nada, Calarran negó con la cabeza.

—¿De verdad creíste que te lo diría?

Haros dio un paso, enfurecido; pero Idron se interpuso entre ambos, lanzando una mirada de advertencia a Calarran por encima del hombro.

—Comandante, dejadme hablar con Calarran. No permitiré que le hagáis daño.

Haros titubeó y lanzó una furibunda mirada de desagrado y odio por encima del hombro de Idron. Después saludó marcialmente con un rígido y sarcástico movimiento.

—Lo dejaré aquí con vos unos minutos. Persuadidlo de que sea razonable antes de que yo vuelva. Es responsabilidad vuestra que se comporte.

En cuando el pliegue de la entrada de la tienda cayó detrás del último guardia, Calarran se abalanzó hacia Idron.

—Mi señor, ¿os han hecho algún daño?

—No. Éste no es el más elegante de los alojamientos, pero no he sido maltratado. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Por primera vez desde su entrada, Calarran se detuvo para estudiar su entorno. Al igual que el campamento de fuera, la tienda era muy distinta de lo que parecía desde la ladera de la colina. Los costados de lienzo y el techo abovedado se mecían suavemente con la cálida brisa vespertina, provocando a Calarran la espectral y claustrofóbica sensación de hallarse en el interior de los pulmones de una bestia rayada.

La mesa junto a la que se había sentado Idron se hallaba en el centro de la tienda. Sobre ella reposaba un libro abierto. Una lámpara brillaba con una cálida luz amarilla y junto al libro había una minúscula copa.

En una esquina divisó un petate enrollado y atado pulcramente con correas de cuero. En la otra había una linterna, apoyada sobre un trípode de ramas descortezadas que le llegaban al hombro.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —repitió Idron.

Calarran se obligó a interrumpir su inspección. Con una última y breve ojeada en derredor para asegurarse de que estaban solos, se acercó aun más a su señor.

—Tenemos que entretener al comandante todo el tiempo que podamos. He venido con una exploradora del campamento de los tessiels. Hemos venido a rescataros.

—¿Así que Porthios está contigo?

Calarran respondió con un gesto de negación.

Las esbeltas facciones de Idron se deformaron en una mueca.

—¿Tú y una exploradora, nada más? ¿Es eso lo máximo que podía hacer esa canalla renegada?

Que Idron tuviera tan poca confianza en él fue más doloroso que un sarpullido de ortigas.

—Creí que seríamos suficientes —mintió Calarran—. Su campamento fue destruido casi por completo. Daraiel y yo nos adelantamos para encontrarlos. Los demás nos siguen. —Calarran hizo una pausa, sin aliento tras sus atropelladas palabras.

—¿Porthios vendrá con ellos?

—No lo sé, mi señor. Eso espero.

—¿Y esa Daraiel?

—Tenía que venir detrás de mí. —Calarran no pudo reprimirse de mirar atrás, como si la kalanesti estuviera en la tienda con ellos—. Yo... no sé qué le ha ocurrido.

Idron titubeó unos instantes y luego se movió con tal brusquedad que Calarran se sobresaltó. Con una sonrisa de disculpa se situó detrás de Calarran para inspeccionar sus ligaduras. Idron tiró primero de un lado y después del otro.

Calarran se encogió de dolor cuando el cuero crudo le segó las muñecas.

—Me temo que no puedo aflojarlas. Pediré a los guardias que las corten. —Idron se dirigió con paso seguro al pliegue de la entrada y salió gritando el nombre de uno de los guardias.

Aunque hablaron en un tono demasiado bajo para que Calarran entendiera las palabras, sí distinguió primero la voz del senador y luego una que no conocía, y finalmente otra vez la del senador. Al principio parecía exigir algo, pero terminó persuadiendo, incluso lisonjeando.

Calarran no se sorprendió cuando Idron entró de nuevo en la tienda y se encogió de hombros a modo de excusa.

—Dice que te soltará cuando regrese Haros, no antes.

—¿Qué debo decirle cuando regrese? —Calarran miró a su mentor pidiéndole consejo.

—Espero que tu amiga se presente antes de que vuelva Haros. De lo contrario... Debemos pensar en algo que lo apacigüe.

—Quiere saber dónde está Porthios.

—Sí. Los caballeros se llevaron una gran decepción al no encontrar a Porthios en el campamento. —Idron rodeó la pequeña mesa con pasos lentos, al tiempo que se frotaba el mentón con el pulgar—. Siii... —Alargó la palabra en tono grave, evidentemente absorto en sus pensamientos.

Fue un gesto que Calarran había presenciado muchas veces desde que fue asignado al servicio de Idron. Ahora le pareció reconfortante, tranquilizador. Le proporcionaba fuerzas y esperanza.

Idron detuvo su paseo, medio de espaldas a Calarran, con su largo rostro sumido en las sombras.

—Pero en realidad no lo sabes, ¿verdad?

—Bueno..., en realidad no. Sé que pensaban seguirnos. Daraiel señaló nuestra ruta para que pudieran hacerlo. Pero dónde están ahora... no lo sé.

Una sonrisa tensó los labios de Idron. Irguió la cabeza y proyectó la mandíbula con orgullo.

Este otro gesto también lo había visto Calarran muchas veces: cuando Idron llevaba la razón en un debate; derrotaba a la oposición en una moción o conseguía imponer su opinión en un pleno del senado.

—¡Tenéis un plan! —exclamó Calarran con convicción.

Idron giró sobre sus talones. Tenía los ojos brillantes y mostraba los dientes en una amplia sonrisa. Pero antes de que pudiera hablar se produjo un alboroto en el exterior, frente a la entrada de la tienda: se oyeron voces airadas, pies al arrastrarse y un fuerte golpe seguido por un gruñido, como si un puño o una bota hubieran impactado en el vientre de alguien. El pliegue de la entrada de la tienda se elevó bruscamente y un cuerpo fue introducido por la fuerza.

El caballero negro, que hasta ese momento sujetaba a Daraiel, medio la empujó, medió la arrojó al interior de la tienda. La elfa se enroscó como una bola en cuanto tocó el suelo, rodó sobre sí misma y se puso derecha, girando vertiginosamente y adoptando una posición de ataque, apoyada sobre las punteras de los pies a pesar de tener las muñecas atadas a la espalda.

El guardia desenvainó a medias su arma.

Otro guardia, con la mano en la empuñadura de su espada, entró agachado en la tienda y se unió al primero.

Daraiel se tensó, como si pensara embestir de todos modos. Pero cuando se movió vio a Calarran e Idron. Al instante, toda su furia cambió de blanco. Saltó sobre Calarran y el primer guardia la interceptó a mitad de un paso, rodeando sus esbeltos hombros con un musculoso brazo y oprimiéndole la espalda contra su cuerpo.

Mientras forcejeaba por liberarse, la elfa maldijo en kalanesti.

Calarran no entendió ni una palabra, pero la ira y la furia de los ojos de Daraiel no

dejaban lugar a dudas sobre su significado. Ni tampoco sus palabras, cuando finalmente se acordó de cambiar al silvanesti.

—¡Cobarde, traidor! Les has dicho dónde estaba yo, ¿verdad?

En ese momento entró Haros en la tienda e Idron dijo con sarcasmo:

—Vaya, comandante, veo que la habéis encontrado.

La voz de Daraiel se detuvo, como si sus palabras hubieran sido cortadas con un cuchillo. Calarran sintió que la cabeza le daba vueltas como si se la hubieran aporreado. El dolor del ataque de Daraiel era como una picadura de mosquito comparado con la herida de arma blanca que era la traición de Idron.

—Exactamente donde dijisteis que estaría. —El corpulento humano señaló con breve gesto del pulgar en la dirección oportuna.

—Sí. —Idron se inclinó ante Daraiel.

Ella emitió un grave sonido gutural más propio de un animal, muy distinto a cualquier cosa que Calarran hubiera oído nunca salir de una garganta élfica, y se abalanzó sobre Idron.

El guardia la retuvo con un brusco tirón.

Daraiel respondió con una patada, apoyándose sobre el brazo que la apresaba para levantar ambos pies del suelo.

El guardia lanzó un reniego cuando los talones de la elfa se estrellaron contra sus espinillas. Sacó una centelleante daga de su cinturón y la arrimó al cuello de la kalanesti, por debajo de la oreja.

—Vuelve a pegarme —gruñó— y regaré esta seca tierra con tu sangre.

Daraiel continuó resistiéndose, pero mantuvo los pies pegados al suelo.

Idron sonrió sombríamente.

—Tengo otra misión para vuestras tropas, comandante, en cuanto haya suficiente luz. Mi joven asistente me confirma que Porthios y su banda les seguían la pista, buscándome. Creo que vendrán por el sur. —Idron miró a Calarran como si le pidiera una confirmación.

Calarran no reaccionó. Estaba demasiado asqueado para mirar siquiera a Idron. Se sentía tan embotado y herido en lo más íntimo como Daraiel enojada. Idron era su mentor, su amigo, el elfo en quien más confiaba su padre como maestro para su único hijo. Descubrir que Idron se había aliado con la Reina de la Oscuridad... Calarran estuvo a punto de perder la vida en el ataque. Después había seguido su rastro por el bosque de Qualinesti. ¿Y para qué? Para salvarle la vida a un traidor.

Daraiel contempló el asco reflejado en el rostro de Calarran, su parálisis. De pronto se quedó inerte en los brazos del guardia, como si también ella hubiera perdido toda esperanza en la lucha.

Idron lo vio y sonrió.

—Comandante, creo que ya podéis retiraros. Aquí ya no tendremos más

problemas.

Cuando Haros y el segundo guardia se hubieron ido y el pliegue de la entrada volvía a caer, Idron sujetó suavemente a Calarran por el brazo.

—Por favor, compréndelo, Calarran, lo que hago no me produce ningún placer.

Calarran se zafó con brusquedad y reculó hasta el extremo más alejado de la tienda.

—¡Sois un traidor a nuestro pueblo! ¡A mi familia! ¡A mí! ¡Casi me matan en el ataque a la patrulla de Eliad!

—Eso fue muy desafortunado. Nunca tuve intención de hacerte daño. Lo que hago es por Qualinesti. Ya viste cuánto daño pueden hacer estas tropas. —Idron inclinó el torso, rebosando sinceridad y candor—. ¿Querías que le hicieran lo mismo a Qualinost? ¿Querías ver tu casa arrasada hasta los cimientos? Conmigo de rehén, lord Ariakan tendrá un argumento de peso ante el senado. Ellos obligarán a Gilthas a negociar con Ariakan, a llegar a un acuerdo.

Calarran miró a los ojos a Idron y vio que el traidor no tenía conciencia de la definitiva perversidad de su plan.

—¿Y Porthios? —preguntó Daraiel con voz velada. Había permanecido tan inmóvil que el guardia que la sujetaba había apartado la daga de su cuello—. ¿También lo sacrificaréis a él?

Idron se encogió de hombros.

—Algunos miembros del senado todavía valoran a Porthios. Mientras él viva, influirá en sus decisiones.

—¿Y después?

—Su muerte es, por desgracia, una necesidad. Los humanos quieren a Porthios muerto. Es parte de su precio por garantizar la seguridad de Qualinost. Pero debo admitir que su muerte también nos será útil a nosotros. Con Porthios muerto, muchas cosas resultarán más fáciles. Mientras viva, siempre habrá alguien empeñado en que recupere el trono.

—¡No podéis hacer eso! —protestó Daraiel. Se movió mientras hablaba y su captor estrechó nuevamente su presa.

—Ya lo he hecho —replicó llanamente Idron. Se volvió hacia Calarran—. Calarran, quiero que al menos tú lo comprendas. ¿No entiendes que ésta es la única manera de salvar nuestra ciudad, a nuestro pueblo? No soy un traidor.

—¡Hay otra manera! —gritó Daraiel—. Porthios ha protegido Qualinost, ha desplegado a sus seguidores en una línea por el este. Con los guerreros de Qualinost... —Daraiel se interrumpió y su mirada pasó de Idron a Calarran como si sopesara la conveniencia de proseguir. Calarran le hizo un gesto afirmativo, y la elfa continuó—: Con los guerreros de Qualinost, las tropas de la Oscuridad se verían atrapadas entre nuestras fuerzas y las vuestras. Los empujaríamos hasta expulsarlos

de Qualinesti.

—¿Ése es el plan que Porthios quería proponer en nuestra reunión?

—Se supone que yo no debería estar enterada... —Daraiel miró de nuevo a Calarran y continuó—: Los oí sin querer discutiendo el plan de Porthios.

Calarran contuvo el aliento mientras Idron meditaba las palabras de la elfa.

—No saldría bien. —Idron la miró con lástima, como si fuera una niña o una idiota, y luego extendió las manos con las palmas hacia arriba en un gesto dirigido a Calarran—. Son demasiados. Nosotros somos muy pocos. ¿No te das cuenta?

Al cabo de un momento, Calarran asintió con renuencia.

—Sí. Sí, lo entiendo.

Idron irguió bruscamente la cabeza como si no hubiera oído bien las palabras de Calarran.

—¿Estás de acuerdo? ¿Te pondrás de mi parte en eso? —preguntó cautelosamente Idron.

Calarran palideció, pero se mostró conforme.

—Sí.

—¡No! —Una vez más, Daraiel se abalanzó sobre ellos. De nuevo, el fornido guardia la retuvo.

Cuando Idron avanzó un paso, Calarran se volvió y le tendió las manos para que se las desatara. Las patas de madera del trípode de la lámpara quedaban a sus pies. El calor de las llamas acarició su rostro.

Calarran miró de soslayo a Daraiel, intentando llamar su atención.

—Daraiel —dijo suavemente.

Se movió cuando Idron tocó las ligaduras de cuero y acercó el pie a la pata del trípode de la linterna.

Daraiel jadeó al ver moverse el pie. Calarran observó que la garganta de la elfa se agitaba convulsivamente al tragar saliva. Sus miradas se encontraron y aguantaron tanto rato que Calarran temió que el guardia lo advertiría.

Finalmente, ella asintió con el más leve de los cabeceos. El movimiento bastó para alertar al guardia, pero ya era demasiado tarde.

En el momento en que Calarran vio bajar la mandíbula de Daraiel, golpeó la pata del trípode con el pie. Mientras el artilugio entero se ladeaba, Calarran inclinó un hombro y empujó la lámpara violentamente contra la pared. El aceite caliente se desbordó y unas gotas centelleantes rociaron la pared de la tienda, el suelo y el hombro de Calarran. El fuego cobró vida como una erupción volcánica en todos los puntos salpicados por el aceite.

Cuando el guardia afianzaba su presa sobre Daraiel, la elfa arqueó la espalda y dio un salto para propinar una patada hacia atrás con toda su fuerza. El guardia no podía sujetarlas a ella y a la daga al mismo tiempo que impedía que ambos cayeran al

suelo. La presión sobre los hombros de Daraiel se aflojó cuando el guardia intentó evitar el golpe. Ella se retorció en su caída y se liberó del abrazo. Antes de que el guardia lograra enderezarse, la elfa apoyó los pies en el suelo, bajó la cabeza y lo empujó con todas sus fuerzas.

Calarran los vio caer mientras él mismo caía. Rodó sobre sí mismo para alejarse del infierno de aceite en llamas, restregando el hombro contra el suelo por si el fuego hubiera prendido también en el aceite que le había caído encima.

Cuando se detuvo y se incorporó apoyándose en un codo, Daraiel y el guardia estaban en el suelo. La elfa también utilizaba un codo para levantarse. El guardia, que se había golpeado la cabeza contra una pata de la mesa de madera, no se movía.

La tienda se empezaba a llenar de humo y olor a tela quemada. Calarran se arrodilló y consiguió ponerse en pie vacilantemente.

Idron se le acercó con el puño en alto.

—¡Necio! —aulló, haciéndose oír por encima del rugido del fuego.

Calarran encogió los hombros y detuvo el ataque arremetiendo de cabeza. Oyó resoplar a Idron a consecuencia del cabezazo contra su estómago, notó el impacto de los dos cuerpos al desplomarse y el seco crujido de la cabeza de Idron cuando rebotó contra el suelo. Después escuchó su propio jadeo al caer sobre las piernas del senador.

Daraiel estaba a su lado cuando rodó sobre sí mismo esta vez, ofreciéndole un muslo como punto de apoyo para ayudarlo a incorporarse. La elfa tosía de una forma tan violenta que apenas podía sostenerse en pie.

A diferencia del guardia, Idron estaba consciente. Gruñó, aturdido, y trató de moverse, arañando el suelo débilmente con las manos.

Calarran boqueó en busca de aire y el humo inundó sus pulmones. El fuego crepitaba ahora por todas partes a su alrededor y lamía ávidamente el techo de la tienda. No quedaba mucho tiempo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Daraiel entrecortadamente por la tos.

Idron gimió de nuevo.

Calarran introdujo el pie bajo la cabeza de Idron y empujó. El elfo rodó hacia la pared de la tienda.

—¿Qué haces? —Daraiel lo empujó con el hombro—. ¡Fuera! ¡Fuera!

—No puedo dejarlo aquí —gritó a su vez Calarran—. ¡Ayúdame!

La elfa titubeó durante una fracción de segundo.

—No lo mataré.

Se situó al lado de Calarran y juntos empujaron a Idron a través de la pared de la tienda en llamas. En cuanto se vio libre del fuego, Daraiel echó a correr con el torso inclinado. Calarran la imitó.

El campamento bullía de gritos y soldados que corrían, algunos ya provistos de

baldes. Daraiel se desvió para eludir al grupo más nutrido y se ocultó detrás de una tienda.

El caliente aire nocturno era el más dulce y fresco que Calarran había respirado nunca. Su frescura lo sumió en otro paroxismo de tos.

Daraiel también tosía, pero sin dejar de avanzar a lo largo de una fila de tiendas. Giró bruscamente y siguió otra fila; se agachó detrás de otra para no ser vista por un grupo de soldados y eso permitió a Calarran alcanzarla.

—Corremos en la dirección equivocada —dijo, jadeando—. Tuerce a la izquierda, hacia el bosque.

Daraiel negó con la cabeza, al tiempo que reanudaba la marcha.

—Alejémonos del río —replicó, también entre jadeos—. Todos... irán... al río. El fuego...

Calarran se permitió mirar atrás. El fuego se había extendido. Las vivas llamas anaranjadas lamían el cielo nocturno hasta la copa de los álamos más próximos. A su alrededor, empezaba a remolinear la ceniza. Los gritos de los caballeros negros, el crepitar del fuego y los relinchos de los aterrorizados caballos resonaron en la noche.

Corrió en pos de Daraiel. No había soldados a la vista y ella había dejado de zigzaguear entre las tiendas y se dirigía en línea recta hacia el bosque. La alcanzó justo en el momento en que se internaba entre los árboles.

Siguió los reflejos plateados y grises de la ropa de la elfa en la penumbra, casi incapaz de verse los pies. No habían avanzado mucho cuando ella redujo el paso y finalmente se detuvo. Descendió una pequeña loma y su cabeza desapareció de la vista de Calarran cuando éste la oyó tumbarse en el suelo.

Volvió la vista atrás antes de seguirla. Un resplandor espectral iluminaba el cielo desde la orilla del lago, que ahora parecía más pequeño. Los árboles eran amenazadoras masas oscuras y la silueta de sus ramas se recortaba contra el resplandor como nudosos y deformes brazos tendidos hacia él.

Dio dos pasos por la pendiente, se dejó caer sentado y resbaló hasta situarse al lado de Daraiel.

—Tenemos que irnos pronto. Creo que han conseguido dominar el fuego.

Pudo verla asentir bajo la extraña luz anaranjada. Algo del resplandor penetraba en el bosque, pero se oían los gemidos y chasquidos del fuego. Sonaban como la deflagración del aliento de un dragón.

—Necesito descansar un minuto más —jadeó Daraiel—. Para recuperar el aliento.

—¿Estás herida?

Ella lo negó vivamente.

—No. Tengo que seguir para prevenir a los demás. Para contarles... lo de Idron.

El dolor por la traición de Idron oprimió el corazón de Calarran, apagando el

júbilo por la huida.

Daraiel respiraba áspera y entrecortadamente, y Calarran advirtió que sus propios jadeos no sonaban mucho mejor. Se acercó a ella y oprimió una pierna contra la suya. La elfa olía a humo y sudor; su pierna estaba caliente y temblaba contra la de él, pero resultaba muy reconfortante.

—Lamento no haber confiado en ti —dijo Daraiel con un hilo de voz—. Lamento haberte llamado... todo aquello.

Calarran se encogió de hombros en la oscuridad, seguro de que ella notaba el contacto de sus respectivos brazos.

—No pasa nada. Lo comprendo. Pensabas en el ataque.

La voz de la elfa era aun más queda y fina cuando habló de nuevo.

—No me has preguntado cómo logré sobrevivir al ataque.

Las palabras tomaron por sorpresa a Calarran.

—Supongo que di por sentado que te libraste.

—Yo también huí.

El aire se quedó atrapado en la garganta de Calarran.

—Tenía miedo, mucho miedo. Pero oía a Eliad. Quería ir hacia él. Me acerqué, aunque el miedo me tenía aturrullada. Pero... no lo salvé. No pude salvarlo. No se me ocurrió ninguna razón para no echar a correr.

Calarran permaneció completamente inmóvil, con el pecho apenas agitado por la respiración, con la mente apenas agitada por el pensamiento.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Los jadeos de Daraiel se fueron espaciando y Calarran comprobó que también él respiraba con más regularidad y que el dolor de sus pulmones remitía. A medida que el temblor de sus miembros se calmaba y ella seguía arrimada a su costado, inmóvil y silenciosa, el dolor fue retirándose de su corazón.

—Tenemos que seguir —dijo finalmente. Su voz sonó muy alta en plena oscuridad.

Con un suspiro, Daraiel se irguió y empezó a retorcerse y contorsionarse.

Calarran se sentó también.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento desatarme las muñecas. No daré un paso más hasta tener las manos libres. —Flexionó el torso hacia un lado con tanto ímpetu que casi perdió el equilibrio—. Palpo el nudo encima de todo. Si al menos pudiera verlo...

Con una sonrisa, Calarran se apartó de ella.

—¿Puedo ayudarte, quizá? —Se balanceó sobre las puntas de los pies y los talones e inspiró profundamente un par de veces para relajarse, expulsando deliberadamente todo el aire posible. Después apoyó la espalda en el suelo, flexionó las rodillas contra el pecho y pasó las manos atadas por debajo de su cuerpo hasta

situarlas delante.

Con expresión triunfante, se sentó y extendió los dedos hacia Daraiel.

—¿Preguntabas qué aprendí cuando debería estar jugando en el bosque? Mi madre me enseñaba a hacer piruetas y otras habilidades acrobáticas.

Ella lo miró con asombro.

Al cabo de un instante, sonrió. Después se giró y extendió hacia atrás cuanto pudo las muñecas atadas.

—Espero que tu madre te enseñara también a deshacer nudos.

El hijo de Huma

[Richard A. Knaak]

Y el mundo estaba muerto...

El oscurecido cielo se onduló y la tierra se revolvió como si se hubiera derretido. El contingente de Caballeros de Solamnia tuvo poco tiempo para hacerse a la idea del salvaje desastre, y mucho menos para salvarse de él. Hombres y caballos gritaron al ser arrojados por los aires o hundirse rápidamente en la tierra líquida. Los cuatro dragones que los acompañaban no corrieron mejor suerte: los cielos se cerraron a su alrededor en una tormenta tan violenta que salieron despedidos como minúsculos juguetes. El Dragón Dorado que encabezaba el cuarteto fue el primero en morir, al estrellarse contra una ladera montañosa con tal violencia que su espina dorsal se quebró con un chasquido audible. El viejo Dragón de Bronce intentó valerosamente mantenerse en el aire, pero la debilidad lo precipitó finalmente en una caída mortal. Sólo los dos Plateados lograron seguir volando durante un tiempo, pero nada podían hacer ya por sus semejantes o por los humanos.

Stoddard tuvo el tiempo justo de ver a Blane caerse del caballo y morir aplastado bajo una masa de tierra giratoria antes de que él mismo fuera derribado de su aterrorizada montura. El Caballero de la Rosa cayó al suelo con gran estrépito metálico, pero su alivio inicial por haber aterrizado en tierra firme pronto dejó paso al horror.

Vio la ondulante oscuridad cobrar forma. La muerte había venido por ellos, sí, la muerte con la vaga forma de Caos, pero ésta era diferente. Su cuerpo era un agitado campo de estrellas, un torbellino viviente. La envergadura de la bestia doblaba la de cualquiera de los dragones que acompañaban al contingente de cincuenta hombres, y sus fauces podían tragarse enteros a dos o tres caballos de batalla, con armadura incluida.

El primer Dragón Plateado, la hembra, no tuvo tiempo de reparar en la inmensa figura. Las formidables zarpas del dragón de Caos le desgarraron las alas. La hembra rugió de dolor y trató de revolverse, pero ya no podía controlar su vuelo. Sin embargo, aparentemente insatisfecho con limitarse a permitir que la hembra se precipitara a una muerte segura, el monstruo de Caos la sujetó con las garras y, mientras ella forcejeaba, le rajó la garganta. Sólo entonces soltó el cuerpo plateado y se encaró con el otro dragón.

El macho, compañero de la asesinada, rugió de furia y realizó un supremo esfuerzo por atacar, pero las sinuosas oleadas de aire que parecían rodear al dragón de Caos impedían al Plateado alcanzar la velocidad necesaria. Su horrendo adversario repelió al valiente dragón con la misma facilidad que si fuera uno de los patéticos

humanos. Estiró el cuello y levantó la cabeza, abrió la boca... y un estruendo ensordecedor embistió al caballero herido.

Stoddard no se atrevió a soltarse para taparse los oídos, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas. Las lágrimas corrieron por sus mejillas. La cabeza del dragón colgaba ladeada y sus ojos ciegos oteaban el infinito. El monstruo sacudió el cadáver una vez más y luego lo soltó.

«Que Paladine nos guarde —pensó Stoddard—. Ese ser controla todo lo que nos rodea. Es... Cincuenta hombres buenos... Los dragones. ¿Nada puede detenerlo?».

El dragón de Caos extendió las alas e inspeccionó el panorama de destrucción. Sus ojos parecieron fijarse en Stoddard.

Todo pensamiento abandonó precipitadamente al Caballero de la Rosa. Jamás, en toda su vida, se había sentido tan indefenso, tan aterrorizado.

El monstruo abrió las fauces de par en par y rugió.

Esta vez el miedo fue excesivo: Stoddard se desmayó.

Un hilito de agua resbaló por su boca reseca. Stoddard tragó, involuntariamente al principio, y luego con avidez el líquido que siguió. Un chorro de agua corrió por su mejilla.

—Lo siento —susurró alguien desde la oscuridad circundante—. Llegué demasiado tarde...

Saciado de momento, el caballero dejó de beber. El flujo de agua se interrumpió casi en el acto, pero no antes de empaparle el mentón y el cuello.

—¿Quién...? —Stoddard apenas pudo reconocer su propia voz temblorosa. Tosió y volvió a intentarlo—. ¿Quién...?

—Hazte a un lado, muchacho —dijo otra voz, también en susurros—. Déjame verlo. Por poco lo ahogas.

Stoddard reconoció finalmente en la segunda persona a uno de sus propios hombres, un Caballero de la Espada llamado Ferrin. No había caído en la cuenta de que aún tenía los ojos cerrados. El mundo se iba enfocando lentamente, revelando el rostro estrecho y barbudo de Ferrin y el de un joven pálido, de facciones regulares, afeitado y con unos rasgos que parecían vagamente élficos. Su cabello castaño estaba teñido prematuramente de gris.

—¿Cómo os sentís, mi señor? —preguntó Ferrin con voz igualmente queda.

—Estoy... derregado, pero... —El Caballero de la Rosa comprobó cuidadosamente el estado de sus miembros. Le dolía terriblemente el hombro izquierdo, pero no parecía haber nada roto. Dio gracias a Paladine por el milagro—. Me parece que estoy entero.

—Demos gracias.

—¿Por qué habláis en susurros? ¿Está el monstruo por aquí todavía?

El rostro de Ferrin se torció en una fea mueca.

—No estoy susurrando, señor. Tampoco el muchacho.

El alarido del dragón le había dañado los oídos. Quizá consiguiera enderezar las cosas mediante la oración, pero Stoddard sabía que no poseía la fuerza ni el tiempo para preocuparse por eso en aquel instante. Había demasiado en juego.

—¿Cuántos..., cuántos... han sobrevivido?

El caballero y el joven intercambiaron una larga y elocuente mirada.

—Sólo he encontrado a Karis, Crandel y Marlane, mi señor —respondió finalmente Ferrin—. Marlane murió en mis brazos y Karis falleció no hace aún una hora. Conseguí vendar las heridas de Crandel. Ahora está descansando.

—¿Nadie más?

—Nadie. Y casi no os encuentro a vos. Fuisteis arrojado a gran distancia. —Ferrin miró de soslayo al muchacho—. Cuando os vi, éste ya os estaba atendiendo. De eso hace aproximadamente una hora, mi señor. —El caballero suspiró—. Sólo nos queda un caballo. Tuve que rematar a los otros cuatro que encontré. Creo que el susto nada más dejó medio muertos a la mayoría.

El susto. Caballos de batalla bien entrenados muriendo de un susto. Era algo prácticamente inaudito. Stoddard reunió finalmente las fuerzas para intentar incorporarse.

—Y los dragones, ¿murieron todos?

—El de Bronce vive, lord Stoddard.

El caballero de más edad le obligó a repetir la sorprendente afirmación.

—¿De veras? Creí verlo caer.

—Sólo puede volar distancias cortas y se ha torcido una pata; pero, por lo demás, está físicamente indemne. Su mente puede tardar un poco en recuperarse.

El joven bajó la vista. Había rastros de lágrimas en su rostro.

—Lo siento. Intenté seguirlo como pude, pero subestimé al dragón de Caos. No sabía que pudiera volar tan rápido.

Las palabras de su salvador no tenían sentido, pero a Stoddard no le importó en ese momento. Cincuenta hombres y cuatro dragones. El monstruo había aniquilado a todo un contingente previsto para proteger el puerto de Aramus, un importante enclave en las rutas de aprovisionamiento de los ejércitos que combatían a las fuerzas de Caos en el norte de Ansalon. Los Caballeros de Takhisis habían despojado al puerto de la mayor parte de sus defensores originales, creyendo que el lugar se hallaba lo bastante alejado de las hostilidades para estar seguro. Sólo en el último momento se habían dado cuenta de que Aramus no estaba más seguro que cualquier otro lugar, y por eso Stoddard y sus hombres habían sido relegados a la labor de defenderlo.

«Y ahora hemos fracasado sin llegar a nuestro destino siquiera», pensó Stoddard.

No podía ser por coincidencia que el dragón de Caos hubiera atacado tan cerca de

la ciudad portuaria. Si Aramus no era ya un montón de ruinas, lo sería pronto.

—Aramus. Tenemos que averiguar...

—La ciudad debería estar intacta —le informó rápidamente el joven—, pero no por mucho tiempo. El dragón de Caos necesitará algún tiempo para recuperarse, después de este ataque. Pero ya ha transcurrido un día. No le hará falta mucho más.

Stoddard tuvo que concentrarse para entender todas las palabras. Estudió atentamente al joven. Su rescatador era joven, tal vez un escudero.

—Pareces saber más que nosotros de ese monstruo. ¿Quién eres?

—Soy Liam de Eldor, mi señor. He perseguido a esa criatura desde que penetró en Krynn. Yo... siento mucho no haber conseguido detenerla antes de que os atacara.

¿Él había intentado detener a la bestia de Caos antes de que destruyera a cincuenta caballeros bien armados y cuatro dragones adultos? El muchacho debía de estar enajenado. Stoddard no se sorprendió demasiado. Había conocido a demasiados como él, víctimas de la guerra que vivían en su propio mundo fantástico en lugar de afrontar los horrores de la realidad. Una lástima.

—¿Y por qué iba a ser tuya una responsabilidad tan terrible, para empezar, Liam de... Eldor, verdad? Estamos en guerra y semejantes tareas recaen sobre los guerreros. —Stoddard no pudo reprimir un escalofrío—. E incluso nosotros fracasamos.

Liam alzó la vista hacia el cielo.

—No había nadie más. Mi padre hace cuanto puede, pero las fuerzas de Caos están en todas partes. —El joven meneó la cabeza y se secó el resto de las lágrimas—. Pero yo no puedo dejar que las cosas sigan así, mi señor, más de lo que puede mi padre. Además, soy el único que tendría alguna posibilidad contra un ser como el dragón de Caos.

Indicando por señas a Ferrin que lo ayudara a levantarse, Stoddard replicó educadamente:

—Te estoy muy agradecido por tu ayuda, Liam, pero sigue siendo mejor que nos dejes este asunto a nosotros. Si en efecto te queda algún familiar, debes volver con ellos. Esto no es..., nunca podría ser responsabilidad tuya.

—¡Pero me necesitáis! Sé que no soy mi padre, pero he aprendido mucho de él.

Inclinándose hacia su comandante, Ferrin masculló:

—Preguntadle quién es su padre, lord Stoddard. Preguntádselo.

A juzgar por el tono de su voz, Ferrin ya conocía la respuesta y la consideraba anómala. Picada su curiosidad, Stoddard siguió el consejo de Ferrin.

—¿Así que tu padre es un caballero? ¿Cómo se llama? Tal vez lo conozco.

El joven se irguió en toda su estatura y, en aquel momento resultaba, justo era reconocerlo, más imponente de lo que el veterano caballero había imaginado en un principio.

—Tal vez hayáis oído hablar de él, mi señor. Su nombre es Huma de Eldor, también conocido como Huma de la Lanza.

Stoddard se convenció de que el oído le había fallado por completo esta vez. Parpadeó y luego miró a Ferrin en busca de confirmación. El otro caballero asintió tristemente.

—Eso es lo que ha dicho, lord Stoddard, «Huma de la Lanza».

Stoddard carraspeó pero no dijo nada en voz alta. «Enajenado..., el muchacho está definitivamente enajenado».

Liam reparó en el incómodo silencio y prosiguió.

—Evidentemente, su forma mortal pereció hace siglos, pero tanto él como mi madre fueron conducidos junto a Paladine, para vivir con él. —Su pecho se hinchó con orgullo—. Yo soy el resultado de su unión: su hijo. Siempre observaba Krynn, siempre quise recorrer Ansalon. Cuando mi padre regresó finalmente al mundo... para participar en esta guerra..., yo quería acompañarlo, pero él temía por mí. Me prohibió venir. —El joven parecía sentirse algo culpable—. Pero mi padre no podía conocer la existencia de este monstruo, porque se presentó después de que él hubiera regresado al mundo mortal. Lo percibí y decidí que tenía que venir a Krynn para ayudar.

—Tú... —Pero no tenía sentido prestar atención en serio a la historia del muchacho.

Con un suspiro, el Caballero de la Rosa apartó la vista de Liam y oteó el paisaje. Se habían formado nuevas colinas debido a los estragos del dragón de Caos. En muchos lugares había árboles tumbados, arrancados y dispersos. De la matanza de humanos, sin embargo, Stoddard no vio ni rastro.

—Ferrin, llévame junto a los hombres.

—Deberíais descansar, mi señor...

—Llévame con ellos.

El otro caballero lo sostuvo por el brazo. Stoddard se esforzó por no descargar todo su peso en su compañero, luchando a la vez contra el dolor y la debilidad. Cuando los dos iniciaron la marcha, Liam de Eldor se situó precipitadamente al otro lado y lo sujetó por el antebrazo, sin duda intentando ayudarlo. En su lugar, lo único que consiguió fue empeorar los dolores de Stoddard.

—¡Con cuidado, bobo! —De no estar ayudando a su superior, es probable que Ferrin hubiera agarrado a Liam por el pescuezo.

—Perdonadme, mi señor. —Liam se retiró, pero continuó junto a ellos.

—No pasa nada, muchacho. —Stoddard miró de hito en hito a Ferrin, indicándole con su sola expresión que era inútil perder el tiempo regañando a su perturbado compañero.

El viaje no era largo, pero requirió más fuerzas de las que Stoddard había creído

necesarias. Lo que vio le hizo olvidar trivialidades como el agotamiento y el dolor.

Los cadáveres de sus hombres seguían tendidos donde habían caído, algunos medio enterrados. Un brazo sobresalía de la ladera de una colina, un pie calzado con bota asomaba por otra. Un caballo de batalla yacía despatarrado, no muy lejos del trío con el espinazo evidentemente roto. Un hombre había sido aplastado por una enorme roca y su horrorizada expresión bastaba para provocar escalofríos en el guerrero más curtido. La escena parecía salida de una pesadilla.

Liam caminaba, dando traspiés, a su lado. Tenía el rostro blanco y la boca permanentemente abierta. Contemplaba sin parpadear la visión que se extendía ante ellos. Luego, en un acto que Stoddard podía haber previsto, el joven se dio la vuelta, cayó de rodillas y vomitó.

—El hijo de Huma... —comentó irónicamente Ferrin, en voz lo bastante alta para que no sólo lo oyera su comandante, sino también el aspirante a campeón.

—¿Recuerdas tu primera experiencia en combate, Ferrin?

El otro caballero guardó silencio. Lord Stoddard se alejó unos pasos de él, decidido a inspeccionar el resto de la tragedia por sus propios medios. Tenía que aprender a contar sólo con sus fuerzas otra vez, y deprisa.

Muchos de los hombres habían muerto en pocos segundos. Unos cuantos habían durado un poco más, resultaba evidente, algo sobre lo que Stoddard no quiso indagar. Era una de las peores catástrofes que había presenciado en su dilatada carrera. Sus hombres no habían tenido ni una oportunidad de defenderse honrosamente.

«Y toda una ciudad, Aramus, afronta el mismo peligro —pensó Stoddard—. Si hay algo de verdad en lo que ha dicho Liam de Eldor, Aramus está en grave peligro por culpa de la misma bestia. Sólo somos tres, cuatro, contando al dragón, pero debemos hacer algo...».

De improviso, Liam estaba a su lado. Stoddard maldijo en silencio su deficiente audición. La presencia del muchacho, sumada a sus lúgubres pensamientos, había sobresaltado al caballero.

—Yo... siento lo de antes, cuando he... Nunca había visto una escena tan aterradora.

—Forma parte de la guerra, muchacho. Ya deberías saberlo. Es una de las primeras cosas que inculcamos a quienes ingresan en la caballería. La guerra no es un juego. Los caballeros no se limitan a montar a caballo para celebrar torneos y competiciones de esgrima. —Stoddard levantó los brazos, señalando la devastación que los rodeaba—. Esto es lo que todo nuevo miembro de las Órdenes Solámnicas debe aprender a prever: la muerte en su forma más espantosa.

El rostro de Liam palideció aun más, pero esta vez el joven pareció recobrar el ánimo.

—Mi padre me hablaba de este aspecto de ser un caballero. Creo que lo hacía

para asustarme cada vez que intentaba seguir sus pasos. Pero siempre he creído que si el riesgo merecía la pena para él, ¿cómo iba yo a ser menos?

El muchacho estaba tan serio que Stoddard casi deseó creer que el joven era quien decía ser. Sin embargo, no podía perder tiempo siguiéndole la corriente. Tal vez una pregunta que Liam no pudiera responder lo obligaría a volver de golpe a la realidad.

—Encomiable, pero ¿por qué ahora, Liam? Ciertamente, nos habríais venido muy bien, tu padre y tú, en la Guerra de la Lanza. ¿Por qué no vinisteis entonces? La situación era muy grave. La Reina de la Oscuridad por poco se apodera de Krynn.

En respuesta, Liam masculló algo que Stoddard dudó que hubiera entendido aunque tuviera los oídos sanos. El caballero lo miró fijamente hasta que Liam lo repitió.

—Mi padre quería ayudar entonces, pero Paladine no se lo permitió. No era el momento, según Paladine. Sé que ocurrió lo mismo durante el Cataclismo. De nuevo, mi padre quería ayudar, pero Paladine se lo prohibió. Sólo ahora, sólo cuando el propio Paladine lo ha decretado ha sido posible para mi padre regresar a Krynn. —Liam parecía un niño que ha perpetrado una travesura—. Y sólo porque él ya no me vigilaba he podido venir a Krynn.

¿Liam se había escabullido del supuesto reino celestial donde transcurría su existencia mientras sus padres estaban ocupados en otro lado? Por una parte, la historia le pareció a Stoddard tan divertida que casi sonrió. Por la otra, era tan patética que lo entristeció. Lo más probable es que Liam fuera hijo de algún agricultor fallecido durante la actual campaña, un superviviente que necesitaba una compensación tan desesperadamente que se creía un héroe.

—Has hecho lo que has podido, hijo —respondió amablemente el Caballero de la Rosa—. Te lo agradezco. Pero te recomiendo que dejes la lucha para aquéllos que han sido entrenados en combate.

—Pero...

Stoddard no podía permitirse el lujo de ser demasiado amable. A cada momento de retraso se reducían las escasas posibilidades que tenían de auxiliar a la ciudad. Tenían que apresurarse, incluso dejando a los muertos insepultos.

«¿Y qué haremos aunque lleguemos a tiempo a Aramus? —se preguntó Stoddard—. Tres caballeros heridos y un dragón viejo y lisiado...».

Eso no importaba. Eran Caballeros de Solamnia. El Código y la Medida exigían el máximo.

Se volvió hacia Ferrin, que no se había alejado, a todas luces receloso de su delirante compañero.

—Es hora de reunir nuestras fuerzas. —El comandante ni siquiera miró a Liam de Eldor, pero pudo percibir que el joven lo escuchaba y esperaba otra oportunidad de defender su causa—. Despierta a Crandel. A ver si está en condiciones de viajar.

Registra la zona y recoge el equipo que aún pueda resultarnos útil. —Stoddard hizo una pausa—. Si puedes hacer algo de prisa por algunos de los cadáveres, adelante. Yo iré a hablar con el Dragón de Bronce. He ideado un plan.

—¿Podréis caminar tanta distancia, mi señor? Yo podría llevaros...

—Iré por mis propios medios, gracias. —Le temblaban las piernas, pero se mantuvo firme a base de pura fuerza de voluntad. Tras inspirar profundamente, el Caballero de Solannia se alejó lentamente en la dirección que había indicado Ferrin.

Encontró al Dragón de Bronce tendido de costado, con el miembro herido colgando flaccidamente. El dragón abrió los ojos cuando el humano se aproximó.

—Lord Stoddard...

La retumbante voz le resultó muy agradable al oído. Era la primera vez desde el desastre que el caballero no tenía que esforzarse por distinguir las palabras de otro.

—Razer, ¿cómo te encuentras?

—¿Eh? ¿Cómo? Estoy vivo... Eso es más de lo que puede decirse de los otros, ¿no? ¿Qué ocurrió?

—¿No recuerdas al dragón de Caos?

El anciano Dragón de Bronce se quedó mirándolo.

—Ah, sí. Esa cosa. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente con el súbito recuerdo—. Esa cosa... ¡les rebanó la garganta! —El dragón intentó incorporarse bruscamente, pero cometió el error de intentar apoyarse en la pata herida. Por poco no se desplomó sobre su visitante, que retrocedió trastabillando. Luego añadió—: ¡Lo haré pedazos!

Unos fuertes brazos sujetaron a lord Stoddard.

—Ya os tengo, mi señor.

Liberándose de un tirón, Stoddard contempló al peculiar joven. El omnipresente Liam empezaba a desconcertarlo. No esperaba que el muchacho lo siguiera hasta el dragón.

—Gracias, pero puedo arreglármelas sin tu ayuda.

Asintiendo tristemente, el joven se retiró. El caballero veterano se volvió para enfrentarse al Dragón de Bronce que examinaba al recién llegado. Razer parecía haberse olvidado de sus heridas mientras estudiaba a Liam de Eldor.

—No te conozco —ronroneó el dragón. Los ojos del reptil se estrecharon—. ¿O sí? Olvido tantas cosas...

—Lord Stoddard —interrumpió Liam con voz ligeramente temblorosa. Para alguien que afirmaba estar dispuesto a combatir contra un dragón, Liam no parecía preparado a enfrentarse ni siquiera a uno amistoso. El joven temblaba ahora de pies a cabeza—. El dragón de Caos estará casi recuperado del agotamiento. ¡Aramus no está lejos! Debemos apresurarnos. ¡Quizás aún tenemos tiempo de salvar a la gente!

—¡Es verdad! —rugió Razer, dando por finalizada su inspección del joven

humano, a la luz de las apremiantes noticias—. ¿Cuántos caballeros quedan?

—Sólo somos tres. Estamos heridos pero aptos para la lucha. Sin embargo, no sé qué podemos hacer contra ese monstruo.

—Si tengo que usar los cuartos traseros para mandarlo de una cox junto a su amo, lo intentaré, lord Stoddard, pero mis posibilidades aumentarían enormemente si hubiera un jinete armado con una lanza sobre mi lomo. Soy viejo, lo sé. Aprovecharé todas las oportunidades que pueda.

El Caballero de la Rosa reflexionó sobre el asunto. Conservaban algunas lanzas normales, pero ninguna de las legendarias Dragonlances. En su mayoría, éstas se hallaban en manos de los Caballeros de Takhisis. Stoddard y sus hombres tendrían que apañarse con las armas disponibles. Por lo menos sus lanzas eran afiladas y de excelente factura; sin duda bastarían para perforar el pellejo de la abominación hecha de estrellas. Era la única estrategia que podían intentar.

—Creo que encontraremos al menos una lanza en condiciones. En cuanto al caballero que la empuñe, no necesitas buscar más, Razer: aquí me tienes.

El Dragón de Bronce rió con auténticas ganas.

—¡Así me gusta! ¡Desgarraremos el cuello de esa bestia como ella hizo con mis compañeros!

Stoddard sabía que Razer haría cuanto Paladine juzgara posible para ello. Concediendo al Dragón de Bronce un rato más para que se recuperara, el veterano caballero regresó a la escena de la matanza, seguido en todo momento por Liam.

—Yo debería ser quien ocupe vuestro lugar, lord Stoddard —insistió en voz alta el joven—. Reconozco que no he recibido el entrenamiento de la caballería y que ésta es la primera vez que he experimentado el combate en persona, pero yo...

—Con cada palabra que pronuncias añades más argumentos en tu contra de los que yo encontraría. —Stoddard hizo una pausa para mirar a Liam directamente a los ojos—. Vuelve al lugar de donde procedas, Eldor o los cielos, me da igual, y quédate allí hasta que todo haya terminado. —Se dio la vuelta y siguió adelante sin esperar a ver si Liam trataba de seguirlo otra vez.

El veterano caballero encontró a Ferrin y Crandel procediendo a la lenta tarea de reunir a varios de los muertos y sus pertenencias. Crandel, un Caballero de la Espada cuyo apetito siempre había sido su faceta más destacada, fue el primero en reparar en su comandante y se enderezó lentamente hasta cuadrarse. Tenía la parte izquierda de la cabeza vendada con un trapo y un brazo en cabestrillo. Su cara redonda estaba pálida y empapada de sudor.

Estaba claro que Crandel no sería capaz de ocupar el lugar de Stoddard a lomos del dragón aunque el caballero veterano así lo prefiriera. Así sólo tenía que convencer a Ferrin que, con toda seguridad, se creería el candidato más lógico para enfrentarse a una criatura a la que tenían pocas esperanzas de herir, y muchas menos de derrotar. Y

Ferrin probablemente tenía razón.

—Necesito la mejor lanza que encontréis —les informó. Sus ojos examinaron una por una las armas ya recuperadas, cuya retorcida forma las descalificaba a primera vista para cualquier uso posterior—. Tiene que haber por lo menos una en buen estado.

Como era de esperar, Ferrin planteó objeciones a la participación de Stoddard en el plan.

—Mi señor, no deberíais arriesgaros montando a ese dragón. Yo soy quien menos heridas ha recibido y...

—Y quien se encuentra en la flor de la vida, supongo —gruñó Stoddard—. Te he dado una orden, Ferrin. Localiza una lanza para mí. Eso es todo.

—¿Por qué no usamos simplemente la que ha traído el muchacho?

El otro caballero había hablado en voz demasiado baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó Stoddard.

Ferrin repitió las palabras y luego señaló hacia el oeste. Por primera vez, Stoddard escudriñó el enorme corcel de Liam y el equipo que descansaba a su lado. El caballo, tras una inspección más atenta, era una maravilla, un gigantesco canelo, mayor que cualquier otro que hubiera visto antes el caballero; pero lo que más le interesó fue la lanza que le señalaba Ferrin. Larga y esbelta, claramente confeccionada por un herrero experimentado, la lanza de Liam podía ser vieja y estar manchada, pero se hallaba en mucho mejor estado que las demás armas que posiblemente encontrarían.

En el último momento advirtió que junto a la lanza había una espada, deslucida y mellada que, a pesar de su aspecto arcaico y herrumbroso, tuvo que pertenecer en otro tiempo a un Caballero de Solamnia. Con lo cual Liam era hijo o descendiente de un caballero, a menos que hubiera robado la armadura de alguna tumba.

Stoddard no quiso pensar en saqueo de tumbas. Lo importante era que Ferrin tenía razón: la lanza que portaba Liam en su descabellada empresa era perfecta para las necesidades actuales. Stoddard asintió. Ferrin se dirigió hacia el arma.

—¿Qué hacéis? —preguntó Liam, que se hallaba a una respetable distancia detrás de ellos, pero aun así había oído perfectamente la conversación.

El Caballero de la Rosa le cerró el paso.

—Necesitamos esa lanza, hijo. Tú mismo nos has recordado lo importante que es detener a esa bestia antes de que intente destruir Aramus. Bien, esa lanza y el Dragón de Bronce representan nuestra última esperanza. Si quieres combatir realmente la amenaza, ayúdanos ahora manteniéndote al margen.

—Pero yo tengo más posibilidades. ¡Sí, soy el único de los presentes que tiene alguna posibilidad! ¡Y debo usar esa lanza! ¡No podéis entenderlo! —Liam avanzó en pos de Ferrin, pero Crandel se interpuso en su camino y le puso la zancadilla al joven. Liam cayó de bruces al suelo. Antes de que pudiera levantarse, Crandel le apoyó un

pie sobre la espalda, inmovilizándolo sin contemplaciones.

—Deja que se levante, hombre. —Stoddard tomó al joven del brazo y lo ayudó a ponerse en pie, pero Liam se zafó de su presa y se abalanzó sobre Ferrin.

El otro caballero bajó la lanza y se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Liam se detuvo.

—Con vuestro permiso, mi señor —dijo Ferrin en voz alta—, tal vez consiga hacerle ver su insensatez enseñándole la primera lección acerca de las habilidades necesarias para sobrevivir a la batalla.

Stoddard asintió con expresión grave. Con un rápido movimiento, Ferrin cogió la vieja espada próxima a la armadura y la lanzó suavemente a los pies del joven, que la miró fijamente un momento antes de recogerla. Liam contempló a los caballeros con desconcierto.

Desenvainando su espada, el Caballero de la Espalda se enfrentó al muchacho.

—Demuéstrame lo bien que luchas. Demuéstranos lo que puede hacer el hijo de Huma de la Lanza.

Liam dio un respingo. Lord Stoddard asintió nuevamente mirando a Ferrin. Una torva expresión se adueñó del rostro del joven. Sujetando la espada con ambas manos, avanzó un paso hacia Ferrin y le asestó un tímido golpe.

El caballero se apartó un poco, lo suficiente para que el arma de su adversario se limitara a hender el aire. El peso de la hoja arrastró a Liam y lo desequilibró peligrosamente. Dando un paso atrás, Ferrin esperó a que Liam recuperara el equilibrio y entonces inició su ataque.

Para Stoddard, que conocía bien la destreza del otro caballero, era evidente que Ferrin estaba jugando con su oponente. El arma de Ferrin se movía con insistencia, penetrando en la guardia de Liam en cada ocasión. Ni una sola vez llegó a rozar siquiera al muchacho, pero Liam tenía que saber que estaba jugando con él.

Otra acometida atolondrada dejó a Liam con la guardia baja. Esta vez, su adversario no se contuvo. Ferrin alzó su espada y golpeó de plano las manos de Liam. Con un aullido, el muchacho soltó su arma, que cayó inofensivamente a los pies del caballero.

—Sí, yo diría que estás preparado para enfrentarte a la bestia —comentó Ferrin con una sonrisa condescendiente—. Sobre todo si quieres servirle de cena.

La ira desbordó a Liam de Eldor.

—¡No ha sido justo! ¡No estaba preparado!

Stoddard y Crandel se situaron detrás del joven.

—Pero ésa es precisamente la cuestión, ¿no, muchacho? —replicó el caballero más veterano—. Además, ni estando preparado lo harías mejor que hora.

—Tal vez sí. —Aún furioso, Liam se abalanzó de nuevo sobre Ferrin, pero Stoddard lo aferró por un brazo y no lo soltó. Crandel sujetó a Liam por el otro lado.

Finalmente, el joven se tranquilizó.

—Lo siento, hijo, pero ya no tenemos tiempo para esto. Necesitamos tu arma. Nosotros sabremos utilizarla mejor que tú. Deberías darte cuenta de que, a pesar de tus buenas intenciones, careces del entrenamiento necesario. Incluso el hijo de Huma de la Lanza necesita adquirir experiencia en combate.

El joven no le respondió, pues seguía atento a Ferrin y su lanza.

—¿Comprendes lo que digo, Liam? —El veterano caballero confió en que así fuera. De lo contrario, quizá tuvieran que recurrir a medidas más drásticas para impedir que el muchacho interviniera.

—Sí..., sí, señor, lo comprendo —dijo Liam finalmente.

Con un leve cabeceo destinado a Ferrin, Stoddard lo soltó.

Mientras el joven se quedaba mirándolos con rencor, los tres caballeros iniciaron el arduo proceso de llevar la lanza junto al dragón por el abrupto terreno.

Cuando vio lo que llevaban, el Dragón de Bronce se estremeció y sus ojos relucieron.

—Habéis encontrado una lanza digna, ¿verdad, humanos? No parece gran cosa, pero supongo que servirá.

No disponían de una silla de montar adecuada, pero Ferrin consiguió improvisar un remedo. No tenía que ser perfecta: todos sabían que el jinete sólo tendría ocasión de atacar una o dos veces al dragón de Caos antes de que aquella monstruosidad contraatacara.

Durante la operación, nadie prestó atención a Liam, hasta el punto que cuando Stoddard lo buscó finalmente con la mirada, al principio creyó que el joven había huido. Liam era lo bastante inestable para intentar alguna temeridad, con o sin la lanza.

«No puedes hacer nada más por él, si ha decidido cometer alguna locura —se dijo Stoddard—. Preocúpate por Aramus y sus habitantes».

Sin embargo, Liam no había huido. El caballero lo descubrió por fin, contemplando la devastación causada por el dragón de Caos; con una mano empuñaba la espada herrumbrosa. Mientras el Caballero de la Rosa lo observaba, Liam arrojó su arma a un lado con repugnancia y se sentó en una piedra, tras lo cual ocultó el rostro entre las manos.

Abandonando al joven a sus demonios interiores, el veterano guerrero se volvió hacia sus compañeros. Totalmente concentrado en ese momento en la salvación de Aramus, se dirigió al viejo Dragón de Bronce:

—Razer, ¿existe alguna posibilidad de que puedas llevarnos a los tres?

—Es... posible. Pero sólo un trayecto muy corto. Aramus no está lejos. Aunque no sé cuántas fuerzas me quedarán para luchar después del viaje.

—De acuerdo. Entonces sólo te montará uno de nosotros, el que empuñe la lanza.

Ferrin, tú y Crandel montaréis en el caballo restante y nos seguiréis como podáis...

—Mi señor —lo interrumpió Ferrin con una calculadora mirada, entornando los párpados—, reconsideradlo. Yo soy el más liviano. Seré la carga menos pesada para el dragón. Insisto, ¡yo debería ir en vuestro lugar!

—La decisión ya ha sido tomada. —Stoddard miró de hito en hito al otro caballero hasta que Ferrin consintió finalmente. Acercándose a él, añadió—: Tengo una orden más para ti. Haz cuanto puedas por el muchacho. Llévatelo. No debería quedarse solo al raso, en su estado.

Evidentemente, no era un deber que el otro deseara cumplir, pero Ferrin siempre había sido un soldado leal.

—Intentaré enseñarle algunas de las obligaciones de un escudero. Si sobrevivimos, quizá llegue a ser un caballero.

—Muy bien. —Stoddard no creía más que Ferrin que fuera a ocurrir algo semejante. Si el Caballero de la Rosa y Razer fracasaban, lo más probable es que todos estuvieran muertos antes del siguiente par de días.

—¿Estás preparado, Razer?

—Desde hace ya un tiempo, humano. ¡Espero el duelo ansiosamente!

La sed de sangre de la gigantesca bestia animó al guerrero. Era necesario que Razer se sintiera impaciente e impetuoso.

Ferrin y Crandel saludaron marcialmente. Stoddard les devolvió el saludo y luego ocupó su posición. La lanza reposaba cómodamente sobre su antebrazo, pese a la improvisada silla de montar.

—¡Lord Stoddard!

La presión de una mano sobre su brazo lo sobresaltó. El caballero miró hacia el otro lado y descubrió allí al obstinado Liam. Recobrándose de la sorpresa, le espetó:

—¡Hazte a un lado, jovenzuelo! Es necesario que partamos. No te separes de Ferrin y Crandel. Se encargarán de enseñarte un par de cosas.

—¡Pero tenéis que escucharme! ¡Hay un secreto que deberíais conocer!

—Creo que ya nos has revelado bastantes secretos por hoy.

—Es sobre la lanza. —Liam se inclinó y murmuró algo de lo que Stoddard apenas logró captar un fragmento. Cuando comprendió que había hablado en voz demasiado baja, Liam lo intentó de nuevo—: Es una de las Dragonlances originales, mi señor.

—¿Es una qué? —Stoddard no pudo reprimir una segunda ojeada al arma antes de pensar en lo absurdo de la posibilidad. Aquella lanza era una herramienta eficaz, pero difícilmente una de las armas mágicas de la leyenda. Nadie había oído hablar de una Dragonlance tan gastada y sucia.

Liam prosiguió con ojos relucientes:

—¡Lo es! Una de las que usó mi padre. —Reparó en la expresión de escepticismo de Stoddard—. ¡Es verdad, lo juro! —Consciente de que no había logrado convencer

al caballero, el joven intentó coger la lanza—. Sólo lo creeréis si la contempláis en todo su esplendor.

Stoddard ladeó la cabeza, aguardando. Liam empuñó la lanza, observándola como si fuera a ocurrir algo. No obstante, el arma no se puso a brillar repentinamente con la bendita luz de Paladine. No creció, ni se agudizó su punta hasta que ni siquiera el pellejo más duro de un dragón pudiera resistírsele. Continuó siendo un arma de lo más terrenal.

El Caballero de la Rosa se la quitó amablemente de la mano a Liam.

—Te agradezco tu preocupación, muchacho, pero no podemos entretenernos más. Quédate con Ferrin y Crandel.

—Pero... —Liam pareció desanimarse.

—Me reuniré con vosotros en Aramus. Que Paladine os guarde. —El veterano caballero se despidió con un gesto de sus compañeros, que lo saludaron a su vez. Para Razer, añadió—: Estoy listo.

—¡Agárrate bien, entonces! ¡Apartaos, humanos! —En cuanto resultó seguro hacerlo, el Dragón de Bronce desplegó sus alas y se elevó rápidamente por los aires. Stoddard observó a sus compañeros disminuir de tamaño, en el suelo, hasta que las nubes empañaron su visión. Rezó a Paladine por la seguridad, no sólo de sus hombres, sino también de Liam de Eldor y la de todos los habitantes de Aramus; sólo en el último momento se acordó de pedir protección para sí mismo.

Contra el dragón de Caos, aceptaría toda la ayuda que los dioses pudieran proporcionarle.

Stoddard debió de quedarse adormilado pese a su desesperada situación, porque lo siguiente que supo fue que Razer le gritaba:

—¡Veo el puerto de la ciudad, pero ni rastro de la bestia!

Su sordera parcial y el viento constante hacían casi imposible que distinguiese las palabras que bramaba el Dragón de Bronce. El caballero se inclinó y gritó a su vez:

—¿Qué aspecto tiene la ciudad? ¿Ha sufrido muchos daños?

Esta vez, la voz de Razer resonó con más claridad.

—No veo humo ni ruinas; pero el sol se está poniendo y todavía estamos demasiado lejos, para estos viejos ojos míos. Concédeme unos momentos más y te lo diré con seguridad.

Sería un milagro que el dragón de Caos no hubiera atacado Aramus todavía, pero Stoddard abrigaba esa esperanza. Aguardó durante lo que se le antojó una eternidad antes de que el dragón gritara:

—¡Parece intacta! Las torres, los tejados e incluso las murallas. ¡Y veo barcos atracando en el puerto!

«¡Alabado sea Paladine!», gritó Stoddard en el interior de su cabeza. A pesar de la

aparente facilidad con que la bestia de Caos había diezmado a los caballeros, evidentemente se había agotado y necesitaba tiempo para recuperarse.

Naturalmente, aún quedaba sin responder la pregunta de dónde estaba en este preciso instante.

Razer volvió la cabeza hacia Stoddard.

—¿Nos posamos frente a las puertas de la ciudad?

Al no ver señales del dragón de Caos, el caballero creyó mejor hacerlo en el acto. Así al menos podrían advertir a los ciudadanos de lo que se avecinaba. Quizá fuera posible empezar a evacuar Aramus. Sin duda, sus habitantes corrían un riesgo mayor quedándose que huyendo. Podían regresar más tarde..., siempre que el caballero y su acompañante se alzaran con la victoria de alguna manera.

—¡Sí, toma tierra cuanto antes!

Razer apartó la vista y emprendió el descenso. Stoddard se sorprendió lanzando un suspiro de alivio. Tenía que reconocer que prefería evitar el encuentro durante el máximo tiempo posible antes de enfrentarse al dragón de Caos. Cabía la posibilidad de que nunca volviera a oír bien, pero sus otras heridas necesitaban tiempo para sanar.

También Razer necesitaba descansar. Montado a lomos del dragón, Stoddard percibía el esfuerzo que le costaba a su inmenso compañero cada vez que respiraba entrecortadamente. La vieja criatura se había esforzado hasta el límite para llegar lo antes posible a Aramus.

Aunque todavía quedaba un resto de luz solar, las estrellas ya eran visibles en un cuadrante del firmamento. El caballero recordó que era de día cuando el dragón de Caos atacó a las fuerzas solámnicas. Ese hecho no descartaba necesariamente un ataque nocturno de su enemigo, pero fomentó sus esperanzas de que por lo menos tendrían tiempo hasta la mañana.

—¡Sujétate lo mejor que puedas, humano! Sólo tengo tres patas sanas sobre las que aterrizar, así que no puedo prometer un aterrizaje perfecto.

Stoddard obedeció y se apuntaló bien. Recordó por primera vez que no había comido nada en todo el día, algo que ahora le sentaría de perlas. El aterrizaje de Razer no prometía ser suave, y la idea de tener el estómago lleno cuando...

El suelo se arqueó bruscamente y tembló.

El Dragón de Bronce apenas consiguió elevarse a tiempo para no ser engullido por la tierra movediza. Stoddard tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para mantenerse en su silla cuando Razer viró de costado y remontó el vuelo a gran velocidad. El caballero alcanzó a ver que las murallas de la ciudad empezaban a desmoronarse, pero ya no pudo pensar en Aramus.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —El gigante de Bronce se enderezó y escrutó en derredor la creciente oscuridad—. ¡No lo veo por ninguna parte!

El caballero dejó de ver estrellas en cuanto sacudió la cabeza.

—¡A tu derecha! —gritó—. ¡A tu derecha y arriba!

El dragón de Caos no intentó seguir ocultándose. Una porción del cielo se onduló y se convulsionó, formando un remolino de estrellas que recordaban vagamente a un dragón. Sus centelleantes ojos inanimados se posaron en sus enemigos, que se tensaron para un ataque frontal.

—¡Prepárate! —Tanto Stoddard como Razer encontraron nuevas fuerzas en la descarga de adrenalina que sufrieron. El Dragón de Bronce aceleró, recortando velozmente la distancia que lo separaba de su adversario. Todo rastro de cansancio se había esfumado.

Stoddard preparó la lanza. Sólo necesitaban un golpe certero.

El dragón de Caos abrió sus enormes fauces, pero en ese momento, en lugar de lanzar un rugido ensordecedor, habló.

—Vais... a... morir.

Dicho esto, chocó contra Razer. El Dragón de Bronce intentó aferrarse a él, pero pese a su inmenso tamaño, quedaba empujado por el dragón de Caos. Stoddard trató de clavar la lanza, pero era imposible apuntar bien en la distorsionada realidad que creaba el monstruo.

Estaba a punto de morir. El caballero se convenció de ello. Estaban prácticamente muertos, y detrás perecerían todos los del suelo. A pesar de los esfuerzos desesperados del dragón y del caballero, la criatura los había derrotado fácilmente. Estaba al acecho, esperándolos: una trampa clásica en la que ellos habían caído despreocupadamente.

El dragón de Caos intentó clavar sus colmillos en la garganta de Razer, pero el viejo y habilidoso Dragón de Bronce lo evitó manteniendo agachada la cabeza. Por desgracia, no pudo protegerse las alas al mismo tiempo, y su monstruoso enemigo se las desgarró en el forcejeo. A Razer le resultaba cada vez más difícil mantenerse en vuelo, y a Stoddard, completamente imposible encontrar una posición desde la cual utilizar la lanza.

—Estoy... perdiendo la capacidad... de volar —jadeó Razer—. Lo siento, lord Stoddard... Lo siento.

El caballero tuvo que recurrir a toda su destreza para mantenerse en la silla. Con un rugido de triunfo, el dragón de Caos soltó al de Bronce. Razer asestó un zarpazo dirigido al monstruo, pero falló también ese golpe. El dragón y su jinete se precipitaron hacia tierra.

Para su honra, el Dragón de Bronce hizo cuanto pudo por amortiguar la caída. Usó lo que le quedaba de su capacidad de volar para frenar su rápido descenso. Aun así, cuando por fin se estrelló, el caballero salió despedido de su montura.

Stoddard aterrizó de costado, y el dolor de sus heridas anteriores se multiplicó por

cien cuando rebotó y rodó por el suelo. Finalmente se detuvo, sufriendo con tal intensidad que incluso respirar era una tortura. Tendido de espaldas, el veterano guerrero contempló el cielo del que había caído y no vio nada. Sólo existía el dolor.

Para su alivio, perdió el conocimiento.

Cuando despertó, evidentemente no más de unos segundos después, descubrió que Razer era una masa inmóvil y él era incapaz de incorporarse siquiera. El viejo dragón estaba muerto, sin lugar a dudas: se había partido el cuello con la caída. Se había sacrificado para salvar a su jinete humano. Stoddard casi deseó sumirse en la inconsciencia, pero entonces divisó la vasta silueta del dragón de Caos surcando el cielo a gran velocidad. Una parte de sí mismo se preguntó por qué, estando la bestia tan cerca, el terreno era estable a su alrededor.

Una mano se deslizó suavemente bajo su espalda. Con la ayuda del recién llegado, Stoddard consiguió adoptar una postura sedente. Se quedó atónito al comprobar que no tenía ningún hueso roto. Era la segunda vez que sobrevivía a la muerte. El caballero no supo si dar gracias por su increíblemente buena fortuna o maldecir el hecho de haber sufrido una segunda derrota sin paliativos.

—Lo lamento, lord Stoddard. He tardado más de lo que esperaba. Supongo que la trampa estaba destinada a mí. Creo que el monstruo sabe que lo persigo.

—¿L... Liam? —¿Otra vez? Era imposible. El muchacho debería hallarse muy lejos, con Ferrin y Crandel. No podía haber recorrido tanta distancia en tan poco tiempo. Stoddard no creía que un caballo pudiera ser tan veloz.

—Sí, señor. Tomad, bebed esto. —Apareció una mano y situó un pequeño odre de agua cerca de sus labios.

Stoddard empezó a beber antes de reparar en la mano. Estaba cubierta por un guantelete muy parecido al que llevaba él, blasonado con el signo de la corona. El guantelete estaba oxidado y abollado. El veterano caballero se olvidó de sus heridas y de su sed.

—Liam, ¿cómo has podido...?

—No hay tiempo, señor. —La mano lo soltó y una figura entró en su campo de visión, una figura cuyos movimientos iban acompañados por el tintineo de metal contra metal.

Liam de Eldor se erguía ante él ataviado con todas las galas, si bien algo deslucidas, de un Caballero de la Corona, la misma Orden a la que pertenecía su supuesto padre, Huma de la Lanza. El visor del viejo yelmo estaba alzado, mostrando los pálidos rasgos del serio joven.

Al mirarlo, Stoddard casi tuvo ganas de echarse a llorar. La obsesión del atolondrado muchacho era tan fuerte que Liam no era consciente de estar coqueteando con la muerte. Lo único que conseguiría su armadura era atraer la atención de la bestia de Caos. En ninguna circunstancia resistiría un ataque.

El dragón de Caos eligió aquel momento para planear de nuevo por encima de sus cabezas. Describió un círculo que lo acercaba a la ciudad portuaria, evidentemente preparándose para su orgía de destrucción. Alrededor de la bestia, el cielo se estremecía por los truenos. Los relámpagos fulguraban insistentemente.

—Tengo que detenerlo... —El Caballero de la Rosa intentó levantarse con todas sus fuerzas, pero sus piernas se negaron a obedecerle.

Liam dijo algo, pero Stoddard sólo oyó un murmullo ininteligible. El aspirante a caballero se inclinó para acercarse a él.

—He dicho que sangráis copiosamente por la pierna derecha, mi señor. ¿No lo notáis?

Stoddard no se había dado cuenta. Tenía toda esa pierna insensible.

—No debéis moveros. —El joven se apartó—. Creí que llegaría aquí antes que vos, pero no lo conseguí..., una vez más. —Liam dirigió la mirada hacia el cielo—. Esta vez no fallaré. Os lo juro por mi padre, lord Stoddard.

Aquello fue demasiado. Stoddard se había hartado de los delirios del joven.

—¡No eres el Hijo de Huma de la Lanza, muchacho! ¡Él vivió hace siglos! Si intentas enfrentarte a esa criatura, sólo conseguirás que te mate.

El joven siguió observando al monstruo.

—Mi padre era un caballero. Consagró su vida al honor y a la protección de los demás. *Est Sularis oth Mithas*. Siempre he querido emularlo. Estoy destinado a seguir sus pasos.

—¡Escúchame, muchacho! Tú...

Liam se puso rígido y abrió desmesuradamente los ojos al ver algo situado detrás del veterano caballero.

—Ya he esperado demasiado. Se dirige a Aramus. Es mi última oportunidad.

Liam hizo ademán de dirigirse hacia la figura inerte de Razer. Stoddard extendió un brazo y sujetó al muchacho por el tobillo.

—¡Tú solo no podrás hacer nada! ¡Ayúdame a montar en tu caballo! Juntos podemos cabalgar hasta Aramus y como mínimo ayudaremos a algunos de esos infelices a ponerse a salvo.

—No. Debo salvar la ciudad. Debo salvarlos a todos.

Por mucho que lo intentó, Stoddard no logró retenerlo. Liam se soltó y echó a correr. El Caballero de la Rosa se volvió, arrastrándose, para no perder de vista al valiente pero enajenado muchacho.

Liam recogió la vieja lanza del lugar donde había caído y la levantó con sorprendente facilidad. Lanzó un silbido y su milagroso caballo se presentó al trote ante su vista. Pese al tamaño de la lanza, Liam la ató rápidamente y con firmeza a la silla y luego montó en el enorme corcel. Con una última mirada de pesar a Stoddard, dio media vuelta y se alejó.

—¡Por Paladine! ¡No! —Extrayendo fuerzas de donde no sabía que le quedaban, el caballero logró ponerse en pie y dar unos cuantos pasos vacilantes en persecución de Liam. Sólo consiguió llegar hasta donde yacía Razer antes de desplomarse. La silueta de Liam fue reduciéndose con la distancia, empujándose por la horrenda forma que surcaba el cielo a gran altura sobre la condenada ciudad portuaria. Habría constituido un glorioso episodio en alguna epopeya heroica de no ser porque Stoddard era consciente de la futilidad de todos sus empeños. No habría nada heroico en la destrucción de Aramus, ni en la muerte del joven.

«Quizá la bestia ni siquiera se fije en él», pensó Stoddard.

Sin embargo, apenas hubo dado forma Stoddard a ese pensamiento, el dragón de Caos, como si lo hubiera oído, se volvió en redondo a una velocidad de vértigo. Alejándose de Aramus, voló directamente hacia Liam de Eldor.

Hubiera o no algo de verdad en la presunta ascendencia de Liam, por alguna razón atrajo la atención del dragón de Caos. En ese momento se precipitaba hacia él como un lobo famélico sobre un cordero atado a una estaca. La avidez era patente en la bestia. La destrucción de Aramus había quedado reducida a una preocupación lejana, comparada con la aniquilación del aquel insensato mortal que se creía caballero.

Stoddard sabía exactamente qué ocurriría a continuación, aunque rezó por estar equivocado. El monstruoso ser se lanzó en picado hacia Liam, quien levantó la lanza a la máxima altura que pudo mientras espoleaba a su brioso corcel. La bestia de Caos rugió... y de pronto el paisaje que rodeaba a la minúscula figura montada se agitó y cambió. Se desplomaron montañas y se formaron otras nuevas. Los rayos descargaron con renovada furia y un poderoso viento amenazó con arrancar los árboles de la tierra.

—Corre, Liam —susurró el caballero—. ¡Por lo menos salva tu vida corriendo! Quizá se distraiga... o pierda interés.

Sin embargo, Liam no se arredró. Mantuvo su trayectoria directamente hacia su enemigo. Su maltrecha lanza parecía un arma lastimosamente pequeña, comparada con un coloso tan terrible.

Una repentina ascensión del terreno proyectó hacia atrás al caballo y su jinete. El animal coceó desesperadamente mientras volaba por los aires, condenado a una muerte segura incluso antes de estrellarse contra el suelo. Liam salió despedido todavía a mayor altura, casi como si fuera a reunirse con el dragón en el cielo.

Poniéndose en pie con gran dificultad, Stoddard consiguió dar una docena de pasos antes de que la fatiga volviera a hacer mella en él. Su cabeza se bamboleó y estuvo a punto de perder el sentido. Por desgracia, poco podía hacer excepto contemplar horrorizado el fin de Liam.

Cayó un rayo que le impidió ver momentáneamente la muerte de Liam de Eldor.

El dragón de Caos efectuó una pasada rasante con las enormes fauces abiertas para soltar otro rugido de triunfo.

Las lágrimas rodaron por las mejillas del veterano caballero, lágrimas por una empresa frustrada. Por loco que pudiera estar Liam, su valor habría sido un orgullo para cualquier caballero. Era una de las tragedias de la guerra que el valor de la gente corriente cayera en el olvido tan a menudo.

El dragón de Caos ya estaba regresando, claramente, en una nueva tentativa de destruir Aramus. La inminente carnicería a gran escala perturbó a Stoddard aun más que la tristemente inevitable muerte de Liam.

Las preguntas abarrotaban la mente de Stoddard. «¡Paladine! Sé que libras batallas en otros lugares, pero ¿no podrías emplear parte de tu divino poder para salvar Aramus? ¿No se puede hacer nada?».

Descargó un nuevo rayo, iluminando el solado paisaje donde un hombre valiente había retrasado, por lo menos unos minutos, la tragedia que se avecinaba.

El caballero parpadeó.

Una astrosa silueta se erguía en el horizonte, intentando levantar la lanza con gran esfuerzo. Cayó otro rayo que pareció crear un halo alrededor del hombre y el arma. De alguna manera, tuvo la impresión Stoddard, la lanza parecía ahora más larga y mortífera que antes.

El dragón de Caos estaba absorto en el banquete de almas que le aguardaba y no obstante, por alguna razón, miró hacia atrás casualmente... y de pronto su furia se reavivó. La enorme bestia rugió y viró, describiendo un arco que convergía sobre el miserable que no tenía la decencia de morir. El campo de estrellas que formaba su cuerpo remolineó con una intensidad que reflejaba la ira del monstruo.

Ante la pavorosa visión, el estómago de Stoddard se encogió. ¿Cuántas veces tendría que presenciar la muerte del muchacho?

Liam apoyó el asta de la lanza en el suelo y empuñó el arma como si pretendiera arrojársela al dragón de Caos. Sin la menor duda, Liam estaba loco, pero Stoddard vio algo en él que habría sido digno del hijo de Huma de la Lanza.

El dragón de Caos se lanzó en picado sobre Liam abriendo las fauces para soltar un espeluznante rugido. Incluso a la distancia a la que se encontraba Stoddard, y a pesar de su sordera parcial, el ruido sobresaltó al caballero. Cómo podía Liam aguantar su posición ante semejante ataque era algo que dejó al caballero sinceramente anonadado.

Aguantar era lo que hacía el muchacho, con todo, y los relámpagos conferían a su armadura y a la lanza un extraño brillo. El monstruo persistió en su ensordecedor alarido. Sus largas garras se abatieron sobre Liam. La tierra se volvió violentamente líquida.

«Esta vez no sobreviviré —pensó Stoddard—. Que Paladine lo acoja en su seno».

Como si el gran dios se hubiera tomado las palabras del caballero al pie de la letra, un súbito cambio se operó en Liam. Su resplandeciente halo se intensificó más que nunca. Parecía crecer cada vez más y, ante los ojos del caballero, aumentó aun más de tamaño, mientras su forma cambiaba por alguna razón. Se alargó, se estrechó... y refulgió como la plata. De su espalda brotaron unas alas que atravesaron su armadura como si fuera de gasa.

Ahora era un refulgente Dragón Plateado de las dimensiones de Razer que se erguía apoyado sobre sus patas traseras y miraba sin desmayo a la criatura atacante. Stoddard casi olvidó su estupefacción mientras admiraba la hermosa reciedumbre de la resplandeciente figura... en algunos aspectos humana, en otros claramente dragontina.

Soy el fruto de su unión. Su hijo.

Stoddard sintió que la cabeza le daba vueltas, llena de relatos medio olvidados sobre Huma, historias que incluían el amor de Huma por una elfa que resultó ser el Dragón Plateado conocido como Gwyneth.

«Es imposible —se repetía Stoddard incesantemente—. Liam no puede ser quien dice ser».

La transformación que se había producido en la lanza era igualmente notable. Ya no parecía vieja. En ese momento también ella era lisa y reluciente, y su punta estaba tan afilada que prometía perforar hasta la piel más dura.

Una Dragonlance. Aunque no refulgiera, Stoddard la habría reconocido..., tal como había asegurado Liam.

Si Stoddard se había sorprendido por la metamorfosis de Liam, el dragón de Caos se quedó igualmente asombrado. El monstruo se detuvo prácticamente en pleno vuelo e interrumpió su terrible grito mientras intentaba comprender lo sucedido a su antes insignificante presa.

Con unas garras que parecían manos, el Dragón Plateado alzó la mágica lanza y la arrojó contra su enemigo.

La Dragonlance dio en el blanco, perforando el pecho del servidor de Caos mientras éste intentaba contrarrestar el impulso que llevaba. Lo que parecía fuego y lava fundida brotó de la herida y roció al Dragón Plateado que se hallaba debajo. El monstruo lanzó un rugido agónico. Con sus espasmos de dolor, el aire y la tierra se sacudieron también a su alrededor. Restallaron los relámpagos, soplaron vientos huracanados y la tierra tembló.

El Dragón Plateado se dejó caer súbitamente sobre sus cuatro miembros, inmerso en una especie de agonía, aunque Stoddard no consiguió interpretar exactamente lo que le sucedía. Mientras estaba ocupado en ello, el dragón de Caos se recobró lo suficiente para intentar arrancarse la lanza. Al verlo, el Plateado remontó el vuelo.

La luz del orden se estrelló contra la locura del caos cuando ambos colisionaron a

baja altura. El dragón de Caos rugió cuando la mole del Plateado enterró aun más la lanza mágica en su herida. Una nueva y furiosa tormenta estalló en el pecho del monstruo, una violenta erupción que alcanzó al Plateado en pleno rostro.

Cegado, el ser que antes era Liam no pudo esquivar las garras que se clavaron en su cabeza y desgarraron un lado de su cuello, descargando una lluvia de sangre sobre la tierra.

La herida era grave, pero el Dragón Plateado no suavizó su ataque. Utilizaba su peso para clavar la Dragonlance más y más. El monstruo de Caos levantó la cabeza al máximo y, ante la impotente mirada de Stoddard, lanzó un gran chorro de fuego y lluvia negra que cubrió al Dragón Plateado.

La violencia de la agresión empujó hacia atrás al Plateado, que cayó envuelto en llamas describiendo una espiral hasta estrellarse contra la ladera de una colina. Stoddard rezó para que volviera a levantarse, pero el valeroso Dragón Plateado permaneció inmóvil.

El monstruo de Caos tenía pocas oportunidades de saborear su triunfo. Las llamas y la lluvia negra continuaban brotando de su pecho. Intentó mantener su altitud, pero su vuelo se hizo errático y precipitado. La lanza profundamente enterrada era un tormento para la bestia. Rugió y los relámpagos y truenos parecieron reproducir su dolor.

De pronto, un rayo alcanzó la lanza metálica. La bestia de Caos se tambaleó. Cayó un segundo rayo, seguido de un tercero.

Cuatro descargas zigzagueantes alcanzaron a la vez la Dragonlance y el dragón de Caos explotó.

Incluso desde lejos, la potencia del estallido del coloso bastó para lanzar a lord Stoddard por los aires. Una cortina de fuego ocupó su de campo visión: los restos del monstruo que caían a tierra.

Stoddard golpeó el suelo con la cabeza y su yelmo no le evitó sumirse en la inconsciencia.

Una brillante luz lo sacó a rastras de la confortable oscuridad. Stoddard abrió los ojos y vio lo que debía de ser una antorcha que iluminaba la triste figura de Razer. Una mano tocó su hombro con delicadeza y alguien gritó:

—¡Este parece estar vivo!

Varias siluetas se hicieron visibles para el veterano guerrero. Eran por lo menos seis, dos hombres relativamente viejos y el resto jovencuelos que no habían alcanzado aún la madurez. El aparente jefe del grupo, un flaco anciano que probablemente había dedicado una parte mayor de su vida a pescar que a combatir, saludó marcialmente a Stoddard y luego dijo algo que el caballero no entendió.

Cuando el hombre comprendió lo que fallaba, levantó la voz.

—Preguntaba si hay alguien más por aquí.

Stoddard asintió.

—El otro... dragón..., el muchacho.

La silueta del flaco anciano masculló algo a uno de sus compañeros más jóvenes, que murmuró una respuesta. Frustrado por ser incapaz de comprenderlos, el caballero herido trató de incorporarse.

El jefe lo retuvo por un brazo.

—Con calma. Olvidaba que, al parecer, no oís demasiado bien. Me extraña que no seamos todos duros de oído, después de escuchar a esa bestia. Lo que decía el muchacho es que sólo os hemos encontrado a vos y a otro caballero, el de la Orden de la Corona. También encontramos al Dragón de Bronce allí y al monstruo de estrellas hecho pedazos esparcidos por doquier.

Stoddard sacudió la cabeza, mareado.

—No. Ellos no... —Hizo una pausa. ¿Y el Dragón Plateado?—. Por favor, necesito ver al otro caballero.

—Si creéis que podréis caminar... —El jefe de la patrulla chasqueó los dedos. Dos de los jóvenes ayudaron a lord Stoddard a ponerse en pie—. Por cierto, soy el comandante de la guardia en funciones Blinus, y mi modesta partida constituye en este momento el grueso de las defensas de nuestra ciudad. ¿Y vos sois...?

—Lord Stoddard. —Pero el caballero prestaba poca atención a su salvador; estaba más interesado en la figura inerte hacia la que era conducido. Los jinetes de Aramus habían depositado el cuerpo sobre un trineo improvisado que ataron a uno de los caballos. Alguien lo había cubierto parcialmente con una manta, pero Stoddard distinguió sus facciones.

Liam. Liam con forma humana.

—Lo encontramos en una ladera. Se había roto el espinazo, lo mismo que los brazos y las piernas. Debió de caer dando tumbos desde la cima de la colina. Cuando llegamos, ya estaba muerto.

Liam se había transformado en un dragón, pero ahora estaba aquí, humano y de nuevo ataviado con la antigua armadura. ¿Cómo era posible? El caballero siguió contemplando la figura inmóvil.

—Lamento lo ocurrido a vuestro amigo y también al Dragón de Bronce —comentó Blinus, intentando mitigar la congoja de Stoddard—. Todos vimos el principio de la batalla y cómo hicieron lo que pudieron el dragón y su jinete. Cuando ambos cayeron del cielo, estábamos seguros de que había llegado nuestra hora. Después sólo pudimos vislumbrar lo que ocurrió a continuación. El Dragón de Bronce. Una criatura valiente, ésa. Insistió en regresar. Les rendiremos honores a ambos por sus esfuerzos. —El comandante en funciones suspiró—. ¡Aún no puedo creerlo! Todo parecía inútil, y luego, al final, la propia tormenta nos salvó. ¡Rayos!

¿Podéis creerlo? El cielo se llenó de rayos que cayeron sobre el monstruo, una y otra vez. ¡Debió de ser obra del propio Paladine!

Stoddard se obligó finalmente a apartar la vista de Liam al comprender lo que decía el otro hombre.

—No fue Paladine. Fue él. El verdadero héroe de esta batalla fue Liam de Eldor. El hijo de Huma de la Lanza.

A su alrededor, los soldados de Aramus interrumpieron sus respectivas actividades. Blinus parpadeó.

—Debo de estar un poco sordo, después de todo. —Observó al muchacho—. ¿Quién habéis dicho que era?

Antes de darse cuenta de lo que hacía, el veterano caballero barbotó la explicación.

—Liam de Eldor. El hijo de Huma de la Lanza y de la hembra de Dragón Plateado... —El relato le salió con fluidez, ahora que lo creía. Liam había dicho la verdad. ¿De qué otro modo se explicaba todo lo que había presenciado? ¿De qué otro modo habría podido derrotar al dragón de Caos?

Todos lo escucharon, y Stoddard lo apreció. Sin embargo, resultaba evidente que no lo creían, por mucho que, siendo Caballero de Solamnia, su palabra debía ser aceptada como la verdad. Reconoció las dudas en los rostros y la historia culminó con la lanza arrojada, la lucha entre titanes y el rayo atraído por la Dragonlance incluso después de que la bestia hubiera acabado con el Dragón de Plata. Todos escuchaban, pero seguían sin creerlo.

—¿El hijo de Huma? —Blinus miró de soslayo el cadáver y luego estudió a sus compañeros—. ¿Quién se ocupó de la lanza que hemos recuperado?

Un fornido joven dio un paso al frente.

—La he dejado allí, señor.

Con el comandante a la cabeza, el grupo caminó hasta allí y examinó el arma. El tono de voz de Blinus se volvió aun más escéptico.

—Una Dragonlance. Es robusta, eso lo admito, pero parece muy oxidada para ser una de las armas bendecidas por Paladine.

Stoddard no podía negarlo. La lanza tenía el mismo aspecto que cuando la vio por primera vez: una penosa reliquia que parecía haber sido abandonada a la intemperie demasiado tiempo. Ni siquiera presentaba rastros de quemaduras donde el rayo había descargado repetidamente.

Empezó a preguntarse si no se habría imaginado todo el episodio. Tal vez había soñado el curioso evento. Tal vez...

El comandante los apartó de allí.

—Bueno, hijo de Huma o no, está claro que era un valiente que dio su vida por nosotros cabalgando sobre el Dragón de Bronce para presentar batalla. Honraremos

su memoria, podéis creerme. Mientras tanto, creo que necesitamos llevaros a un sanador. Y de prisa.

Era inútil intentar convencerlos; jamás lo creerían. Ferrin y Crandel quizá; pero incluso ellos, probablemente, sospecharían que su comandante se había imaginado toda la tragedia mientras deliraba a causa de sus heridas. El propio Stoddard no podía menos que preguntarse... Pero no, ¡no podía habérselo imaginado todo!

—Probablemente habrá una celebración mañana y un funeral en honor a vuestro amigo —añadió Blinus, mientras los guardias ayudaban al caballero herido a montar en uno de sus caballos—. Mañana también nos ocuparemos del Dragón de Bronce.

Todos creían que Liam, y no Stoddard, había combatido a lomos de Razer. Tendría que conformarse con eso. Al menos Liam recibiría los honores que merecía como miembro de la Orden de Solamnia. Fuera o no el hijo de Huma, sería recordado por su valor, por su honor en un momento decisivo. Sería recordado por su supremo sacrificio.

—*Est Sularis oth Mithas* —murmuró el Caballero de la Rosa, cuando uno de los guardias tiró de la manta para cubrir el rostro del joven guerrero. Muchísimos más espíritus valientes, humanos y de otro tipo, serían sacrificados en el curso de la guerra contra Caos; pero, por ahora, una ciudad rendiría homenaje a un protector de lo más extraordinario.

Liam de Eldor, Caballero de la Corona... y para Stoddard, no cabía la menor duda, el hijo de Huma.

El Ojo de Dragón

[Adam Lesh]

—Entrega el Ojo de Dragón a mi patrón, en las alcantarillas de Palanthas a medianoche de hoy, o tu esposa morirá.

El enano theiwar me miró desde su inferior estatura con una perversa sonrisita de comadreja mientras me transmitía su mensaje. Estaba pálido, sucio y, como todos los de su especie, tenía prominentes y blancas cuencas oculares. Se lamía los labios con demasiada frecuencia. Yo tenía ganas de cerrarle la puerta en las narices, pero no me atreví. Tenía que averiguar más. Arrastré a la cochambrosa criatura al interior de mis habitaciones.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad? —pregunté en tono autoritario.

El enano me respondió con una repugnante mueca socarrona. Metió una mano en su morral, sacó un mugriento jirón de tela y me lo tendió. Al desplegarlo no supe en un principio qué estaba mirando, pero enseguida reconocí lo que envolvía: el pendiente de mi mujer. Gruñendo entre los dientes apretados, aferré con una mano la pechera del justillo del enano, levanté del suelo a la criatura y la estampé contra la pared del albergue. Ya no parecía tan relamido.

—¿Qué le has hecho, malnacido?

—Na... nada más. ¡Lo juro por mi honor!

—Tu honor —dije despectivamente— vale menos que la mugre del suelo.

Me dispuse a propinarle una patada, pero reflexioné que podía vengarse en mi esposa de cualquier daño que yo le infligiera. Me reprimí... a duras penas.

—Creo que tu patrón ha cometido un gran error. El Ojo de Dragón tiene fama de ser un diamante fabuloso. ¿Parezco el dueño de un diamante fabuloso?

—Él sabe que no lo tienes tú. —El enano sonrió maliciosamente—. Quiere que lo consigas para él. Encontrarás el Ojo de Dragón en la mansión Ashton.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no buscáis a un ladrón para ese trabajo?

—Los ladrones no se acercan a ese lugar. Pensamos que un guerrero, en especial un guerrero elfo de tanto renombre como tú, tendría más posibilidades de sustraer el Ojo y escapar con vida.

—Podíais contratarme, simplemente, para efectuar el trabajo —argüí.

—¿Por qué incurrir en tales gastos, si así obtenemos tus servicios gratis? —El enano rió de nuevo.

Lo fulminé con la mirada y se encogió para apartarse de mí, protegiéndose la cara con las manos.

—No me hagas más daño —gimoteó.

—¡Fuera! Y recuerda, si le tocáis un solo cabello de la cabeza, te arrancaré hasta

el último pelo de tu cuerpo con unas tenazas al rojo vivo.

Me mostré agresivo para disimular mi miedo.

Se echó a reír, sacó un papel de su morral, me lo arrojó a la cara y huyó.

Era una nota que contenía instrucciones para llegar a la prisión de mi esposa, situada en el laberinto de misteriosos pasadizos que componían las alcantarillas de Palanthas. Guardé el mapa en mi bolsa.

La mansión Ashton. Había oído relatos sobre aquel temible lugar. Se decía que toda suerte de criaturas mortíferas merodeaban por la finca, custodiando sus secretos. Existía muy poca información fiable sobre la casa propiamente dicha. Como había dicho el enano, los ladrones de Palanthas la evitaban en su mayoría. Afirmaban que, por lo menos, una docena de sus camaradas había entrado en ella, pero ninguno había salido. Me quedaban menos de tres horas para encontrar el diamante y regresar con él a Palanthas. Empecé a rezarle a Paladine y luego recordé que se había ido. Dependía de mí mismo. La noche iba a ser larga.

Una hora más tarde crucé la alta verja de hierro que rodeaba el recinto de la siniestra propiedad. En ese momento comprendía por qué sólo los ladrones más osados —o más estúpidos— se atrevían a entrar allí. La mayor parte de la magia había desaparecido de Krynn, pero la supuesta maldición que alguien había arrojado sobre la mansión Ashton seguía presente. He recorrido muchos lugares oscuros y peligrosos, pero ninguno tan escalofriante como éste. La muerte aguardaba al otro lado. Lo único que me impulsó a seguir fue la idea de lo que ocurriría si yo fracasaba.

La verja no fue obstáculo alguno. Las ramas de un árbol se proyectaban por encima de las rejas. Me encaramé al árbol y examiné atentamente el terreno. Resultó ser una pérdida de tiempo. Era como una selva, con troncos retorcidos, zarzas de espinos, enredaderas estranguladoras, flores horrendas y hierba alta. Oí gruñidos y ladridos guturales, junto con el ruido de una gran bestia al abrirse paso por el tupido follaje.

Sable en mano, me arrastré por la rama más robusta del árbol y me dejé caer al suelo, silenciosamente. Era como un pantano: viscoso y cenagoso. Una vez en el interior del recinto, la humedad me envolvió como una sábana y pronto estuve empapado de sudor. Era como si hubiera penetrado en una jungla tropical. El hedor a descomposición y podredumbre, así como el repulsivo olor de los lirios de la muerte, me provocaron arcadas.

Estaba terroríficamente silencioso, demasiado tranquilo. Ningún sonido, ni siquiera de insectos o aves, traspasaba el silencio mortal. El suave chapoteo de mis botas en el encharcado suelo sonaba tan fuerte como un redoble de tambor. Los gruñidos habían cesado. Tal vez quienquiera que los emitiese me acechaba en aquel momento. Esperaba notar en cualquier momento unas salvajes garras desgarrándome la espalda. Seguí caminando.

De pronto, me detuve. Ante mí había unas sombras oscuras.

«Guardias», pensé. Aguardé en tensión a que abandonaran su puesto. No se movieron.

Al cabo de un rato, me arrastré hacia ellos y vi que nunca volverían a moverse. Eran estatuas de piedra. Había siete: tres humanos, dos enanos y dos kenders. Todos, excepto los kenders, tenían una expresión de horror en el petrificado rostro. En otro tiempo estuvieron vivos, pero fueron atacados por...

¡Un basilisco!

Un rugido terrible surgió de la alta hierba a mi derecha. Traicionado por mis instintos, miré hacia allí, directamente a sus ojos. Sentí que mis brazos y piernas se tensaban, el aliento se heló en mi garganta y mis pensamientos se volvieron torpes y lentos. Como los demás, estaba empezando a sucumbir a la terrible mirada. Requerí todas las energías de mi cuerpo, pero conseguí cerrar los párpados. El hechizo se rompió, pero a partir de ese momento estaba ciego, a efectos prácticos. Me moví a tientas hacia la izquierda, esperando ocultarme entre la maleza. Un zarpazo imponente me derribó aparatosamente y abrió tres surcos sangrientos en mi costado. El dolor multiplicó mis menguadas fuerzas. El basilisco intentó clavarme los dientes en la carne, pero rodé sobre mí mismo y me aparté de su camino. Por desgracia, respiré una gran vaharada de su aliento venenoso. Mi estómago se revolvió mientras luchaba por incorporarme. En el pasado, cuando me enfrentaba a un basilisco utilizaba mi magia para reflejar su mortífera mirada contra sus propios ojos. Pero mi magia se había esfumado: desapareció con el ocaso de Solinari para no volver jamás. No tenía más remedio que luchar.

Sentía los miembros rígidos, y mis reacciones eran lentas. Estaba mareado por el aliento venenoso y no me atrevía a mirar los ojos de la bestia. Sostuve mi espada con un débil esfuerzo, fingiendo estar agotado. El basilisco quiso poner fin al duelo con rapidez y me embistió sin previo aviso. En el acto empuñé mi espada con las dos manos, la alcé y asesté un mandoble en el cráneo del monstruo, justo entre sus letales ojos.

Sufrió un único espasmo y murió.

Casi siempre es posible engañar así a un basilisco.

La mansión Ashton era la vivienda más estrafalaria que jamás había contemplado. De una estructura pentagonal surgían torreones, minaretes y gabletes. Nadie sabía quién inició la construcción del edificio; había aparecido diez años atrás, en la época de la Guerra de la Lanza. Lord Ashton —como se hacía llamar— era un mago Túnica Roja humano de quien se rumoreaba que poseía grandes poderes pero carecía de sentido común. Tenía que haber imaginado que el propietario original del Ojo de Dragón le seguiría la pista, por muchas veces que se mudara de domicilio.

Tardé un buen rato en encontrar una puerta en aquella enloquecedora trama de esquinas, contrafuertes voladizos y gárgolas burlonas. Cuando finalmente la hallé, no conseguí abrirla. Aunque no parecía demasiado sólida y tampoco detecté cierres mágicos, no cedió ni un centímetro por mucho que la pateé y aporreé. Carecía de ventanas al nivel del suelo.

Me había vendado las heridas de las garras del basilisco, pero me dolía el costado y estaba débil por la pérdida de sangre. «Ésta se la debo al jefe theiwar», pensé mientras desliaba la cuerda que llevaba enrollada en la cintura; le até un arpeo, lo hice girar en el aire y lo solté para que saliera volando por encima de la casa. Aterrizó sobre una chimenea y arañó el tejado con un chirrido apenas audible, incluso para mí. Tiré de la cuerda para asegurar el garfio, pero la chimenea se desmoronó y el garfio se desenganchó. Mi segundo intento tuvo más éxito: el arpeo rodeó el cuello de una gárgola.

Escalé la pared de la mansión hasta un balcón situado a unos seis metros del suelo. Me encaramé a la baranda y descubrí otra puerta. Se abrió fácilmente, con demasiada facilidad: me invitaban a entrar. Deseé de todo corazón poder rechazar el ofrecimiento.

El sudor me resbalaba por la frente y mi respiración estaba agitada por el agotamiento cuando traspasé el umbral. No tenía tiempo para descansar. Ya en el interior, encontré una antorcha en el suelo, como si la hubieran dejado allí adrede para mí. La encendí. Me hallaba al final de un largo pasillo. De las paredes colgaban tapices que empezaban a convertirse en polvo. Echaba de menos mi magia. Un sencillo conjuro me habría proporcionado una luz suave y continua, en contraste con la temblorosa y humeante llama de la antorcha.

Al final del pasillo había varias puertas. Abrí algunas y me asomé al interior. Esta planta estaba desierta, excepto por algunos muebles rotos y varios objetos de decoración mohosos. Había entrado en la casa sin tener la menor idea sobre el paradero del diamante. Esperaba registrar la vivienda de arriba abajo; pero, una vez dentro, empecé a recibir una imagen mental de dónde se encontraba el Ojo de Dragón. En el centro del pasillo había una larga escalera que conducía hasta el nivel del suelo. Descendí.

La planta baja era como una cueva. Al principio creí que las paredes eran de piedra toscamente labrada. Después caí en la cuenta de que en un tiempo fueron de madera y se habían fosilizado. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de limo que se pegaba a mis botas, impidiéndome caminar en silencio. El calor y la humedad, casi insoportables, generaban una niebla que remolineaba en torno a mí. Apenas alcanzaba a ver mis propios pies.

Como todos los elfos, detesto las cavernas. Que me den el fresco verdor de un bosque, o incluso las sucias calles de una ciudad, pero que se guarden las cavernas

húmedas, apestosas y llenas de moho.

No tenía ni idea de lo que hacía, me guiaba el Ojo de Dragón... y tenía que suponer que para nada bueno. Avancé pesadamente entre el limo. Un repentino desplazamiento bajo mi pie y un chasquido casi inaudible me alertaron. Esta vez mi instinto no me defraudó. Me arrojé de bruces, a tiempo de oír el silbido del objeto que pasó rozando mi cuerpo. Aterricé —con un chapoteo— en el repugnante cieno. Me revolví para ponerme en pie sin demasiada maña, provocando un estallido de dolor en mi costado herido. Retrocedí cautelosamente para examinar la trampa de la que había escapado por los pelos. Quizá tuviera que volver por este camino y quería asegurarme de que la trampa estaba desactivada. Tras sacudirme el cieno, descubrí que, ejerciendo presión en cualquiera de dos losas concretas del piso, se disparaban dos cuchillas que surgían de unas ranuras de las paredes. Una desagradable manera de morir.

El pasillo desembocaba en un espacioso comedor. Una enorme y recargada mesa de roble ocupaba el centro de la habitación, pero no había sillas a la vista. Supongo que la cantidad de alimentos que comen los invitados se reduce si tienen que permanecer en pie durante la cena. Junto a las paredes se alineaban estanterías para vinos, algunas todavía con botellas. Yo no habría probado ese vino por todo el acero de Flotsam. Las telarañas —inmensas telarañas— habían invadido la estancia. Detecté algo enredado en los hilos de seda. Al acercarme vi unos pies que sobresalían por debajo. No se movían. Desenvainé la espada y abandoné la habitación reculando lentamente; antes de salir incendié las telarañas con la antorcha.

Una gigantesca araña envuelta en llamas salió de un salto de la habitación y chocó contra mí en su precipitación por escapar del fuego. La araña me superaba mucho en tamaño, sólo sus patas ya eran tan largas como yo alto.

Me acudió a la memoria un conjuro y pronuncié las palabras ancestrales, al tiempo que ejecutaba un complicado pase con la mano izquierda.

Nada.

De acuerdo, ni rastro de magia. ¡Maldición!

Esquivé una hebra de seda que me lanzó la araña. Rodé de costado y traté de ponerme nuevamente en pie sin soltar ni la espada ni la antorcha. El esfuerzo me provocó oleadas de dolor por todo el cuerpo, pero tenía que conservar la antorcha. Agité la llameante tea frente al bicho y conseguí mantenerlo a raya durante unos segundos. Disparó otro hilo de seda, no a mí sino a la antorcha, y con un brusco tirón, el monstruo me arrebató la tea de la mano. La llama vaciló y menguó sobre el lodoso suelo. Tenía que recogerla antes de que se apagara.

El arácnido me atacó de nuevo, corriendo hacia mí para intentar clavarme sus largos colmillos. Di un salto atrás y le rebané parte de una pata. Furioso, arremetió con la intención de rematarme. Pasó como una exhalación junto a mí y se estrelló

contra una estantería, haciendo añicos varias botellas. Empapada de vino, la bestia reanudó el ataque, con los colmillos rezumando veneno. Me abalancé sobre la antorcha, la recuperé y se la arrojé. Las llamas prendieron en el alcohol que impregnaba su cuerpo y se inflamó en el acto. Intenté apartarme de su camino; pero resbalé en el viscoso suelo y acabé debajo de la criatura que se abrasaba. Su peso me aplastó. Dos costillas cedieron con un seco chasquido y el dolor me traspasó con agónicas lanzadas; pero, incluso moribunda, la araña me picó en el pecho, inyectando ardiente veneno en mis venas.

Con la mano que me quedaba libre clavé mi sable en el cuerpo de la criatura, que se encogió, se estremeció y murió.

Me puse en pie trabajosamente, mareado por el dolor y febril por el veneno, envainé mi espada y regresé cojeando a la cocina. Las llamas se habían apagado, dejando toda la habitación cubierta de negro hollín. Distinguí una gran puerta de madera, empotrada en una de las paredes de piedra. Estaba cerrada con llave.

Derribé la maldita puerta a patadas.

Cuando penetré en la reducida antesala, una voz resonó en mi dolorida cabeza.

¡Márchate ahora o afronta tu destino!

No se había producido ningún sonido; la voz estaba incrustada en mi cerebro. No respondí.

En el interior de la habitación, una escalera conducía al piso superior, pero no había otras entradas o salidas. Lo registré todo en busca de puertas secretas, pero no descubrí ninguna. Los escalones se interrumpían en un estrecho rellano y luego seguían hacia arriba. Cuando me disponía a subir, la voz habló de nuevo:

¡Te lo advierto, márchate o morirás con toda seguridad!

Hice caso omiso.

Llegué al rellano. Al mirar hacia abajo vi la trampilla..., pero demasiado tarde. La portezuela se abrió hacia abajo y caí en un sumidero. Me deslicé por el conducto hacia un destino desconocido y presumiblemente horrible. Intenté detener la caída, pero las paredes del sumidero estaban resbaladizas y mis manos patinaban. Desesperado, desenganché unas clavijas de mi cinturón, una con cada mano. Me contorsioné y conseguí frenar el descenso clavando las escarpas en las paredes del conducto. Finalmente me detuve, colgado de las herramientas y balanceando los pies. Estaba oscuro como boca de lobo, pero noté una ráfaga de aire fresco en las piernas. Se me habían abierto las heridas, el dolor me laceraba el pecho y el costado, pero no cedí. Al mirar hacia abajo no pude ver nada. No aguantaría mucho rato más. Al cabo de varios minutos oí que algunos pegotes de tierra que había arrancado en mi caída llegaban al fondo, seguidos por la sangre que manaba de mis heridas.

Pataleando en el vacío, detecté lo que esperaba que fuera una cornisa, o quizás el borde de la fosa. Logré impulsarme hasta allí. Ante mí titilaba una luz. Tras rodear la

fosa, renqueando, penetré en un largo corredor.

Oí un roce y un silbido encima de mí. Me arrojé al suelo. Una enorme losa de piedra se desplomó a mis espaldas, cortándome la retirada.

Me puse en pie de un brinco y eché a correr, dejando un rastro de sangre.

¡No, no! ¡Hablo en serio! Vas a morir.

Cuando me aproximaba al final del corredor, una reja cayó del techo con gran estrépito. Me lancé de cabeza hacia ella y pasé por debajo en el último momento. Me incorporé y desenvainé mi espada.

Me hallaba en una amplia habitación iluminada por antorchas. Las paredes estaban toscamente talladas en la roca viva, evidentemente obra de un albañil incompetente. Si un enano examinase este lugar tendría dificultades para reprimir las náuseas. Las paredes rezumaban agua, que trazaba a su paso sinuosas líneas de sedimento mineral. Las antorchas de las paredes chisporroteaban débilmente, sumiendo algunas zonas de la habitación en profundas sombras. A un lado de la habitación había cajas apiladas ordenadamente, y en el otro, una mesa y varias sillas. De la pared más alejada del agua colgaban varios tapices.

—Ése es el problema de los elfos —dijo una voz desde las sombras—. Nunca hacéis caso.

Se encendió una luz. El humano más feo que jamás había visto se sentaba en un trono que ocupaba el centro de la habitación. Un extraño cayado, con el mango muy retorcido, reposaba contra el brazo derecho del trono. Sobre un pedestal, centelleante a la luz de las antorchas, estaba el Ojo de Dragón.

El Ojo era un diamante del tamaño de un puño y de un color muy poco corriente. En el centro había una curiosa imperfección que provocaba que, cuando la luz incidía en él, el diamante reluciera como un prisma, adoptando el aspecto de un ojo parpadeando. Según la leyenda, era realmente el ojo de un antiguo Dragón Rojo. Unos magos se lo habían vaciado y lo habían transformado en un diamante. Antes de la guerra de Caos, el Ojo fue un artefacto mágico muy potente, capaz de generar llamaradas que imitaban el flamígero aliento de los verdaderos dragones de Krynn. Claro que, ¿quién sabía? Tal vez no fuera más que otro diamante fabulosamente grande e inmensamente valioso.

—De modo que has venido en busca del Ojo —dijo el humano, que se cubría de pies cabeza con ropas blancas—. Bien, aquí está. No tiene valor alguno, ¿sabes? Ha perdido su magia.

—Entonces no os importará que me lo lleve —dije, avanzando un paso.

El humano me miró ferozmente.

—Eres jugador, ¿verdad? Muy bien. Soy el Guardián del Ojo. Todavía conserva su magia, aunque no sé con seguridad cómo. Me han encargado custodiarlo hasta que los magos puedan estudiarlo.

—No quiero haceros daño, señor —dije—, pero lo necesito. Hay vidas en juego. El humano meneó la cabeza.

—Lo lamento. Tanto si lo quieres para bien como para mal, no puedo permitir que te lo lleves. Alterarías el equilibrio.

—Si no me lo entregáis, supongo que tendré que quitároslo.

Extraje de mi cinturón un corto barrote de metal, obsequio de un gnomo agradecido. Presionando el botón de un extremo, se extendía telescópicamente y se mantenía rígido. Ahora empuñaba una ligera pero resistente pica. Aunque el Guardián no tuviera reparos en matarme, yo no deseaba acabar con su vida.

Mi oponente se irguió y se despojó de sus vestiduras. Era un humano delgado e hirsuto, de alrededor de un metro ochenta de estatura, y ahora sólo llevaba un taparrabos. Su corta nariz, achatada, sus anchas mandíbulas, sus gruesos labios y sus prominentes incisivos inferiores le conferían una apariencia simiesca; pero sus ojos, ambarinos, denotaban una gran inteligencia.

Cogió el cayado curvo y lo blandió varias veces a su alrededor, con lo que los músculos de su delgado pero poderoso torso se hincharon y tensaron. En condiciones normales, yo habría considerado equilibradas nuestras fuerzas. Ahora no.

Nos situamos frente a frente: un elfo herido contra un guerrero humano bien descansado. Me aguardaba el combate más difícil de mi vida.

Me atacó con un repentino golpe de arriba abajo, intentando empalarme con el afilado gancho de metal de su cayado. Apenas conseguí parar la primera acometida haciendo girar mi vara y lanzando un ataque a su vientre. Desvió mi golpe con destreza.

Se abalanzó sobre mí con una serie de malintencionados golpes, aprovechándose de su mejor forma física para intentar cansarme. Víctima aún de los efectos de la mirada del basilisco y del veneno de la araña, adopté una postura defensiva, concentrándome en mantener alejado de mí aquel mortífero gancho. Si bien la punta no me alcanzaba, con el asta del cayado me estaba propinando una soberana paliza.

Al cabo de unos instantes, el humano comprendió que su táctica no surtía efecto. Se estaba agotando rápidamente mientras yo reservaba energías.

Retrocedió, jadeando por el esfuerzo.

—¿Seguro que esto es necesario? —pregunté con firmeza—. Como he dicho, señor, no quiero haceros daño, pero debo conseguir el Ojo.

—Lucharé hasta la muerte —insistió—. Debo hacerlo.

Intentó arrebatarme la vara de las manos trabándola con su gancho. Resistí un momento y luego solté una mano. El gancho resbaló inofensivamente hasta salirse por un extremo de la vara. La repentina falta de resistencia desequilibró a mi oponente.

Aproveché para atacar a mi vez. Apoyando en el suelo un extremo de mi vara, la

utilicé a modo de pértiga y proyecté ambos pies contra su pecho. El impacto le cortó la respiración y lo dobló por la mitad. Mientras luchaba por incorporarse, presioné el botón de la vara, convirtiéndola de nuevo en un corto barrote, con el que aporreé la base del cráneo del humano.

Perdió el sentido en el acto.

Me desplomé a su lado, jadeando. Había agotado mis últimas fuerzas; la oscuridad me reclamaba.

Al despertar me encontré al humano todavía inconsciente junto a mí. Saqué varias tiras de tela de mi mochila y lo até con sólidos nudos. Sus afiladas uñas le permitirían desatarse tarde o temprano, pero no antes de que yo me hubiera marchado.

Retiré el Ojo de Dragón de su pedestal. En otro tiempo habría sido capaz de detectar su magia gracias a la mía. En ese momento, para mí era sólo otra gema más. La espolvoreé por completo con unos polvos especiales que llevaba conmigo y que se desvanecieron un instante después de ser aplicados. Me puse un par de guantes de cuero, cogí el diamante y lo guardé en mi mochila.

Un rápido registro me reveló la puerta que el Guardián utilizaba para entrar y salir de la habitación. Un vez en el exterior, supe por la posición de la luna nueva de reciente aparición en Krynne que me quedaba menos de una hora para volver a Palanthas y acudir a mi cita.

Encontré mi caballo donde lo había dejado, junto a la pared de la casa. Galopé hacia el sur, de regreso a la ciudad.

Cuando me acercaba, me vi obligado a refrenar a mi montura. En los escasos años transcurridos desde la guerra de Caos, diversos aristócratas menores habían asumido y perdido el control de Palanthas. El último, y hasta ese momento el más poderoso, era lord Bryn Mawr, comandante de un contingente de casi quinientos bandoleros y asesinos a los que llamaba guardia de la ciudad.

Mantenia un toque de queda estricto y unas tropas razonablemente bien disciplinadas que dificultaban la tarea de introducirse furtivamente en las calles de noche. Pero existían otras maneras de entrar después de oscurecer..., por un precio.

Amarré a mi corcel a más de un kilómetro de la ciudad. Lo necesitaría más tarde, pero era demasiado arriesgado entrar en la ciudad a caballo.

Cuando estuve cerca de las murallas de Palanthas, torcí hacia el noroeste, rodeándolas en dirección al mar. Me descalcé, guardé las botas en mi mochila y me zambullí en las frías aguas. El recorrido de casi un kilómetro a nado hasta el puerto me revitalizó y limpió en parte la sangre y la mugre de mis vestiduras.

Surcando el agua sin chapotear, nadé hacia los muelles, hacia un espigón en particular. Cuando llegué al malecón, empecé a trepar por una escala provisional. Unas manos descendieron, aferraron mis muñecas y me alzaron. La hoja de un

cuchillo oprimió mi garganta.

—La contraseña... o tu cabeza y tu cuello se separarán para siempre, elfo.

—«El Gremio de Ladrones sigue mandando». ¿Estás satisfecho, Tari *el Tuerto*?

—Ah, eres tú. Entra enseguida. Se acerca una patrulla.

El hombretón que se tapaba un ojo con un parche me soltó. Me escabullí del muelle a través de un túnel secreto que se abría cerca de allí. Cuando la patrulla llegara, encontraría a Tari borracho, dormido en su barca. Yo ya estaría en la ciudad.

Salí del túnel. Al volver una esquina, me tropecé literalmente con uno de los guardaespaldas de Bryn Mawr en una calle por lo demás desierta. Lo reconocí y, por fortuna, él también a mí. Alargó una mano y me sujetó por un brazo.

—Por los dioses perdidos, por fin te he atrapado, elfo asesino...

Introduje mi daga bajo su peto y en sus entrañas. Cayó al suelo como un peso muerto.

Mientras caía, otro guardia salió de la taberna. Me vio junto al cuerpo de su camarada y de inmediato lanzó un grito. Desenfundó su espada y corrió hacia mí. La puerta de la taberna se abrió de golpe y por ella empezaron a surgir más guardias.

Me persiguieron calle abajo y continuaron pisándome los talones mientras yo corría y torcía por las calles y los callejones de Palanthas. Pronto los dejé atrás, pues les pesaba la barriga debido al exceso de cerveza. Pero sus gritos atrajeron a otra patrulla. Sin dejar de correr, me desenrollé otra vez la soga de la cintura y le até el arpeo. Lo lancé por los aires. El garfio se enganchó a la primera y trepé con toda la rapidez que me permitía mi cuerpo lastimado. Mis perseguidores llegaron justo cuando coronaba el edificio. Escapé por los tejados.

Los guardias no se rindieron, algo imposible tras la muerte de uno de los suyos.

En pocos segundos, decenas de guardias registraban las azoteas de toda la ciudad. Eran implacables. Mi única esperanza de huir era internarme en las alcantarillas. Sólo me quedaban unos minutos para la cita.

Me situé en el tejado de una gran posada llamada El Puño y el Guante. Me dejé caer, me agarré al alféizar de una ventana y aproveché la inercia para balancearme y saltar directamente hacia la abertura. Atravesé violentamente las persianas y aterricé sobre una cama... ocupada. Un hombrecito grueso se sentó y profirió un alarido que debió de oírse incluso en Flotsam.

—Perdón, me he equivocado de habitación —dije, brincando de la cama al suelo.

La posada en pleno había despertado y todos salían tumultuosamente de los dormitorios para averiguar qué ocurría. Dos guardias entraban por la puerta principal, mi única vía de escape. Descendí a la carrera por la escalera y pasé justo entre ambos.

Me lanzaron sendos puñetazos, fallaron y se atizaron el uno al otro.

Seguí corriendo.

Enfilé por un callejón y localicé una de las muchas aberturas que conducían al

sistema de alcantarillado. Mala suerte. ¡Había un guardia justo encima! Se me estaba agotando el tiempo. Tomando carrerilla, hice una cabriola, aterricé de pie y di un salto mortal hacia el guardia, dando una voltereta en el aire para caer sobre él con los pies por delante. El demoledor impacto lo dejó sin sentido.

Aparté la pesada reja y descendí por la escalera, deteniéndome sólo el tiempo necesario para volver a colocar los barrotes en su sitio por encima de mi cabeza. Los guardias encontrarían pronto a su camarada inconsciente y comprenderían que me había escabullido por las alcantarillas, pero incluso así era improbable que me persiguieran hasta allí abajo. El Gremio de Ladrones seguía controlando esa parte de Palanthas.

Al llegar al pie de la escalera encendí otra antorcha. El techo de este sector del alcantarillado era más alto que la mayoría, de modo que pude caminar erguido. Comprobé las marcas de la pared —grabadas por aquéllos que consideraban más seguro viajar bajo tierra que por encima—, saqué el mapa y me dirigí a mi reunión. No detecté señales de vida, excepto las omnipresentes ratas. De pronto, una espectral risita sonó en el túnel detrás de mí. Me volví, pero no vi nada.

Minutos después oí de nuevo la risita, pero esta vez también el roce de tela contra la piedra.

Aceleré el paso.

Sin previo aviso, me vi rodeado por unas pequeñas y sucias criaturas de cabello apelmazado y cara mugrienta. Su hedor casi me dejó sin conocimiento. Me sujetaban por todos lados a la vez, aferrándose a mí y aullando:

—¡Eh, chicos! ¡Un invitado a cenar! ¿Le apetecen unas jugosas ratas?

¡Enanos gullys!

Me habían rodeado. No deseaba matar a ninguno de aquellos infelices seres, pero estaba claro que no disponía de tiempo para quedarme a cenar. Los aparté a golpes con la espada de plano, confiando en ahuyentarlos.

Los asusté, pero no se marcharon. A la vista del acero desnudo, todos gritaron al unísono y, abalanzándose sobre mí, rodearon mis piernas y mi cintura con sus brazos, al tiempo que imploraban compasión.

Blandí mi espada, pero fue un gesto vano. No tenía fuerzas para desembarazarme de dos docenas de enanos gullys. Mis pies perdieron el contacto con el suelo. Me estaban arrastrando, a mí, un involuntario invitado.

De pronto, aullaron de terror y me dejaron caer en el limo. Miré hacia arriba y vi un enorme ogro que avanzaba pesadamente entre enanos gullys fugitivos.

—Llegas tarde, elfo —dijo el ogro con un ademán despectivo.

Me guió por las alcantarillas hasta una puerta fuertemente reforzada. Llamó con un puñetazo. Una pequeña mirilla se deslizó hacia un lado y un par de ojos espionaron a través de la abertura. La puerta se abrió.

Me introduje en una habitación de piedra, fría y desgarnecida. El aire tenía un olor rancio, como el de una tumba. En el interior había otro ogro, el enano theiwar de antes y una elfa vestida de cuero negro. La elfa me miró con unos oscuros y desafiantes ojos que echaban chispas. Ni rastro de la cautiva o del secuestrador. Miré en derredor, escrutando las sombras.

—¿Y bien, elfo? ¿Lo tienes? ¿Tienes el Ojo de Dragón?

La voz era a un tiempo hermosa y desagradable: como un tenor silvanesti en un coro de goblins, o un Dragón Dorado nadando en un mar de sangre; la luz engullida por las tinieblas.

Mi alma sufría al escucharla.

—Lo tengo —grité, buscando el monstruo al que había venido a enfrentarme—. ¿Está a salvo mi esposa?

La criatura emergió de las sombras. Un frío pavor atenazó mi corazón.

Los elfos los llamaban «prole de Caos» porque al parecer habían surgido de la guerra de Caos. Esta criatura en particular parecía un terrible cruce entre un reptil y un ave. Alcanzaba casi los tres metros de altura, con una piel escamosa de color rojo vivo con franjas negras, como lava fundida. Su cabeza era larga y estrecha, sus ojos sobresalían a ambos lados de un rostro sin nariz. Abrió su grande y fina boca para hablar, dejando al descubierto varias hileras de dientes afilados como navajas, capaces de atravesar la carne y el hueso en un instante. Tenía dos huesudos brazos con manos de tres dedos provistos de garras. Por encima y por debajo de cada brazo surgían dos tentáculos que se agitaban incesantemente. Tenía dos piernas, dobladas hacia atrás como las de un ave, cada una con tres garras. A pesar de su estrafalario y aterrador aspecto, se movía grácilmente, con fluidez.

Y entonces vi a Maral.

Uno de los tentáculos del bicho envolvía el cuerpo de Maral y una mano le rodeaba el cuello. Un pañuelo manchado de sangre cubría un lado de su cabeza. Su expresión era más de enfado que de susto.

La criatura de Caos extendió una mano de largas garras.

—¡Dame el Ojo de Dragón!

—Primero suelta a mi mujer.

—No estás en situación de regatear. ¡Entrégame la joya o le rebanaré el gaznate!

Para recalcar su afirmación, oprimió con las garras la carne de Maral, que jadeó de dolor. Vi manar sangre.

—¡Basta! ¡Tú ganas! —grité.

Saqué el Ojo de Dragón de la bolsa y se lo tendí a la criatura sobre una mano enguantada. La criatura de Caos se apoderó del diamante y lo observó al trasluz.

—La piedra es inservible —dije, con la esperanza de distraerlo—. Su magia ha desaparecido.

Soltó una horrible carcajada.

—¡Eso es lo que tú crees! Necio...

La criatura de Caos se llevó una mano a la garganta. El diamante cayó de su mano flácida. Con un suave gemido, el monstruo se desplomó y quedó tendido en el suelo, inerte.

Maral se apartó de un salto, gritando:

—¡Cuidado con ella!

La elfa desenvainó su larga espada y me atacó. Desenfundando la mía, repelí su acometida. El ogro que me había rescatado de los enanos gullys intervino para ayudarme, asestando un golpe demoledor en el cuello al otro ogro. Maral atacó al theiwar con las manos desnudas.

La elfa oscura y yo giramos en círculos frente a frente, intentando calibrar la destreza del adversario. Ella advirtió mi cansancio por la lentitud de mis reflejos y aprovechó su ventaja. Me embestía constantemente, dejándome el brazo insensible cada vez que desviaba sus potentes golpes. Los dos ogros estaban enzarzados; no cabía esperar ayuda de aquella zona. El theiwar luchaba con ahínco, manteniendo ocupada a Maral.

Una estocada atravesó mi guardia, reabriendo la herida sangrante de mi pecho. La elfa, con sus oscuros ojos en ascuas, aulló anticipando la victoria y atacó de nuevo, cada vez con menos finura y más fuerza bruta. Mi cabeza era un torbellino y mi visión se enturbiaba. Un último golpe y se me cayó la espada de los dedos exánimes. Me desplomé de rodillas. La elfa alzó su espada para asestar la estocada final. De pronto gritó y cayó de bruces. Mi supuesta esposa se erguía ante la elfa caída. Maral arrancó de la espalda de la elfa oscura la daga que le había arrebatado al theiwar.

Se desenrolló el pañuelo de la cabeza.

—¿Dónde has estado? —exigió saber.

Vi al theiwar tendido en el suelo, inconsciente, en la otra punta de la habitación.

Yo estaba cubierto de sangre, en su mayor parte mía. Tenía varias costillas rotas. Todavía estaba intoxicado por el veneno. Sonreí a mi compañera.

—Me detuve en una taberna a tomar unas copas. ¿Por qué? ¿Acaso tenías prisa, esposa querida?

Mi amigo Maral miró el vestido de mujer que llevaba e hizo una mueca.

—¡No le cuentes a nadie nada de esto! ¿Me lo prometes?

El ogro —en realidad un miembro del grupo llamado Exterminadores de Dragones asignado a la lucha contra la prole de Caos— se echó a reír y meneó la cabeza.

—¡Pero yo no lo he prometido!

Nos reunimos alrededor de la comatosa criatura de Caos.

—¿Qué le has dado? —me preguntó Maral.

—Recubrí el Ojo con el veneno paralizante más potente que encontré. Habría dejado sin sentido a una caterva entera de draconianos. Espero que no lo haya matado.

—No caerá esa breva —respondió el ogro—. ¿Está el resto del equipo en sus puestos?

—Ha habido un ligero cambio de planes. He detectado cierta agitación en la ciudad antes de llegar aquí. Las calles están abarrotadas de guardias. Tenemos que llegar a los muelles. Tari nos espera en la barca. ¿Conoces el camino a través del alcantarillado?

—¿Crees que podrás cargar con eso hasta tan lejos? —preguntó Maral.

Org asintió y se inclinó sobre la criatura de Caos. Yo recuperé con cuidado el Ojo de la mano de la criatura. El ogro se cargó al bicho sobre un hombro. Retrocedimos por las alcantarillas. Cuando Org calculó que estábamos cerca de nuestro destino, ascendimos y salimos a la calle. Los muelles estaban desiertos. Tari nos esperaba y nos indicó por señas que el camino era seguro.

Org llevó la criatura al desembarcadero. Tras asegurarse de que la bestia seguía inconsciente, la introdujo en un gran saco de cuero, le administró una poción para asegurarse de que dormiría durante el transporte y, luego, depositó el saco dentro de una enorme caja. Embarcamos la caja en una nave que se disponía a zarpar.

Rebusqué en mi bolsa y extraje el pendiente de Maral. Señalé el que ella se había olvidado de quitarse.

—Pareces asimétrico.

Maral me arrebató el pendiente y arrojó la pareja al mar.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Conducirán a la criatura de Caos otra vez a la torre. Los sabios la examinarán y así sabremos lo que podemos esperar la próxima vez que nos tropecemos con uno de esos seres.

—No. Me refiero a qué vas a hacer tú.

Contemplé el Ojo de Dragón que reposaba todavía en mi mano enguantada y suspiré.

—Los Exterminadores de Dragones no somos ladrones. Ahora tengo que devolverlo.

Miedo al dragón

[Teri McLaren]

—¡Toma, vuelve a colgarte esta llave alrededor del cuello! Deja de holgazanear y tráeme un paño limpio, Carlana —gruñó Frenzill con voz apenas audible tras cerrar su libro de recetas, atrancar la puerta y subir de la bodega donde fermentaba su cerveza—. Y cambia el gesto, muchacha. ¿Cuántas veces te has pisado hoy esa cara tan larga, eh?

—Pero, padre —protestó Carlana, apresurándose a abrirse paso entre toneles y vasos para llegar hasta el trapo, que se hallaba sólo a un palmo de la mano de Frenzill. Depositó cansadamente su atestada bandeja sobre el mostrador y con un suspiro apartó de su pálido rostro un mechón de cabello cobrizo—, llevo todo el día trabajando sin un momento de reposo.

—He dicho que cambies el gesto —susurró ásperamente Frenzill—. Ahora sirve esa bandeja y vuelve a ocuparte del piso.

Carlana miró con dureza a su padre durante un largo momento y reprimió las lágrimas de frustración que acudían a sus grandes ojos azules. Se colgó la pesada llave de la bodega, junto la cadena, aún más pesada, al cuello y recogió fatigosamente la bandeja, pero se negó a sonreír.

Frenzill le dirigió otra hosca mirada y luego empezó a limpiar la misma jarra por quinta vez desde el almuerzo, frotando enérgicamente una mota de polvo que se había disuelto en una grasienta huella cuando la secó. ¿Otra brasa? ¿Más hollín? Suspiró contemplando el manchurrón negro que había aparecido en su paño blanco de tabernero.

—Vas a gastar ambas cosas —sonrió Gisrib desde su reluciente taburete situado junto al mostrador—. Algún día esa chica te dejará, tan deprisa que sólo oirás el portazo que dará al marcharse.

—No mi Carlana. No se atreverá. Algún día todo esto será suyo —masculló Frenzill, arrojando el paño hacia una soñolienta mosca que volaba sobre la cabeza de Gisrib. Su puntería fue mejor de lo que esperaba, porque el condenado insecto se estrelló, zumbando, en el espumoso vaso de cerveza del larguirucho granjero. Gisrib meneó la cabeza, dirigió sus turbios y ojerosos ojos hacia su atareado anfitrión y pidió otra cerveza, por señas. Frenzill retiró la jarra casi llena y sirvió a regañadientes una nueva. Su último barril de cerveza estaba casi vacío y el Festival del Solsticio de Verano empezaba al día siguiente. Siempre se necesitaba gran cantidad de cerveza para el Festival. Aunque este año la fermentación había tardado más de lo habitual en completarse adecuadamente, Frenzill sabía que estaría lista a tiempo. Tendió la mano para cobrarle a Gisrib.

—No he venido también a comer, Frenzill. Ésta es gratis, según mis cálculos — protestó Gisrib, contemplando la blanda palma de Frenzill—. Dime, ¿estará lista para mañana la cerveza nueva del verano? La tradición...

—Para mañana, Gis. Para la celebración, naturalmente. Es la tradición — respondió Frenzill, molesto por la pregunta.

Gisrib meneó la cabeza, pues conocía a Frenzill lo bastante bien para creerlo.

—Cuando vivía en Doriett, nuestros cerveceros siempre la sacaban un poco antes para probarla.

—Sí, eso me dices todos los años —replicó glacialmente Frenzill. Gisrib siempre estaba hablando de su tierra natal. Pero, por otra parte, el viejo Gisrib todavía era considerado un recién llegado en Puerto Escondido, aun después de diecisiete años—. Tengo que irme. Disfruta de tu cerveza. —Frenzill colocó la pulida jarra en su lugar sobre la repisa y ordenó por señas a Carlana que lo sustituyera detrás del mostrador.

—Bueno, sírveme otra, antes de que te marches a ver guerras —dijo Gisrib, esta vez ofreciéndose a pagar—. Y no dejes que le caiga ningún dragón —añadió, tajante.

Frenzill suspiró hondamente una vez más, y la mirada de sus acuosos ojos azules se endureció de repente. Mientras Gisrib apuraba su bebida, Frenzill pescó con habilidad la mosca que pataleaba en la primera jarra de cerveza, volvió a llenarla hasta el borde y la sirvió, sin que su expresión variase en ningún momento. Carlana, que lo observaba en silencio, dejó caer su bandeja, horrorizada, y huyó a la carrera en dirección a su habitación, intentando contener sus arcadas. Gisrib enarcó una ceja, sacudió la cabeza al no entender la razón de la súbita retirada de la chica y engulló un largo y satisfactorio trago de la «nueva» jarra de cerveza.

Frenzill sonrió ladinamente, se guardó la moneda de Gisrib en el bolsillo y se echó sobre los hombros una capa ligera para protegerse del relente. El aire tenía, normalmente, un fresco aroma fuera de la posada, por lo que aquélla le parecía a Frenzill una hora del día agradable para realizar su tarea habitual más pesada y aburrida: su ronda de vigilancia por la ciudad. Pero este día, al igual que el anterior, la brisa era acre por el humo. ¿De dónde venía este infernal hollín? Los combates no podían librarse tan cerca aún, reflexionó.

Mientras se dirigía a grandes zancadas hacia el límite de la ciudad, Frenzill advirtió que las calles de Puerto Escondido estaban anormalmente desiertas. Sólo unas cuantas mujeres se acuclillaban en los jardines comunitarios, arrancando malas hierbas y riendo alborozadas. ¿Se reían un poco más fuerte al ver a Frenzill? Las observó en un silencio apropiadamente respetuoso y, luego comprobó disimuladamente el estado de sus pantalones, aprovechando que un carro sobrecargado de heno pasaba junto a él. Miró por encima del hombro para ver si su capa se había manchado con el omnipresente hollín y meneó la cabeza con irritación.

«¿Dónde está todo el mundo?», se preguntó, pero las calles vacías no lo

inquietaron, puesto que por la sombra del reloj de sol de la plaza mayor supo que llevaba una buena media hora de retraso en su ronda. Después de todo, estaban en guerra, y la brisa vespertina transportaba a menudo los sonidos de las distantes batallas a través del amplio valle.

Subió, resollando, hasta la barbacana y se situó encima de la enorme y antigua puerta de madera; desde allí oteó las oscuras nubes que se cernían sobre el horizonte por el este, envolviéndolo como un sudario. «No ha caído ninguna tormenta, ni rayos, en varias semanas», pensó. Su estrecho y descolorido rostro se arrugó en una mueca, al tiempo que se lamía un retorcido dedo índice y lo mantenía en alto, confirmando la dirección de la desagradable brisa que indicaba la oxidada veleta.

Dos muchachos pasaron corriendo debajo de él con el rostro encendido, sonrientes y con las manos repletas de caballeros y caballos de madera en miniatura.

—¿Están luchando ahí fuera, señor Frenzill? —gritó uno, un diablillo de diez años en quien Frenzill reconoció vagamente al hijo del panadero—. ¿Podemos subir a mirar? Todo el mundo habla hoy de guerras. ¡Y de un dragón! Va a venir aquí, ¿lo sabía?

Frenzill se limitó a mirar coléricamente a los ávidos rostros de los chicos y siguió recorriendo la muralla. «Hay mucho más humo que ayer —observó—. O que anteayer, o que el día anterior. Y ahora se ha levantado viento y está soplando en nuestra dirección. ¡Qué fastidio! Justo a tiempo para aguarnos el Festival del Solsticio de Verano». Frenzill contempló los remolinos de oscuras nubes, descubriendo en ellas formas imaginarias: una jarra, un tonel, una bolsa de monedas. Meneó la cabeza, lentamente, mientras apartaba la vista del desolado cielo para inspeccionar su pequeña y pulcra ciudad. Veinte o treinta vistosas banderas colgaban ya de sendas ventanas recién limpiadas para la celebración del día siguiente. Era una lástima que ya se estuvieran ensuciando de hollín.

Las bien cuidadas tiendas que daban a jardines de rosas y a calles adoquinadas se alineaban alrededor de la ancha y umbría plaza mayor. Desde su atalaya sobre las puertas, cerradas desde hacía tanto tiempo que el orín había soldado sus goznes y cerraduras, Frenzill distinguió claramente su propio orgullo y su alegría: La Taberna del Buen Beber. De su ventana superior colgaba una gran bandera roja. «Bienvenidos —proclamaba su leyenda—. La mejor cerveza del mundo». Las letras curiosamente dibujadas parecían bailar sobre una jarra de cerveza coronada de espuma. Era en efecto la mejor cerveza del mundo, pensó presumidamente, y él era el único que la fabricaba.

La remesa de la presente estación, cincuenta barriles enormes, todos aclarándose hasta adquirir el intenso tono ámbar necesario, abarrotaba la bodega de Frenzill, construida especialmente para elaborar cerveza. Con este nuevo suministro, tan abundante, había dado un gran paso para convertirse en el hombre más rico de esta

riquísima y pequeña ciudad. Algún día quizá fuera incluso su alcalde.

«Pero aquí estoy, pensando demasiado en el color del cielo en lugar de preocuparme por el color de mi cerveza». Una vaharada de humo más fuerte penetró en su delicada nariz, y resopló con asco. Empezó a bajar las escaleras. Un par de vueltas a la plaza —que necesitaba una buena siega, observó con espíritu crítico, tomando nota mentalmente de reconvenir al mozo responsable— y volvería a la taberna, estuviera de guardia o no. A pesar del ahumado cielo, Frenzill no había visto que ocurriera nada en el valle y, después de todo, Puerto Escondido estaba demasiado aislado para encontrarse en medio de la lucha.

Durante diecisiete años, la ciudad se había librado de invasiones por parte de las otras comunidades remotas del valle. De hecho, con la excepción de Gisrib, los tres pastores, las dos familias de mineros y los escasos aparceros que cultivaban la franja de tierra que rodeaba la parte occidental de las murallas, casi nadie de la población de Puerto Escondido había viajado nunca a otros lugares. Frenzill dirigió una última y prolongada mirada hacia el este, masculló un reniego particularmente pintoresco contra el cielo teñido de hollín y descendió, bamboleándose, por la vieja e insegura escalera.

—¡Ah de las puertas! —gritó una débil y ahogada voz desde algún punto situado a la izquierda de Frenzill.

Pillado por sorpresa, el tabernero se saltó los dos últimos peldaños de la escalera y cayó de rodillas, arañándose las juntas con sus mejores calzones de lana. Maldiciendo en voz aun más alta, giró sobre sus talones, buscando al desconsiderado patán que había llamado su atención; las mujeres se habían alejado hasta quedar fuera del alcance de su voz, y como el conductor del carro había entrado en la posada para tomar un trago, y Frenzill se encontró ante la alternativa de un asno parlante o alguien que lo llamaba desde el exterior de las murallas.

Se sacudió la tierra de las rodillas y estiró el cuello para asomarse por la baja y estrecha puerta de los pastores, la que utilizaba todo aquél que tuviera negocios fuera de las murallas. También estaba bien atrancada.

Frenzill resopló de nuevo y empezó a alejarse.

—Buen señor, si aún estáis ahí, por favor...

Frenzill se detuvo, volvió a escuchar y finalmente se dirigió con cautela hacia un gran agujero que se abría en un nudo de la madera de la puerta principal y espío por él, mirando con un ojo azul enrojecido por el humo.

—Aquí abajo —dijo la ronca voz.

Frenzill bajó la vista y no pudo creer lo que vio.

Allí, en el seto espinoso, temblaba un extraño harapiento medio muerto.

—Por favor, señor, no os molestaré; pero no he comido ni bebido nada en dos días, desde que tuve que dejar atrás el río —dijo el hombre—. Además estoy

desarmado. Señor, por favor...

Frenzill apartó el ojo del agujero y lanzó una preocupada mirada por encima del hombro. Tenía que solucionar esto, y pronto. Probablemente, para eso también tendría que salir. Suspiró, retornó al agujero en la madera y habló al hombre con su tono más glacial.

—Tú, el de ahí fuera: explica qué te trae por aquí y apártate del seto. No puedo dejarte morir entre las zarzas, sobre todo durante mi guardia. —«Que el diablo te eche de ahí», pensó Frenzill. Extrajo de su manga una pequeña daga enjoyada por si tenía que sacar al extraño de un modo algo más enérgico.

El forastero abandonó su abrigo de espinos dando traspiés, con lo cual recibió varios arañazos más. Frenzill no se compadeció mucho: a él todavía le dolían las rodillas. El posadero descorrió el cerrojo de la puerta principal y abrió la doble hoja para observar al extraño.

—Gracias, señor. Creí que era mi fin. Sois la primera persona que veo desde que ando huyendo. Intenté abrir vuestras puertas, pero, curiosamente, estaban atrancadas —dijo el maltrecho individuo—. Pero luego supuse que debe de ser a causa de las guerras, y que quizá ya conocéis el peligro que se aproxima. —El hombre alzó la vista al cielo para inspeccionarlo nerviosamente.

¿Peligro? Frenzill no veía peligro alguno. El extraño estaba cubierto de pies a cabeza de hollín y su ropa estaba chamuscada por los bordes y las mangas. Se había quemado casi todo el cabello. Grandes ampollas blancas del color de la cera moteaban un lado de su rostro y el infeliz cojeaba notablemente. Su larguirucho cuerpo superaba en estatura al de Frenzill en casi medio metro. Sonrió agradecido cuando el posadero volvió a atrancar la puerta y luego tendió una mano muy sucia y callosa a modo de saludo. Sus dedos corazón estaban envueltos en un jirón de su capa, pringoso de manchas oscuras. Frenzill se limitó a manosear la daga que ocultaba a su espalda, haciendo caso omiso de la mano tendida.

—¿Cómo te llamas, extranjero? Y pregunto, de nuevo, ¿qué te trae por aquí? Y ¿de qué peligro hablas? —lo interrogó Frenzill. Empezó a erizársele el vello de la nuca, como le ocurría siempre que se abría aquella puerta.

—Me llamo Harald, señor, y no os molestaré excepto para pedir os algo de beber, justo lo suficiente para que me infunda valor y mueva mis pies unas cuantas leguas más, hasta que me halle a salvo —dijo el extraño, mirando temerosamente el cielo humeante. Tropezó y se precipitó en brazos de Frenzill, muy a pesar de éste. El olor a humo casi aturdió al enclenque posadero.

—Muy bien, finalmente has despertado. Ahora dime, ¿qué era eso de un peligro y de ponerse a salvo? Y ¿cómo te has quemado? —Frenzill retiró el diente de ajo machacado que sostenía directamente debajo de la nariz hinchada y magullada del

extraño. Con los ojos enrojecidos y llorosos, Harald se incorporó lentamente hasta quedar sentado y observó atentamente la acogedora habitación que lo rodeaba.

—¿Dónde estoy? —empezó a decir, con una nota estridente en su voz ronca.

—Estás en mi posada. Te he arrastrado yo mismo hasta aquí, contradiciendo absolutamente mi buen juicio, y has estado inconsciente durante demasiado tiempo. Además, me has ensuciado a mí y a mi mobiliario, de modo que, por favor, ¿contestarás a mis preguntas? —Frenzill consiguió a duras penas contener su impaciencia.

Al comprobar que se hallaba bajo techo, Harald se levantó de la silla de un brinco, sólo para desplomarse de nuevo sobre ella, al parecer mareado por el repentino movimiento. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Sin ofrecerle ayuda, Frenzill suspiró y tamborileó con los dedos sobre la mesa de madera.

—Señor, por supuesto que os responderé —empezó a decir Harald con una voz que era un mero susurro—. Pero tengo mucha sed. Por favor...

Frenzill lo miró lúgubrementemente y luego masculló:

—Claro, claro. Mi hija te traerá algo para que tu historia no se retrase tanto; una jarra de nuestra mejor cerveza te ayudará a soltar la lengua y te hará sentir más seguro. A mí siempre me funciona —añadió para su coleteo, mientras una mueca de preocupación arrugaba más aun su larga y estrecha cara.

«Un extraño sediento —pensó Frenzill—. Eso sólo puede presagiar problemas». Llamó a gritos a Carlana.

Frenzill se reconcomía y se enjugaba el sudor de la frente mientras Carlana servía una jarra de cerveza para Harald. El posadero le hizo a su hija la señal de añadir una generosa porción de agua y luego le pidió, también por señas, que le sirviera otra a él, sin que sus ojos se separaran en ningún momento de la figura acurrucada de Harald. «Diecisiete años han pasado desde que un extraño vino a Puerto Escondido por última vez —pensó—. Diecisiete años de paz y tranquilidad arrojados a la basura. ¿Qué pensaría todo el mundo si descubrieran que he dejado entrar a este pordiosero en la ciudad?». No obstante, Harald había mencionado un peligro, y por su aspecto quizá supiera algo sobre todo aquel humo. Era mejor escucharlo y ayudarlo a seguir su camino cuanto antes, preferiblemente amparado en la oscuridad de la noche. La taberna pronto se llenaría de clientes habituales. Frenzill tenía que actuar con rapidez.

—¿Has visto a alguien más antes de llamarme a mí? —le sonsacó delicadamente Frenzill, mientras el fatigado hombre soplaba sobre la espuma de su vaso y engullía la cerveza en lo que amenazaba con ser un largo trago. El hombre miró hacia arriba con sus ojos oscuros y distantes.

—Oh, no, señor, a nadie en absoluto, sólo a vos. Me había escondido entre la excelente cobertura de vuestro seto para descansar un rato. Y ha sido una suerte que hayáis aparecido. Quiero decir, fijaos en mí. Mi aspecto habría asustado a las amas de

casa o los niños que se tropezaran casualmente conmigo, y es probable que también a la mayoría de los hombres. Sé que soy todo un espectáculo, como algo surgido del mismísimo Abismo. —Se estremeció, cuidándose de hablar en voz baja. Frenzill, al ver el rostro ampollado y ennegrecido del hombre, asintió para expresar que era de la misma opinión.

—Así pues, dime..., eh... —empezó a decir Frenzill, con la nariz escocida por el olor a pelo chamuscado.

—Harald, como ya he dicho. Señor, por favor, si no os importa, ¿puedo beber otro vaso? Esa cerveza era prodigiosamente buena. ¿Os molesta si me fumo una pipa? Mis manos... —Harald las tendió al frente para mostrar su evidente temblor.

—Sí. Quiero decir, no, por favor, enciende tu pipa. Te serviré otra cerveza —respondió Frenzill, pensando que el aroma de la pipa, por hediondo que fuera, enmascararía el olor a quemado de las ropas del forastero. Pero más le valía al hombre que empezara a hablar pronto. La cerveza gratis, aunque estuviera liberalmente aguada, no era la especialidad de la casa.

El extraño despachó la segunda jarra con la misma rapidez que la primera y luego se secó la boca en la manga, o en lo que quedaba de ella.

—Verá, señor, vengo de la cordillera de Jaspe. De la alta montaña. Mi oficio es el de leñador. Nunca molestaba a nadie ni a nada; sólo cortaba mis troncos y los mandaba flotando río abajo a la ciudad que hay justo al pie de la cordillera. ¿La conocéis, tal vez?

—Dorielt. Sí. Sé que existe, pero nada más. En Puerto Escondido no somos aficionados a viajar. Por favor, continúa —dijo Frenzill, dirigiendo otra rauda mirada a la puerta—. ¿Qué peligro es ese del que hablabas?

—Bueno, volvía a Dorielt para cobrar mi paga del molino cuando lo vi —dijo Harald lentamente, mordiendo la caña de su pipa y sin inmutarse por la impaciencia de Frenzill—. Y nunca en toda mi vida había visto algo tan terrorífico como...

—Como... —Los ojos azules de Frenzill estaban fijos en los negros y aterrorizados de Harald.

—Como el dragón —susurró Harald.

Sacudió un copo de ceniza que había caído sobre su sombrero. Frenzill observó la ceniza caer lenta y perezosamente en su suelo recién barrido y su rostro perdió su escaso color con la misma rapidez con que el extraño vaciaba sus jarras.

—Espera. ¿He oído bien? ¿Hablas de un dragón de verdad?

—Un Dragón Rojo, señor. Muy grande, sin duda un renegado de las guerras. Pasó volando justo por encima de mí, escupiendo llamas y ascuas como si se tratara de una fragua. —Harald dio un par de breves chupadas a la pipa y los rescoldos cobraron vida en la cazoleta—. Apeataba como si fuera el fin del mundo. En cuanto lo miré, no pude apartar la vista de él, y es un milagro que me dejara con vida. No era su

intención, pero yo había tomado por casualidad un camino más largo que el de costumbre para llegar a la ciudad, un sendero muy bien resguardado por árboles. El dragón tenía en mente cosas más importantes que yo.

¿Un dragón? ¿De carne y hueso? Frenzill tragó saliva con dificultad, intentando pensar. Lo único que se le ocurrió fue que Dorielt era un puerto fluvial ruidoso, feo y lleno de barro. Allí no apreciaban los refinamientos, sobre todo la buena cerveza. Eran capaces de beberse el agua de un charco y creerse que era néctar, pensó Frenzill. Pero eso quizá fuera una buena noticia.

—¿Qué has dicho que ocurrió en la ciudad?

—Fue horrible, señor. No quedan más que cenizas. Me acerqué para verlo con mis propios ojos cuando recuperé el sentido, y luego corrí con todas mis fuerzas en dirección opuesta, en cuanto vi de cerca lo que esa cosa era capaz de hacer. Por suerte os vi junto a las puertas de la ciudad. Aunque por muy poco, con ese gran seto que rodea todo este lugar. Juro que detesto haberos importunado, pero sin vuestra ayuda estaría perdido. Me esperaba una muerte segura si no me hubierais encontrado. Creí que ya estabais informados acerca del dragón y los incendios, y que todos se habrían marchado ya, pero por cierto que me alegro de que no lo hayáis hecho. Lo mínimo que puedo hacer a cambio por vosotros es prevenirlos.

—¿Prevenirlos? ¿De qué incendios hablas?

—Señor, no puedo entretenerme más aquí, por mucho que os hayáis apiadado de mí y por deliciosa que esté vuestra cerveza. El dragón se dirige hacia aquí, no me cabe la menor duda; pero aunque no viniera, los incendios desatados estarán ante vuestras puertas en menos de un día, tal vez antes, según los cambios de viento, naturalmente. Ahora me siento mucho mejor y seguiré mi camino, si no os importa. Por cierto, os invito a acompañarme, si lo deseáis. —Miró a Frenzill y luego a Carlana, quien le devolvió la mirada pero guardó silencio—. En las cuevas de las tierras altas hay mucho espacio —prosiguió— y creo que llegaríamos antes de que caiga la noche. Pero deberíamos partir enseguida.

Harald se llevó una mano a los restos de su blando sombrero, recorrió con una larga mirada de aprobación la pequeña y pulcra estancia, sonrió a Carlana en señal de agradecimiento y se dirigió lentamente a la puerta.

Frenzill se lo quedó mirando, horrorizado.

—¿Marcharnos? ¿Abandonar Puerto Escondido? No puedes hablar en serio. Además el Festival del Solsticio de Verano es mañana. Mi cerveza..., mi dinero —murmuró, casi para sí mismo.

Harald se detuvo a media zancada, con una expresión preocupada y compasiva en sus oscuros ojos.

—En ese caso, señor, que vuestros dioses os protejan. No volveré por este camino. En la cordillera de Jaspe no han quedado árboles que talar. Y pronto tampoco

los habrá aquí. Muchas gracias por agasajar a un extraño. Que las bendiciones de vuestra generosidad os sean devueltas con creces.

—No, Harald, por favor, espera. ¡Ejem! Cuéntame más sobre ese dragón, si no es molestia.

—Bueno, señor, estoy seguro de que ya sabéis que esas bestias detestan las ciudades y sitios parecidos. De verdad, creo que necesito irme ya, antes de que el dragón o sus incendios arrasen vuestro precioso pueblo. Os aseguro que no deseo volver a contemplar una escena semejante en toda mi vida. —Harald fue hacia la puerta cojeando.

—No puedes marcharte aún, Harald. Debes decirme cómo conseguiste sobrevivir y qué le ocurrió exactamente a Doriett. Me refiero a si todo el mundo está... —suplicó Frenzill. Harald se volvió pacientemente y se encaró con él, pero resultaba evidente que preferiría hallarse ya al otro lado de la puerta.

—¿Muerto? Sin duda, todos ellos. Lo vi con mis propios ojos. Estoy vivo por pura casualidad, señor, y por la protección que los dioses ofrecen al peregrino honrado. Lo único que se me ocurre es que la criatura no me vio entre la confusión del bosque en llamas. Y me pareció que, por alguna razón, descargaba toda su furia sobre la ciudad propiamente dicha. No, señor, no puedo quedarme, por mucho que quisiera. Habéis sido muy amable. Oh, lo lamento tanto... Casi olvido pagaros. Encontré esto en una calle de Doriett. Está un poco derretido por el borde, pero sigue siendo una buena pieza de plata. —Harald rebuscó en su bolsa y sacó una moneda deformada—. Vale lo que pesa —dijo sonriendo, y se llevó nuevamente una mano extendida al sombrero—. Creo que sabré encontrar la salida.

—Será un placer mostrárosla, señor —murmuró Carlana, ofreciéndole una temblorosa mano. El ajado rostro de Harald se animó con una sonrisa sorprendida. Tomó suavemente la mano de la joven, con cuidado para no mancharla de hollín.

—Oye, Harald, ¿podrías contarme qué viste, exactamente? Es decir, cómo el dragón atacó la ciudad —intervino Frenzill, decidido a exprimir de Harald hasta la última gota de información que pudiera—. ¿Intentaron defenderse? ¿Por qué no lo consiguieron?

—Supongo que el ataque se produjo sin previo aviso, señor. Es lo único que pudo ocurrir. —Y dicho esto, Harald desapareció por la puerta trasera de la taberna y se internó, renqueando, en el frío crepúsculo impregnado de hollín, acompañado por Carlana.

Frenzill descargó un fuerte puñetazo sobre la pulimentada mesa y caviló intensamente durante un largo minuto, intentando decidir qué hacer.

—¡Frenzill! ¿A qué viene esa cara tan avinagrada, mi buen amigo? Prepara las fichas y jugaremos una partida —tronó una tonante voz desde la entrada principal—. Y ¿qué olor es éste? Necesitas desatascar las chimeneas —añadió el alcalde—. ¡Ja!

Quizá lo necesitamos todos, ¿eh? El aire está viciado desde hace días, ¿no crees?

Frenzill asintió, concentrado en la inminente destrucción de todo aquello por lo que había trabajado. Tendría que hablarle al alcalde sobre Harald y su historia.

—Señor, acaba de ocurrir algo de lo más extraño.

—Ah, ¿te refieres al desconocido que Henrich ha dejado entrar? Me costó una barbaridad abrirme paso entre la muchedumbre para llevarlo a la cárcel. —El alcalde rió entre dientes—. Lo siento por su familia, si das el menor crédito a su historia. Creo que sólo está un poco tocado, ¿sabes? ¡Intentó colarse en la ciudad gateando entre las ovejas! Tocado, eso es lo que está. —Se dio un golpecito en la canosa sien e hizo girar en sus órbitas los oscuros ojos de gruesos párpados.

Frenzill apoyó una mano sobre su jarra vacía, como si necesitara serenarse.

—Señor, ¿significa eso que hay otro..., quiero decir, un extraño en la ciudad? ¿Dónde está?

—Oh, bajo mi custodia, naturalmente. Lo metí en la cárcel. De todos modos, ya nadie la usa. No puedo dejarlo en libertad para que hable con todo el mundo. Pero dime, ¿no era tu turno de guardia? Creí que lo habrías visto, o, por lo menos, a la multitud que congregó cuando Henrich lo condujo hasta mí. —El alcalde miró a Frenzill a través de los párpados entornados y por encima de la espuma de su cerveza.

—Bueno, sí, sí, era mi turno, señor. Y estaba allí, en ningún otro lugar, os lo aseguro, pero creo que me alejé... un momento, distraído por la inesperada aglomeración en la plaza. ¡Ese jardinero! —mintió nerviosamente Frenzill, comprendiendo ahora dónde estaba el resto de Puerto Escondido cuando él encontró a Harald.

El alcalde engulló un generoso trago de cerveza y meneó la cabeza, más interesado en su noticia que en las excusas de Frenzill.

—Buen material, Frenzill, diga lo que diga el viejo Gisrib. Espero que la producción de este año sea igualmente buena. Pero, volviendo a lo de antes, Henrich condujo al hombre directamente a mi presencia. Ahora está ocupado dispersando a la multitud. Se han pronunciado palabras muy gruesas, ahí fuera. Hay mucha gente excitada y dispuesta a abandonar la ciudad. Varios de los más influenciados ya han saltado la muralla posterior. Esto amenaza con arruinar el Festival del Solsticio de Verano. Bueno, tendré que asegurarme de que lo dejen libre esta noche, después de oscurecer, con comida suficiente para que le dure un buen trecho del camino y con un buen golpe en la cabeza para que se olvide de dónde ha estado. Pero nos ha contado una historia extrañísima. Sobre un Dragón Rojo, ¿te lo imaginas? Naturalmente, como ya he dicho, ¿quién le daría crédito, excepto los pusilánimes? Ese hombre ha enloquecido de terror, estoy seguro —masculló el alcalde.

Frenzill tuvo que tragar saliva pese a la sequedad de su garganta.

—Me ocuparé de su comida —dijo apresuradamente, y se precipitó hacia la

cocina, dejando al desconcertado alcalde perorando ante una silla vacía.

Tras coger rápidamente un mustio nabo y un mendrugo de pan, Frenzill se puso la capa de cualquier manera y corrió hacia la cárcel. Cuando llegó al diminuto edificio de piedra situado al final de la calle más oscura de la ciudad, vio un reducido grupo de personas que aún remoloneaban en el exterior, hablando en voz queda pero desafiante, con rostros serios y preocupados. Al parecer, Henrich no había cumplido muy bien su misión. De hecho, él mismo había salido huyendo.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¡Está claro, él lo ha visto! —se alzó una voz del grupo, rayando el pánico.

—Me marchó ahora mismo con mi familia. Nos reuniremos en la puerta de las ovejas dentro de cinco minutos, si queréis venir. No pienso esperar a que aparezca el dragón, entonces será demasiado tarde —dijo otra.

—Pero ¿adónde iremos?

—¡A las cuevas de la montaña! Nos pondremos a cubierto en el bosque. ¡Deprisa!
—La multitud se dispersó, y varias personas chocaron con Frenzill en su carrera hacia sus casas para recoger unas cuantas provisiones.

Esquivándolos, el posadero se deslizó por la puerta trasera de la cárcel y descolgó nerviosamente el farol de la pared. Tras darle más candela, lo sostuvo en alto mientras recorría el oscuro pasillo.

El hombre estaba acurrucado en la sucia paja del sótano, meciéndose sobre sus talones y balbuceando algo, una y otra vez. Al ver a Frenzill, apartó el rostro de la luz y gimió suavemente.

—Calma, calma, mi buen amigo. Sólo soy yo, Frenzill, y te traigo algo de cena. Habla en voz alta y dime de qué tienes tanto miedo. —El posadero introdujo el nabo y el mendrugo de pan para el joven a través de los barrotes, pero el extraño se limitó a mirarlo desde debajo de su capucha con los ojos enloquecidos de terror y el rostro anormalmente pálido y cubierto de hollín.

—Me persigue, ¿verdad? ¡El dragón viene hacia aquí y vamos a morir todos! Por favor, tienes que dejarme marchar, tengo que salir de aquí —gimoteó con voz cada vez más aguda.

—Tranquilízate, amigo, y háblame de ese dragón, así nos aseguraremos de que no te encuentre, ¿de acuerdo? Aquí abajo estás perfectamente a salvo, ¿sabes? De hecho, es el lugar más seguro de la ciudad. —Frenzill rió nerviosamente al tiempo que golpeaba la mugrienta pared con la puntera de su bota—. Gruesa piedra de la buena por encima de ti y a tu alrededor. Totalmente a prueba de dragones.

El joven pareció encontrar cierto consuelo en aquellas palabras y se serenó.

—Señor, mi nombre es Simón Campana y vengo de Fuenteclara. Mi familia murió abrasada durante el ataque y sólo yo escapé. Cuando el dragón... —El hombre contuvo el aliento al recordarlo, pero prosiguió, incitado por la fascinada atención de

Frenzill—. Cuando el dragón apareció, me asusté tanto que no podía dar dos pasos seguidos sin tropezar. Me caí mientras corría y me golpeé la cabeza. —Se tocó una fea contusión amoratada que abultaba su sien—. Cuando recobré el sentido, todo el mundo había muerto, los cuerpos de mis pobres padres se hallaban despatarrados sobre mí, y el fuego había consumido los restos del único hogar que he conocido... —Su voz se quebró y a sus esquivos ojos afloró un renovado terror—. ¡Debo alejarme de aquí! Pero estaba demasiado cansado y hambriento. —Cogió el pan con un gesto rápido y sonrió forzosamente al morder la dura corteza, sinceramente agradecido—. Gracias, buen señor. Que los dioses os lo paguen de la misma manera.

Frenzill meditó la historia del joven Campana un largo momento mientras lo observaba masticar. Después se dio media vuelta y dejó al hombre en la oscura celda, balbuceando nuevamente en voz baja. Frenzill subió las escaleras de piedra y salió a la fría noche, colgó el farol otra vez de su gancho, junto a las llaves, y regresó caminando lentamente a La Taberna del Buen Beber.

«Fuenteclara está a sólo un par de jornadas hacia el este —pensó—. Doriett está a otras dos jornadas más allá. Un dragón, y la bestia está arrasando la civilización de todo el valle, eso seguro, y avanza inexorablemente hacia el oeste. Debo decirle al alcalde que es verdad; debo prevenir a todo el mundo, pero ¿y mi cerveza, qué?». Frenzill se retorció las huesudas manos, con el corazón lleno de oscuros presagios.

El Festival del Solsticio de Verano se celebraba al día siguiente.

Pero el dragón podía llegar en cualquier momento. ¡Y la gente se marchaba!

Frenzill se secó la frente con la manga y se dominó, considerando preferible intentar enfrentarse a la crisis de un modo que evitara todo el pánico posible.

Pero entonces Frenzill no sabía nada del tercer extraño.

El arquero vestido de verde estaba frente a la posada con el alcalde y un preocupado grupo de ciudadanos apiñados a su alrededor para escuchar sus nuevas.

—Pero ¿qué hacemos? —gritó uno de los mercaderes, un hombre que acababa de invertir los ahorros de toda su vida en ampliar su comercio.

—¿Qué tamaño dices que tenía? —preguntó una preocupada voz de mujer desde detrás de la multitud.

—Pero has venido corriendo, ¿tan cerca está? —gritó Gisrib, con la jarra vacía aún en la mano.

El arquero, un hombre de unos cincuenta años, con el rostro congestionado bajo su tupida barba grisácea y su túnica empapada de sudor, les pidió silencio alzando las manos.

—Buena gente, no tengo tiempo para explicarlo, sólo el suficiente para advertiros. Como he dicho, haríais bien en huir conmigo. Soy el único superviviente de mi patrulla de exploración. En cualquier momento veréis a la temible criatura surcando el cielo sobre vuestro pueblo, pero entonces será demasiado tarde. Si la

miráis, con toda seguridad os sobrecogerá un pánico terrible, pues ¿acaso no murieron todos mis oficiales allí mismo? Yo estaba lavándome la cara en un charco de agua de lluvia cuando vi el reflejo del monstruo que volaba por encima de mi hombro; de sus enormes ollares brotaban llamas y sus escamas eran de un rojo tan vivo que parecían diamantes candentes. Descargó su furia sin piedad sobre nuestro campamento y sobre mis pobres oficiales; y, ahora, todos yacen donde cayeron, reducidos a un montón de huesos calcinados entre las cenizas de nuestro equipo. ¡Os digo que debemos marcharnos o les haremos compañía! ¡La bestia puede haber remontado el vuelo en este instante! —Cuando el arquero terminó, la mitad de los ciudadanos salieron atropelladamente por la puerta de las ovejas, presa del pánico, dejando atrás sus hogares y enseres, obsesionados por salvar la vida.

De pronto, Frenzill gritó, y su voz se elevó por encima de todas las demás con un tono imperioso desconocido hasta entonces en él. Además, se le acababa de ocurrir una idea.

—¡Deteneos, todos vosotros! —bramó a los ciudadanos restantes, mientras su pequeño cuerpo temblaba—. Tengo una idea. Escondámonos en nuestros resistentes sótanos, donde seguro que estaremos a salvo, y dejemos que la bestia pase de largo. Cuando no vea a nadie que provoque su ira, creará que hemos huido de Puerto Escondido y nos dejará en paz a nosotros y a nuestra bella ciudad.

«Y luego podré volver por mi cerveza cuando todo el mundo regrese —pensó para sus adentros—. Os la venderé al doble de su precio. Me estaréis tan agradecidos por salvaros la vida que me pagaréis más aun, si os lo pido».

El arquero se volvió y sus penetrantes ojos divisaron a Frenzill en el tiempo que tarda un corazón en latir una vez.

—Oh, señor, es una idea brillante, merece la pena llevarla a la práctica. Y justo a tiempo, pues el cielo tiene ahora el mismo aspecto que antes de que la criatura cayera sobre nosotros. Guiadnos y nos pondremos a salvo.

—Sí, sigamos la sugerencia de Frenzill —añadió el alcalde, y el resto de la multitud se abalanzó al instante hacia sus sótanos, tropezando unos con otros y provocando súbitos altercados, fruto de la precipitación. Frenzill casi fue arrollado antes de poder volverse en medio de la desbandada, pero el arquero lo apartó en el momento en que los mellizos de la herrería iban a pisotearlo con sus botas de clavos.

—¡Cuidado, buen señor! ¡Calma, muchachos! Éste es el hombre que nos ha salvado, qué duda cabe —gritó indignado el arquero. Frenzill tragó saliva y se puso de pie, sacudiéndose las huellas de bota de sus hombros. Pero, mientras la calle se vaciaba rápidamente, Frenzill recordó algo.

Su propia bodega estaba cerrada, y Carlana —con la llave— había desaparecido. El cielo se iba llenando a su espalda de nubes oscuras y había empezado a caer una fina lluvia de hollín cuyas diminutas partículas danzaban y se depositaban sobre su

cabeza. No había tiempo para encontrar a su hija. Tendría que ir al lugar más seguro de la ciudad: la cárcel.

Miró al arquero de hito en hito y soltó con suavidad el cuello de su capa de la recia mano del hombre, cubierta de tizne.

—Gracias por tu ayuda, soldado. Debería asegurarme de que mis conciudadanos están cómodos. Después de todo, soy el posadero. Que tengas buen viaje y que los dioses te premien con la debida celeridad. —Sonrió de oreja a oreja, intentando todavía liberar su manto de la otra sucia mano del arquero.

El hombre no la soltó.

—Señor —dijo—, esperaba refugiarme con vos, sobre todo después de venir a avisaros. Ya no hay tiempo para ponerse a salvo. Me he desviado de mi camino para ayudar a salvar vuestra ciudad de este grave peligro y ¿ahora uno de sus ciudadanos más destacados y sabios me expulsa para que me las apañe como pueda frente a un dragón? —Los ojos del hombre casi se salían de sus órbitas por la incredulidad.

—Suéltame, forastero —dijo Frenzill con una voz que, de repente, lanzaba afilados dardos—. Aquí no hay lugar para ti. Tenemos que protegernos nosotros.

El arquero sacudió la cabeza con asombro y soltó la capa de Frenzill justo en el momento en que una densa nube de humo rebasaba las murallas. El arquero corrió detrás de Frenzill igualmente y lo alcanzó por fin ante la puerta de la cárcel.

—Señor, sois el posadero: ¿estáis seguro de que no tenéis sitio para mí? Los demás parecen haber encontrado refugio en algún lado —suplicó, tosiendo entre remolinos de humo negro.

Frenzill echó a empujones de la celda al desdichado Simón Campana y cerró la puerta de golpe.

—Me ha echado, señor —gritó Simón—. ¿Qué hacemos ahora?

El arquero sonrió de oreja a oreja y cogió las llaves de las celdas de su clavo, introdujo la adecuada en la cerradura y la hizo girar hasta que sonó un chasquido.

—Pues disfrutar del Festival del Solsticio de Verano, naturalmente. Creo que sé de una famosa cerveza que necesita que alguien se la beba —exclamó con entusiasmo desde el otro lado de la pesada puerta de hierro, mientras Frenzill lo miraba absolutamente aturrullado y conmocionado a través de la pequeña mirilla.

—¿Entonces voy a buscar a Guyler, Rouben? —dijo el otro al tiempo que enderezaba la espalda y empezaba a limpiarse el hollín de la cara.

—Sí, Kevo, dile que cargue la cerveza y abra esas oxidadas puertas —dijo el arquero—. Tenemos que pasar el carro por ellas.

—¿Mi cerveza? ¿Un carro? ¿Quiénes sois? —gritó Frenzill desde el lugar más seguro de la ciudad.

—Somos los hermanos Cobbin, de Doriett —dijo el arquero, quitándose el gorro y la barba postiza que cubría su rostro—. La misma Doriett que, por cierto, sigue en

pie y bien próspera. Tan próspera que se nos ha acabado la cerveza para nuestra celebración. —Rouben sonrió en una imitación más que notable de la mejor sonrisa tabernaria de Frenzill.

—Pero ¿y el dragón? —barbotó Frenzill.

—¿Dragón? ¿Alguien ha mencionado a un dragón? —dijo otra voz desde detrás de Rouben. Guyler Cobbin, despojado de su disfraz de leñador, se unió a sus hermanos—. Los cerveceros de Doriett también poseen cierto talento para producir humo, Frenzill —acabó sonriendo.

—¡Pero no podéis dejarme aquí! —dijo Frenzill—. ¡No hay nada de comer!

—Me parece que os he dejado el nabo y un poco de pan, buen señor —gritó Kevo mientras agitaba las llaves—. La generosidad de un hombre siempre revierte en él.

—¡Nunca te llevarás mi cerveza! —gritó airadamente Frenzill—. No tienes la llave de la bodega.

—Sí la tiene, padre, y ahora también tiene esto —dijo una dulce y fatigada voz desde algún punto situado detrás de la puerta de hierro. Carlana sostuvo un polvoriento tomo de páginas pulcramente manuscritas frente a la mirilla.

—¡Mi receta! Carlana, ¿cómo has podido? —aulló Frenzill, aporreando la sólida puerta.

—Siempre me decías que era mi dote. Bueno, parece que voy a casarme, padre. Gisrib, aquí presente, te sacará dentro de un par de días, si te perdona por lo que le hiciste hoy a su bebida —le replicó ella, tomando de la mano a Guyler.

—¡Carlana! —bramó Frenzill, a la vez que la puerta de la cárcel se cerraba con gran estruendo detrás de ellos.

—Ah, Frenzill. —Gisrib sonrió al tiempo que balanceaba las llaves ante el rostro del posadero—. ¿Por qué estás tan alterado? Después de todo, te dejaremos los posos. ¡Ah, y feliz Festival del Solsticio de Verano!

Relatos de taberna

[Jean Rabe]

—¿Qué estás haciendo Maquesta Nar-thon? —El gnomo hablaba tan deprisa que sus palabras se sucedían como el zumbido de un insecto volando alrededor de su cabeza cana. Apretó sus diminutos y morenos puños, los apoyó en sus caderas y levantó la vista hacia su compañera—. Repito ¿qué estás haciendo? —El gnomo estaba claramente enojado, pero no era su indignación lo que aceleraba su lengua. Casi siempre hablaba muy deprisa.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo —fue la gélida respuesta.

—Pero Maquesta Nar-thon...

—Lendle, los vigilo mientras cargan la mercancía en el *Perechon*. —La normalmente melodiosa voz sonaba ahora un tanto crispada—. Podrían embarcarla mucho más deprisa si tu máquina no estuviera justo debajo de la escotilla de carga. Ahora tienen que dar la vuelta.

—¡Eso no es lo que te pregunto! —La coronilla del gnomo apenas le llegaba a la cintura a Maquesta. La capitana del *Perechon*, Maq, era mitad bárbara del mar, alta y fibrosa, y tenía la piel del color del ébano, los ojos negros como la medianoche y el rizado cabello, que ondeaba con la fuerte brisa del amanecer, oscuro como el ala de un cuervo. También era medio elfa, aunque sus orejas, recortadas por su padre años atrás, cuando cazaban a los elfos por todas las islas del Mar Sangriento, eran tan lisas como el océano en una noche sin viento.

Inhaló el aire cargado de sal, se desperezó y contempló al gnomo desde arriba. Su expresión era fría y sus ojos no parpadeaban.

—Hoy no tengo tiempo para intercambiar pullas contigo. Debo hacer varios recados en la ciudad antes de zarpar y...

—Repito que eso no es exactamente lo que te pregunto. —El gnomo se balanceó sobre la punta de los pequeños pies, jugueteando ociosamente con un nacarado botón de su camisa roja—. ¿Qué estás haciendo aceptando un contrato de transporte ahora? —Se detuvo un instante para recobrar el aliento—. Es un asunto peligroso créeme, peligroso. Has elegido el peor momento posible para...

—Lendle, más despacio. No entiendo casi nada de lo que dices —exclamó la mujer, apretando los labios en una fina línea y poniendo los brazos en jarras. Su mirada se clavó en los vidriosos ojos de su diminuto amigo. Lendle era el cocinero, ingeniero y chapucero oficial del *Perechon*.

—Te he preguntado qué crees que estás haciendo, aceptando ese contrato de transporte, Maquesta Nar-thon. —Se dirigió a ella formalmente, como siempre. Y ahora hablaba adrede con lo que para él era un ritmo martirizadamente lento a fin

de amoldarse a su capitana—. Has elegido el peor momento para navegar por el Mar Sangriento..., o por cualquier otro mar, para el caso. Es mejor permanecer en puerto, esperar a que acabe la guerra y luego aceptar uno o dos contratos cuando todo se haya calmado y reine la paz. No has visto que ningún otro barco de este puerto esté llenando sus bodegas de carga, ¿verdad?

—Los únicos otros barcos de este puerto son pesqueros y se están preparando para zarpar... de pesca.

El gnomo hizo un mohín de disgusto.

—Pero la guerra...

—La guerra. —Maquesta entornó los párpados.

—En el Abismo —dijo el gnomo, todavía articulando cada palabra de modo que no se solapara con la siguiente—. Anoche. Durante la cena. Lo oímos.

—En la taberna —dijo Maq, suspirando—. Ya de madrugada.

—Los hombres hablaban de una batalla que se libraba en el Abismo: dioses y guerreros combatiendo por el destino de Krynn. Dragones, magos y todo lo demás.

—Lo oímos en la taberna, Lendle. Era un relato de taberna, el producto de unas cuantas cervezas de más y una lengua demasiado suelta. Necesitamos dinero, y llevar esas cajas de brandy de Mithas al sur, hasta Cuda, nos proporcionará dinero.

—Podríamos llevar el brandy dentro de unas semanas o unos meses. Podríamos...

—La capitana soy yo. Ya he firmado el contrato.

—¿Quién nos pagará? —rezongó el gnomo—. No conseguiremos acero hasta que efectuemos la entrega. Y si realmente hay una guerra en el Abismo, con dioses y guerreros combatiendo...

—Entonces Krynn será destruido.

—Exactamente lo que intentaba decir.

—Si Krynn es destruido, no tendrás mucho de qué preocuparte —replicó llanamente Maq.

—Menudo consuelo.

—Entonces desembarca tu máquina y todo lo demás. Nos resultará más fácil cargar mercancías en el próximo pueblo sin tu armatoste en medio. —Hablaba muy en serio, el gnomo lo detectó en el tono glacial. Para Maquesta, el barco era lo primero. Siempre había sido así y siempre lo sería. Y cuando tomaba una decisión, la mantenía—. Zarparemos dentro de una hora..., contigo o sin ti.

—Notieneporqué gustarme —dijo el gnomo, después de que ella se hubo alejado.

El *Perechon* se separó de los muelles puntualmente, navegando a toda vela. Los oscuros ojos de Lendle estaban fijos en las revueltas aguas de la entrada del puerto, y sus rechonchos dedos se aferraban a la borda con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Por si la guerra no nos causara suficientes molestias, Maquesta Nar-thon,

además está el Remolino —refunfuñó para sí mismo. El enorme remolino del Mar Sangriento quedaba al oeste y el gnomo imaginaba que podía ver el borde de su vasta cuenca—. La guerra. El torbellino. Deberíamos retrasar este viaje.

—Kof pilota con cuidado —replicó Maq. Se había situado a su espalda, silenciosa como una gata—. No pretendo que nos acerquemos para nada al Remolino. El *Perechon* es demasiado valioso para arriesgarlo en esas aguas. Nos ceñiremos a la costa de Mithas, pasaremos junto al Ojo de Toro, llegaremos a Cuda, en la región meridional de Kothas, y entregaremos nuestro cargamento. Así de fácil. Después invitaré a la tripulación a pasar un día en el mayor puerto de Kothas.

El gnomo miró más allá de la mujer, hacia la rueda del timón del barco: la gruesa mano de Kof rodeaba la cabilla principal y sus ojos estaban fijos en un punto más alto que el mascarón de proa en forma de cabeza de dragón del *Perechon*. Kof —o Bas Ohn-Koraf, como solía dirigirse formalmente a él el gnomo— era un minotauro con una testuz provista de cuernos, anchos hombros y unas musculosas piernas terminadas en relucientes cascos negros. Su cuerpo estaba cubierto por un áspero pelaje pardorrojizo, y las escasas ropas que vestía siempre combinaban con ese color. El minotauro era el primer oficial del *Perechon* y un amigo de confianza de Maquesta. Pilotaba el veloz navío de dos palos con una destreza soberbia.

—Será mejor que mantenga el rumbo... y al *Perechon* de una sola pieza. —Lendle resopló suavemente mientras soltaba su presa sobre la barandilla con relucencia. Avanzó hacia el minotauro—. Soy demasiado viejo para buscar trabajo en ningún otro lado. ¡Y soy demasiado joven para ser engullido hasta el fondo del mar en un gran torbellino! —El gnomo estudió al primer oficial.

—Deja de preocuparte tanto —lo regañó suavemente Kof.

—¿Preocuparme yo?

—Yo lo reconozco, me preocupa —confesó el minotauro, con su macizo rostro de pronto grave y una intensa expresión en sus grandes y redondos ojos—. Me preocupa qué hay de cena. Me rugen las tripas.

—Estofado de pez espada —respondió al punto el gnomo—. Lo pondré al fuego enseguida.

Mientras la tripulación comía, Lendle se dedicó a trabajar en la bodega de carga con su máquina. Se trataba de una esfera de latón hueca, con el vago aspecto de una sopera invertida, que relucía cálidamente a la débil luz de la linterna del gnomo. La parte superior del aparato estaba recubierta por una funda de cobre, surcada por dos tubos que se elevaban en distintos ángulos durante algo más de medio metro antes de unirse a un cilindro de acero forjado que señalaba hacia una gran trampilla. La portezuela conducía desde la bodega de carga hasta la cubierta superior y el gnomo había construido su máquina justo debajo. Esto significaba que Lendle también había tenido que montar un sistema de poleas que permitiera a la tripulación del *Perechon*

subir mercancías a bordo sorteando la máquina.

Pilas de cajas, todas embarcadas sin peligro gracias al sistema de poleas del gnomo, rodeaban la máquina y se prolongaban por los sombríos rincones de la bodega. Todas llevaban una sencilla etiqueta que las identificaba como brandy de Mithas, aromatizado o endulzado. El gnomo había comprobado que cada caja contenía doce botellas y descorchado una. Contó ciento veinticuatro cajas en total. Las botellas estaban cuidadosamente embaladas en paja y con el tapón sellado con cera. Lendle había requisado una botella de endulzado y se propuso utilizar el viscoso brandy como lubricante para la base de la esfera de latón, por donde sobresalían, a intervalos regulares, unos alambres rígidos y enrollados que daban al invento una cierta apariencia arácnida. Los alambres pasaban entre las cajas y cruzaban toda la bodega a lo ancho, hasta enrollarse en las cañas de unos remos.

Había una pequeña estufa de leña, hecha de ladrillos, no mucho mayor que una de las cajas, junto a la esfera de latón. Lendle utilizaba un viejo fuelle para avivar las llamas, que producían vapor en el interior de un aparato que recordaba a una gigantesca tetera. El vapor circulaba por un tubo que iba de la tetera a la esfera. Y, en principio, el vapor impulsaba una serie de mecanismos del interior de la máquina, que a su vez retorcían los alambres enrollados y movían los remos.

Desde la última vez que todo salió a la perfección (en realidad sólo había puesto en marcha la máquina en dos ocasiones) habían transcurrido más de siete meses y, entonces, la máquina había funcionado incansablemente durante casi tres días antes de empezar a eructar y jadear, escupir unos cuantos engranajes y detenerse. Lendle no estaba muy seguro de lo que había hecho para que volviera a funcionar..., o de qué había ocurrido para que se parara.

De modo que seguía remendando su máquina todos los días, afinando la alineación de los mecanismos, enrollando los alambres, puliendo la esfera. Tarde o temprano conseguiría ponerla en marcha de nuevo, a fin de que el *Perechon* tuviera la capacidad de mantener el rumbo elegido incluso en plena calma chicha.

Lendle bostezó y bebió un trago de brandy; la botella aún estaba casi medio llena, después de haber engrasado la máquina con el contenido a su plena satisfacción. No tenía sentido desperdiciar el poco licor que quedaba. El espeso líquido le calentó la boca y el gnomo notó cómo descendía por su garganta hasta su estómago. Se sentó entre los alambres enrollados, se recostó contra una caja y escuchó los quedos gemidos de los maderos del barco y el incesante tamborileo de la lluvia sobre el puente. Bebió otro largo trago. El gnomo calculó que debía de ser cerca de medianoche. Cerró los ojos y se terminó el brandy sin apresurarse. Tenía que reconocer que era excepcionalmente bueno. Le provocaba un cosquilleo en los dedos de las manos y sudor en los de los pies. No era de extrañar que el mercader de Cuda pagara tanto por el material. Lendle apuró la última gota y volvió a colocar el corcho

en la botella. Utilizó el calor de la pequeña estufa para volver a cubrir el cuello con cera derretida y luego depositó la botella vacía otra vez en su caja. Tuvo mucho cuidado en restaurar el sello de la caja para que nadie se enterase de su fechoría. El mercader de Cuda creería simplemente que una de las botellas —o quizá dos o tres, antes del final del viaje— presentaba alguna pérdida.

Lendle se desperezó, absorto en el repiqueteo de la lluvia. Un par de horas de descanso no le vendrían mal antes de tener que levantarse al alba y preparar el desayuno. Estofado de pez espada y huevos, decidió. Apagó el fuego, dio una palmadita de buenas noches a su máquina y recuperó su linterna. Sus rechonchas piernas lo llevaron a través de un hueco entre las cajas hacia la escalera que terminaba en una pequeña escotilla por la que saldría cerca de la proa del barco.

—Hebebidodemasiado —se reprendió, sin dejar de bambolearse, intentando agarrarse a la escalera. Pero sus dedos erraron el blanco previsto y Lendle perdió el equilibrio. Su nariz chocó contra el suelo de la bodega y se le cayó la linterna. El gnomo suspiró aliviado al comprobar que ninguna de las dos estaba rota—. BastadebrandydeMithasparamí —dijo mientras se ponía de rodillas y recogía la linterna. Se sentaría un rato a que se le despejara la cabeza y dejaría que la lluvia disipara parte de los efectos del brandy antes de meterse bajo las mantas. Asíó el peldaño más bajo con fiereza al notar que su cuerpo se inclinaba hacia la izquierda.

«¡Espera! Noestoyborracho —se dijo. Tragó saliva con dificultad y luego añadió más despacio—: Por lo menos no tan borracho. El barco se está escorando».

Lo que había empezado siendo una lluvia fina y cálida se volvió rápidamente una aguacero frío y torrencial. Maquesta se esforzó por escrutar a través de la cortina de agua mientras luchaba por mantener firme el timón. Por encima de ella, las velas se hinchaban y se agitaban alternativamente, al capricho del fastidioso viento racheado. Los mástiles crujían en señal de protesta y a su alrededor sonaban ruidos de pasos sobre la resbaladiza cubierta: la tripulación hacía cuanto podía por mantener tenso el aparejo y amarrarlo todo.

—¡Kof! ¡Atrapa ese cabo! —gritó Maq. Una driza de mesana había sido segada por el roce y azotaba salvajemente el aire, amenazando con arrancar parte de la vela más baja.

A través de una rendija de la trampilla, el gnomo divisó a Bas Ohn-Koraf, que se apresuraba a obedecer y corría hacia el centro de la embarcación para sujetar el calabrote con sus grandes manos. Todo estaba muy oscuro en cubierta y el minotauro parecía una sombra entre las sombras. A pesar de la enorme fuerza de Kof, el cabo parecía crearle problemas.

El gnomo advirtió que la proa del barco se elevaba al coronar una gran ola y luego notó que descendía bruscamente y la nave se inclinaba a babor. Oyó el

estruendo de una ola que rompió contra el costado del barco e hizo una mueca cuando el agua inundó la cubierta y entró por la rendija de la trampilla, dejándolo empapado. Lendle masculló una retahíla de reniegos, abrió del todo la escotilla y salió a cubierta justo cuando la proa del *Perechon* subía de nuevo. Consiguió mantener el equilibrio, una proeza nada desdeñable dada la cantidad de brandy que había trasegado, y avanzó con deliberada cautela, pues no quería resbalar y caerse.

—¿Qué ocurre Maquesta Nar-thon? —preguntó el gnomo, dirigiéndose apresuradamente hacia ella.

—¡Una tormenta! —le gritó ella—. ¡Ha surgido de la nada!

El barco se ladeó bruscamente, esta vez a estribor, y Maquesta se apuntaló firmemente. Lendle le rodeó una pierna con los brazos para no caer sobre cubierta.

—¡Noveocasinada! —gritó el gnomo, mirando hacia arriba entre la lluvia. El cielo tenía un lóbrego color negro-grisáceo y estaba tan encapotado que las nubes ocultaban efectivamente las tres lunas de Krynn. El gnomo sabía lo fácil que era zozobrar en una tormenta como aquélla, sobre todo cuando no se veía ni una sola estrella mediante la cual orientarse. Lanzó un nuevo reniego.

—Esto no me gusta ni pizca, Maquesta Nar-thon —refunfuñó el gnomo—. Ni pizca.

—A mí tampoco —dijo ella con severidad—. Ni a nadie que esté en cubierta. Pero no necesito que me digas...

Kof se acercó, interrumpiendo el final de la frase.

—El cabo ya está asegurado, aunque dudo de que nos sirva de mucho. No hay forma de capear este temporal. He hecho bajar a Rogan de la cofa.

—Mantendré el rumbo sin vacilar —dijo Maquesta—. Que Rogan te acompañe y repásalo todo una vez más para asegurarte de que no hay nada suelto, y luego... — Esta vez la interrumpió un extraño sonido, un fuerte silbido, un aullido muy agudo, seguido por un rugido que pareció aumentar de intensidad con cada latido de su corazón. La mujer se volvió hacia estribor, y las miradas de Lendle y Kof siguieron a la de ella.

Al principio fue difícil ver la ola porque el mar estaba oscuro como la tinta, y el cielo no mucho más claro. Pero la vista de Maquesta era aguda como la de un elfo y se esforzó por diferenciar el cielo del agua.

—Vamos —susurró—, ¿dónde estás?

—¡Noveonada está demasiado oscuro! —gritó el gnomo—. ¿Qué es?

Maquesta la vio de pronto, a unos cien metros de la embarcación, más alta que el *Perechon* y prolongándose hasta el límite de su visión: era una muralla de agua que se precipitaba retumbando hacia ellos.

—¡Una turbonada! —gritó, al tiempo que hacía girar el timón con fuerza a babor—. ¡Que todos los hombres suban a cubierta ahora! ¡Vigilad el aparejo! ¡Ya!

En su voz había una urgencia desacostumbrada que espoleó a Kof y a Lendle. Kof giró sobre sus cascos y se dirigió hacia la sección de proa. El minotauro ladró varias órdenes por el camino.

—¡Apartaos de la borda! ¡Una turbonada! ¡Sujetaos bien! ¡Asegurad ese cabo!

—¿Una turbonada? ¡Oh, no! —Lendle se soltó de la pierna de Maquesta y corrió hacia la escotilla de la popa del barco que conducía a los camarotes de la tripulación. Intentaría despertar a cualquier marinero que pudiera estar durmiendo en medio de esta conmoción. El gnomo distinguió a dos hombres que se estaban atando al palo mayor, y a otro que se sujetaba al aparejo del mástil.

Lendle vivía en el mar desde hacía décadas y creía haberse tropezado con todas las clases de tiempo imaginables. Una turbonada era algo que se había ahorrado milagrosamente... hasta ese momento. Se trataba de raros chubascos, muy violentos y peligrosos, provocados por variaciones de la temperatura y la dirección de los vientos. Las rachas podían superar los sesenta nudos y eran punto por punto tan peligrosos como un ciclón, aunque no tan duraderos. Y podían levantar olas monstruosas.

—¡Dirigios hacia la ola, capitana! —gritó el timonel a Maquesta. Al gnomo, las palabras del hombre le sonaron como un murmullo, con el viento y el rugido de las aguas.

—¡No a esa ola! —respondió Maq. Hizo girar el timón aun más a babor, en la dirección en la que avanzaba la ola.

A pesar de sus esfuerzos, Maquesta no logró poner suficiente distancia entre la enorme ola y el *Perechon*. La pequeña boca de Lendle se abrió desmesuradamente y se encontró sin palabras, algo desacostumbrado en él, al ver la muralla de agua que se desplomaba sobre el barco. La lluvia caía ahora de lado, empujada por el viento, y acribilló al gnomo, lacerando su rostro y sus manos. Había agua por todas partes, y lo único que se oía era el ruido de la ola.

—Lo conseguiremos —dijo Maquesta, para darse ánimos—. Vamos, vamos... ¡No!

La muralla de agua alcanzó al *Perechon*, y el ensordecedor ruido y la negrura absoluta de la ola embotaron los sentidos de los navegantes como si se los hubiera tragado el mar. La ola levantó el barco en el momento en que se abatía como un gran martillo sobre los mástiles y la cubierta donde todos los hombres luchaban por encontrar un asidero.

Lendle se quedó sin respiración. Tuvo la sensación de estar volando y luego notó el sabor del agua salada en su boca y sus pulmones. El pequeño cuerpo del gnomo se estampó contra la amura y sus brazos se agitaron frenéticamente, intentando aferrarse a algo, batiendo el agua durante lo que pareció una eternidad antes de rodear una barandilla.

Maquesta había trabado ambos brazos en la rueda del timón. Su cabeza chocó contra la cabilla principal y su pecho se estrelló contra el timón, empujado por una tromba de agua. Luchó por mantenerse consciente y serena mientras el agua seguía zarandeándola implacablemente.

Kof sólo dispuso de una fracción de segundo desde el aviso. Gritó a los hombres, pero sus palabras se perdieron entre el fragor de la ola. Cayó sobre cubierta y se aferró a la base del cabrestante mientras el agua se precipitaba por encima de él. Algo más duro que la ola golpeó la espalda del minotauro y sus dedos perdieron el agarre. Lo que le había golpeado lo mantenía sujeto contra la cubierta, con el rostro bajo el agua. Abrió los ojos desmesuradamente y tensó los músculos mientras forcejeaba por impulsarse hasta la superficie, donde pudiera respirar.

El *Perechon* cayó al mismo tiempo que la ola y luego se encabritó con la siguiente crecida. Cabeceó salvajemente, escorándose a babor de una forma muy acusada, luego a estribor, amenazando con zozobrar cuando otra ola considerable rompió sobre la cubierta. Pero, después, el barco salió a flote de nuevo, concediendo a todos los que quedaban en cubierta la oportunidad de respirar a pleno pulmón.

—¡Kof! —gritó Maq para hacerse oír por encima del viento que no dejaba de aullar—. ¡Que alguien lo ayude!

Lendle se soltó de la batayola bajo la persistente y torrencial lluvia. Tosió para despejar sus pulmones y miró hacia la sección de popa, donde una parte del palo mayor se había roto y mantenía atrapado al minotauro. El gnomo corrió hacia Kof. Varios hombres se esforzaban ya por liberar al primer oficial. Lendle los escuchó darse breves órdenes unos a otros, al tiempo que oía otro rugido creciente que ahogaba las palabras de los hombres. Otra inmensa ola se dirigía hacia ellos.

Añadió fútilmente sus pequeños dedos a la tarea, resoplando y gruñendo, y luego se aferró al mástil roto como si le fuera la vida en ello cuando llegó la segunda muralla de agua. El marinero que estaba a su lado fue arrastrado por la ola y el gnomo sintió el breve roce de las manos crispadas del hombre contra sus cortas piernas. Esta vez, cuando las aguas retrocedieron, los marineros consiguieron por fin apartar la sección del mástil de encima del minotauro. Mientras Kof se ponía en pie trabajosamente, la cubierta volvió a elevarse frente a ellos cuando el *Perechon* coronó una inmensa ola rompiente. En ese instante, el viento hinchó las convulsas velas de mesana y, con la ayuda de la ola, hizo escorar el barco. Varios marineros resbalaron por la cubierta por encima de la borda, y desaparecieron rápidamente de la vista.

Tras varios interminables segundos, el *Perechon* se enderezó parcialmente. Sin embargo, seguía escorándose tanto a babor que todos los que se mantenían en cubierta tuvieron que sujetarse a algo para no caer al mar dando tumbos.

—¡Estamos haciendo agua! —gritó un marinero que había conseguido salir de los camarotes de la tripulación y ahora se aferraba al aparejo.

—¡Vamos a zozobrar! —bramó otro. El grito se transmitió rápidamente por toda la cubierta hasta que llegó a oídos de Maquesta—. ¡El *Perechon* se hunde!

Las olas remitieron por un instante y el minotauro echó una rápida ojeada en derredor para comprobar el estado de los hombres. Se mantenía sujeto al cabrestante con una gran mano y esperaba que rompiera la siguiente ola. Respiraba con gran dificultad y su amplio pecho subía y bajaba aceleradamente.

—No hay manera de salvar el *Perechon* de esta tormenta, Maq. —Su voz llegó hasta ella con la suficiente nitidez para que las palabras resultaran inteligibles.

Maquesta asintió, indicándole por señas que fuera a la sección central.

—¡Los esquifes! —gritó Kof a Rogan—. Bájalos al agua. Date prisa. Y asegúrate de que Maq va en uno de ellos. Yo me ocupo de estos hombres.

—¿Losesquifes? —farfulló Lendle. El gnomo se balanceaba sobre la sección rota del palo mayor—. Losesquifes. Volcamos. Noshundimos. Vamosa...

—¡Abandonad el barco! —gritó Maquesta. El corazón martilleaba en su pecho mientras pronunciaba aquellas palabras. Como nadie la veía, permitió que una lágrima se derramara por su mejilla y se mezclara con la lluvia—. A toda la tripulación: ¡abandonad el barco!

El pequeño rostro del gnomo, enrojecido por el agotamiento, palideció de repente. Inspiró entrecortadamente y sintió que le temblaban los dedos.

—¡Esteesmihogar! ¡Tuhogar! ¡Noabandonarélbarco!

—¡Abandonad el barco! —repitió Kof, señalando los esquifes a sus hombres con sus grandes brazos. Se volvió hacia un marinero que se aproximaba—. ¿Queda alguien abajo? —El marinero se encogió de hombros y se apresuró a ocupar un sitio en uno de los botes. El minotauro fue hasta la escotilla que daba a los camarotes de la tripulación—. ¡Lendle, sube al bote! —gritó por encima de su peludo hombro—. ¡Ahora!

El gnomo contempló boquiabierto el primer esquife que se apartaba lentamente del costado del peligrosamente escorado *Perechon*.

—¡Kofnopodemosabandonarelbarco! —gritó.

Pero el minotauro ya había desaparecido bajo la cubierta. Lendle giró sobre sí mismo y vio a Maquesta enviando a varios marineros hacia la proa. Parecía derrotada, una sombra hundida entre el aparejo roto y la tripulación en desbandada. El gnomo la oyó ordenar dos veces a Rogan que abandonase el barco. Él era el segundo oficial y argüía que si Maquesta permanecía a bordo, él también; pero finalmente cedió. Maquesta miró hacia arriba, divisó al gnomo y señaló un esquife.

Lendle negó con la cabeza.

—¡Mimáquina! —gritó el gnomo a modo de respuesta, esforzándose para hacer oír su débil voz por encima del viento—. ¡Debosalvaralmenosunaparte! —No esperó la contestación de su capitana, sino que se abalanzó hacia la bodega de carga,

apartando una esquina de la vela mayor caída para encontrar la gran trampilla. Por la acusada inclinación del barco y su precaria posición, abrir la portilla resultaba difícil; pero cuando la nave se inclinó aun más a babor, la portilla se abrió de golpe y el gnomo y la vela se precipitaron al interior de la bodega.

Kof volvió a subir penosamente a cubierta al cabo de un momento, seguido por tres marineros.

—¡Ya no queda nadie más! —gritó a Maquesta—. ¡Sube tú a un esquife! —Los ojos del minotauro estaban inyectados en sangre cuando recorrieron por última vez la cubierta del *Perechon*, regada de escombros. Dejó escapar un suspiro de frustración al ver que Maq se negaba testarudamente a rendirse.

—¡Primero tú! —ordenó al minotauro—. Yo te seguiré... con Lendle. —Maq pasó los dedos por la rueda del timón, como si se despidiera de él, y luego corrió hacia la escotilla de carga.

La caída de Lendle fue detenida por una caja bien sujeta y llena de brandy aromatizado de Mithas. El gnomo gruñó y se bajó del cajón de embalaje, avanzando con mucho cuidado entre cajas rotas y otras intactas. La bodega estaba oscura como la medianoche y Lendle no distinguía sus propios dedos ante su rostro. Pero conocía de memoria hasta el último centímetro del compartimiento. Su cabeza rozó la vela, que debía de haberse enganchado en algo, casi con seguridad en la pieza cilíndrica de su preciada máquina remera. Chapoteó en agua hasta los tobillos al dar unos pasos hasta palpar la esfera. Aunque el gnomo consideraba que el *Perechon* estaba perdido, su máquina remera era otra cuestión. Parecía intacta bajo sus inquisitivas y nerviosas manos. Mientras sus dedos seguían tanteando la superficie de la esfera, sus pies se enredaron en unos alambres de la base.

—No está abollada —observó—. Bien bien bien. —La esfera de latón era lo que quería salvar por encima de todo, ya que era la pieza más costosa de su equipo, debido a todos los engranajes del interior que él tan meticulosamente había comprado y colocado en su sitio a lo largo de los años. Los alambres podían ser reemplazados con relativa facilidad y sin grandes desembolsos.

Encontró a tientas el camino hasta la pequeña estufa. Trabajó rápidamente para encender fuego y enderezar el cacharro parecido a una tetera. Se aseguró de que el tubo que transportaba el vapor hasta la esfera estuviera aún bien acoplado, y luego intentó averiguar dónde se había enredado la vela al débil resplandor de la estufa. Liberó la tela, deteniéndose un momento porque creyó oír que alguien gritaba su nombre.

—Eselviento —decidió mientras rasgaba un gran pedazo de la vela y empezaba a envolver con él la base de la esfera. Utilizó una navaja que sacó del bolsillo para cortar los alambres, aseguró el que surgía de la base de la esfera atravesando la vela y

miró las cajas de brandy amontonadas a su alrededor—. El endulzado será mejor — reflexionó—. Creo que servirá. Funcionará a las mil maravillas.

—¡Lendle! —Maquesta se asomó a la portilla de la bodega de carga y repitió el nombre del gnomo. Vio el débil resplandor del fuego de la estufa y una porción de vela, y oyó chapotear a su tripulante—. Sube aquí, ¡ya! ¡Es una orden!

Se volvió a toda prisa hacia lo que quedaba del palo mayor, con la intención de encontrar un cabo y arrojárselo; pero en ese momento otra ola barrió la cubierta, arrastrando consigo a Maquesta. La capitana del *Perechon* fue arrojada por la borda.

Kof había mantenido su esquife junto al costado del barco, esperando a Maquesta y Lendle. Cuando la mujer pasó volando a su lado, empujó el bote para alejarse del casco y extendió sus largos brazos en un desesperado intento de atraparla; pero sus manos solamente se cerraron alrededor de agua, y él tuvo suerte de que un marinero lo sujetara por su gruesa cintura para evitar que también cayera por la borda.

—¡Acercad más el bote! —bramó el minotauro. El agua estaba oscura y resultaba difícil localizar a la capitana—. ¡Maq!

Maquesta luchó por mantenerse a flote incluso mientras era arrastrada por la ola. Cuando se elevaba con una pequeña cresta, divisó a Kof y a varios de los marineros que remaban hacia ella.

—¡Aguanta, Maq! —gritó el minotauro.

Añadió algo más, pero el mensaje no llegó a su destino. La recia voz quedaba ahogada por el fragor del viento y el agua. Otra ola se precipitó sobre el *Perechon*, una montaña de agua tan ominosa como las otras, pero procedente de la dirección opuesta. Maq pateó furiosamente para no hundirse, esforzándose por retener el aire en sus pulmones. Aun siendo una vigorosa nadadora, sus esfuerzos resultaron vanos. Vio a Kof inclinarse sobre la proa de su esquife, extendiendo al máximo sus musculosos brazos, y luego se sintió arrastrada hacia abajo por la corriente, absorbida a una negrura comparable a la tinta que ni siquiera sus ojos élficos conseguían traspasar. El agua se agolpaba en su garganta. Pataleaba furiosamente para salir a la superficie, inspiraba a fondo todo el aire que podía y luego contenía el aliento cuando otra ola la sumergía nuevamente.

El mar estaba embravecido hasta el límite del frenesí. Un persistente clamor se impuso al rugido del viento y las olas como si fuera un terremoto. El fragor se alzó de nuevo y, cuando se extinguió, el viento arreció como nunca. Las olas rompían contra los costados del esquife, amenazando con volcarlo también.

—¡Achicad agua! —ordenó Kof—. ¡Más de prisa o nos hundiremos como un ancla, compañeros! —Los marineros usaron sus sombreros y manos para vaciar el esquife de agua, aunque sólo a duras penas compensaban la que entraba a raudales. Kof vio a Maquesta hundirse... dos veces. En ese momento se abrió un claro en el encapotado cielo, el primer respiro en la completa oscuridad de la tormenta. Bastó

para permitir que algunas estrellas titilaran a través del hueco y arrojaran un poco de luz sobre la capitana, que se aferraba a lo que parecía un promontorio de coral.

—¡Maq está viva! —gritó el minotauro a sus camaradas—. ¡Más cerca! Así, así. ¡Ya la tengo!

Maquesta estaba exhausta y magullada, casi inconsciente; pero reuniendo sus últimas fuerzas, se agarró a los brazos de Kof y se encaramó desde el promontorio, produciéndose largos cortes en las piernas con el afilado coral.

Los musculosos brazos de Kof la subieron a bordo del esquife y la capitana cayó de bruces sobre las tablas del fondo del pequeño bote cuando otra ola los zarandéo, empujándolos de regreso hacia el *Perechon*. El agua pasó por encima de la embarcación, aporreando el cuerpo ya dolorido de Maquesta. Acto seguido, las aguas retrocedieron con la misma velocidad con que se habían presentado y el minotauro la levantó mientras los hombres seguían achicando agua. La mujer se apartó de la cara sus empapados bucles de un manotazo y miró en derredor.

—¡Kof! —balbuceó—. ¡Ahí está el *Perechon*! ¡Alguien ha conseguido enderezarlo!

—¡Alabado sea Habbakuk! —consiguió articular uno de los marineros.

Los redondos ojos del minotauro escrutaron las tinieblas y divisaron la maltrecha nave. El barco tenía un aspecto lamentable, con su palo mayor quebrado y la vela extendida como un sudario sobre la cubierta. Pero el de mesana estaba intacto, y el casco ya no se escoraba. La esperanza hinchó el musculoso pecho de Kof.

—Es insumergible —susurró, recordando que años atrás el barco fue aspirado por el Remolino y escupido milagrosamente, más tarde, a una lejana orilla—. Alabado sea Habbakuk, sí.

—¡Sujetaos bien! —gritó Maq. Se aferró a la regala del esquife al tiempo que la pequeña embarcación se elevaba sobre una ola y se estrellaba contra el costado del *Perechon*. Advirtió con alivio que los demás esquifes también regresaban, ya fuera impulsados por sus remos o arrastrados por el viento.

En pocos minutos, los hombres volvían a dispersarse por la cubierta. Aunque estaban agotados, corrían de un lado a otro, apartando la vela mayor de la sección central del barco.

—¡Tensad la vela de mesana! —gritó Maquesta, intentando hacerse oír por encima de los truenos que retumbaban en el aire—. O lo que quede de ella, al menos —dijo para sí misma, mientras regresaba junto al timón, acompañada por Kof.

El minotauro ladeó la cabeza.

—Ese ruido... Tiene que ser otra ola que se aproxima. Deberíamos virar al este. Ya no podemos estar lejos de Kothas.

Maquesta asintió.

—Si descubro una costa, me escabullo hasta allí y encuentro algún abrigo... Así

podríamos salir de esta tormenta y luego... ¡Dioses! ¿Es que no va a acabar nunca? ¡Kof, que los hombres bajen a empuñar los remos!

El minotauro se detuvo un instante para seguir la mirada de Maq y averiguar la nueva causa de su preocupación. A unos cientos de metros de la proa del *Perechon*, el océano se precipitaba hacia una inmensa cascada rugiente. En el mar se abría una fisura que recordaba las fauces de una gran bestia, negra, vacía y de un diámetro tal que en la oscuridad de la tormenta apenas pudo abarcarla completa. La hendidura estaba rodeada de agua que se desplomaba quién sabía a qué distancia hasta el fondo. Y el *Perechon* se dirigía en línea recta hacia allí.

—He navegado por este mar durante años —dijo Maq, aunque no en voz lo bastante alta como para que lo oyera nadie más—. Eso no estaba aquí antes.

—¡A los remos, camaradas! —rugió Kof. Piafó con sus cascos y sacudió con firmeza los hombros de los marineros que se habían quedado mirando mudos de asombro—. ¡Moveos! ¡Bajad y empuñad los remos!

—¡Por los poderosos ijares de Habbakuk! —gritó Rogan—. ¡Estamos perdidos!

—¡Seguro que estamos perdidos si no hacemos nada! —replicó lacónicamente el minotauro—. ¡A los remos!

Todos se apresuraron a obedecer, elevando oraciones a los dioses por el camino. De pronto se oyó un gemido, un chasquido, un traqueteo, un resoplido y un chapaleo que fue aumentando de intensidad hasta que se le sumó el crujido de los maderos de una sección de la cubierta al quebrarse. Volaron astillas de madera en todas direcciones.

—¡En nombre de todos los dioses! —gritó un marinero—. ¿Qué ha sido eso?

—¡Es Lendle! —vociferó Rogan.

El minotauro miró hacia el enorme boquete que se abría en la cubierta. Al principio le pareció como si un giboso fantasma surgiera por la abertura. Pero la cosa siguió subiendo, hasta revelarse como un globo hecho con tejido de la vela. Debajo de él se balanceaba una esfera de la que sobresalían varillas y alambres curiosamente retorcidos y, debajo de ella —suspendido en una caja que llevaba la etiqueta «Brandy Endulzado de Mithas»— estaba sentado el gnomo. En una mano sostenía una botella de brandy descorchada; la otra mano jugueteaba con un artefacto parecido a una tetera que sobresalía apenas por el borde de la caja. Iba vertiendo brandy en la caldera, que a su vez inyectaba vapor al interior de la esfera. Un cabo iba de la vela-globo a la boca del gnomo, y cuando él tiraba, la máquina remera ascendía en el acto.

—¡Creí que abandonabais el barco! —gritó Kof a los hombres—. ¡Creí que decíais que el *Perechon* se estaba hundiendo!

—¡El barco se ha enderezado solo! —aulló Rogan.

—¡Pero nos hundiremos muy pronto! —añadió el segundo oficial, gesticulando en dirección al sordo rugido de la cascada y la inmensa abertura en el océano.

—¡Asombroso! —Los ojos del gnomo se abrieron desorbitadamente—. Me pregunto cómo ha llegado hasta aquí. Nunca lo había visto. Y eso que he navegado antes por estas latitudes. ¡Es asombroso!

—¡Baja inmediatamente, Lendle! —gritó el minotauro, mientras se unía a los hombres que retiraban de la cubierta.

Lendle negó con un gesto.

—¡Definitivamente, nunca había visto nada parecido! ¡Una cascada en medio del océano! ¡Es asombroso!

La máquina remera volante patinó sobre la cubierta. Tan distraído estaba el gnomo por la increíble hendidura en el océano, que no prestó atención al modo como maniobraba la máquina. Se detuvo en seco al enredarse en la vela de mesana.

—¡Cieloscieloscielos! —exclamó con una risita ahogada, mientras vertía más brandy en la tetera—. ¡Nohasidounbuenintento!

Vació la botella, la arrojó a un lado y cogió otra.

—¡Máspotencia! ¡Hayquevencerlacorriente! —La tetera emitió un estridente silbido y otros ruidos brotaron de la máquina de Lendle—. ¡Necesitomáspotencia! —La máquina voladora tensaba el aparejo—. ¡Más! —Vació la segunda botella y cogió la tercera. Resbaladizo por la lluvia, el cuello de vidrio se escurrió entre sus gruesos dedos y se hizo añicos contra el fogón de la estufa—. Más... ¡burps! ¡Fuego!

En la oscura bodega, los marineros tuvieron que encontrar a tientas los remos, sorteando cajas, botellas rotas y piezas descartadas de la máquina de Lendle.

—¡Buscad un remo y deslomaos remando! —bramó Kof—. Si queréis vivir, poned todo vuestro empeño en la labor, y luego añadid más. —Tanteó en la oscuridad hasta que descubrió un banco vacío, empuñó el mango de un remo y puso manos a la obra—. ¡Uno, dos, tres! —gritó, repitiendo la cadencia mientras otros hombres se unían a él.

—¡Los dioses nos han mandado esta tormenta! —oyó gritar el minotauro a un marinero—. Los dioses nos matarán a todos.

—¿Los dioses? Algún dios oscuro —replicó otro—. Takhisis, sin duda. La Reina de la Oscuridad.

Maquesta se hallaba sola en cubierta, luchando contra el viento, virando con fuerza a estribor en un esfuerzo por obligar al barco a dar media vuelta y concentrándose en hacer caso omiso del fragor de la tormenta. La lluvia martilleaba la cubierta y el viento aullaba, empujando al *Perechon* cada vez más cerca del borde de la sima.

Apenas notó que el barco se encabritaba bajo sus pies cuando más hombres empuñaron los remos. Sus esfuerzos no bastarían, estaba segura. No había bastantes hombres, bastantes remos, bastante tiempo. Maquesta cerró los ojos y pensó en Kof,

Lendle y su padre, quien tantos años atrás le había enseñado a navegar y a amar el mar más que la vida. Ella había amado esta difícil vida y se había endurecido para ganarse el respeto de su tripulación. Nada de palabras amables para nadie. Nada de lamentaciones.

—¡Fuego! —seguía gritando Lendle. Pero su vocecita se perdía en el ululante viento, la ensordecedora catarata y el incesante traqueteo de la máquina. A pesar de la lluvia, el fuego se propagó, envolviendo la estufa, quemando los calzones del gnomo, ascendiendo y consumiendo la vela-globo. Las llamas lamieron las demás botellas de brandy que Lendle había guardado a bordo de su improvisado aeróstato. El vidrio se agrietó, Lendle gritó de miedo y una explosión sacudió el aire.

Maq abrió los ojos de golpe cuando fue apartada violentamente del timón; aterrizó con un fuerte topetazo y se deslizó hacia la borda más alejada. Se dio en la cabeza con los barrotos y quedó momentáneamente aturdida. Inmediatamente se recobró, parpadeando y haciendo rechinar los dientes mientras el aire azotaba su rostro.

El barco salió volando, propulsado por la explosión de la máquina de Lendle. Como una piedra arrojada por una honda bien manejada, pasó a gran velocidad por encima de la sima y chapoteó en las olas al caer al otro lado.

Maquesta gateó hacia el timón, se puso en pie apoyándose en la rueda y finalmente asió las cabillas, en el momento en que el barco se detenía bruscamente.

—En nombre de...

—¡Maq! —Kof subió a la cubierta. El minotauro se acercó a la mujer dando traspiés y miró a su alrededor—. ¡Lendle! —Había fragmentos esparcidos de cobre y latón, botellas de brandy rotas y una tetera destrozada. Un bulto chamuscado, que recordaba vagamente a un gnomo, estaba tendido en el centro.

El bulto levantó lentamente la cabeza. El rostro de Lendle estaba ahora ennegrecido y era completamente lampiño, pues su barba y su cabello habían sido consumidos por las llamas.

—Mi pobre máquina —masculló. Después perdió el sentido.

La lluvia caía en ese momento con más suavidad, casi reducida a una agradable llovizna. Se abrieron claros entre las nubes cada vez más tenues y el viento amainó hasta convertirse en una suave brisa. Rogan trasladó a Lendle bajo la cubierta con mucho cuidado, mientras Maquesta, con el rostro impasible, rezaba una silenciosa plegaria a los dioses por la vida de su pequeño y valiente amigo.

Kof se había situado en la sección central del barco, cerca de una batayola, y observaba la sima, que se iba cerrando misteriosamente. Era como si la extraña cascada no hubiera sido más que una pesadilla. El mar se alisó alrededor del *Perechon* y el cielo se fue despejando de nubes.

—Hemos tenido suerte —dijo Rogan cuando regresó junto a Maquesta y el

primer oficial—. Los dioses nos sonreían. Hoy hemos tenido suerte.

—¿De veras? —se preguntó Maquesta en voz alta. Siguió contemplando el mar en calma.

El agua estaba ahora tan lisa como un cristal. Las estrellas se reflejaban en su superficie, al igual que una pálida luna, grande y llena, que se cernía justo sobre la línea del horizonte.

Dos semanas más tarde, el *Perechon* entró renqueando en el puerto de Cuda, en la costa suroeste de Kothas. Un tercio de las cajas de brandy habían sobrevivido y estaban siendo descargadas bajo la atenta mirada de Maquesta y de Lendle, cuyas cicatrices de quemaduras resultaban todavía muy visibles.

El gnomo se apoyó en unos fardos y meneó la cabeza.

—Mi máquina —gruñó—. Tendré que empezar otra vez desde el principio.

—Tu máquina funcionó muy bien —dijo llanamente Maq—. Salvó al *Perechon*.

—No tengo acero suficiente para comprar todas las piezas que necesito para una nueva. Perdimos dos tercios de nuestro cargamento, dos tercios de nuestra paga.

—Eso tiene remedio. —Los oscuros ojos de la capitana se encontraron con los vidriosos del gnomo—. Acabo de aceptar un nuevo contrato: llevar lana a Karthay. Empezarán a embarcarla antes de una hora. Y como no hay ninguna máquina en la bodega de carga, podemos llenarla del todo. La paga es buena..., la mitad por adelantado.

—¿Por qué no llevamos la lana dentro de unas semanas, o de un mes? Maquesta Nar-thon, ahora sólo hay una luna y las mareas son distintas, el mar es distinto. Deberíamos esperar en puerto un tiempo hasta que todo se calme..., hasta que sepamos a qué nos enfrentamos, hasta que conozcamos las repercusiones de la guerra. Precisamente anoche, en la taberna hablaban del...

—Ya he firmado el contrato.

—Quizás un breve retraso, Maquesta Nar-thon.

—La paga por este contrato es demasiado tentadora para rechazarla.

—Tentadora quizá, pero...

—Entonces desembarca ahora mismo. —Su tono era seco y sus ojos relampagueaban—. Construye tu máquina en el barco de otro. Ocupa su espacio de carga con tus locos inventos. —Apretó los labios hasta que formaron una delgada línea—. No rechazaré un trabajo provechoso sólo por satisfacerte.

—Buena paga, ¿eh? Me vendría bien una nueva estufa de leña —admitió el gnomo—. Y necesito al menos doce varillas de cobre para mi máquina remera. Alambre grueso, un embudo y... ¿Qué me dices del relato de taberna?

Maq le dirigió una torva mirada.

—Lo sé —dijo Lendle con un suspiro—. Entonces Krynn será destruido y no

tendré por qué preocuparme de nada. —Refunfuñando, desapareció bajo cubierta.

—Zarpamos antes de una hora —le gritó Maq con ojos chispeantes. Cuando el gnomo estuvo fuera de su vista, la capitana se permitió sonreír, algo infrecuente en ella.

El Manantial de los Dragones

[Janet Pack]

—¡Viejo! ¿Qué te cuentan tus visiones? ¿Encontrarás agua hoy?

Las risas y las rechiflas siguieron al alto y encorvado anciano de cabello gris en su camino a través de Gurnn. Asintiendo complacido, sonriendo y saludando con la mano libre —la que no empuñaba su preciada varita y la vetusta y desvencijada pala—, Tarris Canrilan siguió andando bajo el sofocante calor con su peculiar contoneo.

El anciano, otrora el tejedor del pueblo, tenía por costumbre salir al alba a pasear por el vecindario, arrastrando los pies, y continuaba hasta que se dejaba caer pesadamente, extenuado, para despachar su magro almuerzo. Su presencia resultaba inevitablemente agradable; pero no dejaba de pronunciar frases sin sentido que ofrecía como valiosas perlas de sabiduría a aquellos dispuestos a trabar conversación con él.

Ese día, Tarris tenía un aspecto diferente: su paso era firme y apresurado, y en sus apagados ojos verdes había un brillo anormal, una impaciencia por llegar a algún sitio. Pocos de los habitantes del pueblo, martirizados por el calor, sudorosos y ariscos unos con otros, desde sus pequeños abrigos a la sombra, advirtieron la diferencia. Reldonas Probadora, antaño la pregonera del pueblo, sí.

Siendo curiosa por naturaleza y una chismosa empedernida, una cotorra que metía las narices en todo lo que despertaba su interés, Reldonas vivía para los rumores y la información de última hora. Su fino oído le permitía, a menudo, relacionar dos hechos dispares y obtener una síntesis próxima al hecho verdadero. Se protegió los ojos con una mano a modo de visera y observó a Tarris hasta que el anciano desapareció finalmente de su vista entre dos edificios.

La causa de esta conducta no se le ocurrió hasta que el sol casi hubo levantado ampollas en su mano. Se aproximó a una pared cuya sombra proporcionaba cierto alivio de los perseverantes rayos del sol. El coqueto movimiento de sus hombros al rozar la tapia que rodeaba la huerta de Gurnn (reseca debido a los cambios atmosféricos provocados por la Guerra de Caos) pareció remover un pensamiento en el fondo de su mente.

¿Podía ser el principio de la emoción que anhelaba desde hacía tantos meses?

Alejándose de la acequia cubierta de grava del huerto, Probadora correteó hasta el establecimiento de Elothur, el burgomaestre de Gurnn. Llamó a la desvencijada puerta, que resonó bajo sus huesudos nudillos.

—Entra.

En la voz del burgomaestre se mezclaba la frustración, la tristeza y la desesperanza, fomentadas por un tercer año de pertinaz sequía. Él era uno de los

últimos que todavía intentaba mantener una apariencia de normalidad yendo a trabajar todas las mañanas y atendiendo el negocio frente a su escritorio.

Apenas le dedicó una ojeada a Reldonas.

—¿Qué quieres? —La desabrida pregunta escapó de sus labios antes de adoptar su habitual talante afable.

—Burgomaestre —jadeó Reldonas, con su sencillo semblante enrojecido por el calor y el agotamiento—. Traigo noticias. ¡Tarris Canrilan ha tenido su cuarta visión!

—¿Y qué? —Elothur se arrellanó en su asiento, observando a la estrafalaria mujer con irritados ojos castaños rodeados de arrugas endurecidas por el sol—. ¿A mí qué me importa?

—Se dirige al bosquecillo del sur del pueblo para volver a excavar hoy —dijo Reldonas.

El burgomaestre lo pensó largamente, con las curtidas manos plegadas ante sí sobre la mesa de madera agrietada. La mesa había sido muy valiosa en su época, pero el calor y la aridez la habían estropeado, como todo lo demás de valor que quedaba en el pueblo. Y como todo y todos, estaba al borde del colapso.

—Creo que tienes razón, Reldonas —dijo Elothur sin interés—. Gracias por la noticia. —Se concentró de nuevo en su trabajo.

—¿No vas a hacer nada? —balbució Probadora.

El hombre le habló como a un niño recalcitrante.

—¿Qué quieres que haga? He dejado marchar al último de los guardias para que puedan ir a mendigar y alimentar así a sus propias familias. —Suspiró—. Todo el mundo que conozco tiene necesidades imperiosas. Quisiera hacer algo, pero...

—Yo puedo vigilarlo, burgomaestre. Ahora estoy sola.

—Creí que te ocupabas de Delphas, la madre de Gwillar... Ah, olvidaba que murió durante el último brote de enfermedad.

Miró por las rendijas de las contraventanas y suspiró de nuevo. El cielo resplandecía con su habitual tono intensamente azul, acentuado por el fulgor del sol. En varios meses no había cruzado ante su incandescente semblante más que un jirón de nube. Tres persistentes años de esta horrible sequía habían conducido a todos los habitantes de Gurnn al borde de la desesperación. Las cosechas se agostaron en los campos y se desmenuzaron, convertidas en polvo. Después de eso, el ganado empezó a morir, con las costillas y el espinazo marcados en su delgada piel. La mayoría de los cadáveres* se descompusieron donde cayeron. La tierra se cubrió por espacio de varias semanas de una fetidez que se adhería a pesar de los vientos constantes y secos, ráfagas que traían enfermedades que los sanadores no sabían diagnosticar. La mitad del pueblo había enfermado, y catorce personas habían muerto incluyendo la madre adoptiva de Reldonas —Delphas— y la amada esposa de Tarris, Renyalen. Algunos habitantes afirmaban que su muerte había sido el golpe que acabó con la

cordura del anciano.

—Muy bien. —El burgomaestre se volvió hacia su visitante—. Ya que Tarris afirma tener visiones y al parecer está buscando agua con ese palo de zahorí suyo, merece la pena vigilarlo. Un poco más de agua nos beneficiaría a todos, porque la represa está casi seca. Calculo que sólo nos quedan reservas para dos semanas, como máximo. Ya tienes tu misión, Reldonas.

—Te informaré varias veces al día —propuso ella.

—No será necesario. Sólo cuéntame las novedades importantes. En esos casos, ven enseguida.

—¡Lo haré! Gracias, burgomaestre.

—Y, Reldonas...

—¿Sí?

—Intenta que el viejo rellene esos agujeros que no para de excavar. Alguien se hará daño.

—¡Sí, señor!

La ex pregonera del pueblo, transformada en espía, salió como una exhalación a la luz del tórrido sol. Avanzando rápidamente, a pesar de su cojera, se detuvo en casa de Gwillar para pedir prestado un odre de agua y una bolsa de alimentos desecados. Prometió pagarle en cuanto pudiera, con toda la intención de cumplirlo. La miríada de promesas que no había cumplido en el pasado no la preocupaban. Sin perder más tiempo, se encaminó hacia el sur, hacia el mismo bosquecillo de árboles moribundos que Tarris Canrilan.

Descubrió el polvo suspendido en el aire, fruto de las excavaciones del anciano, antes de localizar al propio viejo. Tarris se hallaba en el interior de un agujero que le llegaba a la cintura, ahondándolo con la pala a un ritmo constante y farfullando para sí. Cada vez que echaba una palada de tierra a la superficie, se elevaba una nubécula marrón que era arrastrada por el cálido viento que soplaba sobre la llanura. Por encima de su cabeza, las ramas desnudas de los árboles moribundos tamborileaban al entrechocar unas con otras.

—Los dragones me dicen que cave aquí, que hay agua debajo. Los dragones me dicen...

Reldonas se acercó renqueando. Tarris no le prestó atención.

—Buenos días, maestro tejedor —dijo ella—. Tengo un mensaje para ti del burgomaestre Elothur.

Unos ojos verdes, repentinamente astutos, la estudiaron mientras el anciano se apoyaba sobre su herramienta.

—Ya sé qué quiere —dijo, sorprendiéndola—. Quiere que rellene los agujeros. —Tarris empezó a cavar de nuevo—. Dile que lo siento, pero no tengo tiempo, no hay tiempo que perder.

—¿Por qué? —preguntó Reldonas.

—Porque brotará líquido del suelo. Eso fue lo que me prometieron mis dragones. Y sucederá muy pronto. Debo estar preparado.

—¿Para qué debes estar preparado?

—Para la siguiente visión, por supuesto. —Tarris, interrumpiéndose por unos instantes, la observó con curiosidad. Salió del agujero y apoyó la pala contra un tronco.

«Es curioso —pensó Reldonas—. Intenta comportarse como si fuera perfectamente normal. Es probable que esté más loco que nadie». Todos los del pueblo habían cambiado mucho después de que sus trabajos, sus vidas, incluso sus mentes se marchitaran bajo el constante calor. Pero ella no había cambiado, no tanto. Sólo estaba aquella pequeña molestia, aquella ansia de emociones. Se secó el sudor de la frente con el antebrazo, dejando rastros de suciedad.

—¿Cuándo se producirá tu siguiente visión?

El anciano soltó una risita, un ruido seco como el viento.

—Cuando los dragones lo digan, será el momento. —Empuñó la varita «buscadora» de avellano y, sosteniendo el extremo ahorquillado suavemente entre sus dedos retorcidos, empezó a andar cuidadosamente entre los árboles.

La varita, aproximadamente del diámetro del pulgar del anciano, había sido despojada de su corteza y pulida. Las manos de Tarris la estaban recubriendo con una pátina. Su extremo señalaba justo al frente. Reldonas Probadora no podía imaginarse cómo podía una mísera rama de árbol indicar la presencia de agua. Aun así, observaba fascinada.

La varita de avellano empezó a temblar. Tarris se detuvo, retrocedió tres pasos y volvió a caminar sobre la misma zona. Nada.

De pronto, el extremo recto de la varita se precipitó hacia abajo. El anciano marcó el suelo con un dedo, depositó cuidadosamente a un lado el «buscador» para que no sufriera daños, empuñó la pala y empezó a cavar. La tierra volvió a brotar como si se tratara de una fuente, elevándose en el bochornoso aire.

Intrigada, Reldonas fue, tropezando, hasta el extremo más alejado de la arboleda y se sentó a la sombra para pensar. ¿Podían ser acertadas las visiones del anciano? ¿Había efectivamente agua debajo de las capas de tierra, el agua que podía salvar Gurnn?

El peculiar don de Reldonas para adivinar cosas volvió a funcionar. De pronto comprendió que no todos los árboles de su alrededor se estaban muriendo, sólo los más alejados del punto donde Tarris estaba excavando. Eso significaba que debía haber agua en algún lugar cercano que mantenía con vida a algunos de los árboles. Quizá la única esperanza de Gurnn radicaba en las visiones de este viejo chiflado.

Arrastrándose para no llamar la atención del anciano, se escabulló hasta el borde

del primer agujero y se asomó al interior.

No sabía qué esperaba encontrar. Al principio, las sombras confundieron sus ojos deslumbrados por el sol. Armándose de paciencia, aguardó unos segundos hasta que su vista se adaptó. ¿Sólo se veía la oscuridad en el fondo del agujero, o aquello era realmente una filtración? Con un suspiro, Reldonas se introdujo en el hoyo.

—Barro. —Lo comprobó de nuevo con un dedo—. Barro auténtico. —La humedad y el frío parecían extraños en su piel. Amasó en la palma de la mano una bolita que probaba las afirmaciones del anciano y luego la guardó en el deshilachado dobladillo de su vestido, haciendo un nudo. Sólo entonces examinó sus posibilidades de salir del agujero.

Sus primeros dos intentos fueron infructuosos; cayó hasta el fondo con dolorosos resultados. Gracias a su obstinación, Reldonas se aupó finalmente fuera del hoyo, se puso en pie y regresó a la ciudad a la máxima velocidad que le permitía su cojera. Encontró a Elothur sentado displicentemente en su despacho, con la cabeza entre las manos. Levantó la vista muy despacio, como si fuera reacio a afrontar otra pequeña crisis.

—¿Hay noticias? ¿Ya?

Reldonas explicó la historia con una voz que delataba su orgullo.

—¡He visto cómo el palo de Tarris indicaba agua! —concluyó—. Lo que dice es verdad. ¡Mira esto! —Desató el nudo para extraer la bola de barro y presentársela al burgomaestre—. No todos los árboles de ese bosquecillo se están muriendo. Si hay agua en un lugar, sin duda la habrá en otros.

—Es posible, supongo. —Elothur presionó el barro con un dedo, comprobó que era auténtico y lo manoseó asombrado—. Tengo otra noticia, no obstante. —El rostro del burgomaestre era una máscara de preocupación—. Thienborg Skopas se ha caído hoy en uno de los agujeros. Se ha lastimado y exige una reparación.

—Convoca una reunión a media tarde. —La hora de más calor, cuando más acalorados estarían también los ánimos, se dijo Reldonas, estremeciéndose de placer ante la perspectiva—. ¡Cuando oigan mi informe, todos mirarán a Tarris con otros ojos!

—Muy bien —replicó el burgomaestre—. ¿Puedes traer al tejedor hasta aquí, aproximadamente a la hora convenida? —Desde la muerte de su esposa, Tarris no era famoso por su puntualidad.

—Lo intentaré. Está tan concentrado en su trabajo que será difícil interrumpirlo. ¿Verdad que comprendes que ese Thienborg podría haber provocado el accidente él mismo, sin otra intención que encontrar un chivo expiatorio al que culpar de todos sus problemas?

—Lo sospecho. —La sombra de una sonrisa torció las reseca comisuras de sus labios agrietados—. Tu labor ha resultado útil, como siempre, Reldonas. Gracias.

—Sienta bien que la valoren a una, burgomaestre.

Pero mientras salía renqueando del polvoriento despacho, la antigua pregonera tuvo la sensación de que su labor aún no había terminado. Se dirigió en línea recta al área de sombra en la que se resguardaba Thienborg Skopas, el hombre que había demandado a Tarris Carrilan.

—Vamos, dragones míos, vamos. ¡Ya es la hora, ya pasa de la hora! —Tarris murmuraba la letanía para sí en voz alta, al tiempo que cavaba, intentando convencer a las nobles bestias para que acudieran a él. Detestaba pensar que la visión final le arrebataría a los dragones.

Sabía que no podía quedarse con sus dragones, se lo habían dicho varias veces; pero, por lo menos, conservaría el recuerdo de la belleza de sus compañeros de tonos metálicos durante el resto de su vida.

Se le aparecían tanto despierto como dormido. La hora del día o de la noche no significaba nada para sus dragones. El trío —Dorado, Plateado y de Bronce— siempre se le aparecía a lo lejos, donde podía ver sus enormes alas al desplegarse y sus fuertes colas azotando el aire. Siempre se volvían uno tras otro para mirar a Tarris y se acercaban hasta que sus magníficas cabezas invadían todo su campo de visión mental. Nunca abrían las fauces cuando le hablaban, pero sus oscuras y profundamente cavernosas voces resonaban en la cabeza del anciano y parecían saberlo todo sobre él.

En el transcurso del primer sueño, los dragones hablaron de la aridez de Krynn y de la capacidad secreta de Tarris de salvar a los demás encontrando líquido con un palo. Al principio le preocupó que estuviera volviéndose loco, hasta que salió en busca del sencillo utensilio que, según los dragones, le permitiría encontrar la salvación de Gurnn.

No le resultó difícil encontrar un palo ahorquillado por un extremo, pero el adecuado para sus propósitos lo esquivó durante meses. Sus manos buscaban cierto «tacto» de la madera y descartaban uno tras otro hasta que encontró una rama de avellano, la descortezó y la pulió al máximo. Sus dedos se cerraron como cepos alrededor del palo y se lo llevó a casa. Aquella noche tuvo lugar el segundo sueño. Tuvo que esperar más de una semana a la llegada del tercero, sin dejar de caminar en todo ese tiempo bajo el sol abrasador y confirmar el tacto de la vara de avellano.

Aprendió a sostener el «buscador» de una manera más relajada, con el extremo más largo apuntando al frente, como la antena de un desgarrado insecto. Cada vez que la varita se inclinaba hacia el suelo, Tarris marcaba el punto con una piedra o un palito. Al anciano no le preocupaba olvidarse de sus agujeros casi en cuanto los cavaba. Representaban sus prácticas con el «buscador». Sonreía y seguía con lo suyo. Los dragones le habían asegurado que encontraría líquido, si tenía fe y era

meticuloso.

Después de que los dragones lo visitaran por cuarta vez, empezó a llevar consigo una vieja pala de metal, además de la varita de avellano ahorquillada, un odre de agua y una bolsa llena de carne en conserva y fruta. Dondequiera que apuntara la varita, Tarris cavaba con una energía y una dedicación que, al principio, muchos habitantes del pueblo envidiaban. Pero como no encontró agua enseguida y fueron apareciendo agujeros por toda la ciudad, pronto empezaron a desconfiar de él... y cosas peores.

Deteniéndose para descansar, frotando distraídamente la alisada superficie del mango de madera con sus callosos dedos, Tarris se acordó de la antigua Gurnn. «Antes este lugar era precioso», pensó. En ese momento se reseca como los pastos circundantes, todo era de un color pardogrisáceo bajo aquel sol de justicia. La gente parecía exhausta por las labores que seguía realizando sólo con un hilo de esperanza de que lloviera pronto. Los que no hacían nada en todo el día preferían regodearse en la autocompasión bajo cualquier sombra.

—Mucha gente me evita, últimamente. Algunos se muestran abiertamente hostiles, pero no puedo permitir que eso interfiera en mi trabajo. Oh, no, no puedo dejar que una minucia como ésa me interrumpa.

La gente que hasta ahora no había tenido reparos en cultivar la amistad de Tarris cuando era el tejedor del pueblo ya no quería tener tratos con él. Tarris echaba de menos amargamente la buena vecindad que mantenía antes con casi toda la comunidad, pero se había consagrado a sus visiones.

A medida que los humanos de Gurnn lo condenaban al ostracismo, los dragones se fueron convirtiendo en los únicos amigos de Tarris. A menudo hablaba con ellos tanto si los veía como si no. Esta costumbre lo aisló aun más de los habitantes del pueblo.

—Si encuentro agua, habrán merecido la pena todas las dificultades, todo el esfuerzo. «El líquido brotará del suelo», dijeron. Debo encontrarlo, y pronto. Vamos, dragones míos.

—Maestro tejedor, el burgomaestre Elothur requiere tu presencia.

—¿Quién está ahí? —Tarris miró hacia arriba y escrutó suspicazmente entre los troncos y las copas de los árboles.

—Reldonas Probadora. He estado aquí antes, hace un rato.

—No puedo ir. Tengo que cavar. —Así lo hizo, y con mucha energía.

—He visto a tus dragones —lo provocó Probadora.

—¿Qué? —Canrilan dejó de trabajar para mirar a su alrededor—. ¿Dónde?

—En la plaza. ¿Vienes o no?

—No cabrían todos, en esa plaza. Es demasiado pequeña para tres dragones.

—Querían que te encontrara.

—Mis dragones —dijo lentamente—, ¿han hablado contigo?

—Me han dicho que vayas a la plaza. Por favor, no tardaremos mucho.

—Bueno..., supongo que es posible. —Salió del poco profundo hoyo, se echó la pala al hombro y recogió su preciado «buscador»—. No puedo dejar de trabajar demasiado tiempo. Ya casi es la hora de la quinta visión, ¿sabes?

Parloteando sobre sandeces, Reldonas emprendió el camino de regreso a Gurnn. El anciano guardó silencio durante todo el recorrido, incluso cuando vio a la multitud que abarrotaba la plaza del pueblo. Se detuvo un momento, inspiró profundamente como si aspirara coraje junto con el sofocante aire y dio un paso al frente.

Un murmullo burlón siguió a Tarris, que se abrió paso a codazos en dirección a Elothur, que se hallaba cerca de un grupo de ciudadanos apiñados en un bochornoso retazo de sombra. El rostro del burgomaestre, surcado por ríos de sudor, permanecía impasible. Reldonas se situó a su lado con un brillo en sus ojillos de pájaro. Elothur tomó aliento, pero Tarris habló primero.

—Mis dragones no están aquí. Debo volver al trabajo.

—¡Tú y tu estúpido... trabajo! —escupió un fornido hombre situado detrás de Elothur—. Lo único que haces es complicarnos la vida a los demás. ¡Por poco me mato al caer en uno de tus agujeros! He sufrido graves contusiones, y la culpa es tuya.

Gritos de «¡Desterrémoslo!» y otras imprecaciones contra el visionario se alzaron entre la multitud.

Tarris, con una leve arruga de desconcierto entre las cejas, miró de hito en hito al hombre que protestaba.

—¿Quién eres tú?

—Thienborg Skopas —dijo Elothur con voz crispada por el calor y la tensión—. Es un vecino de este pueblo. Thienborg quiere que dejes de cavar porque tus agujeros son un peligro público. —El burgomaestre se volvió hacia los congregados, levantando la voz—. Tarris sólo intenta hacer algo constructivo. Mirad lo que ha descubierto hoy. —Los habitantes del pueblo se apretujaron para ver la patética bolita de barro que Reldonas le había traído—. Esto demuestra la posibilidad de que haya agua. Y donde hay agua, hay vida. ¿De verdad queréis que abandone el único de nosotros que busca agua?

—¡Si él es nuestra única esperanza, estamos perdidos! —gritó una viuda que había perdido a su marido y a sus hijos durante el último brote de enfermedad.

—¡Desenterrar barro no nos va a ayudar! —berreó otro.

—Y ¿qué hay de los malditos agujeros? —rezongó Thienborg—. ¡Merezco alguna compensación por haber resultado herido!

El burgomaestre se inclinó hacia el hombre y abrió la boca como si fuera a pronunciar un discurso. Fue como si el sol le chupara de golpe toda la energía y sus hombros se hundieron. El burgomaestre agitó una mano a modo de despedida, dio

media vuelta y se marchó.

Se oyeron varios gruñidos entre el público, reforzados por el silbido del incesante viento seco. La furibunda mirada de Thienborg no se apartaba del anciano, pero Tarris no reparó en ello. Sus ojos verdes estaban fijos en algo situado más allá de la multitud.

—¡Merezco más consideración! —estalló Thienborg. Exhibió las contusiones de sus brazos, mentón y piernas. Varios de sus amigos lo animaron a gritos.

Tarris lo oyó y sus ojos se enfocaron.

—Lo siento. —Su disculpa se perdió en el clamor—. Pero mis dragones no están aquí. Debo ir a buscarlos.

—¡Tenemos que obligarlo a que deje de hablar de dragones como un loco! —aulló Thienborg—. Y que deje de cavar. Yo digo que lo expulsemos del pueblo. ¡Que se vaya a otro lado a cavar y que moleste a otros!

La muchedumbre despotricaba contra el antiguo tejedor, pero Tarris se había esfumado.

Durante todo el resto del día, Tarris caminó y cavó dondequiera que señalara su «buscador». A la caída del sol había practicado ocho nuevos agujeros. Satisfecho con una buena jornada de trabajo, se sentó para despachar su magra cena de frutos secos y carne, con tres sorbos de agua.

No quería volver a su mal ventilada y desordenada vivienda esa noche. No quería regresar a la atmósfera del pueblo, asfixiante por el miedo. Quería quedarse aquí, al raso, donde las casas eran pocas y donde él, a la luz de la luna que saldría más tarde, pudiera seguir cavando.

Sentía una paz mayor de lo que había experimentado en mucho tiempo. Este lugar era refrescante, después de las tensiones de Gurnn. Recobró el ánimo, la esperanza que abrigaba en su corazón aumentó e inundó todo su ser. ¡Encontraría agua, lo sabía!

Con una prontitud que lo aturrulló, la visión se le apareció. A corta distancia vio a los tres seres que se aproximaban, sus dragones, el Dorado, el Plateado y el de Bronce. Extendieron sus alas con movimientos lánguidos, flexionando cada uno de los músculos de sus magníficas extremidades coriáceas. Hendían el aire con la cola, la inmovilizaban y volvían a fustigar como si blandieran guadañas.

El anciano suspiró de placer ante la prodigiosa naturaleza de la escena. Lenta, muy lentamente, los dragones repararon en su presencia. El primero fue el de Bronce, que meneó sinuosamente la cabeza y luego avanzó. El Plateado lo escrutó, asintió y siguió al primero. Ambos fueron seguidos, al parecer con cierta renuencia, por el Dorado.

Los dragones posaron sus inteligentes ojos sobre el anciano, contemplando en silencio más allá de la envoltura humana hasta las profundidades de su alma.

Tarris no aguardó a que las palabras sonaran en su cabeza.

—Entre ayer y hoy he cavado muchos hoyos. Y hubo una reunión en el pueblo, convocada para hablar de mi trabajo.

Lo sabemos, dijo el Dragón Plateado, asintiendo. *Actuaste correctamente.*

—Pero alguien se ha hecho daño al caer en uno de los agujeros. Me echa la culpa a mí, dice que mis visiones son una locura. —Su rostro y sus ojos resplandecían—. Sé que son..., que sois... reales.

Éste es el tipo de convicción que te hace ideal para esta misión, declaró el Dragón de Bronce, acercándose aun más a Tarris. *Eres de los que siguen adelante a toda costa si creen que el objetivo es importante.*

Los enormes ojos del Dragón Plateado se clavaron en el antiguo tejedor. *¿Crees que los demás están celosos?*

Tarris inclinó la cabeza, asintiendo con convicción.

—No debería preocuparme. Hasta ahora me habéis orientado muy bien. —Se enderezó y echó hacia atrás los hombros como un soldado que se presentara para una inspección—. He estado practicando todos los días con la varita de avellano, haciendo exactamente lo que me dijisteis. —Su discurso se aceleró por la excitación—. Creo haber detectado un poquito de humedad en el fondo de uno de los agujeros que he cavado hoy.

El Dragón de Bronce asintió. *Así es como empieza. A reces se tarda mucho tiempo en encontrar el lugar adecuado.*

Sólo acuérdate de ser paciente, añadió el Plateado. *La paciencia es la clave.*

—Sí, sí —dijo ávidamente el anciano—. Soy paciente, sabéis que sí; pero el resto del pueblo no lo es.

También sabemos eso, replicó el Dragón de Bronce.

El Dorado habló finalmente. *Tenemos las instrucciones definitivas para ti.*

—¡Por fin! —exclamó Tarris, con el corazón desbocado—. Estoy listo.

Al este del pueblo encontrarás un pequeño valle, empezó a decir el Dragón de Bronce.

El anciano frunció el ceño.

—¿El de la pirámide de rocas en el borde, o el de los árboles de corteza blanca?

El de la pirámide de rocas.

El Dragón Plateado intervino. *Entra en ese valle y continúa hasta que llegues a la base de un afloramiento rocoso. Es un promontorio notable, el rasgo más característico de este valle. Sabrás que lo has encontrado cuando llegues al final del desfiladero. Camina dieciséis pasos hacia la izquierda a partir del árbol enano que crece a la derecha del risco.*

Descansa ahora. Intenta estar allí a media mañana. Es en ese valle donde encontrarás el preciado líquido. Ésta es la última vez que nos comunicaremos

contigo.

De repente, los dragones habían desaparecido de su mente. Estalló una burbuja que recreó las estrellas y la noche. Tarris se puso en pie de un brinco.

—¡Ahora sé dónde encontrar agua! —canturreó, casi bailando por la excitación—. ¡Lo sé, lo sé! ¡Gracias, dragones! ¡Gracias, Paladine, y gracias a todos los dioses del Bien!

Satisfecho y cansado, Tarris se acurrucó en el suelo para dormir. Su pala reposaba verticalmente cerca de él, clavada en la tierra, y su preciada varita de avellano yacía debajo de su mano. Una beatífica sonrisa curvaba sus labios y alisaba las arrugas de la edad que surcaban su frente.

Se sumergió inmediatamente en sueños sobre sus dragones. Detrás de ellos, el agua se precipitaba en cascada sobre un adorable estanque rodeado de hierba verde y helechos. Su sonido casi ahogaba los gritos de gozo de los habitantes de Gurnn, que retozaban en su líquido tesoro.

A la mañana siguiente, Tarris despertó justo cuando el alba coloreaba el cielo. Su excitación apenas le permitió comer el resto de los frutos secos. Persistió, sabiendo que necesitaría energía para sus ejercicios matutinos. El anciano lavó la comida con chorritos de agua de su odre casi vacío. Por una vez no reparó en su mal sabor. Estar tan cerca del final de su misión hacía que el agua sucia de barro supiera como el excelente vino que tomó en una ocasión, largo tiempo atrás, y el correoso fruto más como las dulces viandas que podían adquirirse antes.

Tras echarse la pala al hombro, recogió su palo «buscador» y descendió hacia el valle, cuya entrada estaba señalada por la pirámide de rocas. Había una buena caminata hasta el lugar. No le importó. Su corazón entonaba un silencioso canto a dúo con las escasas aves que todavía gorjeaban, saludando al nuevo día. Sus desmadejados pasos cubrían terreno a buen ritmo, con lo que el anciano llegó al pedregoso valle un poco antes de media mañana.

A su espalda oyó unos pies que se arrastraban y resbalaban. Tarris supo sin necesidad de mirar por encima del hombro que Reldonas Probadora lo seguía como podía con sus torpes andares. El anciano sonrió. Ella se había perdido la visión, pero estaba lo bastante cerca para presenciar la aparición del agua en la tierra apergaminada.

Penetró en el valle, lentamente, con la varita de avellano sujeta frente a él y con las manos y los ojos atentos a la menor de sus vibraciones. Estaba rodeado por paredes de caliza, pero la varita lo conducía en línea recta hacia el fondo de la profunda garganta.

—Es como decían mis dragones —murmuró.

Las paredes de piedra se estrecharon; Reldonas lo seguía de cerca, pero Tarris la

apartó de sus pensamientos. Al cabo de un rato, el lecho de la vaguada volvió a ensancharse. El anciano se concentró con todas sus fuerzas, pensando sólo en el agua que estaba destinado a encontrar.

La varita de avellano lo llevó hasta el afloramiento de roca que cerraba el valle. Sonriendo de gozo, bajó el «buscador» y habló en voz alta para que Reldonas lo oyera:

—Me dijeron que contara dieciséis pasos a la izquierda del árbol enano. —Miró en derredor—. ¿Dónde está el árbol?

Ningún árbol, enano o no, crecía donde los dragones le habían indicado. Un tocón reseco se había partido hacía mucho tiempo y rodado hasta el fondo del valle. Del mismo tono que la pálida roca, parecía una piedra más junto a las otras al pie del promontorio.

Tarris hizo una pausa, estrujándose los sesos en busca de inspiración, explorando con unos ojos que bizqueaban por el resplandor del sol que caía sobre las piedras.

—Tiene que estar aquí. ¡Tiene que estar! —Su voz resonó con fuerza por encima y por detrás de él. Los cercanos pasos de Reldonas también llegaron hasta sus oídos, y ambos ruidos se combinaron hasta que le pareció que su única seguidora era una multitud—. Los dragones me lo dijeron. A mí no me mentirían.

Retrocedió un paso, luego otro. El tacón de su sandalia tropezó con una gran piedra y él cayó hacia atrás.

La roca calcinada por el sol rasgó la tela de su túnica; la pala le magulló el hombro. Se le metió polvo en la nariz y la boca. Empezó a toser. Tarris se pasó una mano por los ojos llorosos, recuperó su preciada varita de avellano y, al borde de la desesperación, se obligó a inspeccionar una vez más la pared de roca.

—¡Allí! ¡Tiene que ser eso!

En la piedra vio grabado el vago perfil de un árbol. Sólo era visible desde cierta altura. El anciano trepó hasta allí para recorrer con los dedos la milagrosa visión. «¡Gracias, dragones! —se dijo con sincera gratitud, al tiempo que se volvía hacia la izquierda—. Dieciséis pasos desde aquí». Los fue contando meticulosamente uno por uno, con el «buscador» frente a él. La varita de avellano permaneció muda hasta el decimosexto paso.

De pronto, la vara se inclinó con una celeridad que dejó pasmado al anciano, prácticamente obligándolo a bajar las manos hasta la altura del montículo que se había formado al pie del afloramiento rocoso. Con el pulso acelerado por la excitación, Tarris dejó a un lado su preciada vara, descargó la pala y empezó a cavar.

—Más claro, el agua. Lo que ha hecho esta varita es asombroso. —La antigua pregonera del pueblo se había recostado sobre un hombro encima de un gran peñasco. Tarris no desperdició energía replicándole.

Era una ardua tarea, para alguien más acostumbrado a trabajar en tierra

polvorienta y agrietada por el sol. De rodillas, Tarris se apartó de las rocas cuanto pudo; sus viejos músculos no tenían fuerzas para recoger una palada entera de golpe. El sudor le caía a chorros por el rostro. La garganta le ardía de sed, pero se negó a beber: se prometió que no volvería a probar líquido alguno hasta que encontrara su nuevo manantial.

Tarris reparó por primera vez en los demás ruidos cuando el agujero ya le llegaba a la altura de las rodillas. Hizo caso omiso de los extraños roces y cuchicheos, creyendo que eran ecos o el movimiento de Reldonas, que se sentaba más arriba en la ladera. Como el volumen fue aumentando, finalmente levantó la vista.

—Buenos días —dijo amablemente, deteniéndose un momento y saludando con un cabeceo a la multitud de habitantes del pueblo que se habían congregado alrededor del hoyo—. Mirad, aquí es donde los dragones me dijeron que cavara un pozo. El agua nos salvará a todos. Lo llamaré El Manantial de los Dragones.

Curiosamente, nadie le devolvió el amistoso saludo, en especial Thienborg Skopas, que permanecía cerca del borde del agujero con los brazos cruzados ante el pecho y una mirada dura como la piedra que tenía bajo los pies.

—Por favor, disculpadme —dijo Tarris, con las manos ensangrentadas por la rotura de varias ampollas—. Tengo mucho trabajo.

—Tu trabajo no tiene sentido alguno, viejo loco —le escupió Thienborg—. No has tenido visiones, y aquí no hay agua. Nunca la ha habido y nunca la habrá.

Tarris se detuvo otra vez.

—Los dragones me dijeron...

—¡Los dragones! —se burló Thienborg—. ¡Aquí no hay agua, te lo digo yo!

—¡Mis dragones no mienten! —protestó Tarris. Apeló a los demás—. Todos me conocéis, desde hace muchos años. ¿Os he mentado alguna vez? —Extendió las manos hacia ellos en actitud suplicante—. Decídmelo.

Tarris jadeó cuando algo lo golpeó por detrás. Le habían tirado una piedra, a la que siguió otra, y otra... Una lluvia de rocas que resultó dura y dolorosa al principio, pero luego suave y agradable. Pronto dejó de notarla. El anciano intentó hablar por última vez. Sus labios se movieron, pero las palabras no salieron. Había dejado caer la pala en alguna parte. Intentó buscarla mientras nuevas piedras lo golpeaban en la cabeza. Las rodillas se negaron a sostenerlo más, se desplomó hecho un ovillo y rodó hasta el fondo del agujero que estaba cavando, con el rostro vuelto hacia el sol cegador.

La extraña risa cascada de Reldonas se oyó pese al fuerte viento.

—Había cavado su propia tumba —graznó Thienborg—. Se ha llevado su merecido.

—¡Esperad!

La muchedumbre se volvió en la dirección del grito. El burgomaestre Elothur y

dos de sus antiguos ayudantes corrían hacia ella, y sus pisadas retumbaban en el suelo del valle. El trío se detuvo ante la horripilante visión.

—No —susurró Elothur, conmocionado—. Oh, no. ¿A esto hemos llegado?

Temblando, el burgomaestre se metió en el agujero. Se arrodilló, arañándose las rodillas con las piedras, y acunó suavemente la canosa cabeza de Tarris contra su polvorienta túnica. El moribundo anciano abrió unos ojos soñolientos.

—Amigo mío —susurró, y Elothur tuvo que inclinarse para oírlo—. ¿Los ves? ¡Mis dragones! Se regocijan conmigo. No he encontrado líquido para la ciudad, he encontrado...

Su voz se quebró. Los ojos del anciano se fijaron en algo lejano mientras se extinguía la luz de su interior. Su sonrisa se mantuvo.

Sintiéndose tan viejo como el propio Ansalon, Elothur dejó reposar la cabeza del anciano y se levantó muy despacio.

—Ha cavado su propia tumba —repitió mordazmente alguien de la multitud.

En el acto, el burgomaestre se giró hacia él.

—Ayer por la mañana me dijo que sus dragones le habían prometido que encontraría líquido. Y lo ha hecho.

—¡Su propia sangre! —sonrió despectivamente Thienborg.

—Más que eso. —Elothur señaló. Todos miraron. Un charquito de oscura humedad burbujeada bajo el cuerpo del anciano.

El grupo se quedó sin aliento, contemplando la preciada agua que manaba de debajo de la polvorienta túnica de Tarris. El burgomaestre la tocó con un dedo y se irguió.

—Líquido que brota del suelo, como prometió —anunció con voz lúgubre.

—¡Vamos a probarla! —exclamó Reldonas, resbalando desde su roca al tiempo que atisbaba por encima del hombro de Elothur.

—No. —La voz del burgomaestre sonó fatigada, derrotada—. Este agua está mancillada. Nosotros lo despreciamos, lo apedreamos, asesinamos a uno de los nuestros. Ahora no osaremos beber.

—¿Por qué no? —preguntó Reldonas Probadora.

Elothur mostró su dedo húmedo a la multitud. Todos se agolparon, empujándose para ver mejor.

En la gota de agua cristalina se retorcían oscuros hilos serpenteantes de la sangre del anciano.

La Primera Resistencia de los Enanos Gullys

[Chris Pierson]

Los escasos parroquianos que todavía frecuentaban La Verga Rota levantaron los ojos de sus bebidas entre vapores de alcohol, y la expresión de silencioso sufrimiento de sus rostros dejó paso al miedo cuando vieron a Gell MarBoreth, Caballero del Lirio, entrar pavoneándose. Todos se apresuraron a abrirle paso, sin atreverse a toparse con la altiva mirada mientras el hombre cruzaba la taberna para sentarse en su mesa habitual. El tabernero sirvió y le llevó el acostumbrado jarro de cerveza a una velocidad notable y, después, se retiró sin pedir ni un céntimo en pago. Ésas eran las ventajas de pertenecer a un ejército conquistador.

Gell se lo había comentado a Rancis Lavien, su camarada de armas y borracheras, varias noches atrás. Rancis, como era típico en él, sonrió y dijo suavemente.

—Ya sé por qué te alistaste con los Caballeros de Takhisis: por la bebida gratis.

Gell se echó a reír y luego negó con un gesto, mientras su amigo bebía un sorbo de su vino blanco de Lemish.

—No es eso —dijo—. Fue por el respeto. Esta gente sabe quiénes somos y qué podemos hacer y haríamos... si nos llevaran la contraria. Como eso no es lo que desean, nos dejan a nosotros hacer lo que queramos.

—Eso no es respeto —observó Rancis con solemnidad—. Eso es terror.

Encogiéndose de hombros, Gell apuró su cerveza.

—¿De verdad importa lo que sea? ¿De verdad quieres que esos campesinos nos aprecien tanto?

Rancis enarcó las cejas, observando a Gell con la imperturbable expresión que siempre anunciaba un comentario profundamente expresivo.

—En realidad no —respondió—. Pero ¿de verdad quieres que nos odien?

Gell lo meditó un rato, pero al final desestimó la idea.

Rancis se puso en pie y saludó marcialmente mientras Gell apartaba su silla de la mesa. A pesar de la formalidad del gesto, su amigo tenía un aire burlón que habría enfurecido a Gell, de haberse tratado de otro. Conocía a Rancis Lavien desde hacía años, desde que lord Ariakan los había reclutado a ambos al servicio de la Reina de la Oscuridad y sabía que, en realidad, su amigo no pretendía faltarle al respeto. Simplemente, era su manera de ser; lo único más rápido y afilado que la espada de Rancis era su ingenio.

—¿Me concedéis el honor de ser el primero en ofreceros mis sinceras felicitaciones por el feliz acontecimiento de vuestro ascenso, señor? —proclamó Rancis en tono grave, casi reverente. Sus ojos chispeaban.

Gell notó que empezaba a sonrojarse —la conducta de Rancis empezaba a atraer

miradas— y se apresuró a devolverle el saludo.

—No vuelvas a hacer eso —dijo en voz baja mientras ambos se sentaban.

—Tú eres el que tanto insiste en el respeto —replicó Rancis. Jugeteó con su copa de vino y clavó los ojos en Gell—. Además, me alegro sinceramente por ti. Caballero guerrero MarBoreth. Suena muy bien, ¿no te parece?

Gell se encogió de hombros. Por dentro, naturalmente, se sentía rebosante de orgullo; pero en modo alguno pensaba dar a Rancis la satisfacción de enterarse.

Resultaba que Gell era uno de los héroes de la batalla de Caergoth. Cuando su garra se vio desbordada y casi todos los hombres fueron aniquilados por los inmundos Caballeros de Solamnia, él había seguido luchando, manteniendo la posición hasta que el subcomandante Athgar consiguió enviarle refuerzos. En el transcurso de la batalla mató él solo a doce caballeros. Después, el propio Athgar había alabado el valor de Gell. El ascenso era su recompensa.

Rancis también se había mantenido en su puesto, luchando al lado de Gell, pero no había recibido los mismos honores. Ni siquiera permitió a Gell hablar bien de él.

—¿Para qué quiero yo un ascenso, en nombre del Guerrero Oscuro? —había preguntado—. Estoy contento donde estoy.

Así era Rancis. Gell, por otra parte, se sintió desbordado por la dicha ante la perspectiva de ascender de rango. Deseaba desesperadamente mandar sus propias tropas y en ese momento le llegaba la oportunidad. No era gran cosa: tenía una docena de los imponentes cafres que los caballeros utilizaban como soldados de infantería a su antojo. Pero era un principio.

—Y bien, joven señor de la guerra —comentó Rancis—, ¿te han asignado ya tu primera misión?

Gell asintió.

—El subcomandante Athgar me ha entregado mis órdenes esta misma tarde. Le han informado de que hay un grupo de la resistencia rebelde en el malecón. Quiere que los expulse de allí.

Rancis lanzó un silbido, sinceramente impresionado.

—Es todo un honor —dijo—. Muchos hombres darían su escudo de armas por perseguir rebeldes. Athgar debe creer que tienes futuro.

—Esperémoslo así —replicó Gell, ruborizándose.

—Bueno, cuando llegues a ser emperador de Krynn, prométeme que no te olvidarás de nosotros, los peones que nos quedamos atrás en el escalafón.

Riendo entre dientes, Gell meneó la cabeza y apuró su cerveza de un trago.

Gell levantó la mano, indicando un alto a los cafres que caminaban detrás de él. Todos se detuvieron obedientemente, manoseando la empuñadura de sus espadas y lanzando desconfiadas miradas en derredor. Aun después de varias semanas de

campana en Solamnia, todavía recelaban de la vista, los ruidos y los olores de las grandes ciudades. No obstante, Gell estaba seguro de que, en cuanto encontraran a los rebeldes, sus hombres lucharían con su habitual ferocidad. Echó una ojeada a sus espaldas e indicó por señas a uno de los cafres que avanzase.

Typak, el más corpulento y avisado de los guerreros, se situó junto a su comandante en dos zancadas.

—Mis hombres están nerviosos —dijo, articulando sus palabras con un tono gutural—. Este lugar es muy raro.

Gell era de la misma opinión; jamás se había sentido cómodo cerca del malecón.

—Eso es porque procedes de donde procedes... —había observado Rancis una noche—. Sencillamente, no puedes acostumbrarte a la idea de un puerto junto a la ciudad.

Pero no era eso, al menos no del todo. Aunque nunca sería tan necio como para manifestarlo delante de sus tropas, a Gell también le preocupaban los rebeldes. La resistencia era un problema en todas las ciudades que conquistaban los Caballeros de Takhisis —siempre habría herejes que no aceptaban la Visión de la Reina de la Oscuridad— pero, en la mayor parte del país, la insurrección había sido aplastada con bastante rapidez, en cuanto empezaron las ejecuciones públicas.

Los rebeldes de Caergoth, no obstante, eran irritantemente tenaces; no parecía importarles a cuántos de ellos ahorcaban o decapitaban los caballeros, los demás se limitaban a seguir luchando. Los muy canallas saqueaban los suministros, salteaban a los mensajeros, sabotaban los intentos de los caballeros de reparar las brechas de las murallas de la ciudad. Se comentaba que incluso estaban detrás de la desaparición de uno de los temidos Caballeros Grises. Una y otra vez, eludían los mejores esfuerzos del subcomandante Athgar por erradicarlos.

Sin embargo, esa situación había cambiado tres noches atrás, justo antes del ascenso de Gell. Ese día, los rebeldes cometieron dos errores que les saldrían muy caros. Primero, tras hurtar las provisiones de los caballeros, habían dejado un rastro que conducía directamente al malecón. Segundo, en su precipitación debida al miedo, se les había caído una orden escrita que revelaba la identidad de su jefe.

—Se llama Hewick —notificó Gell a Typak—. Es un mago Túnica Roja. Suceda lo que suceda, el subcomandante Athgar lo quiere vivo. Si podemos hacer más prisioneros, tanto mejor. Cuantos más de esos miserables logremos capturar y descuartizar en la plaza pública, mejor.

Typak asintió con un gruñido. Habría preferido bañar su espada en la sangre de los rebeldes y acabar de una vez, pero Gell era su comandante, después de todo.

El Caballero del Lirio ordenó a sus tropas que reanudaran la marcha en dirección a los muelles, donde los barcos de pesca se mecían, indiferentes, en el agua. Se secó el sudor de la frente, maldiciendo por dentro el inhóspito calor. La tarde estaba bien

avanzada y aún no había señales de la fresca y agradable brisa de la que disfrutaban todas las ciudades portuarias, según había oído contar. Tampoco había ni un alma en las calles, lo cual era inusual en un malecón a aquella hora del día; pero eso era de esperar: los caballeros habían impuesto la ley marcial, prohibiendo a los ciudadanos salir de sus casas sin escolta mientras los rebeldes eludieran la captura.

Gell pensó que habría preferido que hubiera gente a la vista. La creciente oscuridad, el silencio, la absoluta soledad del malecón, todo le provocaba un hormigueo en el cuero cabelludo. Ni siquiera oía el ladrido de los perros o los chillidos de los niños. Por el rabillo del ojo, las sombras de los numerosos callejones del malecón parecían moverse; pero, cada vez que las miraba directamente, permanecían inmóviles. Descubrió que su mano, crispada alrededor de la empuñadura de su espada enfundada, sudaba dentro del guantelete. No era únicamente debido al calor.

Recorrió el largo tramo del malecón hasta la fila de viejos y destartalados almacenes. En medio del silencio, el leve tintineo de su armadura le sonaba como el clamor de un millar de campanas del templo. A su espalda percibió el nerviosismo de los cafres, que miraban en todas direcciones en busca de signos de una emboscada. Gell hacía lo propio, pero con más circunspección, y registraba con calma los tejados y las esquinas donde podría acechar un arquero —o un mago—. Pero, a pesar del peligro de un ataque por sorpresa, Gell había rechazado el consejo de Typak de avanzar sigilosamente entre las sombras.

—Así es como luchan los elfos y los goblins —lo había reprendido—, no los Caballeros de Takhisis.

De modo que siguieron andando por el centro de la calle más ancha del puerto de Caergoth; los cafres se sobresaltaban cada vez que una rata del muelle correteaba furtivamente de una sombra a la siguiente. Por fin, al cabo de varios minutos que le parecieron horas, Gell ordenó por señas una vez más a sus tropas que se detuvieran.

Typak se adelantó apresuradamente con una expresión inquisitiva. Gell alzó una mano antes de que el cafre pudiera hablar y señaló con un cabeceo un oscuro y estrecho callejón.

—Es ahí —dijo—. Nuestros exploradores siguieron el rastro de los rebeldes hasta ese callejón. —Miró en derredor con fingida indiferencia para que Typak no se diera cuenta de lo tenso que estaba y desenvainó su espada—. Vamos. Y no os separéis.

Enfilaron por el callejón. Los cafres caminaban tan apiñados que Gell se preguntó si dispondrían de espacio para luchar si los rebeldes ofrecían resistencia. Inspeccionó el entorno con ojos experimentados. Por arriba, los edificios se proyectaban hacia la calle: incluso a mediodía, el callejón estaría sumido en la penumbra. Las escasas ventanas existentes habían sido precintadas con tablas, lo cual era bueno. La basura se amontonaba por todas partes —rancios desperdicios que se pudrían con el malsano

calor— y tuvieron que sortearlas para avanzar. El hedor era horrible y volvía a los brutos, acostumbrados al aire libre y limpio de su lejana tierra natal, tanto más cautelosos.

Indiferente al nauseabundo hedor, Gell siguió caminando. Detectó huellas de que alguien —un grupo numeroso, de hecho— había pasado por allí recientemente. «Es aquí —pensó—. Encontraremos lo que buscamos por aquí. Una breve lucha, unos cuantos prisioneros y de vuelta a la guarnición, victoriosos. Incluso podrían proponerme para otro ascenso».

Sonreía pensando en eso cuando, con una celeridad que Gell apenas pudo creer, el callejón cobró vida.

Más tarde, cuando Gell tuvo tiempo de reflexionar, consiguió recordar el orden en el que se produjeron los acontecimientos. En aquel momento, sin embargo, todo pareció ocurrir de golpe. Primero, una lluvia de morralla de pescado cayó sobre ellos desde el cielo. Gell saltó de costado, evitando el grueso de la andanada, pero a los cafres les cayó de lleno. Trastabillaron, víctimas de las arcadas, mientras se limpiaban aquella porquería de los ojos, la nariz y la boca. Segundo, un furioso alarido se elevó a su alrededor. Tercero, los emboscados, que los esperaban debajo de los montones de basura, saltaron sobre ellos desde todas direcciones.

—¡Es una trampa! —gritó Gell, mientras a su alrededor corrían oscuras sombras. Su entrenamiento de guerrero tomó el mando y le hizo describir un veloz arco con su espada, apuntando al cuello de su atacante. La hoja silbó en el aire y se estrelló contra la pared de su izquierda, arrancando esquirlas de escayola que salieron volando. Gell notó que algo le golpeaba las piernas, justo por encima de las rodillas y se desplomó hacia atrás con un grito. A sus espaldas pudo oír a los cafres aullando alarmados, pero en ese momento no era lo que más lo preocupaba. En su lugar, lanzó una nueva estocada con la intención de ensartar a su oponente. De nuevo, volvió a fallar.

Un segundo más tarde se le ocurrió mirar hacia abajo. Al hacerlo vio la razón de que ninguno de sus ataques hubiera dado en el blanco: estaba golpeando por encima de la cabeza del agresor. El malvado rebelde que lo había atacado apenas medía un metro y veinte centímetros de estatura; su pálida piel estaba cubierta por una costra de tierra; su cabello y su barba, enmarañados y apelmazados. Se aferraba con sus ásperos brazos y piernas a la canilla derecha de Gell y parecía que intentaba morderle la pierna a través de la armadura, con unos dientes amarillos y quebrados.

«Que Takhisis me confunda —renegó Gell para sus adentros—. ¡Nos han tendido una emboscada unos enanos gullys!».

La criatura aferrada a su pierna empezó a emitir unos gruñidos en tono grave que al parecer creía que sonaban fieros. Con el ceño fruncido por la irritación, Gell intentó sacudírselo de encima, pero el enano estaba bien sujeto. Detrás de él, los cafres aullaban de dolor, ya que sus ostentosas pinturas de guerra no resultaban

demasiado útiles contra las uñas y los dientes de los enanos gullys. Una fugaz mirada por encima del hombro confirmó sus sospechas: sus tropas se habían agrupado tanto que no tenían espacio para luchar. Se maldijo por no haberles dicho antes que se desplegaran.

—¿Por qué tú no caes? —exigió saber el indignado enano gully que aferraba su pierna—. Yo pego tú muy fuerte. Tienes que caer.

Colérico, Gell alzó la espada para matar a la infeliz criatura. En el último momento, sin embargo, cambió de opinión y le atizó al enano gully en la frente con la espada de plano. La expresión irritada de la criatura dejó paso a una especie de perplejidad y el enano cayó al suelo sin sentido.

El efecto fue instantáneo.

—¡Han tumbado a Glert! —gritó uno de los otros enanos gullys.

—¡Corred! —aulló otro. Se dispersaron en todas direcciones entre alaridos de terror, dejando atrás a Gell y abriéndose paso a empujones entre los estupefactos cafres para huir, presa del pánico. En pocos segundos habían desaparecido.

Los cafres se reclinaron cansadamente contra las paredes, gimiendo mientras se cubrían los rasguños de brazos y piernas. Al parecer de Gell, no estaban gravemente heridos, pero la mugre y el barro empeorarían las cosas con rapidez. Typak, que presentaba un feo arañazo en la mejilla derecha, avanzó tambaleándose hacia el caballero.

—En nombre de los antepasados, ¿qué ha sido eso? —jadeó.

Gell frunció el ceño.

—Enanos gullys —dijo. En apariencia, no había nada parecido en la tierra natal de Typak. Gell lo consideró muy afortunado—. Son como ratas, sólo que más grandes y no tan listos.

—Nunca había luchado antes contra una rata —resolló Typak—. Pero creo que éstos eran peores.

—No son más que una molestia —le espetó Gell—. Es culpa vuestra que os hayan zurrado tanto. Estabais demasiado juntos. ¿Cómo esperáis luchar si no tenéis espacio para esgrimir una espada?

Typak empezó a responder; pero, justo en ese momento, uno de los cafres se dobló sobre sí mismo con un gemido agónico y se desplomó de rodillas. La primera reacción de Gell fue mirar en derredor, convencido de que se trataba de otra emboscada; pero enseguida comprendió que no era eso: los demás brutos también parecían enfermos.

«Sus heridas están infectadas —coligió—. Todo ese lodo ha penetrado en su sangre y ya están enfermando». Sabía que los cafres ya no estaban en condiciones de luchar y empezó a preguntarse cuánto tiempo les quedaba antes de que empeoraran hasta el punto de ser incapaces de andar siquiera. Todo había terminado, así de

simple; no podían seguir adelante.

Había sido derrotado en su primera misión. Por enanos gullys.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Typak.

Gell se arrancó el yelmo con repugnancia.

—Regresamos —bramó. Miró a sus pies, donde el enano gully que lo había atacado yacía ahora en un amasijo de extremidades, roncando suavemente—. Y nos llevamos «esto».

La multitud le abrió paso un poco más deprisa de lo normal cuando Gell entró esa noche en La Verga Rota. Algunos de los vecinos lo miraron y cuchichearon entre sí. Al darse cuenta sintió que su genio se avivaba, pero se esforzó por mantener el control. El día había sido difícil y decepcionante, y no le ayudaría en nada perder la compostura. Se dirigió calmadamente a su mesa.

Rancis alzó la vista cuando Gell se aproximó y frunció la nariz.

—¿Es pescado lo que huelo? —preguntó, intrigado.

Gell contó lentamente hasta diez, como había aprendido a hacer cuando la rabia se apoderaba de él.

—¡Tabernero! —gritó, apartando de un manotazo el jarro de cerveza que ya lo estaba esperando—. ¡Sírreme brandy!

Obediente, el mozo se apresuró a llevarle una rechoncha copa de boca estrecha. Rancis observó a su amigo vaciarla de un largo trago.

—Me parece —dijo— que las cosas no han ido tan bien como esperabas.

—Eso debería ser evidente —le espetó Gell—. Si hubieran ido tan bien como me esperaba, habría traído a los rebeldes encadenados y estaría bebiendo brandy auténtico con el subcomandante Athgar, no matarratas aguado en este agujero.

—Comprendo —dijo Rancis prudentemente. Se mordisqueó el labio inferior durante un momento, pensativo—. ¿Te importaría decirme qué ha sucedido?

—Caímos en una emboscada.

—¿De los rebeldes?

—No exactamente.

La frente de Rancis se pobló de arrugas. Bebió con cuidado un sorbo del añejo vino del color de la paja de Kalamán que había elegido para solazarse esa noche.

—Bueno, espero que dierais tanto como recibisteis.

Gell se encogió de hombros.

—Lo dudo. La mitad de mis hombres están demasiado enfermos para moverse y yo no confiaría en que el resto pueda empuñar una espada. Mi segundo al mando casi pierde un ojo, también. Pero capturamos un prisionero.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Rancis, tratando de infundir ánimo—. ¿A quién habéis capturado? ¿A un mago? ¿A un clérigo de Paladine? ¿A un Caballero de

Solamnia?

Un segundo brandy se deslizó por el gatzate de Gell. Masculló algo incoherente.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rancis—. No he entendido...

—¡He dicho «un enano gully»! —estalló Gell. Varios de los parroquianos lo miraron, pero les devolvió una furibunda mirada y todos encontraron rápidamente algo más interesante que contemplar.

Rancis parpadeó.

—Lo siento —dijo—. Mis oídos deben de estar jugándome una mala pasada. Juraría que has dicho «un enano gully».

Gell depositó su copa sobre la mesa con un gesto no demasiado delicado que provocó una grieta vertical en el recipiente.

—Es lo que he dicho.

—Ah.

—Eso fue lo que nos atacó. Eso fue lo que enfermó a mis hombres.

—Ah. —Rancis inspiró profundamente—. ¿No fueron los rebeldes, entonces?

Gell negó con la cabeza airadamente.

—Comprendo —dijo Rancis. Se acarició su fino bigote unos instantes—. Eres consciente de que no podemos ejecutar a un enano gully, ¿verdad? No te serviría en absoluto para ganarte ese respeto que tanto anhelas. Parecerías más temible si fueras por ahí pisoteando babosas.

—No vamos a ejecutarlo —rugió Gell—. Lo he traído conmigo para que responda a unas preguntas.

Rancis se quedó boquiabierto.

—¿Pretendes interrogar a un enano gully? —exclamó, anonadado—. Esas malditas criaturas son demasiado estúpidas para contar siquiera hasta tres. ¿Cómo esperas que te diga algo útil?

Gell se encogió de hombros.

—Lo encontramos cerca del final del rastro de los rebeldes —dijo—. Debe haber visto algo. Averiguaré lo que pueda.

—Lo que tú digas. —Rancis bebió un sorbo de vino y luego estudió a su amigo a través de los párpados entornados—. ¿Seguro que no intentas tomarme el pelo?

«... siete ocho nueve diez», contó Gell para sus adentros, rechinando de dientes.

—Sí, seguro —gruñó.

Rancis trazó un signo sagrado en el aire.

—Que la Reina de la Oscuridad te ampare, amigo mío —dijo solemnemente—. Necesitarás su ayuda.

Para sorpresa de Gell, Typak aguardaba junto a la tienda donde retenían al enano gully. El cafre, con el rostro vendado donde se había lastimado el día anterior, se

inclinó al ver acercarse al caballero negro. Todavía exhalaba un olor casi palpable a pescado. Gell decidió no mencionarlo.

—¿Qué noticias hay de los demás? —preguntó Gell.

Typak lo miró con seriedad.

—Ninguna buena. Sobrevivirán, pero sufren un verdadero martirio. Pasará algún tiempo antes de que mejoren lo suficiente para luchar.

A Gell se le ocurrió un reniego particularmente violento y sacrílego, pero su caballeresco pudor le impidió proferirlo en voz alta.

—Supongo que no se puede hacer nada para ayudarlos —dijo. Contempló la tienda, preparándose para lo peor—. Si no hay nada más, tenemos trabajo que hacer.

Typak dio un paso atrás y se inclinó de nuevo. Gell inspiró larga y profundamente, para luego apartar el pliegue de entrada de la tienda. Tuvo que inclinar la cabeza para pasar.

Aunque atado y amordazado, el enano gully encontró el modo de gemir patéticamente cuando aparecieron Gell y Typak. El primero se inclinó y trató de quitarle la mordaza; pero la aterrorizada criatura se apartó de él torpemente, con los ojos desorbitados por el miedo. Incluso cuando el caballero lo asió por la pechera de su cochambrosa camisa, el enano volvió la cabeza a uno y otro lado, frustrando sus propósitos. Al final, Typak tuvo que sujetar al enano gully mientras Gell le desataba la mordaza. Al verse libre de ella, la criatura intentó arrancarle los dedos al caballero de un mordisco.

—¡Maldición! —renegó Gell, retirando la mano bruscamente. Typak derribó al enano gully de un empujón. La criatura empezó a gemir en un tono agudo y estridente que a Gell le provocó escalofríos en la espina dorsal—. No vuelvas a intentarlo —gruñó el caballero—, o este amigo mío tendrá que pisarte.

El enano gully dio un respingo y miró a Typak. El cafre le respondió con una sonrisa adecuadamente perversa.

—Claro, claro —accedió precipitadamente el enano, palideciendo mortalmente—. Yo hago lo que dices tú. —Miró fijamente a Gell unos instantes estrechando cada vez más los párpados—. Pero aún creo que tú ha de estar muerto. Yo te pego muy fuerte.

—Pues ya ves que no lo estoy —replicó ariscamente Gell—. Y ahora, pequeña rata de cloaca, dime ¿cómo te llamas?

El enano gully lo meditó un buen rato, acariciándose la barba grasienta.

—¡Glert! ¡Yo llamo Glert! —gritó al cabo, y luego sonrió al caballero con el rostro resplandeciente de jubiloso orgullo—. ¿Yo hago bien? ¿Qué gano?

Gell frunció el ceño, perplejo.

—¿Ganar?

Glert asintió con entusiasmo, mostrando los dientes en una inmensa y harto

grotesca sonrisa.

—Otro hombre pregunta a Glert preguntas. «Juga» un juego: si yo dice bien, él da a Glert regalos. Piedra bonita, rana muerta..., cosas «asís». Él promete dar gran tesoro un día. Yo «sabo» mucho.

—Seguro que sí, pero... —La voz de Gell se extinguió mientras sus cejas se unían—. Espera un momento. ¿Qué quieres decir, con «otro hombre»?

—Oh, él muy bueno. Ropas rojas bonitas, no como eso feo. —El enano gully señaló con un regordete dedo el peto de Gell, grabado con intrincados motivos—. Él visita muchas veces clan de Glert. Trata Glert muy bien, no como tú. Tú malo. Pegas Glert en la cabeza.

Una parte de Gell quiso repetir la experiencia, pero se contuvo. Parecía que estaba sacando algo en claro, a pesar de las dudas de Rancis.

—Ese hombre bueno —dijo—, el de las ropas rojas, ¿cómo se llama?

Glert arrugó la frente en ademán de intensa concentración y Gell temió que pasaran horas antes de que se le ocurriera la respuesta. Por fortuna, la comprensión asomó pronto al rostro del enano gully.

—Nombre muy gracioso —dijo—. Hyook. «Sona» como si tú come caca cuando dices.

Gell se quedó sin aliento. ¡Hewick! ¡Conque este pequeño cretino conocía al hombre más buscado de Caergoth!

—¿Qué más sabes de este... ejem, Hyook? —preguntó—. ¿Dónde vive?

—¡Ah! —Glert estaba radiante—. Yo «sabo» eso. Él vive aquí, en ciudad.

El principio de una jaqueca, un dolor sordo detrás de los ojos, empezó a molestar a Gell, que se pasó una mano por la frente.

—¿Puedes ser más concreto? —preguntó.

—¡Oh, claro! —respondió Glert—. Yo hago eso. Sólo que..., ¿qué es conce..., cencro..., «concreto»?

Gell intuyó que Typak estaba sopesando las ventajas de limitarse a aplastarle la cabeza al enano gully y acabar de una vez por todas con aquel tormento. Intervino rápidamente.

—Significa: ¿en qué parte de la ciudad vive Hyook exactamente?

—¡Ah! —dijo Glert, asintiendo con renovado entusiasmo—. ¡Glert comprende! Tú «quere» saber si yo «sabo» dónde de ciudad vive Hyook. ¡Glert sabe eso!

Con creciente excitación, Gell se sorprendió asintiendo al mismo tiempo que el entusiasmado enano.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Muy bien! ¿Cuál es la respuesta?

—No —replicó Glert con una sonrisa asombrosamente amplia—. ¡Glert no «tene» ni idea dónde él vive!

Gell dejó de asentir. Por un momento, no se le ocurrió nada que decir.

—De acuerdo —espetó al fin, pues reconocía un callejón sin salida en cuanto lo veía—. Has dicho que perteneces a un clan.

—¡Sí! ¡Clan murf! —respondió Glert—. Clan muy grande. Y entro hace poco. Muchos nosotros bajan a la gran agua. Tú ves otros ayer. —Miró a Typak—. Gorp, amigo de Glert, «quiere» arrancar tu ojo. Gorp no «tene» buena puntería.

Lentamente, Typak apretó los puños. Gell lo detuvo con una mirada, preguntándose cuánto tiempo más podría mantener a raya al cafre.

—Cuéntame algo más sobre ese clan murf —apremió al enano.

—Oh, clan murf muy grande —replicó Glert.

—¿Cuántos sois...? —Gell se detuvo y jadeó, horrorizado, pero ya era demasiado tarde. Glert había empezado a contar.

—Uno, y uno, y uno, y uno... —recitó Glert, numerándose los dedos de las manos y los pies, para seguir con los pelos de su barba. Gell fue contando al mismo tiempo, pero perdió la cuenta alrededor de los cuarenta..., aunque no es que creyera en la palabra de un enano gully, tratándose de un ejercicio mental tan arduo—. ¡Y uno, y uno, y uno! —concluyó Glert por fin. Sonriendo como un maníaco, mostró diez dedos extendidos—. ¡Dos!

Eso era lo que se esperaba Gell. Sin embargo, Typak sabía poco de los enanos gullys. El cafre emitió un peculiar sonido chillón con la boca abierta de par en par. Gell se hubiera echado a reír, de no haber sentido el impulso casi abrumador de agarrar a Glert por el cuello y sacudirlo hasta que se le aflojaran los dientes.

—Gracias, Glert —dijo sucintamente.

—No nada.

—¿Qué más puedes decirme de esos..., esos murfs?

—Mmm —comentó Glert, rascándose la cabeza—. Bueno, Hyook da nosotros nombres raros. Llama «Primera Resistencia Enanos Gullys». Yo no «sabo» qué significa, pero yo gusta Hyook igual. Él muy bueno, da regalos si yo dice cosas. Yo ya dice eso antes.

—Cierto —dijo Gell—. De acuerdo. ¿Quién manda en el clan?

Glert parpadeó.

—Pregunta no lista. Nuestro jefe manda.

El dolor de detrás de los ojos de Gell se agudizó.

—Me lo figuraba —dijo entre los labios apretados—. Pero ¿quién es vuestro jefe? Y —añadió alzando una mano antes de que Glert barbotara una respuesta— si dices que vuestro jefe es el que manda, dejaré que mi amigo te haga mucho daño.

Typak se tensó, esperanzado.

Alicaído, Glert se encogió de hombros.

—Jefe llama Blim. Gran Murf Blim. Él muy listo. Él sabe dónde vive Hyook.

—¡Bien! ¡Perfecto! —Gell se sentía dichoso—. Ahora, ¿dónde podemos

encontrar a ese Gran Murf Blim?

—Oh, yo no «podo» decir eso tú —declaró con severidad—. Gran Murf dice si alguien dice hombres malos dónde viven murfs, él asa nosotros al vapor.

—No pasa nada —dijo Gell, intentando no pensar en lo repulsiva que le resultaba la idea—. No tienes que decirme dónde vive el clan murf. ¿Por qué no me dices sólo dónde vives tú?

La comprensión iluminó el rostro de Glert. Sonrió. Gell también. Incluso Typak sonrió.

—¡Yo «sabo» eso! Y Gran Murf no dice que yo no dice —exclamó alborozado el enano gully—. Glert vive... ¡con el clan murf!

La sonrisa se heló en los labios de Gell. El caballero dejó escapar un largo y lento suspiro y empezó a masajearse las sienes.

—Aguardiente enano —refunfuñó Gell, dejándose caer pesadamente en su silla habitual de La Verga Rota—. ¡Trae la botella! —gritó. El mozo se apresuró a satisfacer sus demandas.

Rancis Lavien se hallaba sentado en silencio, sosteniendo su vino de Qualinesti a contraluz, frente a la chimenea, para admirar su intenso color rubí. Se llevó la copa a los labios, bebió un breve sorbo y la depositó sobre la mesa. Rehuyó la furiosa mirada de Gell.

El mozo trajo una jarra de latón razonablemente limpia, acompañada de una vieja y pringosa botella de licor de enanos. Gell se sirvió una considerable ración y la engulló, estremeciéndose por el acre olor y el abrasador contacto. Inmediatamente repitió la operación. Tras secarse los labios, miró a Rancis con creciente impaciencia.

—¿Y bien? —le espetó.

Rancis lo miró inexpresivo.

—¿Y bien qué?

—No me vengas con ésas —gruñó Gell—. Quieres preguntarme algo. Suéltalo ya.

Por un momento, Rancis pareció dolido, pero enseguida sonrió.

—Que no se diga que no intento ser discreto —recalcó—. ¿Quién ha ganado, tú o el enano gully?

Gell engulló una tercera ración de licor, pensando en cosas violentas.

—Creí que sería fácil superar en ingenio a ese pequeño bastardo —masculló amargamente.

—A veces el oponente desarmado es el más peligroso —replicó Rancis, citando un viejo proverbio de espadachín—. Simplemente, quizá no sabe lo que le preguntas, Gell.

—No, no es eso —replicó Gell—. Quería averiguar dónde vive, incluso un enano

gully debería recordar eso. —Cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz, rezando a todos los dioses del panteón de las tinieblas para que aliviasen el martilleo de su cerebro—. ¿Tienes idea de lo difícil que es embaucar a alguien demasiado estúpido para entender lo que le dices?

—Es evidente que no conoces a mi hermano —dijo Rancis mansamente.

Gell soltó una estridente carcajada, semejante a un ladrido, que atrajo furtivas miradas de los demás clientes de la taberna. Engulló otro gran trago de licor.

—Puede que ya hayas bebido bastante —dijo Rancis, tocando el brazo de su amigo.

—Déjame en paz —respondió Gell, arrastrando las palabras y apartándole la mano rudamente—. Yo sé cuándo he bebido bastante.

Rancis se encogió de hombros.

—Tú verás —dijo—. Ya sabes lo que les hace el subcomandante Athgar a los borrachos.

Eso captó la atención de Gell. Incluso después de cuatro raciones de aguardiente enano, recordaba al último hombre de la guarnición de Athgar que bebió demasiado. Se llamaba Vimor Crenn y su rango era muy superior al de Gell. Athgar había arrancado personalmente todos los distintivos de caballero Vimor y luego le rebanó el cuello con su propia espada.

Gell insertó de nuevo el corcho en la botella y la alejó de sí cuanto pudo.

—Eso está mejor —declaró Rancis. Educadamente, indicó por señas al tabernero que se llevara el vino y el licor—. Ahora veamos qué se puede hacer con tu amiguito —dijo—. A veces, cuando no puedes resolver un problema, necesitas dar un paso atrás y observarlo desde una nueva perspectiva.

Gell asintió distraídamente.

—Bien —masculló—. ¿Tienes alguna sugerencia?

—De hecho, sí.

Gell lo miró. Al cabo de un momento, comprendió que su amigo había terminado de hablar. Contó hasta diez.

—¿Y bien? —preguntó en tono imperioso—. ¿De qué se trata?

—Has dicho que querías saber dónde vive el enano gully, ¿verdad? —preguntó Rancis.

Gell fue asaltado por una vívida imagen de sus manos rodeando la garganta de Rancis.

—¿Vas a dejarte de juegucitos —gruñó— y me contarás tu condenada idea?

Rancis inclinó la cabeza con expresión condescendiente.

—De acuerdo, que así sea —dijo—. Suéltalo.

Parpadeando para aclararse la vista, Gell contempló a Rancis con estupefacción.

—Que lo... —empezó a decir. La súbita comprensión fue tan intensa que casi lo

derribó de su asiento. Era tan obvio...

—Por supuesto —dijo, curvando los labios en una taimada sonrisa que Rancis imitó rápidamente—. ¡Soltarlo!

—No puedo creer que esto funcione —masculló Typak.

Gell sonrió al cafre.

—Nunca subestimes la estupidez de un enano gully. Ése fue nuestro error ayer: dar por seguro que ese gusano era lo bastante listo para entablar una competición de ingenio con él. Debió ocurrírseme entonces: ¿por qué obligarlo a que nos diga dónde vive su clan, cuando puede mostrarnos el camino?

Typak meneó la cabeza desconsoladamente.

—Si me hubieran dicho que esas criaturas existen, no lo habría creído.

Los dos hombres miraron al frente. A menos de dos manzanas se hallaba Glert, trotando felizmente calle abajo. Siguieron a la criatura de gruesas y cortas piernas a un paso relajado, sin molestarse en ocultar su presencia. Detrás de ellos caminaban otros veinte caballeros y cafres, marchando en formación. El subcomandante Athgar, al oír el plan de Gell, le había asignado temporalmente el mando de esta compañía..., por pura diversión, suponía Gell.

Liberaron a Glert, salieron de la guarnición y en ese momento se hallaban en el malecón, cada vez más cerca de la guarida del clan murf. Resultaba tan asombrosamente simple que Gell no pudo evitar echarse a reír.

—¿No se da cuenta de que lo seguimos? —preguntó Typak con incredulidad.

—Claro que sí —respondió Gell—. Sencillamente no comprende que eso no le conviene.

De pronto, Gell se paró en seco. Aferró el brazo de Typak y ambos se detuvieron, imitados en el acto por las tropas que los seguían. Observaron, silenciosos e inmóviles, al enano gully que espiaba a su alrededor. Por un momento, Gell tuvo la terrible sensación de que el infeliz se había perdido, pero pronto Glert asintió, murmurando algo para sí. Después giró en redondo, miró directamente al grupo de pérfidos guerreros fuertemente armados y saludó con la mano.

—¡Hola! —gritó, sonriendo.

Typak lo miró con incredulidad. Varios de los caballeros más jóvenes rieron por lo bajo a sus espaldas. A falta de nada mejor que hacer y, sintiéndose un poco ridículo, Gell le devolvió el saludo. Enseguida, Glert se puso en marcha de nuevo, doblando al trote una esquina e internándose en un estrecho callejón.

Meneando la cabeza y riendo para sus adentros, Gell ordenó a sus hombres que lo siguieran.

El cartel de la puerta bastó para desencadenar un ataque de risas ahogadas en varios de los caballeros a las órdenes de Gell. Éste los acalló con una colérica mirada, agradecido de que su yelmo en forma de calavera ocultara el hecho de que las comisuras de sus labios también bailaban una pequeña danza por su cuenta.

Su mirada recorrió de arriba abajo el callejón, donde los cafres de su destacamento estaba atareados ensartando los montones de basura con sus espadas. No parecía que los aguardara otra emboscada, lo cual era bueno. Por otra parte, naturalmente, estaban a punto de penetrar en la guarida de al menos cuarenta enanos gullys, según sus cálculos. Esas criaturas eran cobardes, sí, pero se sabía que luchaban con inquebrantable ahínco cuando se veían acorraladas. Lo que pretendía hacer él era como meter la mano deliberadamente en un nido de avispas.

—Dejad en paz al Gran Murf —ordenó a sus hombres—. Los demás me traen sin cuidado. Pero recordad: no hemos venido a exterminarlos. No matéis a nadie si no es necesario.

Los caballeros asintieron respetuosamente y aprestaron sus armas. Con el pecho henchido de orgullo, Gell se volvió hacia la puerta por la que acababan de ver entrar a Gler, y sus ojos se posaron en el cartel. «Puerta “secreta”. No entra sin “contrasilla”». Debajo de estas palabras, alguien había garabateado tosca pero servicialmente: «“Contrasilla”: Estofado».

Por un momento, Gell creyó que perdería el control. Mordiéndose la lengua, extendió el brazo y llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Qué «quieres» tú? —preguntó una voz desde el otro lado.

Eso desconcertó a Gell. Por el Abismo, ¿qué creían que quería?

—Déjame entrar —respondió.

—No «podo» —dijo la voz—. Tú no dices contraseña.

—Estofado —declaró Gell.

Se produjo un momentáneo silencio y, luego, Gell oyó al enano gully del otro lado de la puerta hablando solo entre dientes. Al cabo de un rato, el portero levantó nuevamente la voz.

—¿Tú seguro? —preguntó suspicazmente—. Yo no acuerdo. ¿Qué dice cartel de fuera?

Gell percibió el regocijo contenido de los demás caballeros en el aire. Sólo faltaba eso: que sus hombres no estuvieran en condiciones de luchar por culpa de la risa. Les hizo un brusco gesto por encima del hombro y se callaron, cuando su arraigado sentido de la disciplina se impuso a todo lo demás.

—Dice «Estofado» —gruñó—. Ahora abre la puerta, antes de que la eche abajo.

—Vale —rezongó el portero. Al momento, la puerta se abrió hacia adentro. Gell advirtió que ni siquiera estaba atrancada; podía haber irrumpido por la fuerza en

cualquier momento. Un pequeño coro de resoplidos a sus espaldas le dejó claro que los demás caballeros habían llegado a la misma conclusión. No estaba seguro de quién pondría más a prueba su paciencia hoy, los enanos gullys o sus propios hombres.

Cuando la puerta se abrió, reveló a un enano gully inmensamente gordo que vestía lo que parecía un viejo saco de arpillera. La criatura parpadeó al ver a Gell, confusa, y luego sus ojos se abrieron desmesuradamente al reparar en los otros caballeros. Su boca se abrió blandamente, azorado de terror.

—¡Glups! —exclamó el enano gully, y se desmayó.

Los caballeros contemplaron al inconsciente portero un momento y empezaron a reír abiertamente. Esta vez, Gell no pudo evitar unirse a ellos.

—Bueno —comentó—, uno menos.

Más tarde, cuando se lo describió a Rancis Lavien, Gell comparó el asalto al cuartel general de la Primera Resistencia de los Enanos Gully a penetrar en un hediondo y peliagudo tornado. Las criaturas corrían por todas partes, aullando de pánico y chocando contra las paredes y entre ellos en su desesperación por alejarse de los caballeros que avanzaban. Como consecuencia, hubo muy poca lucha real; Gell y sus hombres se limitaron a abrirse paso a empujones por la atestada madriguera cubierta de mugre de los enanos gullys, apartando a patadas a los infelices demasiado paralizados por el ciego terror para comprender que estaban en medio del paso.

Sin embargo, eso no significaba que no hubiera habido bajas. Un joven Caballero del Lirio se dañó seriamente la rodilla cuando resbaló en uno de los numerosos charcos de inidentificable limo que cubrían el suelo del cubil. Y los desafortunados cafres que accidentalmente se perdieron en el laberinto de túneles se agobiaron tanto con el hedor que sus compañeros tuvieron que sacarlos a cuestras de la madriguera inmediatamente. En conjunto, no obstante, la compañía de Gell recorrió el cuartel general sin impedimentos.

Encontraron al Gran Murf Blim acurrucado detrás de su trono, tapándose la cara con las manos y temblando de pies a cabeza por el miedo. Los caballeros lo rodearon con las espadas a punto, pero él siguió cubriéndose, rehusando levantar la vista.

—Marchar —gimoteó con petulancia—. Yo escondido. Vosotros no «ves».

A una señal de Gell, Typak se adelantó un paso, agarró al Gran Murf por sus sucias ropas y lo levantó del suelo. Blim pataleó y manoteó furiosamente unos instantes; pero ni sus puños ni sus pies alcanzaron al cafre de rostro amoratado, por lo que se rindió.

—Vale —declaró, imprimiendo a su voz un tono absurdamente altanero—. Yo «tene» compasión. Nosotros no mata vosotros.

Esforzándose por mantener la compostura, Gell hizo un gesto a Typak para que

depositara a Blim en su desvencijado trono. El cafre obedeció con más vehemencia de la necesaria.

—¿Qué «quieres» tú? —gimió el Gran Murf, encogiéndose y frotándose las doloridas posaderas.

—Sólo hablar —respondió Gell—. Te haré unas cuantas preguntas y...

Fue interrumpido por un ululante enano gully que irrumpió en el salón del trono y atravesó directamente el círculo de caballeros que rodeaban a Gell y Blim. La criatura salió de nuevo por la otra punta de la cámara, antes de que nadie pudiera sobreponerse de su asombro a tiempo para reaccionar.

—Ese mi jefe de guerra —dijo Blim orgullosamente.

Gell parpadeó, momentáneamente desconcertado.

—Cla..., claro que sí —tartamudeó. Después recuperó el hilo de sus pensamientos y frunció el ceño con irritación—. Y ahora —empezó otra vez— te haré unas cuantas preguntas. Si me las respondes, nos marcharemos.

Blim lo meditó durante lo que pareció una pequeña eternidad.

—Yo creo justo —proclamó por fin. El entusiasmo centelleó en sus ojos—. Yo gusto adivinanzas. ¿Qué «quieres» saber tú?

Ni poniendo todo su empeño logró Gell contener la angustiada sensación que atenazó su estómago.

El Gran Murf Blim contempló a los Caballeros de Takhisis desde su alto trono, bizqueando desconfiadamente con sus ojos porcinos.

—A ver si yo «entendo» bien —dijo—: ¿Tú «quieres» que yo dice Hyook dónde vives tú?

—¡No! —gritó Gell por enésima vez. Notaba que empezaba a perder el control sobre su genio y se obligó a recordar que matar a sangre fría al rey de los enanos gully no estaría de acuerdo con el ideal de honor de la caballería. Contó hasta diez, comprobó que no era suficiente y siguió contando. Cuando llegó a cincuenta estaba lo bastante calmado para proseguir. Aun así, su voz temblaba ligeramente cuando volvió a hablar—. Una vez más —dijo—, quiero que me digas a mí dónde vive Hyook. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Blim, asintiendo alegremente—. Tú «quieres» que Hyook dice yo dónde vives tú. —Inspeccionó el entorno, algo confundido—. Sólo que... Hyook no aquí. ¿Por qué no tú dices yo? Es más fácil.

La jaqueca regresaba como una venganza, como una gran pica de hierro incrustándose en el cerebro de Gell. Se frotó las sienes, rezando a Takhisis para que le concediera paciencia y mitigara el horrendo hedor que impregnaba el cubil de los enanos gullys.

—¿Algo mal en tu cabeza? —preguntó Blim—. Yo llamo hombre medicina. Él

cura.

Alarmado, Gell empezó a objetar, pero era demasiado tarde.

—¡Poog! —llamó estridentemente el Gran Murf, clavando la martirizadora pica un poco más en la mente de Gell.

Un encorvado y escuálido enano gully entrado en años penetró en la habitación, con una barba gris tan larga que se la pisó dos veces en su camino hacia ellos arrastrando los pies.

—¿Qué pasa? —croó, mirando con aspecto miope a los caballeros.

—Nada —dijo Gell apresuradamente—. Todo está...

—Éste «tene» dolor de cabeza, Poog —interrumpió Blim, señalando a Gell con el pulgar—. ¿Tú arreglas?

—Claro que sí —respondió Poog indignado. Metió la mano en uno de sus numerosos y manchados bolsillos de su justillo y sacó varios pedazos de material. Gell no reconoció de inmediato lo que era. Cuando el enano le tendió los pedazos, Gell comprendió que le ofrecía, precisamente, corteza de sauce—. Ten —dijo Poog—. Tú mastica. Ayuda arreglar cabeza.

Furioso, Gell apartó la palma tendida del curandero de un manotazo, lanzando la corteza de sauce por los aires.

—Apártate de mí —gruñó. Poog hizo un breve puchero. Luego se sentó en el suelo y empezó a lloriquear y sorber por la nariz.

Algo estalló en el interior de Gell.

—¡Basta! —rugió. Extrajo su daga del cinturón, se abalanzó sobre el Gran Murf y empujó la punta de la hoja contra la gibosa nariz de Blim, hundiendo la piel pero sin llegar a hacerlo sangrar—. Y ahora —siseó con el rostro arbolado— te concederé la última oportunidad de responderme, y después te abriré un tercer agujero en la nariz. ¿He hablado lo suficientemente claro?

Blim bizqueó ante la hoja apoyada en la punta de su nariz, con lágrimas resbalando por su rostro. Tras varios intentos fallidos de recuperar el habla, asintió débilmente.

—Bien —dijo Gell—. Se acabaron los juegos. ¿Dónde vive Hyook?

—¡Ah! —exclamó triunfante el Gran Murf—. ¡Tú «quieres» saber dónde vive Hyook! Gran Murf sabe eso. ¿Por qué no tú dices desde el principio?

Gell descubrió que el único sonido que podía emitir era un agudo y débil gemido.

Blim le dedicó una mirada curiosamente comprensiva.

—Eso bien —dijo—. Todos comete fallo tonto alguna vez. Hyook vive en gran casa de colina. Lleva Gran Murf allí una vez. Él «tene» puerta secreta también. Aunque no tan buena como puerta secreta de clan murf. También difícil encontrar.

Titubeando, Gell bajó la daga, que dejó una conspicua marca roja en la nariz del enano gully.

—Muy bien —dijo lentamente—. ¿Dónde está la puerta secreta? —preguntó, y luego se encogió esperando que Blim tardaría una hora más en comprender la pregunta.

—Oh, eso fácil —respondió el Gran Murf—. Hay gran habitación en casa, muchos libros. Puerta secreta detrás estante junto «chimea». Hyook tira de gran libro azul en tercer estante y abre.

¡Una respuesta directa! Gell tuvo ganas de ponerse a bailar.

—De acuerdo —dijo—. Gracias, Alteza. Eso es lo que quería saber.

—Gran Murf feliz ayudar —respondió Blim, sonriendo de oreja a oreja mientras se frotaba la nariz. Le tendió la mano—. Bueno, ¿qué das yo?

Las cejas de Gell se alzaron en el acto. Tenía que habersele ocurrido antes: si Hewick obsequiaba a los enanos gullys con chucherías a cambio de su ayuda, naturalmente querían que él hiciera lo mismo. Miró a su alrededor, fútilmente, y hurgó en su bolsa. Extrajo una moneda de cobre y la depositó en la mano del Gran Murf.

—Aquí tienes, Alteza —dijo.

—¡Oooh! —gorjeó Blim, sosteniendo en alto la moneda para verla bien a la débil luz—. ¡Brilla! Tú haces muy feliz Gran Murf. Tú «podes» ir.

Normalmente, Gell se habría exasperado por ser despedido de una manera tan impertinente, pero en esta ocasión obedeció más que de buen grado. Se levantó y salió precipitadamente de la habitación, seguido por sus hombres, dejando atrás al rey de los enanos gully y a su lloroso curandero. Gell no se detuvo, ni miró hacia atrás cuando desanduvo el camino por el caos reinante en el escondite de las criaturas y salió al comparativamente apetecible aire fresco del callejón repleto de basura.

¡Por fin lo sabía! Sabía exactamente dónde encontrar a Hewick. Sólo había una colina dentro del recinto de las murallas de Caergoth y no resultaría muy difícil comprobar qué casa era propiedad del mago. Mientras conducía a su compañía a lo largo del malecón, de regreso a la guarnición, fue perfilando sus planes. Informaría al subcomandante Athgar, solicitaría permiso para mandar el pelotón que asaltaría la casa, una petición que Athgar estaría más que dispuesto a conceder, a la luz del éxito de Gell con el Gran Murf. Después de eso, cuando los Caballeros de Takhisis capturaran finalmente a los rebeldes, él sería un héroe otra vez. Habría más ascensos, gloria y fama.

Pero antes de todo eso necesitaba un prolongado baño. Apeataba a enano gully.

La puerta de la casa se abrió violentamente con un crujido de madera al astillarse. Con las espadas desenvainadas, tres docenas de Caballeros de Takhisis entraron en tromba. Detrás de ellos venía un enjambre de cafres y luego, orgullosamente, Gell MarBoreth, que se había ganado el derecho de dirigir ese asalto. A su lado caminaba

Rancis Lavien, con su propia espada centelleando al mortecino resplandor del crepúsculo. Los dos hombres intercambiaron siniestras sonrisas de satisfacción tras cruzar a grandes zancadas el vestíbulo en penumbra.

—¡La biblioteca! —gritó Gell, y su voz resonó dentro de su yelmo—. ¡Buscad la biblioteca!

—¡La he encontrado, señor! —anunció un joven caballero desde una puerta que se abría a mitad del pasillo—. ¡Por aquí!

Rancis dio una palmada en el hombro a Gell y los dos amigos se apresuraron a llegar junto al hombre que había avisado. Lo encontraron a la entrada de una gran estancia cuyas paredes estaban recubiertas de estanterías y más estanterías llenas de libros antiguos. Gell asintió para expresar su aprobación mientras examinaba la habitación; sabía que los Caballeros Grises se interesarían por una colección tan grande. Pero los libros no eran lo más importante en su mente.

Su mirada recorrió la estancia y divisó la chimenea. Gell se precipitó hacia allí, haciendo tintinear su armadura, y registró los estantes de ambos lados. Como el Gran Murf le había dicho, en el tercer estante había un grueso tomo encuadernado en piel de anguila de color azul marino, con las letras del lomo grabadas con pan de oro, corroídas por el tiempo hasta quedar reducidas a polvo. Era exactamente como se lo había imaginado: normal, en nada distinto de cualquier otro de los centenares de volúmenes que decoraban esa habitación, o al menos eso parecía.

—Llama a los otros. Quiero todas las espadas que pueda reunir. Es posible que opongan resistencia.

Asintiendo, Rancis obedeció. A los pocos instantes, la biblioteca estaba atestada de caballeros y cafres, todos esperando en tensión que los furiosos rebeldes salieran tumultuosamente por la puerta secreta.

—Recordad esto —les dijo Gell con orgullo—: Hoy por fin capturaremos al gran Hewick de Caergoth. —Dicho esto, cogió el libro del estante y tiró con fuerza de él.

No ocurrió nada.

El único sonido que interrumpió el profundo silencio que siguió fue la palmada que Rancis se propinó a sí mismo en la frente. El rostro de Gell MarBoreth se puso rojo como la grana y luego se oscureció hasta llegar al morado, mientras miraba sin comprender el libro que tenía en la mano. Lo abrió y empezó a volver las páginas.

—¿Qué...? —barbotó.

—¿Qué, Gell? —preguntó Rancis con voz grave—. ¿En qué estante dijo ese Blim que estaba el libro?

—Ya te lo he dicho —le espetó Gell con impaciencia—. Dijo que estaba en el ter...

Su voz se quebró con un extraño gorgoteo al caer repentinamente en la cuenta de lo que aquello implicaba.

—El tercer estante —dijo. Miró horrorizado a su amigo—. ¡Que se me lleve la Parca, Rancis! ¿Qué he hecho?

En ese momento, en la otra punta de la ciudad empezaron a sonar las campanas de alarma en la guarnición de los Caballeros de Takhisis.

A medida que la noche caía furtivamente sobre Caergoth, el obstinado resplandor del ocaso fue recibido por una luz más intensa en las fortificaciones del sector oriental de la ciudad. El Gran Murf Blim contempló con satisfacción el incendio que se propagaba por la guarnición de los caballeros. A un transeúnte le habría parecido cómico, plantado en la proa de una vieja barca de pesca tripulada por un puñado de enanos gullys. Pero nadie pasaba por allí; el toque de queda de los caballeros negros mantenía a los ciudadanos en sus casas, y los propios caballeros tenían cosas más importantes que hacer en aquel momento que patrullar por el muelle.

Poog, el «hombre medicina» de Blim, renqueaba detrás de éste con expresión pensativa mientras contemplaba las furiosas llamas.

—¿Sabes una cosa, Hew? —comentó—. Creí que todo había terminado cuando mencionaste el tercer estante. No habías olvidado que supuestamente no sabes contar más que hasta dos.

—Qué torpeza por mi parte, ¿verdad, Caren? —admitió el falso Blim—. Menos mal que aquel joven y loco caballero estaba demasiado ansioso por descubrir nuestro escondite para advertirlo. Y ¿a qué venía eso de darle corteza de sauce para el dolor de cabeza? ¿Quién ha oído hablar de una cura de enano gully que funcione realmente?

—Era sólo una pequeña broma —respondió Poog-Caren con ojos chispeantes. La corteza de sauce era un remedio tradicional para la jaqueca desde los orígenes de Krynn, pero el falso curandero había supuesto, correctamente, que Gell MarBoreth no sabía absolutamente nada sobre hierbas medicinales.

El Gran Murf lo estudió con curiosidad.

—Tienes un perverso sentido del humor, para alguien de tu Orden, Caren. —Su erizada barba se abrió para dejar al descubierto una sonrisa—. Pero debo decir que resultas un enano gully condenadamente bueno.

—Gracias —dijo el falso curandero, con una sonrisilla complacida por su parte—. Tú tampoco estuviste tan mal.

Blim-Hewick le guiñó un ojo.

—Supongo que deberíamos zarpar ya —dijo—. Cuando consigan extinguir el incendio, querrán ver nuestra sangre de la peor manera. —Miró por encima del hombro, pasando revista a su tripulación. Su mirada se posó en un miembro en particular—. ¡Glert! ¡Ven aquí!

El pequeño enano gully que había conducido a Gell hasta el escondite de Blim se

apresuró a obedecer con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¿Ya acabas? —preguntó—. ¿Yo da vuelta en barco?

Blim-Hewick sonrió amablemente y dio unas palmaditas en la cabeza a Glert.

—Me temo que no, amiguito —dijo—. Nos espera un largo y peligroso viaje, y será mejor que te quedes en un lugar donde conozcas los escondites; pero quería darte las gracias, Glert. Sin tu ayuda jamás habríamos podido cumplir nuestra misión.

A pesar de hallarse totalmente confuso, Glert sonrió con absoluto descaro.

—Yo feliz ayudar. Tú «jugas» un juego muy divertido, Gran Murf.

—Toma —dijo Blim-Hewick, metiendo la mano en uno de los bolsillos de sus andrajosas vestiduras. Sacó una moneda de cobre, la que le había regalado el caballero negro, y la depositó en la mano de Glert—. Te prometí un tesoro algún día. Esto es para ti, te lo has ganado.

Glert contempló la moneda, estupefacto.

—¿Tú serio, Gran Murf? ¿Esto mío?

Blim asintió.

—Sí, pequeño enano gully. Es tuyo, pero te debemos mucho más que eso.

Glert lo miró a los ojos parpadeando, deslumbrado.

—Yo no «entende» —dijo.

—Lo sé —replicó el Gran Murf, lanzando un leve suspiro—, pero me temo que no tengo tiempo para explicártelo. —Alzó las manos, entonó un cántico en una extraña lengua y su cuerpo empezó a crecer y cambiar. En pocos segundos, el Gran Murf había desaparecido. En su lugar se erguía un hombre robusto, de rostro bondadoso, vestido con la Túnica Roja. Se volvió hacia su tripulación y repitió el encantamiento. Uno por uno, los enanos gullys empezaron a transformarse en humanos: una mujer de cabellos dorados, un joven atezado, un canoso mercenario y varios más. Poog se convirtió en un Hijo Venerable de Paladine alto y de cabello gris, mientras Glert observaba a Hewick levantar el conjuro para cambiar de forma.

La mandíbula inferior de Glert cayó fláccidamente hasta la altura de su pecho cuando Hewick lo levantó del suelo y lo depositó en el embarcadero.

—Adiós, Glert —dijo el mago, mientras el clérigo soltaba amarras y el resto de la tripulación empezaba a remar hacia mar abierto.

Glert permaneció un rato en el embarcadero, apretando su preciada moneda de cobre con asombro mientras contemplaba a la Primera Resistencia de los Enanos Gullys remar hasta dejar atrás el rompeolas y sumergirse en la oscuridad. Después fue en busca de algo que comer.

El fragmento de estrella

[Jeff Grubb]

Esta historia es de gnomos, lo cual es razonable si se tiene en cuenta que yo soy un gnomo. Sin embargo, no soy el protagonista y, aunque sí participo en ella, no es mi historia, sino la de otro gnomo que no soy yo. Pero de nuevo, quizá sí sea mi historia, además de la de otro gnomo. ¿Me seguís hasta ahora? Bien.

El otro personaje de esta historia se llama Wun, o Wunderkin, para ser más precisos, o bien Wunderkinrayodeinspiración, para ser todavía más exactos. Existe un nombre aun más largo y detallado que la mayoría de los humanos no tiene paciencia para escuchar.

Como todos los gnomos, Wun tiene un aspecto bastante típico: es de estatura reducida (es más bajo que yo), de ojos vivarachos y cabello castaño, con una barba muy recortada y sólo un poco mejor cuidada que la mía. Es mi amigo, y ésta es la historia de cómo estuvimos a punto de romper nuestra amistad. Y todo por un trozo de piedra.

Wun y yo vivimos en Pelusilla del Gnomo, una población en crecimiento que se extiende varios kilómetros a las afueras de la ciudad humana y enana de Thugglesdown. Nuestro asentamiento está separado de la ciudad por un tormo alto y ancho llamado Thuggles Tor. En general, los humanos y los enanos no se meten con los gnomos de Pelusilla del Gnomo (al igual que los kenders, después de un breve verano lleno de explosiones). En Pelusilla del Gnomo vivimos unos doscientos gnomos, y la mayoría nos dedicamos a nuestros diversos inventos. Todos los caminos que salen de Thugglesdown, debo destacar, pasan por Pelusilla del Gnomo.

Wun es un genio de las matemáticas, mientras que yo soy un humilde investigador de los cielos que cartografía el movimiento de las estrellas. Esta última responsabilidad es un poco aburrida, ya que los registros históricos muestran que las estrellas se mueven de una manera bastante aleatoria por el firmamento nocturno de Krynn, formando nuevos esquemas y constelaciones sin un orden o una razón aparentes. Me gusta creer que si estudio las estrellas el tiempo suficiente, conseguiré averiguar cuándo y dónde tendrá lugar su siguiente movimiento. Wun me acompaña a menudo en mis viajes a campo abierto, más allá de Pelusilla del Gnomo, para observar las estrellas y las lunas. Siempre afirma que el aire de la noche le ayuda a pensar.

Supongo que todo empezó en aquellos campos, en las laderas de Thuggles Tor, a finales de verano, una noche, después de que las lunas se ocultaran. Estábamos observando las estrellas. Yo me hallaba de pie, mirando el cielo a través de mis lentes. Wun se había tumbado de espaldas y abarcaba con la vista el firmamento. Yo

sabía que estaba mirando el cielo sin perder detalle porque no roncaba.

Esa noche iba a producirse una lluvia de meteoritos que se repetía invariablemente con la segunda luna roja del verano. Mientras aguardábamos (y nos tendíamos de espaldas) en la oscuridad, con estelas rojizas surcando la noche por encima de nosotros, nuestra conversación transcurrió de un modo muy parecido a esto:

Wun: ¿De qué están hechos, en realidad? Me refiero a los meteoritos.

Yo: Creo que son trozos de estrella, y por eso brillan cuando atraviesan el cielo.

Wun: Siempre había creído que eran los restos de grandes naves espaciales, o al menos la basura que los capitanes de esas naves tiran por la borda.

Yo: ¿No veríamos esas naves moviéndose en el cielo? Lo único que vemos son las estrellas.

Wun (tras un momento de silencio): ¿Qué me dices de las lunas?

Yo (reflexionando): Si se estuvieran desprendiendo trozos de las lunas, verías que a alguna de ellas le falta un pedazo, como a una tarta con una porción de menos. No vemos que falte ningún pedazo en las lunas. Conclusión: deben ser estrellas.

Wun (insistiendo en su argumento): Los humanos dicen que las estrellas representan a los propios dioses. ¿Por qué iban a romperse trozos de un dios? Es más probable que sea basura arrojada por la borda de alguna goleta estelar tripulada por una civilización más avanzada que la nuestra.

Yo empecé a formular en voz alta una teoría sobre la fragmentación estelar, aventurando que, cuando las estrellas se movían sobre la bóveda celeste, se desprendían algunos fragmentos, como al trasladar muebles de una habitación a otra.

Un meteorito cruzó a baja altura. Muy baja. Tanto que si yo hubiera sido un humano o un elfo, dudo de que hubiera tenido que preocuparme nunca más por volverme a cortar el pelo. Se produjo una explosión cuando la piedra estelar se estrelló contra la blanda tierra a menos de treinta metros de nosotros. La fuerza del impacto me derribó (Wun ya estaba tendido, y más tarde describió la potencia de la piedra al chocar contra la tierra como la imagen de una gran torta de harina en una sartén).

Cuando ambos conseguimos ponernos en pie nuevamente, Wun se volvió hacia

mí y dijo:

—¿Lo has visto venir?

Tuve que reconocer que no.

Vimos el irregular desgarró en el suelo que el fragmento de estrella había producido en un campo cercano: un único surco de arado que terminaba en un agujero humeante y reluciente. Wun ya se dirigía al cráter, conmigo a la zaga. De hecho, era muy importante que llegáramos al punto de colisión antes de que la zona se contaminara de humanos, de kenders o —lo peor— de otros gnomos.

El alargado cráter tenía la profundidad suficiente para albergar a un hombre y formaba una cuenca en cuyo centro relucía una gran piedra. De la piedra emanaba un halo verde, jaspeado de sombras, que me recordó a una esfera de granito marino que de algún modo hubiera surgido de las profundidades. Estaba agrietada y rajada por muchos lugares, y una cortina de vapor brotaba de las rendijas mientras descendíamos a la zanja. El meteorito (o el fragmento de estrella, o la basura de goleta estelar) ya había empezado a enfriarse cuando nos aproximamos.

Wun, que se me había adelantado, empezó a manipular los restos del meteorito, arrancando pedazos del quebradizo caparazón. Cavilé brevemente que el meteorito podía ser algo completamente distinto, como un huevo cósmico de alguna ave que moraba entre las estrellas. Escruté rápidamente el cielo para ver si caían sobre nosotros más rocas enormes. Cuando volví a mirar abajo, Wun ya había extraído la estatuilla de los restos del impacto.

Estatuilla es quizás una palabra inexacta, pues implica un fabricante concreto o un creador inteligente. Lo que Wun había encontrado parecía una masa fundida de arcilla verdosa y reluciente en forma de cono. En realidad no era una representación exacta de nada, pero al mismo tiempo se parecía a una serpiente enroscada en posición de ataque, que se hubiera fundido después, quedando los ojos de reptil cerca de la parte superior de un cuerpo sin cuello. Los describo como ojos en lugar de, por ejemplo, fosas nasales, sólo porque relucían con el mismo resplandor de la piedra que se enfriaba rápidamente. Si me apuran, diría que la estatuilla fundida parecía una talla de un dragón de cera que alguien hubiera dejado al sol demasiado tiempo y se hubiera derretido.

El resplandor verde de los ojos de la «estatua» no desmerecía el entusiasmo que reflejaban las órbitas del propio Wun.

—¡Mira! ¡Una prueba de que hay vida en las estrellas! —canturreó.

Señalé que si tal fuera el caso, era una prueba de que la vida en las estrellas estaba plagada de mal gusto.

Seguíamos discutiendo cuando los demás gnomos llegaron a la escena. La mayoría arrancaron trozos del ahora débilmente radiante meteorito y se las llevaron a cuestas a sus estudios. Nadie más encontró otro objeto de la forma, el tamaño o la

absoluta fealdad del juguete de Wun.

Por mi parte, me apropié de varios de los trozos más pequeños, además del cráter propiamente dicho, y dediqué los días enteros siguientes a medir todos los pormenores de la zona de impacto. También redoblé mis esfuerzos por determinar los movimientos de los distintos cuerpos planetarios. En consecuencia, no dispuse de mucho tiempo para Wun, y transcurrió una semana antes de que me llamara a través de un mensajero a su combinación de casa, laboratorio y madriguera.

Ahora bien, las dependencias de los habitantes de Pelusilla del Gnomo están, por nuestra naturaleza, bastante distanciadas entre sí y penetran en las onduladas colinas que rodean Thuggles Tor. Los sótanos y los laboratorios se construyen en la planta baja, adosados a las colinas; las dependencias más permanentes se excavan cada vez a mayor profundidad, a medida que las explosiones regulares tienden a destruir las incorporaciones anteriores. Aunque las matemáticas constituían la principal preocupación de Wun, sus aposentos habían sido reconstruidos al menos en una docena de ocasiones, y él había excavado una y otra vez a mayor profundidad en la ladera, de modo que su casa parecía ahora ocupar el extremo de un amplio barranco artificial.

La habitación delantera de Wun era típica de la vivienda de un gnomo: cómodos sillones, recias mesas, divanes excesivamente mullidos y hasta el último de los rincones cubierto de papeles, notas, toscos bocetos, prototipos a medio construir y almuerzos olvidados. Por estar bien informado de los usos de nuestro pueblo, me planté en la habitación delantera y llamé; era imposible saber qué experimentos se estarían realizando en las profundidades de aquella morada. Al cabo de un rato, se presentó la sonriente figura de Wunderkin con la mirada frenética. Sostenía en la mano una moneda de acero.

—Lánzala —dijo—. Pediré cuando esté en el aire.

Desconcertado, arrojé la moneda, una voluminosa pieza antigua de Tarsis con la efigie de un olvidado humano en una cara y una gigantesca ave parecida a un dragón en la otra. Mientras la moneda giraba en el aire, Wun la señaló y dijo:

—¡Cara!

Atrapé la moneda con una mano y la estampé contra el dorso de la otra. Cuando aparté ésta, la cara con el busto miraba hacia arriba.

Wun estaba encantado y me pidió que le devolviera la moneda. Después, entre risitas, giró sobre sus talones y se retiró a su laboratorio.

—¡Gracias! —gritó por encima del hombro—. Vuelve mañana, por favor.

Me quedé intrigado, naturalmente, pero no en exceso. Los gnomos, por su naturaleza, hacemos cosas que otras razas considerarían extrañas, y yo volví a ocuparme de mis asuntos (que ese día incluyeron ayudar a otro amigo, Muchalumbre, a apagar las consecuencias de su último experimento). No pensé demasiado en ello

hasta el día siguiente, cuando me presenté en la sala de estar de Wun.

—¡Cruz! —gritó mientras la moneda volaba por los aires; y, en efecto, la figura del ave-dragón quedó hacia arriba. De nuevo, Wun recuperó la moneda y se retiró a su cubil.

Así transcurrió la mayor parte de la semana. Yo llegaba a su casa, lanzaba una moneda y Wun pedía cara o cruz. Sólo permitía una tirada y se negaba a decirme por qué. Al final, cuando hubo acertado cinco veces de cinco, no pude reprimir mi curiosidad por más tiempo y lo interrogué acerca de aquel asunto.

—Has fabricado una moneda obediente —dije simplemente, reteniendo la pieza de acero de Tarsis con firmeza y amenazando con no devolvérsela ni lanzarla hasta conocer la verdad.

Wun se echó a reír.

—Caliente, muy caliente —dijo con amabilidad—. Más bien he descubierto un modo de determinar de qué lado caerá la moneda antes de que ocurra. En efecto, un modo de predecir el futuro.

Ahora fue mi turno de echarme a reír, y me temo que no fue una risa educada. Ni siquiera la risita comprensiva de un inventor por las teorías favoritas de otro. Fue descarada, ruidosa y extremadamente ofensiva. Ningún gnomo debería reírse nunca así de su prójimo, pero yo lo hice. Tal vez fuera una reacción nerviosa, ya que el hecho de que Wun anunciara un hallazgo significaba que me había utilizado para probar un descubrimiento importante. Fue una risa horrible, y la culpa de lo que siguió es mía.

El rostro de Wun se nubló como el cielo en una tormenta, y su voz presentaba un tono agudo cuando se explicó:

—Cada día te he pedido que lanzaras la moneda. Tengo una máquina de calcular que determina el resultado de arrojar esa moneda antes de que lo hagas. ¿Quieres verla?

Conseguí asentir, todavía riendo por lo bajo, y seguí a Wun hasta las habitaciones del fondo. Pensaba que la explosión anterior, en el campo, había afectado a los sesos de mi compañero. Y para ser un gnomo, eso era mucho decir.

Las dependencias del fondo de la vivienda de un gnomo son similares a las de delante, pero menos ordenadas. Aquí es donde se lleva a cabo el verdadero trabajo (y donde se producen las verdaderas explosiones). Wun me condujo por un pasillo lleno de gráficas y otras curiosidades, hasta una habitación más amplia que se prolongaba por el interior de los estratos de pizarra de la ladera del tormo propiamente dicho.

Empotrado en la pared opuesta había un extraño aparato, curioso incluso para el criterio de un gnomo. Parecía un armario desprovisto de puertas y cajones hasta dejar sólo el armazón, una alacena hueca ligeramente inclinada contra la pared más alejada. Wun había clavado centenares de clavos de diez céntimos en la parte posterior,

formando un tosco esquema. Los clavos tenían la cabeza rodeada de alambres de cobre que ascendían hasta la parte superior del armario. Allí, acucillado como un oscuro rey que supervisara su reino, se hallaba la masa de roca verdosa, sobre una placa de metal de cobre. Todos los alambres estaban conectados a esa placa.

En la base del armario, debajo del laberinto de alambres, había un par de artesas. En una había escrito «Cara» y en la otra «Cruz». La etiquetada como «Cara» estaba llena de bolitas metálicas del tamaño de mi pulgar.

—He calibrado el dispositivo para esa moneda que sostienes. He descubierto que predice con exactitud y con casi un día de anticipación, pero eso puede deberse al tamaño del lecho de clavos —dijo Wun; su irritación por mi hilaridad iba menguando—. Y ahora, ¿quieres lanzar la moneda?

Saqué del bolsillo el disco de acero, lo sostuve sobre el canto de mi dedo índice curvado y le di un golpe seco con la uña del pulgar. Salió despedido hacia las alturas, girando sin esfuerzo, y cayó sobre un montón de papeles cubiertos de polvo.

—Cara —dijo Wun, señalando el recipiente lleno de bolas.

Salió cara.

Miré la artesa repleta de bolas de metal y luego otra vez la moneda. Recogí el disco y lo lancé de nuevo.

Cara por segunda vez.

Fruncí el ceño y me agaché para coger la moneda, pero esta vez Wun fue más rápido que yo y se apoderó de ella con una regordeta mano.

—Es mejor no forzar demasiado las cosas —dijo, guardándose el disco en el bolsillo.

Sacudí la cabeza.

—¿Así que tu máquina predice de qué lado caerá la moneda? ¿O acaso decide el resultado?

—Ésa es una de las razones por las que te pedí que tiraras tú la moneda —dijo Wun, radiante, mientras extraía las bolas de metal de la artesa y las depositaba en una pequeña tolva—. Yo podría influir en los resultados. Creo que se limita a predecirlos. El lanzamiento de una sola moneda debería ser un hecho aleatorio, aislado, con las mismas probabilidades de que salga cara o cruz. En ese caso, debería ser impredecible a lo largo de un período de tiempo más prolongado. Sin embargo, la máquina ha predicho los resultados todos los días sin fallo alguno.

Miré de soslayo el fragmento de estrella que reposaba sobre el armario.

—¿Y este trozo de roca?

—Tiene algo que ver: aumenta los poderes de la máquina —concluyó mi amigo—. De hecho, en muchos sentidos inspiró mi ingenio pronosticador. Tiene sentido, por las leyes de la similitud. Si, como afirman los humanos, las estrellas son en verdad partes de los dioses, y éstos ejercen alguna influencia sobre nuestra vida,

entonces un trozo de las estrellas es una parte de los dioses y debería influir en un entorno más localizado. ¿Quieres ver el dispositivo en funcionamiento?

Asentí y Wun se encaramó a una corta escalera de mano para depositar las bolas de metal en otra artesa situada encima de la máquina. Las pequeñas esferas se colaron en el armario por un orificio practicado en esa artesa. Las bolas chocaron con las clavijas de metal, rebotando en su caída. Cuando golpeaban las clavijas, brotaban chispas y el aire olía a tormenta eléctrica.

Cuando todas las bolas hubieron descendido hasta el fondo, se hallaban en la artesa de «Cruz». Todas.

—Vuelve mañana —dijo Wun, sonriendo—. Veremos qué nos sale.

Intenté dedicar la tarde y el día siguiente a mi propio trabajo, pero la atracción del armario de Wun resultó ser intensa. Me hallaba de nuevo en casa de mi amigo mucho antes de la hora acordada.

Cuando llegué, encontré a Wun en el proceso de añadir más artesas bajo el armario de clavijas. Se trataba de bandejas codificadas por colores mediante etiquetas amarillas, anaranjadas, azules, blancas moradas, negras, rojas y verdes (en orden alfabético, por supuesto). Wun estaba tundiendo las bandejas con un martillo y tuve que llamarlo a gritos para atraer su atención.

Wun parecía más despistado que nunca, y me pregunté si se habría acordado de comer ese día. Se me acercó arrastrando los pies, me tendió la moneda de acero y regresó a su martilleo. Lancé la moneda y, naturalmente, salió cruz. La volví a lanzar otras dos veces y ambas salió cruz.

Tuve la incómoda sensación de que si seguía arrojándola, seguiría saliendo cruz. Recogí la moneda y la noté caliente al tacto, como si la hubieran dejado junto a una estufa encendida.

Wun dio el toque final a las bandejas, un último mazazo demoledor con su herramienta de madera, y reculó un paso para admirar su obra.

Le tendí la moneda.

—Cruz —dije simplemente.

Wun asintió y se guardó la moneda caliente sin prestarle atención.

—Creo saber qué puede hacer esta cosa.

—¿Además de ganar apuestas en el bar? —sugerí.

—Pronosticar el tiempo —dijo—. Quiero que me prestes algunos de tus espejos y lentes de telescopio para concentrar la luz sobre esta máquina. Así averiguaremos qué tiempo tendremos al día siguiente por el color de las bolas que caigan.

Sonrió. Me pareció una sonrisa algo fatigada.

Yo era amigo de Wun y no podía negarme, sobre todo porque aún me sentía culpable por haberme reído de él. Mi colección de espejos y lentes estaba sin usar desde el gran desastre en el planetario la primavera anterior, y un gnomo no le niega a

otro recursos que no utiliza. Me sentía un poco molesto por el hecho de que Wun se estaba inmiscuyendo en un área que consideraba mía: el firmamento. Pero en ese momento relegué esos sentimientos a lo más profundo de mi ser y acepté. Era mi amigo, ¿qué se le iba a hacer!

Regresé antes de una hora con una caja de madera llena de prismas, lunas de cristal, espejos y otros objetos varios. De propina traje un juego de lentes enviadas desde los reinos élficos del sur, que flotaba en un espeso aceite amarillento para su protección. A esa hora, Wun estaba perforando nuevos agujeros en su casa, a fin de permitir que la luz bañara su creación instalada en la habitación del fondo.

Pasamos el resto de la tarde alineando espejos y prismas. Colocamos las lentes, todavía embadurnadas de aceites protectores, en sus soportes, de modo que la luz del sol se concertara en el punto donde la moneda del experimento caería normalmente. Por fin, hacia media tarde, todo estaba preparado y Wunderkin liberó la riada de bolas de metal.

Las bolas traquetearon en su bullicioso descenso hasta las artesas de reciente incorporación, arrancando chispas cada vez que chocaban con las clavijas de metal. Todas parecían decantarse hacia la izquierda mientras se precipitaban en cascada. Cuando todo hubo terminado, la inmensa mayoría de las bolas había caído en la categoría azul, mientras que sólo unas cuantas estaban en la blanca.

Wun asintió cansada pero felizmente.

—Mañana estará despejado —interpretó— con algunos jirones de nubes.

Ocurrió como había predicho la máquina. Al día siguiente, el cielo estaba despejado con algunas tenues nubes altas. Pero era algo más que eso. El cielo estaba azul, de un azul tan intenso como las alas de un martín pescador, un azul casi brillante. Y las nubes eran tan esponjosas como la barba de un mago y tan blancas que los ojos dolían al mirarlas.

Me pareció antinatural, pero lo atribuí a mi preocupación. Normalmente me fijaría más en el tiempo por la noche, no de día. Wun estaba encantado, pero era un gozo cansino. Ahora parecía más delgado, como si su trabajo le estuviera consumiendo la vida. Sus mejillas, antes llenas, estaban en ese momento hundidas, y su piel había adquirido un tono cetrino y avejentado.

Le pregunté por su salud, y al principio se encogió de hombros.

—Sólo son sueños —dijo con voz distraída, sin apartar la vista en ningún momento de la máquina coronada por la roca fundida—. ¿Has tenido alguna vez sueños que cobraban vida propia, que parecían incitarte, estimularte, empujarte hacia un objetivo superior? Es lo que me ocurre desde que encontré... Quiero decir, desde que encontramos la estatua.

No respondí inmediatamente, ya que semejante introspección era una rareza en mi camarada. Cuando logré recobrarme, el momento había pasado. Wun restó

importancia a su comentario con un espontáneo gesto y procedimos a iniciar el experimento.

El color de la predicción para el día siguiente fue totalmente blanco y, en efecto, a media tarde, un ondulante banco de niebla descendió sobre la ciudad, cubriendo toda la región con un manto de algodón. Los gnomos avanzaban a tientas y dando trompicones, y ni siquiera las puertas y ventanas contribuían mucho a mantener a raya los sinuosos tentáculos de la sorprendentemente cálida niebla.

Ya no era posible mantener en secreto la existencia de la máquina pronosticadora. Wun se lo había contado a otros cuantos amigos, quienes a su vez lo transmitieron a los demás. Una enorme multitud se congregó por la tarde, mientras Wun continuaba probando su prodigiosa máquina. Cuando me abrí paso entre los parloteantes gnomos, me sentí un poco desconcertado por la cantidad de atención que estaba generando Wun. Y más que un poco celoso.

Esta vez, el resultado fue morado y verde.

Wun se quedó intrigado al verlo, y yo me sentí algo aliviado. La capacidad predictiva de la máquina me estaba poniendo nervioso, y un resultado imposible podía disuadir a Wun de proseguir sus experimentos. Aguanté el tipo por Wun y dije todas las frases adecuadas de ánimo, pero tenía la sensación de que aquello supondría el fin de esa insensatez. Mientras hablaba, no le quité ojo al armario. El fragmento de estrella parecía mirarme ceñudamente desde lo alto de la alacena, como un gato maligno.

Esa noche dormí mal. El trozo de roca perturbó mi sueño. Reconocí lo que era. Se trataba de un pedazo viviente del cielo, una parte de los dioses. Pero se había desprendido de una de las constelaciones oscuras y estaba influyendo maléficamente en el mundo que lo rodeaba. No estaba prediciendo, sino determinando el futuro. Una cruel maldad acechaba detrás de aquellos ojos verdosos toscamente tallados, y sentí que esa maldad me buscaba a mí.

Conseguí descansar finalmente con las primeras horas de la mañana, sosegado por el repiqueteo de la lluvia en el tejado. De hecho, poco antes de amanecer, cruzó por el cielo una tormenta que se transformó en un fuerte aguacero. Dormí hasta mediodía y, cuando desperté, vi las consecuencias de la predicción de Wun.

La lluvia había sido copiosa y sorprendentemente fecunda. Cada retazo de césped y matorral parecía haber crecido durante la pasada tormenta; e incluso los senderos, hasta ese momento desnudos, estaban cubiertos con los vivos tonos verdes de la hierba tierna. Por añadidura, unas pequeñas flores púrpura que yo nunca había visto antes se abrían por doquier, y sus pequeños pétalos completamente abiertos parecían asteriscos de color violeta.

Salí de casa y encontré a casi todo el resto de la ciudadanía también en la calle, examinando la nueva vegetación. Los pétalos de las flores tenían una textura untuosa

y desagradable al tacto. El aire parecía más cálido después de la lluvia, casi bochornoso. Los demás gnomos lo notaron también y, siendo gnomos, sacaron diversos abanicos accionados a pedales y ventiladores alimentados por el sol. No obstante, me pareció que ocurría algo más que un simple cambio del tiempo y pensé en la moneda extraordinariamente caliente de los experimentos anteriores.

Me introduje en el laboratorio de Wun y encontré el armario de clavijas y bolas de metal desatendido al fondo de la estancia, rodeado por su improvisado aparejo de lentes y espejos alineados. En lo alto del armario, con el aspecto de un ídolo ataviado con sus vestiduras cobrizas, se hallaba la roca. Me pareció mayor y más verde que nunca, si tal cosa fuera posible. El mal circundante resultaba casi palpable.

Empuñé una maza particularmente grande y de aspecto eficaz.

Se me revolviéron las tripas al acercarme al artilugio de Wun. ¿Se debía mi reacción ante él a simples celos? Wun había triunfado donde yo había fracasado: en predecir los movimientos del firmamento. ¿Era eso lo que me impelía a destrozár aquel engendro? ¿Podía considerarme sinceramente amigo de Wun si destruía su gran invento, una máquina que hacía exactamente aquello para lo que había sido construida? ¿Sólo porque el tiempo se mostraba algo caprichoso?

Titubeé durante demasiado rato. Oí crujir las escaleras detrás de mí y la vocecita de Wun que pronunciaba mi nombre.

Me volví y lo vi bajar del piso superior. Su aspecto era decididamente cadavérico; su camisa blanca estaba sucia de sudor y la pechera le pendía flojamente del cuello, como si colgara de un gancho. Tenía los ojos hundidos y unas profundas arrugas le surcaban el rostro. Parecía no haber dormido en varios días y, para ser franco, olía como si no se hubiera cambiado de ropa en el doble de tiempo.

—Me pareció oírte —dijo con una débil sonrisa—. ¿Se te ha ocurrido algún ajuste para mi máquina pronosticadora?

—Un ajuste —repetí, y después, repentinamente consciente de que empuñaba la gran maza, me deshice de ella con disimulo—. Uno pequeño. Ni siquiera sé si es necesario. He tenido una... sensación.

—Una sensación —hipó mi menudo amigo—. Yo también he tenido de eso. Sensaciones y sueños. Un sueño me dijo que construyera el armario, y un sueño me hizo utilizar alambre de cobre, cuando el bramante de algodón probablemente también habría funcionado. Y en el sueño, el fragmento de estrella siempre me está esperando, prediciendo el futuro, contando lo que va a suceder a continuación.

—¿Cómo crees que funciona? —pregunté, mirando de soslayo el armario—. Quiero decir, ¿cómo funciona de verdad?

Wun se encogió de hombros con expresión ausente.

—Creo que el tiempo es un río y que este aparato nos permite remontar la corriente, por así decirlo, y tomar muestras del agua antes de que llegue a nosotros.

Dentro de poco podremos predecir grandes acontecimientos, interpretar advertencias y oráculos, anticipar problemas inminentes y la mejor manera de evitarlos. —Sus ojos se empañaron—. Es un gran invento. Mi invento.

—Un río. —Asentí con un gesto—. Pero ¿y si al tomar esas muestras del tiempo futuro, la máquina afecta a ese suceso? ¿Y si, cuando afirma que saldrá cara al lanzar la moneda, obliga a la moneda a que salga precisamente cara? ¿Y si al predecir un cielo azul, o verde, provoca que el tiempo del entorno varíe o se perturbe?

Wun frunció el ceño con expresión concentrada, repasando mentalmente mis palabras.

—Como ya he dicho, en realidad no importa, ¿o sí? El futuro es el futuro, tanto si se determina por azar como si lo predice una máquina. Una diferencia que no supone diferencia alguna no es una auténtica diferencia, ¿o sí?

—Esto me da mala espina —dije—. El tiempo, las flores. —Encogí los hombros, buscando las palabras adecuadas—. No me huele bien.

—¿Estás seguro de que no es simple envidia de mi éxito? —preguntó con acritud Wun, irguiéndose en toda su estatura—. ¿Porque todavía no has conseguido nada tan importante como esto? ¿Porque he sido yo, y no tú, quien ha desvelado los secretos de los cielos? ¿Es eso lo que te da mala espina?

Intenté razonar una respuesta, pero no se me ocurrió ninguna. Tenía demasiado miedo de que Wun estuviera en lo cierto.

La ira pareció consumir más energía de Wun de la que tenía en reserva. Hizo un desmayado gesto en mi dirección.

—Estoy cansado, viejo amigo. Perdona mi mal humor y, por favor, déjame con mis sueños. Me ha sorprendido que no te presentaras a escuchar la predicción para mañana. Todos los demás han acudido.

—¿Mañana? —pregunté—. ¿Qué tiempo hará mañana?

—Negro y rojo —dijo con una débil sonrisa—. Las bolas dicen que negro y rojo. He predicho una hermosa puesta de sol.

No recuerdo qué contesté, pero me excusé y retiré a mi propia morada. Sólo podía pensar en que Wun tenía razón. Había triunfado más allá de sus expectativas más descabelladas. Yo estaba celoso y lo odiaba; a él y su éxito.

Me revolví entre las sábanas a lo largo de otra noche de sueños intermitentes en los que acechaban imágenes de pesadilla. La roca con escamas de dragón crecía hasta adquirir las dimensiones de una montaña. En un lado se abría una grieta longitudinal y de ella florecía una cabeza de reptil. Entonces aparecía otra, a continuación tres más, todas retorciéndose y gritando en lenguas desconocidas. Las cabezas eran de colores distintos: Rojo, Negro, Blanco, Verde y Azul. Y cuando las cabezas de dragón me vieron, rugieron todas a una.

Desperté bañado en sudor. No, todo Pelusilla del Gnomo despertó bañado en

sudor, a medida que una capa de aire húmedo se depositaba sobre la ciudad. La población entera acabó descolorida por la creciente humedad y las paredes parecían llorar. Nuestro propio sudor era graso, como la exudación de las flores moradas.

La mayoría de mis camaradas esperaba con ansiedad la caída de la noche, cuando la radiante puesta de sol que Wun había predicho expulsaría la humedad y levantaría nuestro hundido ánimo. Por la tarde, la mitad ya se había congregado en la cima de Thuggles Tor para contemplar mejor el sol poniente. Algunos llevaban cestas de comida y muchos, vino para defenderse del pegajoso aire. Yo me paseé entre ellos y me parecieron relajados entre las extrañas flores moradas, ahora preñadas de semillas en forma de estrella.

Oteé el pálido y en absoluto espectacular cielo y recordé las noches que Wun y yo habíamos pasado contemplando las estrellas. Si Wun acertaba de nuevo, sería capaz de encontrar otros usos para su máquina y sería él quien decidiera los movimientos del propio cielo. Se haría famoso. Ya no sería amigo mío. En medio de los demás gnomos sudorosos, me sentí muy solo.

De pronto reparé en que Wun no se hallaba entre los ocupantes del tormo. Al principio pensé que estaba retrasando teatralmente su aparición; pero, a medida que las sombras se alargaban, Wun seguía sin presentarse. El sol descendía en picado hacia el horizonte. Iba a ser una puesta de sol bonita, pero no extraordinaria, sin rastro del negro o el rojo vivo prometidos.

Fue entonces cuando olí el humo y comprendí que esos colores podían sugerir otra interpretación.

En retrospectiva, fue una suerte que la mayoría de los habitantes de Pelusilla del Gnomo se hubieran desplazado hasta el tormo, pues así se hallaban lejos de sus laboratorios de la cuenca. Al mirar hacia atrás, fui el primero en ver el negro penacho que se elevaba de la urbe y las lenguas de fuego magenta, visibles sobre los tejados de varios edificios.

Grité y mis compañeros reaccionaron como un solo gnomo, apresurándose a descender del tormo para ayudar a apagar el fuego que iba extendiéndose. Al parecer, cinco edificios, incluyendo el de Wun, eran ya pasto de las llamas, y una densa humareda surgía a borbotones por sus puertas y ventanas.

Las exuberantes flores moradas que cubrían los parterres de césped parecían especialmente sensibles a las llamas. Se hinchaban por el calor y estallaban como granadas, despidiendo ascuas ardientes. Ante nuestros ojos, otros dos edificios, envueltos en aire viscoso, se incendiaron al contacto con las ardientes semillas.

Todos los gnomos sin excepción se precipitaron ladera abajo. Todos sin excepción fueron derribados como hojas por la primera gran explosión de las muchas que se produjeron aquella tarde. Cierta invento a medio terminar sucumbió catastróficamente al calor, haciendo estallar las paredes y el tejado de la casa de su

inventor. Se elevó una bola de fuego como un airado *ifreet*, y las astillas de madera en llamas propagaron el incendio a nuevos edificios.

La explosión convenció a la mayoría de mis congéneres de que el mejor lugar desde donde combatir el fuego era el lado opuesto del tormo, lejos de las llamas. Al instante se dirigieron hacia allí, abandonando el vino y las cestas de comida en la operación.

Yo, por otra parte, estaba decidido a encontrar a Wun. No me sorprendió que su domicilio estuviera situado en el centro de la catástrofe. Tosí por las cenizas que bailaban formando remolinos a mi alrededor y los vientos que me azotaban, esforzándose por impedirme llegar a su casa. El siseo de las llamas sonaba como la risa de una serpiente.

La parte delantera estaba cubierta por densas nubes negras ondulantes y lenguas de fuego rojas como las escamas de un dragón. Aspiré a pleno pulmón el aire untuoso y me abalancé hacia la zona posterior.

Encontré a Wun tendido de cualquier manera en el suelo, inconsciente, ante su altar de madera y clavijas de metal. El armario estaba chamuscado; pero, por lo demás, sorprendentemente, había sido perdonado por el fuego. Sobre él, el fragmento de estrella latía y relucía por voluntad propia, como la noche de su llegada.

No habría sido capaz de levantar a Wun si él no hubiera adelgazado tanto a lo largo de las pasadas semanas. El resultado fue que en ese momento era ligero como una pluma, y pude cargármelo al hombro con facilidad. Escupió cenizas y dijo con voz débil:

—Negro. Todo está negro.

En efecto, vi que Wun había utilizado la máquina una vez más y todas las bolas habían aterrizado en la categoría de color negro. Solté una imprecación y, tropezando, medio lo arrastré hasta el exterior. Cuando lo sacaba por la puerta principal, se oyó un crujido y la parte delantera de la casa se desplomó detrás de nosotros.

Los incendios de Pelusilla del Gnomo se habían agravado mientras yo me hallaba con mi amigo, y pequeños tornados de aire recalentado ascendían en espiral por toda la ciudad, esparciendo cenizas y rescoldos ardientes. Subí al tormo y advertí que el aire se endulzaba a medida que ascendía. Aun así, veía estrellas bailando ante mis ojos cuando finalmente noté las manos de los demás gnomos que me libraban del peso de Wun. Sólo oí sus voces, aunque sonaban como si se hallaran a gran distancia. Tuve que inspirar profundamente varias veces para limpiar mis pulmones de humo antes de que las estrellas desaparecieran de mi vista.

La ciudad estaba envuelta en una niebla negra. Llamas rojas como la prometida puesta de sol brotaban entre las tinieblas, aglutinándose ocasionalmente en bolas de fuego. Y allí, donde yacían las ruinas de la casa de Wun, se produjo un fogonazo de un sobrenatural color verde, como la luz de un faro. Un faro que me reclamaba.

Me erguí inestablemente y retrocedí por la ladera del tomo hasta la ciudad incendiada. Encontré los humeantes restos de una gran pata de mesa y, empuñándola como un garrote, me dirigí a casa de Wun. La parte desplomada de la edificación había quedado reducida a poco más que cenizas por efecto del fuego, pero el camino hasta la máquina estaba despejado. Me detuve ante ella un largo momento, contemplando la estatuilla fundida y sus ojos dragontinos. Sentí que tiraba de mí. Entonces alcé la pata de mesa y puse manos a la obra.

A la mañana siguiente, Wun despertó a la hora del té. Mi propio hogar había ardido, pero no se había venido abajo. Mi situación era prácticamente única. Las vigas aguantaban y las huellas del incendio imprimían un cierto carácter a la obra viva. El resto de la ciudad había quedado devastada. No obstante, ya se oía el trajín de martillos y sierras, a medida que los supervivientes empezaban a reconstruir sus hogares y sus vidas.

Wun estaba débil, pero a sus ojos había retornado la habitual chispa de curiosidad. Sin aceptar un no por respuesta, me exigió que lo transportara a las ruinas de su vivienda en cuanto recuperó las fuerzas suficientes.

Wun se dirigió inmediatamente al fondo de la casa, donde había estado su máquina pronosticadora. Encontró el armario, destrozado hasta resultar irreconocible pero no quemado. Sugerí que probablemente la causa fuera la caída de algún madero, que había convertido su invento en un amasijo de astillas, alambres rotos, clavijas, lentes machacadas y bolas esparcidas.

No había ni rastro del fragmento de estrella. Wun recorrió la casa durante unas buenas dos horas buscándolo, pero al final su condición física lo obligó a abandonar la búsqueda. Accedió fatigosamente a permitirme que lo acostara. Transcurrieron tres días completos antes de que fuera capaz de empezar a reconstruir su hogar. Si tuvo sueños mientras dormía, no me lo mencionó.

Wun propuso la teoría de que el fuego se había iniciado cuando dos bolas de metal se atascaron entre dos clavijas, cerrando el circuito y provocando una sobrecarga en la máquina. El aire caliente y graso, una rareza meteorológica, facilitó la propagación de las llamas con consecuencias desastrosas. El fuego, postuló Wun, debió derretir, vaporizar o reventar el fragmento de estrella. Siendo parte de una estrella, debía de contener una cantidad de calor increíble.

Me mostré de acuerdo con él. Tenía que hacerlo, a pesar de que sabía que estaba equivocado.

En la actualidad visito a menudo el cráter de la ladera de Thuggles Tor, normalmente solo, ya que Wun ha perdido la afición a los portentos celestes. Voy a observar las constelaciones, las divinas cartas de navegación de los cielos. Y voy a asegurarme de que nadie excava en los restos del cráter cubierto de hierba, que nadie ha desenterrado el mortífero tesoro que yace enterrado allí.

A veces dormito en el emplazamiento del cráter y sueño. En el sueño aparece un dragón de múltiples cabezas que gruñe y trata de escapar de su deforme huevo verdoso. Sostengo el huevo en la mano, como sostenía el fragmento de estrella la noche posterior al incendio. En mis sueños, las cabezas de dragón me reclaman, prometiéndome riquezas, maravillas y descubrimientos que superan a cualquier fruto de mi imaginación. Las cabezas de dragón me llaman, como el fragmento me llamó la noche en que me llevé la estatuilla del laboratorio de Wun. La enterré aquí, en Thuggles Tor, dentro de una caja negra.

En los sueños entierro también el huevo, y mientras lo hago, los reptiles sisean y se retiran a su cubil entre las rocas, donde ya no pueden influir en la vida de los hombres y los gnomos.

Y cuando despierto, siento que he conseguido algo. He descubierto uno de los secretos de los cielos.

Maestro Alto y maestro Bajo

[Margaret Weis y Don Perrin]

Se llamaban a sí mismos maestro Alto y maestro Bajo.

Naturalmente, sabíamos que no eran sus verdaderos nombres. En Villabuena quizá seamos casi todos agricultores, pero no nos chupamos el dedo. Sabíamos que esos nombres tenían que ser inventados. Sin embargo, no teníamos ni idea de cuáles eran los verdaderos, o por qué decidieron ocultarlos. Era asunto suyo. En Villabuena no nos complicamos la vida. Mientras los extranjeros no causaran problemas, nadie los molestaría.

El maestro Alto era el más alto de los dos, y lo era extremadamente, probablemente era el hombre más crecido que ninguno de nosotros había visto nunca, y somos muchos los que hemos salido de nuestro próspero valle por negocios o por placer, aunque nunca hemos estado mucho tiempo ausentes. Yo soy el alcalde de Villabuena y por eso reconozco que puedo tener prejuicios, pero entre todos los lugares que he visitado, jamás he encontrado ninguno que iguale a mi valle natal.

El maestro Alto lo era tanto que tenía que agachar no sólo la cabeza, sino también los hombros y media espalda, para pasar por la puerta de la taberna, y la taberna de Villabuena no era precisamente un antro destartalado. La única taberna comparable a ésta que he visto era una de Solace cuyo nombre no recuerdo.

Suponíamos que el maestro Alto tenía algo de sangre élfica. En Villabuena no tenemos nada contra los elfos. En nuestro soleado valle no tenemos nada contra nadie, siempre que posean buen humor, buen carácter y no les importe tomar una jarra de cerveza y fumar una buena ración de hierba para pipa. Si encima resulta que son buenos jugadores de ajedrez... Pero me estoy adelantando a mi relato.

Llamamos a nuestra tierra Valle de la Panera. Es un gran valle con tres pueblos: uno al norte llamado Campogentil, uno al sur llamado Solana del Valle y el nuestro, Villabuena, al oeste. Al este se eleva el monte Prebenda, bautizado por el agua cristalina que se precipita en cascada desde esa alta cima y riega nuestro valle. Debido al agua y al hecho de que aquí hay más días de sol que en casi ningún otro lugar de Ansalon, nuestros campos han sido bendecidos realmente por los dioses del Bien. Cultivamos alimentos suficientes no sólo para alimentar a todos los habitantes de la región, sino también para enviar a las tierras circundantes.

El verano pasado oímos historias terribles sobre una grave sequía que asolaba otras regiones de Ansalon. Yo mismo viajé hasta el norte de Ergoth y lo que vi me descorazonó. Las cosechas se agostaban bajo un sol que levantaba ampollas, los lechos de los arroyos estaban secos y la hierba se incendiaba en todas partes. A mi regreso, contemplé el alto monte Prebenda y di gracias a Paladine por seguir

contando con su bendición. El agua continuaba manando de la cima de nuestra montaña. Nuestras cosechas maduraban excelentemente este año.

Íbamos a necesitarlas. Empezamos a planear cómo distribuir entre las tierras próximas que no dispusieran de nada para comer ese invierno lo que íbamos a recolectar.

Pero todavía no era la época de la cosecha. Los dos extraños llegaron a finales de verano. Entraron en la taberna de Villabuena, pidieron cerveza y pipas y bebieron educadamente a la salud de la posadera. Ella les devolvió el cumplido. A continuación se dirigieron a mí. Yo llevaba la cadena de oro distintiva de mi cargo, naturalmente, y por eso supieron quién era.

—Señor alcalde —dijeron—, brindamos por vuestro bello pueblo y sus habitantes.

Alcé mi vaso, más que contento de devolverles el saludo.

—A vuestra salud, amigos —dije.

Lo decía en serio, además. Aparte de los nombres de los extranjeros, que nos tomamos a broma, ambos iban bien vestidos y hablaban con corrección, aunque su aspecto era sin duda un poco extraño.

Uno era, como he dicho, inusualmente alto y sus rasgos afilados convergían en un punto cercano a su nariz, razón por la cual me recordaba a un elfo. No obstante, era sobre todo humano, había alcanzado la mediana edad y tenía el cabello grisplateado, ojos oscuros y una sonrisa triste, casi nostálgica. Sus manos eran de huesos finos y dedos largos y delgados.

El maestro Bajo también era humano, pero supuse que tenía sangre de enano. Era el humano más bajo que yo había visto. He conocido kenders que lo superaban en estatura, pero su pecho era como un tonel de cerveza y sus brazos parecían capaces de atravesar la roca maciza de un puñetazo si así se le antojaba. Tintineaba al caminar, lo que significaba que llevaba una cota de mallas bajo la ropa. Eso no era tan raro como suena, ya que habíamos oído rumores de guerra, muy lejos, hacia el noroeste, en algún punto situado alrededor de las montañas Khalkist. Parece que en esa región están siempre librando guerras interminables.

Siendo no sólo el alcalde, sino también el propietario de uno de los mayores molinos de grano del valle, consideré que me correspondía recibir adecuadamente a los extranjeros, y por eso pronuncié un breve discurso, dándoles la bienvenida, y acabé preguntándoles si venían por negocios o por placer.

—Negocios y placer, señor alcalde. —El maestro Bajo se puso en pie y se dobló por la cintura. Se encaramó a una silla para que lo viéramos todos los presentes en la taberna y prosiguió—: La buena gente de Villabuena sin duda se preguntará por qué hemos venido a visitar vuestro próspero valle. Hemos oído contar que vuestros hijos son hermosos, vuestra cerveza soberbia y que —hizo una pausa con la habilidad de

un actor profesional— os consideraréis los mejores jugadores de ajedrez de todo Ansalon.

—¿Qué insinúas con eso de que «nos consideramos»? —gritó el granjero Reeves, y todos nos echamos a reír con auténticas ganas.

Como he empezado a decir antes, si tenemos una pasión en el Valle de la Panera (sin contar la agricultura), es el ajedrez. Había un tablero cuadrículado en cada mesa de la taberna, en cada casa del valle, e incluso uno gigante en la plaza del pueblo, que se utilizaba para la competición anual entre los habitantes del valle. Teníamos clubes infantiles de ajedrez, la Liga de Jugadoras de Ajedrez, la Liga de Jugadores de Ajedrez, la Liga de Jugadoras y Jugadores de Ajedrez, la Asociación de Ajedrecistas, el Gremio de Ajedrecistas y muchas más. Nuestros jugadores recorrían todo Ansalon, desplazándose adondequiera que se celebrara un torneo para competir en él. Tuvimos que construir un pabellón para alojar nuestros trofeos. No sólo sabíamos que éramos los mejores; habíamos vuelto a casa con las pruebas de ello, conquistadas en torneos de todo el continente.

El maestro Bajo se inclinó ante nosotros para reconocer este hecho y luego continuó:

—Por esa razón, el maestro Alto y yo hemos venido a Villabuena, para admirar a vuestros hijos, beber vuestra cerveza y desafiar a todos y cada uno de vosotros a una partida de ajedrez con el maestro Alto, que se considera el mejor ajedrecista de todo Krynn.

—Estaremos encantados de jugar con el maestro Alto —dije, sacando un tablero de ajedrez—. Como alcalde, yo seré el primero.

El maestro Bajo alzó una mano que, advertí, estaba llena de callos y tostada por el sol, más apta para empuñar una espada que para mover una pieza de ajedrez.

—Ah, pero una partida de taberna, al ser amistosa y por diversión, no es precisamente lo que habíamos pensado. El maestro Alto y yo tenemos que comer —dijo el maestro Bajo, disculpándose como si eso fuera una debilidad. El maestro Alto asintió tristemente—. El ajedrez es nuestra manera de ganarnos la vida. Si venís al descampado donde hemos montado nuestras tiendas, en los terrenos de la Feria del Solsticio de Verano, os mostraremos lo que teníamos en mente. Creo que opinaréis que merece la pena.

Dije que iría al día siguiente a echar un vistazo. Ese día, varios de nosotros fuimos paseando hasta los terrenos de la Feria del Solsticio de Verano, donde los forasteros habían erigido sus tiendas.

Éstas eran de una tela cara, compuesta por paneles rojos, dorados y blancos cosidos unos a otros. Había tres: dos pequeñas y una grande. En las dos pequeñas dormían el maestro Alto y el maestro Bajo. (No pude evitar preguntarme si al maestro Alto le sobresalían los pies por delante cuando dormía, porque parecía imposible que

cupiera en aquel espacio). La grande estaba abierta por los cuatro costados y en el interior había una mesa y dos sillas.

La mesa era redonda, de más de un metro de diámetro y tenía cuatro patas. Incrustado en el centro había un tablero cuadrulado, con casillas alternas de madera clara y oscura.

Allí estaba el maestro Alto, sentado. La silla que tenía enfrente estaba vacía, aguardando a su oponente. Sobre la mesa había un juego de ajedrez, ya montado, junto a un pequeño plato de latón.

Sólo reparé en el plato más tarde. Al principio sólo tuve ojos para el tablero de ajedrez.

Era sencillamente el más grande, más maravilloso, más valioso y más hermoso juego de ajedrez al que cualquiera de nosotros había puesto jamás la vista encima.

Las piezas con las que jugábamos estaban en su mayoría talladas en madera, aunque algunos habíamos traído juegos de piedra hechos en Thorbardin o de acero forjados en Palanthas, con reyes y reinas, caballos y torres. Este juego era diferente. Estaba compuesto por dragones y no era de madera, piedra o acero. Si existía un metal precioso o una rara gema en Ansalon, estaban en este juego de ajedrez.

Paladine, el Dragón de Platino, mandaba el bando de la Luz. La pieza alcanzaba al menos los veinte centímetros de altura y estaba fundida en platino macizo con tal destreza que pude distinguir cada una de las mil escamas individuales del dragón, y su brillo era extraordinario. A su lado, donde normalmente se hallaría la reina, se erguía una hembra de dragón. Estaba realizada en plata pura y era tan delicada y hermosa que las lágrimas afluían a nuestros ojos con sólo mirarla.

Al otro lado del tablero se desplegaba el bando de las Tinieblas, representado por un dragón de cinco cabezas, cada una de un color. Este dragón tenía gemas incrustadas y centelleaba con una miríada de tonalidades que mareaban a la vista. En la casilla contigua a la del dragón de cinco cabezas había otro tallado en un raro ópalo negro.

El resto de las piezas lucían igualmente valiosas e igualmente espléndidas. Las torres eran fortalezas custodiadas por dragones, con los reptiles abrazados a su alrededor, hechas de metales preciosos las de un bando y de diamante las del otro. Los caballos eran dragones con jinetes, y los peones eran dragones hechos de latón, más pequeños, en el lado del Bien y guerreros draconianos en el bando de la Oscuridad. Cada pieza era de un metal precioso —oro, plata y platino— o de una piedra preciosa —diamante, esmeralda, zafiro y rubí.

He oído decir que ciertos objetos valen «el rescate de un rey». El mismísimo Príncipe de los Sacerdotes de Istar quizá valiera el precio de este juego de ajedrez, pero lo dudo.

Seguí contemplando el tablero con las piezas y no me avergoncé de secarme

lágrimas de admiración de los ojos. Más de uno de los presentes hacía lo mismo.

El maestro Bajo esperó hasta que todos hubimos examinado a placer el prodigioso conjunto de dragones y entonces anunció:

—Éstas son las condiciones. Pagaréis una moneda de acero por el privilegio de jugar al ajedrez contra el maestro Alto. Si lo vencéis, os marcharéis de aquí con este magnífico juego de piezas.

No podía creer lo que escuchaban mis oídos. Desvié la mirada de los nobles metales y las joyas para posarla en el maestro Alto y el maestro Bajo.

—¿Habláis en serio, caballeros? —pregunté con firmeza.

—Muy en serio, señor alcalde —dijo el maestro Bajo.

Metí la mano en mi monedero, como todos los demás que me rodeaban, dentro y fuera de la tienda. Las monedas de acero tintinearón en el plato de latón. Depositamos papelitos en el sombrero del maestro Bajo para ver quién sería el primero... y resultó ser Bommon. Yo proferí un benévolo gruñido de decepción. Bommon era uno de nuestros campeones de ajedrez. Todo un sector del pabellón de trofeos estaba dedicado exclusivamente a Bommon.

—Bueno, amigos, ya podemos irnos a casa —dije al resto—. Bommon, aquí presente, ganará el juego de ajedrez.

Pero nadie se fue a casa. Todos se quedaron a verlo.

Bommon eligió el bando de las tinieblas y, por un momento, fue incapaz de concentrar su atención en el juego, de tan fascinado como estaba, tocando, admirando y lanzando exclamaciones por todos los detalles de las maravillosas figuras; pero, finalmente, se calmó y empezó la partida.

Durante casi tres cuartos de hora, Bommon y el maestro Alto alternaron sus movimientos. El resto de nosotros observábamos, con excepción del maestro Bajo, que no mostraba interés alguno por el juego. Recogió las monedas de acero y las llevó a su tienda, para luego colocar de nuevo el plato de latón vacío sobre la mesa. A continuación se dedicó a matar el tiempo, sacando brillo a una espada muy bonita que colgaba de un raído arnés en la parte delantera de su tienda y preparando varios tableros y piezas de ajedrez para exponerlos a la venta, aunque ninguno tan bueno como el que utilizaba su socio.

Al final, el maestro Alto avanzó su Dragón Plateado una casilla, sonrió y se arrellanó en su asiento para indicar que la partida había terminado. En ese momento se me ocurrió que no le había oído pronunciar ni una palabra desde que ambos llegaron al pueblo.

Bommon estudió la situación y meneó la cabeza.

—¡Ah! ¡Tienes razón! Jaque mate en dos movimientos. Me has ganado, maestro Alto —admitió Bommon. Soltó un hondo suspiro y sonrió—. No obstante, ha sido la mejor partida de mi vida. Recordaré esa combinación de movimientos. Me ha

impresionado particularmente tu movimiento del caballo hacia mi flanco protegido. ¡Ha demostrado ser brillante!

El maestro Alto se inclinó ligeramente sin levantarse de su silla y señaló con la mano abierta el plato de latón, como si invitara a Bommon a depositar otra moneda.

Bommon negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Me temo que hoy no puedo. Debo volver al trabajo; pero gracias por la partida. ¿Quizá mañana?

—Mañana, a la hora que quieras —dijo el maestro Bajo, adelantándose diligentemente y haciendo ruido con el plato de latón.

Bommon lanzó una última y anhelante ojeada al hermoso juego de ajedrez, se puso en pie y se marchó.

Los demás intercambiamos miradas. Habíamos encontrado a un digno rival. Eso era obvio. Frotándome las manos con satisfacción, me senté a jugar.

El maestro Alto sólo tardó un cuarto de hora en acabar conmigo. Uno por uno, todos sucumbimos a su habilidad sin par; pero ninguno consideró que había malgastado la moneda. Ese día nos marchamos; pero sólo para regresar a casa, para practicar nuestra estrategia y prepararnos para el día siguiente.

La noticia del desafío, el valioso juego de ajedrez y la habilidad del maestro Alto se difundió rápidamente por todo el valle. Cuando llegué al otro día, tuve que hacer cola detrás de quince personas: hombres, mujeres y niños ansiosos por probar su destreza. Al concluir la semana había tanta gente clamando por jugar que el maestro Bajo se vio obligado a repartir papeletas numeradas y programar turnos y horarios.

Ingentes multitudes se congregaban alrededor de la tienda principal, conteniendo la respiración y observando en silencio, sólo interrumpido por el tintineo de las monedas de acero en el plato de metal. Se habían levantado más tiendas, pues el comercio de Villabuena no había vacilado en aprovechar a fondo la ocasión. La viuda Picazo hacía su agosto vendiendo fruta fresca a los que les entraba hambre mientras esperaban. El edil Johannson se ofrecía para desvelar estrategias de victoria garantizadas a cualquiera que le pagara tres monedas de acero. La muchedumbre estaba de buen humor.

—Hoy es mi gran día, ¿eh, maestro Alto? —exclamó la señora Tocino.

Otto Forja gritó a su espalda:

—¡Sólo necesitas jugar hasta que llegues a mí, maestro Alto! Después de eso, ya no conservarás tu excelente juego de ajedrez.

Empezó la primera partida del día. Al sexto movimiento quedó claro que el maestro Alto había ganado. Su adversario, un hombre bajo de la Cofradía de Sastres, se puso en pie y estrechó la mano del maestro.

—Me temo que hoy no tengo un buen día. Eres verdaderamente el mejor jugador de ajedrez con quien me he topado en toda mi vida, con una sola excepción.

El maestro Alto pareció sorprendido e irguió la cabeza.

El maestro Bajo se acercó a grandes zancadas; finalmente, algo había despertado su interés.

—¿Y quién puede ser esa excepción, mi buen señor?

—El hombre al que llamamos Patanegra, maestro. No sabemos gran cosa de él. Vive aquí desde hace poco tiempo o, por lo menos, si ya se había instalado antes, no lo habíamos visto hasta este verano. Vive en algún lugar de la montaña, a bastante altitud, y baja al valle de vez en cuando para jugar una partida de ajedrez. Es un solitario, una especie de anacoreta, y no muy amistoso. Pero es un apasionado del ajedrez, y tan bueno como el maestro Alto, aquí presente, o mejor, si me perdonáis por decirlo.

El maestro Alto pareció extremadamente incomodado por la observación. Frunció el ceño mirando el tablero de ajedrez y movió varias piezas adelante y atrás con su largo dedo índice.

El maestro Bajo suavizó la tensión con una sonrisa y una palmadita en la espalda del aspirante derrotado.

—Bueno, entonces tal vez este Patanegra se acercará a jugar una partida con nosotros, ¿eh, sastre? Entonces lo veremos.

No era imposible. Yo mismo había jugado contra el misterioso Patanegra y, aunque distaba de ser un oponente genial, era sin duda un jugador excelente. Me había hecho picadillo en tres movimientos, recurriendo a un gambito que yo jamás había visto antes y que no he vuelto a ver después. A partir de aquel momento, todos los habitantes de Villabuena empezamos a hablar de la gran partida que tendría lugar y a buscar a Patanegra, con la esperanza de que efectuara una de sus raras visitas a nuestro pueblo.

—El siguiente —gritó el maestro Bajo.

Tomó asiento una mujer alta con botas muy gastadas por el uso y calzones de campaña. El maestro Alto se puso en pie, le dedicó una leve reverencia y volvió a sentarse. En veinte movimientos, el maestro Alto volvió a imponerse. Sin pronunciar palabra, la mujer se puso en pie y salió de la tienda con paso firme.

El día transcurrió partida tras partida. El maestro Alto no se tomó ni un descanso, ni siquiera para comer. El maestro Bajo se afanaba por toda la zona, entrando apresuradamente en su tienda de vez en cuando para reponer las existencias de juegos de ajedrez para el público. Las ventas iban viento en popa, pues más de un aspirante potencial compraba un juego para entretenerse mientras esperaba y practicaba contra los demás jugadores.

Al final de ese día, el maestro Alto había derrotado a diecisiete oponentes. La cola no había disminuido frente a la tienda. El maestro Bajo salió para encararse con los cincuenta jugadores que aguardaban.

—Proseguiremos con las partidas hasta la puesta de sol. Invitamos a aquéllos que no puedan jugar a volver por la mañana. Si no pueden jugar mañana, tengan la amabilidad de devolver las papeletas y permitir que otro ocupe su lugar. Les devolveremos el dinero, naturalmente.

El maravilloso juego de ajedrez resplandecía y centelleaba bajo el sol de última hora de la tarde que penetraba en la tienda. Todos los que se habían sentado a jugar con aquellas fabulosas piezas ansiaban verlas brillar en su propia vivienda. La fenomenal habilidad del maestro Alto asombraba y deleitaba a todos los que observaban y a todos los que jugaban contra él.

Nadie devolvió ni una sola papeleta.

El día siguiente fue una repetición del anterior. La gente llegó a la tienda antes de que los dos hombres estuvieran despiertos siquiera; todos se sentaban en silencio sobre la hierba que crecía frente a la gran tienda y practicaban sus movimientos.

El maestro Alto puso manos a la obra inmediatamente, hacia el mediodía había derrotado a once jugadores y parecía acelerar el ritmo. Su undécimo adversario, Toby Rodero, uno de nuestros niños de diez años más curiosos, preguntó:

—¿Por qué los reyes y reinas humanos son dragones en vuestro juego, maestro Alto?

El aludido lanzó una breve y melancólica mirada en dirección al maestro Bajo, que se apresuró a responder.

—Una sabia pregunta, hijo. El maestro Alto y yo creemos que las fuerzas del Bien y del Mal están mucho más influidas por los dragones que por cualquier humano. El poder, la inteligencia y la sabiduría de los dragones los hacen más apropiados para ser las piezas principales del tablero, ¿no estás de acuerdo?

Toby se encogió de hombros, poco interesado por la filosofía y mucho más por ganar. Efectuó su movimiento. El maestro Alto contraatacó limpiamente y, en cuatro movimientos más, la partida se había decidido a su favor.

—Supongo que no puedo llevarme sólo un peón —dijo Toby, manoseando con añoranza un draconiano con joyas incrustadas.

El maestro Alto negó con la cabeza. Toby dejó el peón y salió corriendo a reunirse con sus compañeros de juego.

Transcurrieron otros dos días y el maestro Alto derrotó a todos los que se le pusieron delante. Acababa de anotarse su centésima victoria, a primera hora del quinto día, cuando la cola de personas que aguardaban su turno para jugar y las que permanecían a su alrededor como espectadores empezaron a murmurar, cuchichear y señalar. Yo venía de visitar a la viuda Picazo y, al volverme, vi el motivo de todo aquel revuelo. Un hombre vestido todo de negro, con pantalones de cuero y altas botas, subía por la colina a grandes zancadas.

—¡Patanegra! —El murmullo de excitación se propagó.

Tal era el apodo que le habíamos endilgado, ya que nunca había querido decirnos su nombre.

Patanegra ocupó en silencio su lugar al final de la cola. El maestro Bajo se apresuró a acercarse y ofrecerle el plato de latón. Patanegra depositó una moneda de acero. Una oleada de expectación estremeció a la multitud. Varios niños corrieron al pueblo para comunicar la noticia y pronto la mayor parte de la población de Villabuena había abandonado sus cosechas y su colada, sus herrerías y posadas para presenciar lo que sabían que sería la mejor partida de ajedrez del siglo.

El maestro Alto esperaba con evidente ansiedad esta partida, tanto como el resto de nosotros. No dejaba de recorrer con la mirada la cola hasta llegar a Patanegra y despachaba a los sucesivos jugadores con rapidez y habilidad, pese a su aparente falta de concentración. Incluso el maestro Bajo parecía estar nervioso ante la perspectiva del encuentro. Dio por terminada la venta de tableros de ajedrez y, sentándose a abrillantar su espada, la frotó con tal fervor que el arma resplandecía.

Patanegra esperaba y observaba sin hablar con nadie. No era un tipo agradable. De hecho, la mayoría nos sentíamos muy incómodos cuando él andaba cerca y, en general, nos alegrábamos sobremanera cuando se marchaba. Tenía unos ojos negros e impasibles, una piel pálida y fría y unas manos húmedas y manchadas. Yo mismo le había sugerido que existían otros valles tan hermosos como el nuestro en otras partes del mundo, donde estaba seguro de que él se sentiría más cómodo; pero siempre sostenía que le gustaba más Villabuena, lo cual resultaba muy halagador, de modo que ¿cómo podía discutirsele?

Aun así, tuve que reconocer que me alegré de que Patanegra no se hubiera mudado todavía. No antes de jugar al ajedrez con el maestro Alto.

Por fin le llegó el turno. Se acercó a la mesa a paso vivo, se detuvo y contempló el maravilloso tablero de ajedrez. Observaba las piezas con una avidez que, en verdad, no creí que nadie de nosotros sintiera, y eso que la mayoría deseábamos con desesperación poseer ese juego. Patanegra no se conformaba con desearlo: lo codiciaba, su deseo era casi lascivo. Alargó la mano para tocar el dragón de cinco cabezas, compuesto por varias joyas talladas de diferentes colores. Su mano temblaba por la ansiedad y le oí soltar un quedo suspiro.

—¿Es verdad —dijo con una voz sepulcral que me dio dentera e hizo que se me pusiera la carne de gallina a lo largo del espinazo— que entregarás ese bello juego de ajedrez a cualquiera que te venza?

—Verdad es, señor —dijo el maestro Bajo.

Patanegra tomó asiento en silencio. El maestro Alto se inclinó hacia adelante en su silla. El maestro Bajo dejó de sacar brillo a su espada y, abriéndose paso a codazos entre la multitud, se situó al lado de su socio para observar, algo que no había hecho hasta entonces. Su rostro tenía una expresión ansiosa. El aspecto del maestro Alto era

lúgubre.

Indudablemente, temían perder su valioso juego de ajedrez.

Patanegra realizó el primer movimiento, una osada apertura de caballo. El maestro Alto asintió y miró al maestro Bajo, algo que tampoco él había hecho hasta entonces. El maestro Bajo le respondió con un gesto afirmativo. El maestro Alto estudió el tablero, pensó durante mucho tiempo y finalmente contrarrestó el movimiento dando salida a un alfil.

Patanegra gruñó y se dispuso a jugar en serio.

La partida se prolongó treinta movimientos sin que ningún bando obtuviera una ventaja. La muchedumbre se arracimaba alrededor del tablero, tan silenciosa como si todos estuvieran observando desde sus tumbas.

Llegaron a los cincuenta movimientos y la ventaja empezaba a decantarse hacia el aspirante. El maestro Alto parecía nervioso. Le temblaba la mano cuando tocó su rey en forma de Dragón de Platino. El maestro Bajo sudaba y parecía aun más ansioso que antes. El maestro Alto asintió una vez más en dirección a su socio y efectuó un movimiento con su Dragón de Platino.

Patanegra empezó a reír lentamente y avanzó su dragón de cinco cabezas hasta la casilla que le daba la victoria.

—Jaque mate en dos jugadas, maestro Alto.

Un suspiro colectivo se elevó de la multitud. Acabábamos de presenciar una partida de la que hablaríamos durante el resto de nuestra vida, pero no era eso. Nos parecía una vergüenza terrible que el frío e insociable Patanegra fuera ahora el propietario del exquisito juego de ajedrez.

El maestro Alto se echó hacia atrás en su asiento, pálido y descompuesto. El maestro Bajo parecía conmocionado. Abría y cerraba la boca, pero se había quedado sin habla.

—Me parece que te he superado, maestro Alto —dijo Patanegra con una maliciosa sonrisa—. Te agradecería que me entregaras el trofeo ahora mismo.

Todos esperamos, contra toda esperanza, que el maestro Alto realizara algún movimiento brillante que le permitiera alzarse con la victoria. Contempló el tablero, meneó la cabeza, y por fin, lentamente, se puso en pie y se inclinó ante su adversario.

—Es verdad que me habéis vencido, señor. —Indicó por señas al hundido y tembloroso maestro Bajo que se adelantara—. Trae la caja, maestro Bajo. Debemos embalar el juego de ajedrez.

—Embálalo bien —ordenó Patanegra en un tono desagradable—. Me espera un largo camino y no quiero que sufra daño alguno.

El maestro Bajo ahogó un sollozo y regresó a su tienda arrastrando los pies. El maestro Alto se desplomó en su asiento como si sus piernas se hubieran quedado sin fuerzas y ya no sostuvieran su peso. Acarició las piezas una por una con adoración,

despidiéndose de ellas. Tuve que apartar la mirada. No podía soportar la visión del dolor que reflejaba su rostro.

Transcurrió un buen rato. El maestro Bajo no reaparecía y Patanegra empezó a impacientarse.

—No pensarás en echarte atrás con nuestro trato, ¿verdad, maestro Alto? —dijo Patanegra, con el rostro lívido de ira—. Conserva tu caja, no la necesito.

Extendiendo la mano, cogió el Dragón de Platino, y estaba a punto de guardárselo en el bolsillo cuando el maestro Bajo salió de su tienda.

Los testigos más próximos a él prorrumpieron en ahogadas exclamaciones y retrocedieron, mientras los que se encontraban al final de la muchedumbre estiraron el cuello para ver lo que provocaba aquella conmoción.

El maestro Bajo no traía una caja. El único objeto que llevaba era su espada. Se había ataviado con su armadura completa, que brillaba como la plata a la luz del sol, y encima llevaba el tabardo ceremonial de un Caballero de la Rosa.

Enfiló directamente hacia Patanegra, que lo observaba de reojo con suspicacia y desdén.

—¿Qué ocurre? —exigió saber Patanegra con una áspera carcajada—. Te has vestido para la Noche del Ojo, ¿verdad?

El maestro Bajo extrajo la espada de su vaina y la sostuvo frente a él en el clásico saludo de la caballería.

—Soy *sir* Michael Cuerporrecio, Caballero de la Orden de la Rosa. La Sagrada Escritura de Paladine me impone, como Caballero de Solamnia, que combata el Mal dondequiera que lo encuentre. Es mi deber por lo tanto, Patanegra o comoquiera que os hagáis llamar, derrotaros en combate. Preparaos, señor.

Patanegra lo miró fijamente y luego empezó a reír. *Sir* Michael le llegaba a la cintura.

—¡Tú, enano! —exclamó Patanegra con una risotada—. Será mejor que guardes esa espada antes de que hagas daño a alguien.

Miré al maestro Alto, esperando que interviniera para ahorrarle a su socio un ridículo mayor. Pero el ajedrecista se limitaba a observar con una media sonrisa pintada en el rostro.

Como alcalde, mi deber era tomar cartas en el asunto.

Di un paso al frente.

—Un momento, maestro Bajo —dije—. Patanegra ha ganado limpia y justamente. Ha sido una gran partida. Es una lástima que hayáis perdido vuestro valioso juego de ajedrez, pero fuisteis vosotros quienes lo apostasteis, no lo olvidéis.

Sir Michael se inclinó ante mí.

—Señor alcalde, si queréis seguir mi consejo, avisad a vuestra gente para que abandone esta zona y regrese a sus casas.

—Pero bueno, señor mío... —Me detuve en seco.

Patanegra contemplaba al caballero con tanto odio que me hizo desear hallarme al otro lado del monte Prebenda con un buen caballo y el camino despejado. Empecé a retroceder, apartándome de la tienda.

—Damas y caballeros —declaré en voz alta—, creo que sería buena idea que hicierais lo que os aconsejan. En especial los que tenéis hijos pequeños.

Una sensación de amenaza, de peligro, se esparció entre nosotros como una niebla oscura y desagradablemente húmeda que se arrastrara por nuestro soleado valle. Los niños empezaron a lloriquear de miedo y debo reconocer que noté como si también fuera a soltar uno o dos gemidos. Como alcalde de Villabuena, mi obligación era permanecer en el escenario, como hicieron varios de los ediles. El resto de nuestros convecinos corrió ladera abajo, presa de un pánico que parecía crecer y extenderse como un incendio forestal.

En todo este tiempo, Patanegra no se había movido. Permanecía en pie, sosteniendo el Dragón de Platino en la mano y mirando alternativamente al maestro Bajo y al maestro Alto.

—Habéis sido retado, señor —dijo *sir* Michael en tono glacial. Desenvainó su espada—. Luchad o pereced en el sitio, Maligno.

Patanegra arrojó inesperadamente la pieza de platino contra *sir* Michael. El caballero alzó los brazos; la pieza le golpeó en el hombro y rebotó.

—Maligno soy, pequeño caballero —le espetó secamente Patanegra—, pero no como tú sospechas. Tengo una sorpresa para ti, *sir* Michael.

Patanegra se llevó una mano al anillo que llevaba y de pronto su apariencia humana empezó a cambiar. Comenzó a aumentar de tamaño. Antes tenía aproximadamente mi estatura, quizás un poco más espigado, pero en menos de un minuto era más alto que el poste central que sostenía la tienda. Sus ropas parecieron fusionarse con su cuerpo y en su lugar aparecieron... ¡relucientes escamas negras! De la espalda le brotaron alas. La mandíbula se le proyectó hacia adelante, la nariz se le alargó hasta reunirse con ésta y transformarse en un hocico, bajo el que se abría una boca repleta de horribles colmillos. Los ojos eran rojos como los rubíes del juego de ajedrez. De los dedos surgieron unas garras curvas. Una cola negra fustigó salvajemente el aire.

—¡Ésta es mi verdadera forma! —anunció, disfrutando con nuestro pavor.

Estremeciéndose en el aire, alrededor de Patanegra se vislumbraba la translúcida imagen de un Dragón Negro. Aún no había completado su transformación, pero eso era lo que sería cuando la culminara.

El dragón era enorme. Se elevaba por encima de nosotros con las fauces restallando, el mortal aliento ácido y una envergadura que ocultaba el sol, sumiéndonos en las tinieblas.

Al verlo, varias de las personas que se habían quedado conmigo aullaron y huyeron por la colina. A mí me habría gustado salir corriendo también, pero estaba paralizado por la sorpresa y el susto.

¡Un Dragón Negro!

¡Habíamos estado alojando a un Dragón Negro en nuestro pacífico valle!

—¡Estás perdido! —siseó Patanegra—. ¿Cómo puede un enano como tú luchar contra una criatura tan poderosa como yo?

Dentro de un momento sería más alto que el roble más alto, y su aliento ácido llovería sobre nosotros. En un momento...

—Deberías haberte enfrentado a mí con tu forma humana —comentó *sir Michael*—. Te concedo esa oportunidad.

Saltó para atacar a la criatura mitad humana, mitad bestia. Si la hoja hubiera encontrado carne, habría acabado con Patanegra. Sin embargo, la espada del caballero chocó contra escamas y el golpe salió desviado inofensivamente.

Patanegra coceó con sus cuartos traseros de dragón, alcanzando a *sir Michael* en el pecho y proyectándolo violentamente hacia atrás. El caballero se estrelló contra la mesa donde reposaba el tablero de ajedrez. La mesa se hizo añicos. *Sir Michael* cayó rodando y permaneció tendido entre las astillas, aturdido. Las prodigiosas piezas se precipitaron sobre él como pétalos de rosa esparcidos sobre una tumba.

El maestro Alto se arrodilló junto a su amigo con la ansiedad dibujada en el rostro y lo examinó para cerciorarse de que estaba bien.

—¡No estoy herido! —jadeó *sir Michael*, que ya forcejeaba para ponerse en pie—. ¡Debes... detenerlo! No dejes... que crezca...

Sensatas palabras. El dragón se hacía mayor a cada segundo que pasaba. Las alas habían empezado a desplegarse, el cuello serpenteaba con sinuosas curvas. En el cuerpo aparecían cada vez más escamas que cubrían todas las superficies presuntamente vulnerables a un ataque.

El maestro Alto se levantó de un brinco. Alzando la mano derecha, pronunció una única palabra, que resonó entre nosotros como el clamor de una trompeta de plata que anunciara a un ejército de caballeros al rescate. No la comprendí, pero aportó una débil esperanza a mi corazón y, por un momento, alivió mi miedo.

Fuera cual fuese su significado, esa palabra parecía poseer un arcano poder. Golpeó a Patanegra como si fuera una lanza. El monstruo se estremeció, jadeó entrecortadamente por la rabia e hizo rechinar los dientes.

El conjuro de transformación se interrumpió bruscamente. En ese momento Patanegra estaba atrapado en medio de dos formas: medio humano, medio dragón.

La bestia aulló, farfulló algo y propinó un letal zarpazo al maestro Alto, pero éste se mantenía cautamente fuera de su alcance. Muy despacio y pronunciando más palabras extrañas, el maestro Alto empezó a dar vueltas alrededor de Patanegra, que

se esforzaba por seguir los movimientos del hombre con su cabeza de serpiente.

Mientras giraba, el maestro Alto realizaba movimientos rotatorios con las manos, como si estuviera enrollando una cadena que sólo él veía.

El hombre-dragón había sido sorprendido a mitad de su transformación, como un pollo a medio salir del cascarón. Enfurecido, Patanegra se abalanzó con las fauces abiertas sobre el maestro Alto. Sin embargo, el hombre-dragón no podía moverse con la velocidad de un Dragón Negro, y los mortíferos colmillos se clavaron en el aire. El maestro Alto comenzó a correr alrededor del colérico dragón, enrollando velozmente la cadena invisible que blandía.

—¡Deprisa, señor caballero! —gritó el maestro Alto—. ¡No puedo mantener el hechizo mucho tiempo!

Sir Michael se había puesto de pie, espada en mano. Resoplando bajo su pesada armadura, arremetió contra el furioso hombre-dragón que escupía y asestaba zarpazos.

Sir Michael le lanzó una estocada. El hombre-dragón paró el golpe con un nuevo zarpazo, o al menos lo habría parado si el caballero hubiese completado su ataque. En realidad, la acometida de *sir Michael* era una finta. Mantuvo la trayectoria de la hoja hasta que las letales garras del dragón se movieron y entonces se lanzó a fondo con todas sus energías, apuntando a una parte del pecho, ahora desprotegida, que todavía no estaba totalmente cubierta de escamas negras.

La hoja atravesó el pecho de la criatura medio hombre, medio dragón y salió empapada de sangre por la espalda de la bestia. Patanegra rugió de dolor y trató de arrancarse la mortífera hoja. *Sir Michael* se resistió valerosamente, aunque sus pies se separaron del suelo debido a los esfuerzos del monstruo enloquecido de dolor.

El dragón moribundo se convulsionó y azotó con la cola en todas direcciones. Su sangre y su corrosivo aliento llovieron sobre *sir Michael*, abrasando la carne del caballero allí donde la tocaban. Al poco rato, *sir Michael* se vio forzado a soltar su presa y se desplomó pesadamente, gimiendo de dolor.

El Dragón Negro se arrancó la espada del pecho, pero era demasiado tarde. La herida resultaba mortal. Patanegra empezó a desmoronarse. Miró con furia a los hombres que lo habían derrotado, en particular el alto y delgado jugador de ajedrez.

—¿Quién eres? —consiguió articular—. ¡Dímelo! ¿Quién eres tú para matarme? ¡No eres un humano ordinario, como pretendes!

El maestro Alto se adelantó un paso.

—Esto es por mi familia y por mi clan. En nombre de Vloorshad el Veloz y de Huma, el más valiente de todos, es un honor para mi poner fin al linaje de Basalto Dragonegro y acabar de una vez con su estigma sobre Krynn. Tú eres su último descendiente y contigo se extingue un gran mal en Ansalon.

Patanegra alzó la vista, agonizante. Vio, como todos nosotros en ese momento,

ondeando alrededor del maestro Alto la silueta transparente de un cuerpo cubierto de escamas plateadas, la grácil forma de una gran cabeza de dragón de escamas plateadas. Unas alas de plata se elevaron por encima de Patanegra. El monstruo negro soltó un gruñido, inclinó el rostro y murió.

La imagen del Dragón Plateado se desvaneció, dejando sólo al maestro Alto, el jugador de ajedrez.

El maestro ayudó a *sir* Michael a incorporarse. El resto de nosotros nos los quedamos mirando a ambos, incapaces de pronunciar palabra y con un asombro no exento de cautela.

Sir Michael sonrió tranquilizadamente.

—Nada temáis, amigos míos. Éste es Viso Vloorshad, el más joven del clan de los dragones de Vloorshad. Lamentamos haberos engañado a vos y a los nobles habitantes de Villabuena, señor alcalde —añadió el caballero para mí—, pero teníamos que obligar a Basalto a salir de su cubil para poder matarlo, y ésta era la única manera que estábamos seguros de que funcionaría.

El maestro Alto recorrió con la vista el convulso cadáver negro.

—Es bien sabido: Basalto Dragonegro nunca supo resistirse a una partida de ajedrez.

Y así termina la historia de la mayor partida de ajedrez con las apuestas más altas que jamás se haya jugado en nuestro valle.

Llevamos a *sir* Michael al pueblo, donde ambos fueron aclamados como héroes. Nuestro clérigo limpió sus heridas y el caballero se recuperó lo suficiente para aceptar mi invitación a cenar, acompañado por el maestro Alto.

—¿Cómo estabais tan seguros de que Patanegra era un Dragón? —pregunté.

—Porque fue el único que me venció —respondió el maestro Alto con una sonrisa—. No es ninguna ofensa para vuestro pueblo, señor alcalde. Sois hábiles jugadores de ajedrez, de eso no cabe la menor duda; pero, después de todo, sólo sois humanos.

Debo reconocer que sí me ofendí un poco.

—Jugaré contra vos aquí y ahora —dije, buscando el tablero.

El maestro Alto se puso en pie, sonriendo y negando con la cabeza.

—Lo siento, señor alcalde, pero si vuelvo a jugar una partida de ajedrez en los próximos mil años, me parecerá demasiado pronto.

Sir Michael también se incorporó.

—Adiós, señor alcalde. Debemos regresar para presentar nuestro informe y reanudar la lucha contra lord Ariakan. Si los habitantes del Valle de la Panera hacen caso de mi sugerencia, dejarán a un lado el ajedrez y empezarán a prepararse para recibir a un enemigo real.

—Lo haremos. No sé ni por dónde empezar a agradeceros lo que habéis hecho por nosotros —dije, estrechándoles la mano por turnos a modo de despedida—. Que Paladine guíe vuestros pasos.

Sir Michael y el Dragón Plateado salieron de la taberna entre los gritos y aclamaciones de la población.

Estaba a punto de convocar una reunión de los ediles del pueblo, cuando un joven vino corriendo hacia mí. En las manos sostenía una gran caja de madera.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Los dos extranjeros me han dicho que os lo diera, señor alcalde —dijo el muchacho.

Encima de la caja había una nota:

«Os dejamos esto, señor alcalde. Creemos que constituirá una incorporación a tono con vuestro palacio de trofeos. Así os traiga buena fortuna, a vos y a vuestro pueblo».

Abrí la tapa de la caja.

Allí, reluciendo y centelleando a la luz de la antorcha, estaba el magnífico juego de ajedrez.

Sólo le faltaba una pieza: la del Dragón Negro.

El Muro de Hielo

[Douglas Niles]

Keristillax despertó lentamente, agitándose de una manera tan imperceptible como el avance del cercano glaciar. Sus ollares exhalaban una vaharada de gélido aire, y transcurrió un año entero. Una membrana correosa, blanca como la nieve virgen, se hinchó progresivamente y, al cabo de cien días, dejó al descubierto un ojo de pupila hendida y color azul claro, bordeado de nieve. Unas alas crujieron, desalojando los carámbanos de hielo que se habían formado durante los últimos...

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

La primera pregunta surgió entre una bruma de blancura, de un lugar donde se mantenía al margen la abrasadora temperatura del mundo, donde las agujas de hielo perforaban el aire, en lacerantes ráfagas, impulsadas por el viento.

Keris meditó la pregunta mientras otro año pasaba volando.

«Soy el Dragón Blanco, Keristillax». Ésta fue la primera verdad que emergió de la pálida neblina, y le sirvió de base para sus pensamientos siguientes.

«Este lugar... Este lugar es una isla: Hielo Eterno..., el alcázar de Hielo Eterno».

El segundo retazo de conocimiento se presentó por sí solo, y en ese momento Keris tenía memoria.

La rocosa y yerma isla sobresalía del agua frente a la costa más meridional de Ansalon. Era un lugar desprovisto de vegetación y envuelto en un sudario de niebla, cubierto de hielo más de la mitad del año. En una ocasión, largo tiempo atrás, la flota de Tarsis había recalado aquí y un noble humano de gran riqueza y encumbrada posición se convirtió en el señor de este castillo. Entonces llegó Keristillax. El señor y sus súbditos murieron y, después de la primera oleada, las naves de Tarsis interrumpieron sus visitas.

Siguió una gran guerra y el Dragón Blanco acudió volando a la llamada de su Reina. Los clanes cromáticos se reunieron en Sanction y los Blancos emprendieron una abrumadora campaña, volando por el aire abrasado por el fuego en busca de violencia y gloria. Cuando se deslizaba majestuosamente hacia el enemigo, Keristillax sonrió con desdén al ver a los Dragones del Bien cargados de lanceros. Como sus congéneres dragones, el wyrm blanco desafió con desfachatez las minúsculas espinas que aquellos jinetes llevaban a la batalla.

Y vio morir a los Dragones Blancos, expulsados del cielo por las puntas de aquellas letales espinas. Vio a su Reina elevarse como una montaña por encima de Krynn en su momento de máxima gloria, atravesada por la lanza que empuñaba el caballero Huma. La Reina de la Oscuridad se marchitó y simplemente se desvaneció, abandonando a Keristillax y a sus congéneres supervivientes.

No era consciente —pero tampoco le habría importado— de que después de la guerra tuvo la fortuna de que se le permitiera regresar a su cubil. La mayoría de los dragones de la Reina, los que continuaban con vida, fueron condenados al Abismo tras la derrota. Sin embargo, Keris y varios más, como recompensa por los destacados servicios prestados durante la guerra, recibieron permiso para permanecer aletargados en los rincones olvidados de Krynn. Y así había retornado al alcázar de Hielo Eterno, sobre el afilado risco de roca y hielo que sobresalía por encima de las tormentosas olas. Arrastrándose hasta las catacumbas inferiores, se había sumido en un largo sueño.

Pero aun así, ¿cuánto tiempo había transcurrido? La respuesta a su primera pregunta permanecía oculta en la blancura circundante de lo desconocido, pues no había forma de contar los días, los inviernos o incluso los siglos, sumido en semejante estado de hibernación.

Fue la curiosidad, más que el hambre que había empezado a roerle el estómago, lo que finalmente impulsó a Keris, en el transcurso de un período de muchas horas, a apoyar su peso sobre sus cuatro patas provistas de garras. Cuando finalmente se movió, dio un largo y paciente paso, luego otro. La actividad le devolvió la vitalidad, realimentándose de sí misma, hasta que le permitió caminar grácilmente sobre sus almohadilladas extremidades, como una serpiente de alabastro de movimientos sinuosos.

Su memoria lo condujo a través del laberinto de pasadizos que se extendían por debajo del alcázar de Hielo Eterno, oscuras cavernas que estaban resbaladizas por la gélida niebla la primera vez que las había visitado. Ahora advirtió, con cierta estimulante sensación de orgullo, que estaban cubiertas por una gruesa capa de hielo. Sin duda, su frígida presencia había hecho descender la temperatura ambiental lo suficiente para crear esta bella escarcha.

El pasadizo terminaba bruscamente en un tapón azul oscuro donde se había condensado la nieve, comprimida a lo largo de muchos años hasta convertirse en hielo macizo. No suponía un obstáculo para un Dragón Blanco, y con unos cuantos zarpazos, Keris se abrió paso entre la masa congelada para salir a la pared vertical del risco que sustentaba el castillo. La entrada de esta cueva daba al sur, recordó, donde las frías aguas del mar se alejaban con la corriente hasta mezclarse con el lejano reino de los hielos.

Lo recibió una extensión de inmóvil blancura, una vasta sábana de gloriosa nieve que parecía extrañamente fuera de lugar sobre el océano. Keris comprendió que debía de haber despertado en medio de un invierno muy frío. Pero también le sorprendió que la blanca superficie estuviera tan cerca del nivel de su cueva. Recordaba esta atalaya: era una cornisa situada a más de trescientos metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, ahora la extensión nevada había ascendido hasta una décima parte de

esa distancia, meramente a un par de saltos más abajo.

Keris aún no estaba preparado para desplegar las alas, por lo que en su lugar dio un rodeo por la ladera cubierta de nieve de la empinada montaña de la isla. A medida que se aclaraba la visión hacia el norte, donde un canal tormentoso separaba la isla de Hielo Eterno de la costa de Tarsis, Keristillax se sentía cada vez más inquieto. ¡No había agua a la vista! En la dilatada memoria del Dragón Blanco, ni siquiera cuando el casquete circundaba por completo Hielo Eterno, jamás se había acumulado nieve sobre el mar abierto que se extendía al norte.

A la clara y prístina luz del día debería verse la costa de Ansalon, pero en su lugar sólo existía la manta de hielo que, por lo que alcanzaba a ver Keristillax, podía expandirse hasta cubrir el mundo entero. Como la escarcha de las mazmorras de Hielo Eterno, se trataba de un cambio fantástico, aunque en ese momento el dragón se vio obligado a reconocer que no había sido él quien había provocado la alteración. Se incomodó al pensar en las poderosas fuerzas que debían de haber actuado en el mundo mientras él dormía.

Echó a volar, arqueando las alas que, pese a su entumecimiento, lo elevaron fácilmente por los aires. Planeó en círculos alrededor del chapitel del castillo y comprobó que todo el lugar estaba recubierto de escarcha. A medida que sus espirales lo elevaban progresivamente a mayor altura, vio que la isla se había convertido en un pálido acantilado blanco en medio de ese glaciár.

«Estoy en el Muro de Hielo, y éste sigue siendo mi cubil». El orgullo que sentía era ahora mayor, una vez superada la inquietud por el puro deleite ante las perspectivas de este gran reino helado. ¿Qué fortaleza podía ser más perfecta para un Dragón Blanco? Remontándose a mayor altura cada vez, observó que el glaciár se prolongaba a lo largo de muchos kilómetros hacia el norte, internándose en el lugar que en otro tiempo fue Ansalon. A lo lejos divisó una pálida llanura polvorienta.

Entonces vio al otro dragón. También Blanco, el extraño wyrm se dirigía directamente contra el promontorio del castillo del Muro de Hielo. Keris viró rápidamente de vuelta y aterrizó sobre la alta torre antes de que el otro dragón se acercara demasiado. Cuando el wyrm descendió finalmente, describiendo amplias espirales alrededor del pináculo, en un largo e indolente planeo ladeado, Keristillax comprobó que el intruso era mayor que él, lo bastante grande para usurpar su espléndida guarida si, probablemente, así se le antojaba.

Pero no sería sin lucha. Keris escupió una ráfaga de escarcha al aire, un racha que no pasó cerca de la otra bestia, pero garantizó que la criatura se lo pensaría dos veces antes de atacar de frente.

—Paz, dragón de mi mismo clan —declaró el otro con una voz que recordaba a un iceberg al desprenderse de la pared de un glaciár—. Me llamo Tarrisleetix... ¡y traigo gloriosas noticias!

—¿De qué gloria hablas? —gruñó Keris, convencido de que este dragón llamado Sleet intentaba engañarlo.

—¡El retorno de nuestra Reina! Nos ha enviado como avanzadilla desde el Abismo, ha convocado a sus dragones de todo el mundo. ¡Nos estamos concentrando en los Señores de la Muerte!

—¡Regresa a tu gloria y a tus montañas de fuego! —rugió Keristillax. Recordaba bien a los Señores de la Muerte, donde los Blancos habían padecido durante varios años antes de involucrarse en la catastrófica guerra. Pretendía no volver a posar los ojos nunca más en aquellas cumbres volcánicas.

—Iré, pero no hasta que haya convocado a los demás..., los que como tú sirvieron bien a Takhisis en la Guerra de los Humanos y ahora yacen aletargados bajo la nieve.

Sleet pasó volando más cerca; su tono de voz era monocorde y sus ojos de color azul no perdían de vista a Keristillax.

—Es decir, tú debiste servirla bien, viejo dragón, para que ella se haya tomado la molestia de preservarte. Si yo no lo creyera así, no toleraría tus pésimos modales.

—Combatí contra los dragones de colores metálicos; maté a uno de Latón e incluso a uno Plateado. Pero luego las Dragonlances aniquilaron a los miembros de mi clan en grandes cantidades. Y si luchas contra ellos de nuevo, ¡harán lo mismo contigo!

—¡Bah! Los dragones de colores metálicos no participarán en esta guerra. —El tono de Sleet era despectivo—. Yo mismo conduje a los Blancos a las islas de los Dragones, donde encontramos los huevos de los Plateados en los encumbrados glaciares. Transportamos esos huevos a Sanction, mientras los Negros cogían los huevos de Dragón de Bronce de la salobre ciénaga. Y los Rojos se aventuraron hasta la mismísima ciudad de oro, donde dormían los necios de colores metálicos..., hasta que nuestra Reina los despertó.

—¿Por qué hizo semejante cosa? —gruñó Keris, acallado su escepticismo por su curiosidad.

—¡Takhisis ha forzado un juramento por parte de los dragones de Paladine! Sus huevos estarán a salvo siempre y cuando ellos se queden en sus islas. ¡En esta guerra no habrá dragones de colores metálicos!

Sleet bramó con una fuerza que sacudió la nieve en polvo de las pendientes de los muros del castillo, un recordatorio de que Keris no sería rival para él en un combate.

Pero el venerable Dragón Blanco había empezado a creer a este intruso, por lo menos lo suficiente para convencerse de que Tarrisleetix no había venido a robarle su cubil. Y las extrañas palabras del dragón habían planteado la cuestión que perturbaba su mente más que ninguna otra.

—¿Dices que la Reina me ha preservado? ¿Cuánto tiempo..., cuántos inviernos

han transcurrido desde la Guerra de los Humanos?

—Has dormido aquí, anciano —el título honorífico rebosaba de ironía mientras Sleet volaba en un ceñido círculo— durante más de mil trescientos inviernos. En este tiempo, el mundo que recuerdas ha sido destruido por el Cataclismo, arrasado por los propios dioses. Y, finalmente, nuestra Reina reúne sus fuerzas y se prepara para regresar.

De nuevo, Sleet lanzó un rugido, contorsionándose en el aire y remontando el vuelo en dirección a los hielos del sur. Su última orden fue dictada con el cuello extendido horizontalmente en toda su longitud, de modo que el poderoso wyrm hablaba casi desde su bajo vientre, una burla añadida.

—¡Vuela a las montañas Khalkist, viejo dragón, o la Reina te obligará a obedecer de otro modo!

Temblando de furia, Keris observó a la blanca figura que se alejaba hacia el sur disminuir de tamaño con la distancia. Sintió el momentáneo y orgulloso impulso de perseguir a Sleet, pero refrenó fácilmente este deseo. En su lugar, estrechó cada vez más sus giros en espiral entre miradas coléricas a su rival, resoplando hielo y vigilando al intruso hasta que Terrisleetix hubo desaparecido.

Sólo entonces descendió planeando desde la torre, describiendo gráciles círculos hasta posarse en el espacioso patio. Ya no tenía miedo. No sabía si creer o no las palabras de Sleet sobre los dragones de Paladine y el juramento. Sin duda, en parte eran ciertas, aunque no imaginaba que una simple promesa atara a los jactanciosos dragones de colores metálicos durante mucho tiempo.

Pero la auténtica verdad era que él estaba aquí, el único amo de su cubil; no tenía intención de volar jamás hacia los Señores de la Muerte.

Más de cuarenta años se depositaron lentamente sobre el glaciar del Muro de Hielo con escasas variaciones, excepto porque los inviernos eran oscuros durante largos meses, hasta que finalmente se animaron con breves días de penumbra. En los últimos tiempos, sin embargo, cada verano estuvo iluminado por un sol que parecía, por un tiempo, como si no fuera a ponerse nunca. Aun así, en las estaciones de luz y oscuridad, el frío se mantuvo constante, y el sudario de gloriosa nieve era un elemento aparentemente perpetuo sobre la tierra.

En ese tiempo, Keristillax se convirtió en el azote del glaciar, el gobernante indiscutido de los yermos árticos, desde la bahía de la Montaña de Hielo hasta la congelada masa del océano Courrain Meridional. No descubrió a otros Dragones Blancos, ni de ningún otro color. No transcurrió mucho tiempo antes de que el encuentro con Sleet se convirtiera en un nebuloso recuerdo sin sentido.

En los primeros años, Keristillax se topó con varias tribus de Bárbaros de Hielo acampados en las cercanías del castillo. Los exterminó sin demora, o los obligó a

huir. También se encontró con los thanois de largos colmillos, brutales guerreros adaptados a los yermos árticos que le ofrecieron obsequios y alimentos en señal de sumisión. A cambio, les permitió vivir y les concedió el honor de servirlo a él.

Su comida favorita siempre había sido el seboso cadáver de una foca recién sacrificada, y trece siglos de letargo no habían contribuido a reducir su apetito. Permanecía casi todo el tiempo cerca del castillo; pero, a menudo, volaba hasta la costa de la bahía de la Montaña de Hielo para cazar y devorar las rollizas exquisiteces que allí moraban. Como todos los Dragones Blancos, sólo necesitaba comer muy de vez en cuando..., por eso cuando lo hacía prefería nutrirse con algo que satisficiera a su paladar.

En medio de una primavera gris, cuarenta y tres inviernos después de la imprevista visita de Sleet, Keristillax decidió alejarse del castillo y voló rápidamente hacia la costa con una premura poco habitual en él. El invierno anterior había sido largo y oscuro, como siempre, y él había pasado la mayor parte durmiendo. No obstante, la caza había sido escasa en otoño y Keris se había despertado en esta fría primavera con un hambre atroz.

Sacudiéndose la modorra restante, aun después de varias horas despierto, Keris alzó el vuelo, aleteando en línea recta hacia el promontorio más cercano de la bahía de la Montaña de Hielo. Allí encontraría focas en grandes cantidades, y la perspectiva del banquete imprimía una mayor urgencia a sus alas.

Hasta que una mancha oscura atrajo su atención.

La forma era lisa y se parecía a una foca, pero ¿por qué iba a alejarse tanto del agua un animal? Emitiendo un escarchado bufido de irritación por sus flexibles ollares, Keristillax se ladeó para describir una suave curva alrededor del objeto que destacaba con tan vivo contraste sobre la blancura perfecta del glaciar nevado. A medida que se aproximaba, el Dragón Blanco percibió que su inmóvil objetivo era, de hecho, una foca: un gran macho muy voluminoso que al parecer dormitaba sobre el hielo.

En ese momento sus alas se adaptaron a un uniforme planeo, casi inaudible, y Keris se precipitó sobre la desprevenida criatura. Todas las preguntas sobre la inusual situación del animal quedaron enterradas por la ávida y temblorosa expectación ante un almuerzo inminente. El dragón imaginó la grasa caliente resbalando por sus fauces, la sangre descendiendo por su garganta, y tuvo que reprimir un gemido de placer. Era el momento de lanzarse en picado y sentir la presión del aire en las alas, el delator azote del viento a través de los carámbanos de su crin.

Al acercarse divisó el agujero, el negro círculo que constituía la vía de escape de la foca hacia las gélidas aguas del mar cubierto de hielo. Hipnotizado por el hambre, no reparó en que las elevaciones de un valle poco profundo identificaban este lugar como tierra firme. Keris vio que la foca se dirigía precipitadamente hacia el agujero y

sus alas blancas batieron con más fuerza. El dragón no advirtió que las aletas y la cola de la criatura renqueaban por el hielo, que era arrastrada por la fuerza de un sedal enrollado al cuello del animal; toda su atención estaba centrada en asestar el golpe de gracia y saciar su hambre.

El animal desapareció a través del círculo negro, pero el cazador no desistió. Como había hecho en incontables ocasiones anteriores, Keris hundió la cabeza en el hielo, dispuesto a enfrentarse a las gélidas aguas por la oportunidad de atrapar una aleta o una cola en movimiento.

Pero allí no había agua, sólo una fría y oscura caverna de paredes de hielo azul y roca viva. La foca rodó por un largo canal y, mientras caía, Keris percibió el olor de la muerte; era simple carroña. Aun así, hizo caso omiso de la evidencia de una trampa y estiró desesperadamente su elástico cuello en un esfuerzo por morder lo que pudiera salvar de su ilusorio almuerzo.

Un cepo de duro metal interrumpió dolorosamente su frenesí. Un cerco de acero se había cerrado alrededor del borde del agujero, apresándole el cuello, y Keris echó la cabeza hacia atrás de una furiosa sacudida. Zarandó la cabeza de lado a lado, intentando desembarazarse del collar, pero estaba bien apretado.

Salió del agujero, se agazapó y acercó el morro a la abertura; abrió las fauces y emitió un chorro de hielo mortal. Cuando la vaporosa niebla se disipó, trató de escrutar las tinieblas, olisqueando en busca de pistas sobre la naturaleza de su enemigo.

—Saludos, Keristillax.

La voz procedía de detrás él y el Dragón Blanco se giró en el acto, fustigando el aire con su cola. Pero vio que el humano que había hablado estaba fuera de su alcance.

—Eres un dragón poderoso, pero demasiado impulsivo. Deberías dejarme hablar.
—La voz del hombre era franca, su rostro inexpresivo excepto por un atisbo de admiración.

Keris estaba lo bastante sorprendido para titubear antes de atacar de nuevo. Su furia instintiva contra los sucesos inesperados empezó a sosegar en su interior. Podía permitirse el lujo de examinar a esa persona durante unos momentos antes de destruirla.

—¿Quién eres? —preguntó imperiosamente Keristillax mientras, con gracia felina, aposentaba con firmeza sus cuatro patas en el hielo. Parpadeando indolentemente, estudió al hombre vestido con una coraza de cuero negro muy ceñida. Lo único visible del él era su rostro, pues una ajustada capucha sobresalía de su coselete y cubría su cuero cabelludo, mientras que las botas y los flexibles guantes parecían formar parte de la misma piel.

—Soy lord Salikarn, pero tú me llamarás amo... y juntos volaremos para mayor

gloria de nuestra Reina.

El aliento de Salikarn se heló en el aire. Su rostro era cuadrado y atezado, y sus oscuros ojos, sorprendentemente amables. La recia mandíbula estaba enmarcada por una barba pulcramente recortada y su voz tenía una tonalidad suave, casi desapasionada: por la emoción que transmitían sus palabras, igual podría estar tratando un asunto perfectamente trivial.

Dejándose llevar por su instinto, Keristillax exhaló, escupiendo una blanca oleada de escarcha que sonó como un huracán y envolvió al hombre ataviado de negro en una nube mortal. Sólo cuando sus pulmones se vaciaron por completo, cuando una capa de escarcha cubrió totalmente la negra armadura y el rostro de su interlocutor, se permitió Keris volver a inhalar. El Dragón Blanco cayó en la cuenta de que todo su cuerpo estaba tenso; un nervioso hormigueo de alarma lo recorrió de arriba abajo. Parpadeó y cerró las poderosas mandíbulas, inspeccionando atentamente la forma cubierta de escarcha.

Ante su estupefacta mirada, el hielo se derritió sobre el cuero negro, formando nubes de humeante vapor que se condensaban en el frío aire y volvían a depositarse lentamente. Lord Salikarn levantó una mano con los dedos extendidos como si quisiera repeler otro ataque del aliento del dragón.

Sin embargo, incluso entonces se percató Keris de que no se trataba en absoluto de una reacción defensiva, ni había nada de temor en ella. Su instinto lo instaba a lanzar otro chorro de hielo, pero el poderoso dragón se contuvo.

Unas mandíbulas de fuego se cerraron como un cepo alrededor del sinuoso cuello blanco, cauterizando sus escamas, abrasando su carne, su sangre y su mente. Keristillax se desplomó retorciéndose sobre la nieve, aullando desafortadamente. Con un supremo esfuerzo intentó aferrar el horrendo collar de metal con las zarpas delanteras. Cuando sus garras tocaron el cerco de acero, una lanza de fuego atravesó sus hombros y sus patas, y el Dragón Blanco sólo pudo arquear el lomo y darse la vuelta, aplastándose el armazón óseo del ala, víctima de una agónica parálisis.

El fuego se extinguió con la misma rapidez con que se había iniciado. Encorvando los hombros y las alas, Keris rodó sobre sí mismo hasta apoyar las zarpas en el suelo, temblando con una mezcla de furia y miedo. La furia predominó y la bestia arremetió con las fauces completamente abiertas. Si su aliento no destruía a este guerrero, le bastaría y sobraría con su tamaño y su potencia.

Pero, de nuevo, aquel cerco de acero infligió un atroz castigo a su voluntad con un abrazo de fuego. Encogiéndose sobre el nevado terreno, Keris notó que todo giraba a su alrededor de una manera tan enloquecida que debió embotar su mente, pero no fue así. Y cuando por fin cesó la horrible sensación de abrasarse, el Dragón Blanco inspiró profundamente antes de erguirse sobre sus temblorosas patas. Estaba seguro de que el próximo estallido de dolor podía ser... No, sería fatal.

—¿Por qué quieres atacarme? —razonó calmadamente lord Salikarn—. No puedes, y cada vez se repetirán inevitablemente las dolorosas consecuencias.

De pronto, Keris tuvo más miedo de este hombre que de cualquier otra cosa que hubiera conocido en toda su vida. ¿Cómo podía ser Salikarn tan desapasionado, incluso educado, mientras infligía un tormento inenarrable?

—Ya no intentaré atacarte más —respondió por fin el Dragón Blanco con renuencia.

—Tu espíritu es fuerte. Eso es bueno: serás una montura espléndida, cuando hayas aprendido disciplina.

Y entonces Keris lo comprendió: la guerra de la Reina de la Oscuridad, los ejércitos que confluían al pie de las montañas Khalkist en llamas, extendía el brazo para reclamarlo a él. Como si respondiera a una muda pregunta, lord Salikarn continuó:

—Contempla el rostro de tu amo. Cuando reconozcas esta verdad, cuando me aceptes, juntos formaremos un poderoso equipo.

—¡Yo ya soy un ser poderoso, sin la carga de un humano! —gruñó la bestia.

—Oh, sí; pero, en algunos aspectos, también eres demasiado temerario. Mira cómo has caído en mi trampa, aquí, en las montañas. ¡Creíste que una foca había subido a descansar sobre la capa de hielo! Supuse que tu hambre te cegaría; sabía que, simplemente arrastrando la foca hasta el agujero, te haría introducir la cabeza en el collar.

El Dragón Blanco volvió a sentir el apremiante impulso de atacar mientras contemplaba, lleno de odio, aquel sereno rostro. Pero esta vez Keristillax reculó, rehuendo instintivamente a ese extraño humano. Quería abalanzarse, aniquilar con su aliento y despedazar a aquel insolente..., pero no hasta el punto de olvidar su miedo a que volviera el paralizador tormento.

El dragón recordó que era una criatura paciente, un poderoso ser forjado a lo largo de siglos. Se tomaría tiempo para estudiar a su enemigo y aprender a prever sus actos. Antiguas lecciones susurraban en sus oídos y Keris se obligó a guardarse la ira y, en parte, el miedo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Keris, bajando la cabeza en un gesto que, supuso, el hombre podía tomar como señal de conformidad.

—Por arte de magia, transportado por la voluntad de la propia Takhisis.

—¿Con qué propósito? —Keris temía conocer la respuesta, y el humano lo confirmó con sus palabras.

—Me han enviado a buscarte para mostrarte las ventajas de recuperar el favor de tu Reina. —Lord Salikarn hablaba ahora con cierta calidez y Keristillax percibió que el hombre era sincero en su deseo de que el dragón lo comprendiera—. Habrá guerra... y tú eres un wyrm poderoso e intrépido. ¡Vuela conmigo hacia la gloria!

—¿Qué gloria hay en morir traspasado por una lanza?

—Esta guerra la ganaremos. ¡Serán los de colores metálicos quienes morirán! — declaró Salikarn con más vehemencia de la que Keris había observado hasta ahora en el hombre. El Dragón Blanco advirtió con una pizca de respeto que, por lo menos, el humano no intentaba convencerlo de que los dragones de Paladine se mantendrían al margen de esta guerra.

—Takhisis ha encontrado a un poderoso emperador y él está reuniendo ya grandes ejércitos.

Keristillax guardó silencio. Recordaba grandes ejércitos de una era anterior. También él había volado bajo los auspicios de un emperador de la Reina de la Oscuridad, y, no obstante, murieron todos los dragones de su clan.

Entonces se le ocurrió otra idea al meditabundo wyrm. El collar lo quemaba cuando atacaba al humano, pero ¿y si Keristillax se dispusiera simplemente a emprender el vuelo y marcharse? Para el orgulloso dragón sería humillante, por supuesto, dejar sin castigo a este arrogante interlocutor...; pero quizá fuera su única posibilidad.

—No intentes huir de mí —declaró llanamente el hombre—. Su Oscura Majestad puede alcanzarte dondequiera que vayas. Ese collar será tu yugo mientras yo viva..., y ya has descubierto que no puedes matarme. Deberías saber también que la próxima vez tu castigo no será tan misericordiosamente breve.

Keristillax sintió un frío interior al oír las palabras del humano, no sólo por la amenaza de más dolor, sino porque el hombre había intuido de algún modo lo que el Dragón Blanco pensaba incluso antes de que Keris tuviera tiempo de actuar.

Decidió que le seguiría la corriente a este guerrero, al menos por ahora. Quizá se presentara la ocasión de escapar en un momento más oportuno, cuando Salikarn no estuviera tan atento a la posibilidad de una traición.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó el dragón, de nuevo adoptando una postura cómoda, apoyado sobre el vientre con las cuatro patas encogidas.

—Que me transportes por el aire. —El humano dio un paso al frente y Keris bajó la cabeza apresuradamente, apoyando el hombro en el suelo justo a tiempo de sostener la blanda suela del calzado del hombre. Salikarn se encaramó por el cuello del dragón, aferrándose a las cerdas de la crin y a la cresta del dorso.

—Ya habías hecho esto antes —observó Keristillax cimbreado el largo cuello de modo que pudiera mirar a los ojos a su jinete.

—Sí, pero nunca había montado en un wyrm tan grande como tú —aclaró lord Salikarn, pero Keristillax seguía demasiado resentido para sentirse halagado.

Salikarn se instaló en el hueco que quedaba entre los blancos hombros del dragón, a horcajadas sobre el largo cuello con sus piernas enfundadas en cuero. Incluso a través de sus gruesas y duras escamas, Keris notó la inusual calidez de la coraza.

Inmediatamente adivinó que el calor del traje era mágico, y que así era como el hombre conseguía sobrevivir en el riguroso clima del Muro de Hielo.

Con un bufido, Keris saltó hacia arriba. El suelo nevado se alejó velozmente, mientras su sombra, que se proyectaba formando un ángulo muy agudo debido a la escasa altura del sol, recorría silenciosamente el ondulado terreno. El hombre era un peso muerto que lo arrastraba hacia abajo; pero Keris aleteó con más fuerza, esforzándose por ganar altura y avanzando con creciente velocidad.

Por fin, el suelo empezó a quedar muy abajo y el Dragón Blanco se concedió permiso para relajarse brevemente. Tenía que batir las alas con ímpetu; pero, por ahora al menos, podía ascender progresivamente, sin la preocupación de estrellarse contra un saliente de hielo o una de las empinadas colinas que flanqueaban el valle poco profundo.

Siguió ascendiendo y viró gradualmente en dirección a la costa donde, según recordaba, aguardarían tumbadas las rollizas focas. Al pensarlo, las punzadas de hambre regresaron y Keris renovó su determinación de comer.

—Gira a la derecha, llévame al castillo del Muro de Hielo —declaró lord Salikarn.

—¡Tengo que cazar y comer! ¡A mis presas se llega por aquí!

—Comerás cuando yo diga. ¡Ahora gira!

Las manos del humano, tan calientes como el resto de su persona, se apoyaron sobre las escamas del cuello blanco. Keris se imaginó que brotaban pequeñas espinas de calor que se fundían con el collar de acero y no se atrevió a desobedecer. A regañadientes, se ladeó y ganó altura, hasta que la vasta superficie del glaciar se convirtió en una lejana sábana blanca sin rasgos distintivos.

Se le ocurrió una idea, hermosa en su simplicidad, irresistible en su rápida ejecución. ¡No tenía que atacar al hombre para hacerle daño! Si Keris se lanzaba en picado y se volvía del revés, el jinete no tenía esperanzas de lograr sostenerse. Y él sería libre de nuevo.

De inmediato, Keristillax inclinó la cabeza y se precipitó verticalmente hacia el suelo; pero, antes de que pudiera darse la vuelta, unos ríos de fuego atravesaron todo su cuerpo, que sufrió dolorosas convulsiones. Un agudo bramido escapó de sus fauces mientras aleteaba con impotencia, esperando que el fuego lo abrasara y consumiera. En su lugar, sus alas se proyectaron con firmeza hacia los lados y su cuello se estiró. Levantó la cabeza mientras su dorso y su cola se arqueaban formando una pronunciada curva. Respondiendo a unas órdenes procedentes de algún lugar distante e inalcanzable, su cuerpo interrumpió suavemente el picado y recuperó la horizontal, mientras el dolor seguía distorsionando y confundiendo sus sentidos.

Y de pronto el tormento desapareció, como el vapor se desvanece en el aire seco..., aunque su recuerdo permaneció en los confines de su conciencia. Keris

planeó durante largo rato, incapaz de encontrar fuerzas para impulsar sus alas. Y entonces oyó la tranquila y razonable voz de su jinete, que parecía llegar desde muy lejos, como si hablara un observador imparcial en lugar de alguien que acababa de atentar contra su vida.

—Ya lo ves, no hay escapatoria. Tu tentativa estaba clara... y tu castigo, una vez más, ha sido sorprendentemente misericordioso.

Keris se estremeció, deslizándose sin querer de costado por un momento y nivelándose al instante junto con su jinete.

—Vuelas muy bien. No tienes nada que temer. —Salikarn palmeó el cuello del dragón en un gesto que incluso podría haber sido afectuoso.

—¿Por qué no estás enfadado? —Keristillax estaba desconcertado y aterrorizado a un tiempo por la impasible reacción del hombre—. ¿No te pone furioso mi traición?

—Así eres tú, y en eso reside tu fuerza, mi poderoso wyrm. Pero debes saber que en mi manera de ser también hay fuerza. ¡Juntos seremos invencibles! Nos concederán una capitania, por lo menos, en el ejército de los Dragones Blancos. ¡Me preguntó si puedes empezar siquiera a imaginar las conquistas que dirigiremos!

Keristillax no sentía el menor deseo de conquistar, o de volar al frente de ala alguna. Conocía el valor de un juramento y estaba seguro de que una simple promesa no haría retirarse de la guerra a los dragones de colores metálicos y sus mortíferas lanzas. Tarde o temprano llegarían y los cromáticos morirían. Pero guardó silencio.

—Me complacería verte cazar —declaró el jinete, inclinándose relajadamente, de modo que sus dedos se entretejeran con las duras cerdas de la crin del dragón.

—Yo... ¿Puedo volar hacia la costa? —se atrevió a preguntar Keris.

—No. Nuestro destino se encuentra al este. Pero te doy permiso para cazar todas las piezas que veamos.

Esta vez Keristillax sintió poco resentimiento por la orden. Incluso aquí, en los páramos, se tropezarían en algún momento con un caribú o un oso, quizás incluso con un Bárbaro de Hielos errante. Sus tripas gruñeron, anticipándose animadamente al sabor de la carne fresca, y casi se convenció de que sus pálidas alas hendían ahora el frío aire en pos de su propia meta. A decenas de metros por encima de la lengua del glaciar, el dragón y su jinete vestido de negro planeaban a plena luz del sol. Keristillax era plenamente consciente de su majestuosidad, de su pura y reluciente blancura, de la enorme envergadura de sus alas y de la potencia de los músculos recubiertos de escamas.

—Allí. —La voz de lord Salikarn se acompañó de una palmada en el hombro derecho del dragón.

Bajando un ala, el dragón viró hacia el risco. Inmediatamente divisó al oso polar, aunque el poderoso carnívoro estaba tumbado sobre su vientre en un saliente nevado y su pelaje era apenas visible contra el invernizo telón de fondo. Keris sintió una

punzada de admiración, impresionado por el hecho de que su jinete hubiera detectado a un animal tan bien camuflado.

La sombra del dragón recorrió precipitadamente la pared del risco y, al ver por fin que había sido descubierto, el polar emprendió una frenética carrera a lo largo del saliente. El batir de las poderosas alas acortó la distancia entre el depredador y la presa, y el oso aulló de pánico, sabiendo que su fin estaba cerca. Con un desesperado salto, la criatura intentó alcanzar la imaginaria seguridad de la cornisa superior.

Pero la altura era mayor de lo que el animal había calculado, o bien el terror ofuscaba su mente. Las garras del oso arrancaron afiladas esquirlas de hielo, pero no encontraron apoyo para su enorme mole. Cayó hacia atrás y resbaló hasta el borde del saliente, y luego bramó frenéticamente mientras se precipitaba, dando tumbos, por el largo risco. El rugido cesó con escalofriante brusquedad. El animal ya estaba muerto cuando Keristillax se posó junto a la mole de blanco pelaje, al pie del precipicio. Lord Salikarn desmontó y se sentó en una roca, mientras el dragón se disponía a alimentarse. Sin inmutarse por la dureza de la carne, Keris arrancó grandes pedazos y engulló los enormes bocados.

El humano sacó un pequeño hornillo de su equipo. Tras llenar la parrilla de hierro con trozos de turba, produjo chispas con su yesca y pronto encendió una pequeña llama. El hombre cortó varias lonchas del cadáver, las asó y se las comió mientras el Dragón Blanco daba buena cuenta de la mayor parte de la carne.

La caliente fibra y la espesa sangre llenaron el vientre del dragón, y una balsámica satisfacción se extendió por todo su cuerpo. Observó a su compañero y vio que el hielo se había derretido formando un círculo alrededor del hombre. En la mente del dragón surgieron nuevas preguntas y se sintió envalentonado para hablar.

—¿Cómo conservas el calor en este lugar? La mayoría de los humanos tendrían que cubrirse con muchas capas de piel para sobrevivir en el Muro de Hielo.

Salikarn le devolvió una benévola sonrisa.

—Esta coraza es un regalo de la propia Takhisis. Sólo necesito exponerme a la luz del sol durante el día y la magia me mantiene caliente durante toda una larga noche.

—Y ¿así sobrevives aquí?

—Sí, hasta que vayamos hacia el norte.

—¿Iremos a los Señores de la Muerte? —Recuerdos de aquellas ígneas cumbres, de las sofocantes ráfagas de aire caliente que rodeaban la ciudad de Sanction se apoderaron, amargos como la bilis, de las entrañas del dragón.

—Sí. —Salikarn quizás intuyó sus pensamientos, porque soltó una risita y meneó la cabeza—. No te preocupes, su Oscura Majestad ha concedido a los Dragones Blancos el territorio de las cumbres meridionales. A veces hay nieve, allí, y los volcanes son escasos.

—Recuerdo esas montañas —dijo Keris sin entusiasmo, menospreciando las

minúsculas franjas de campos nevados sumidos en sombras, comparados con la majestuosidad, la vasta perfección de su glaciar.

—En cualquier caso, la guerra llegará pronto, dentro de cinco o diez inviernos. Entonces podremos revelar nuestra presencia en el mundo. Nosotros, los del Ala Blanca, seguramente iremos al sur.

—¿Puedo volver a mi castillo?

Salikarn negó con un gesto.

—Puedes apostar a que ese castillo será el cubil de Terrisleetix. Él será la montura de nuestro Señor del Dragón.

Keris no se sorprendió al oír la noticia, pero no pudo reprimir un arrebato de furia. ¡Después de burlarse de él y marcharse volando, Sleet heredaría su espléndida madriguera!

—Hablas de revelar nuestra presencia. ¿Quieres decir que, por ahora, debemos permanecer ocultos?

—Sí. Nuestro viaje a las Khalkist debe seguir una ruta tortuosa, evitando por igual los reinos de humanos y elfos.

—¿Sobrevolaremos el océano, entonces? —Las grises aguas del océano Courrain Meridional no le daban miedo a Keris. Había cazado más de una morsa, e incluso ballenas, en aquel turbulento mar. Y en ese momento, a principios de la primavera, habría témpanos de hielo y grandes icebergs, islas de hielo flotantes que motearían el vasto paisaje marino.

—Sí. Sortearemos las Praderas de Arena y tomaremos tierra en algún lugar al oeste de Silvanesti. A partir de allí volaremos de noche hasta que llegemos a los reinos de los ogros y a las estribaciones de las Khalkist.

—Un largo vuelo. —Las Praderas de Arena, según se había enterado Keris recientemente, era la zona pardusca que se extendía al norte de su glaciar. Se representó la ruta, intentando encajarla en sus recuerdos de Ansalon, antes del Cataclismo—. Tenemos muchas posibilidades de mantener en secreto nuestra presencia.

—¿Y debo suponer que tus viejas alas no fallarán? —preguntó Salikarn con una relajada sonrisa—. De lo contrario, podemos dirigirnos a la costa una o dos veces para descansar, si es necesario, aunque es una zona bastante despoblada.

—El vuelo sobre el océano será agotador, pero quizá pueda posarme en un iceberg a mitad del recorrido. Así nos aseguraremos de que seguimos ocultos para cualquier observador.

—Muy bien. Ahora voy a dormir... y te sugiero que hagas lo mismo. Reanudaremos el viaje con las primeras luces del alba.

Lord Salikarn se preparó un lecho sobre una roca llana que previamente había despejado de nieve. A los pocos minutos, el pecho del guerrero ascendía y descendía

con la rítmica cadencia del sueño. El dragón se acurrucó al lado, inmenso y serpentino, sin pestañear pese al gélido aire de la noche. Durante un rato, Keris se planteó ceder a la tentación de atacar al hombre por sorpresa... y descartó aquel pensamiento antes incluso de que una punzada de calor rodeara su cuello. En su lugar, permaneció tendido, inmóvil como el hielo de debajo de sus garras, y esperó.

Analizó su problema con una paciencia sólo asequible a alguien que ha vivido muchos siglos. Había una manera, tenía que haber una manera de evitar este condenado viaje, de mantenerse alejado de las ígneas montañas y los dragones de colores metálicos y de sus lanceros que, inevitablemente, caerían sobre él.

Meditó sobre su collar de acero y sobre el hombre al que estaba obligado a proteger. Curiosamente, no era capaz de odiar a lord Salikarn. Incluso admitió sentir cierto respeto por el modo como el humano lo había engañado para que introdujera la cabeza en el detestable collar. Keris intuía que Salikarn no era con él más cruel de lo normal; pero el humano era una presencia muy inconveniente. La mente del dragón daba vueltas como un molino buscando una debilidad en aquel hombre, un defecto en la red que se cerraba cada vez más a su alrededor, arrastrándolo a un destino que aborrecía.

Regresando bruscamente al estado de vigilia, lord Salikarn se puso en pie. El hombre se lavó la cara con nieve y anunció que volvían a remontar el vuelo.

Cuando Salikarn se acercó, Keris reparó en que se palmeaba los brazos y el pecho, temblando como si tuviera frío.

—¿Te ha fallado tu coraza mágica? —preguntó la bestia, parpadeando indolentemente.

—El hechizo sólo dura este tiempo. Estaré bien en cuanto estemos en el aire, cuando me dé el sol.

Keris agachó la cabeza para permitir que el humano se sentara a horcajadas sobre su cuello. Y cuando Salikarn le ordenó volar, el Dragón Blanco desplegó sus alas y se lanzó hacia el firmamento sin ningún pensamiento de desafío. Esta vez estaba preparado para el peso adicional y ascendió a un ritmo regular y constante por encima del glaciar. Pronto salieron de la bruma a la luz del día y, al llegar allí, Keristillax sintió de inmediato el incómodo calor de la coraza mágica del humano. Aunque se hallaban al principio de la estación cálida, el cielo estaba completamente blanco por encima de ellos, cubierto no sólo de nubes, sino también de minúsculas partículas de hielo que diluían la luz del sol y desteñían el azul puro del firmamento.

Sólo después de ascender en círculos hasta una altura de trescientos metros se le ocurrió al dragón formular una pregunta.

—¿Hacia dónde me dirijo, amo?

Aunque las palabras rasparon su garganta, las pronunció sin vacilación, temiendo aún la lacerante potencia del collar de acero.

—Llévame a lo largo del Muro de Hielo, pero siempre hacia el este —declaró el hombre.

Dócilmente, Keris se impulsó por el frío aire. La gélida bruma se fue condensando en pálidas nubes, para acabar formando una capota que ocultó el sol. El Dragón Blanco agradeció la gélida racha de viento y —aunque Keris percibía que su jinete de coraza negra no era aficionado al frío— Salikarn no protestó a medida que transcurrían las horas. El dragón volaba a gran velocidad sobre el territorio cubierto de nieve.

Dejaron atrás un poblado abandonado de Bárbaros de Hielos, un lugar que Keris había asaltado tantas veces que los resistentes humanos —los supervivientes— se habían visto obligados finalmente a huir hacia el norte por la tundra sin caminos. Su jinete le indicó que sobrevolara las ruinas, en círculos, y le hizo preguntas acerca de las viviendas destruidas y el atrevido y salvaje pueblo que las habitaba. Salikarn estaba especialmente intrigado por los restos de uno de los grandes botes deslizantes que en ese momento era poco más que un cascarón astillado, aunque el mascarón de proa en forma de dragón y el largo mástil aún sobresalían del pecio, sugiriendo la anterior gracilidad del barco.

Recorrieron los cielos polares durante muchas horas más. Lord Salikarn se mostraba siempre activo e interesado, se revolvía ágilmente en su asiento y comentaba uno u otro rasgo del glaciar del Muro de Hielo. Su armadura, una vez inmersa en la luz del sol, conservó su hechizo durante todo el día.

Finalmente llegaron a los remotos acantilados costeros de roca negra, azotados por el viento y rodeados de inmensos carámbanos, batidos implacablemente por el furioso oleaje. Las olas embestían contra los abruptos farallones, arrojando por los aires grandes cantidades de espuma que descendía como una lluvia sobre las rocas y las costas, recubriéndolo todo de resbaladizo hielo. Más allá, el océano, gris como el frío acero, se agitaba hacia el este hasta donde alcanzaba la vista. Grandes extensiones de blancura fragmentaban aquella lisa superficie, y Keris sabía que eran pedazos de hielo que se habían desprendido de las glaciales costas. Algunos eran como montañas en el mar, imponentes icebergs que se elevaban en escarpadas cimas de más de treinta metros de altura sobre el nivel del agua, mientras que otros eran témpanos llanos como balsas que chocaban incesantemente en medio de la embravecida tempestad de la primavera ártica.

—Ahora volaremos hacia el este.

—Ya llevamos muchas horas —comentó Keris—. Quizá deberíamos detenernos aquí por un tiempo, así podré recuperar fuerzas.

—Has dicho que podías descansar sobre un iceberg, y veo muchos ante nosotros. No, seguiremos volando hasta el anochecer.

Con expresión resuelta, el Dragón Blanco dejó atrás la costa azotada por la

tormenta. El mar era una vasta sábana, y esa misma vastedad era reconfortante, en absoluto una amenaza para el gran ser volador de correosas alas. Allí arriba, lord Salikarn lo necesitaba realmente, su misma vida dependía de Keristillax.

El hombre cayó casi en el olvido cuando Keris se abrió paso entre vientos racheados. Innumerables agujas de hielo acribillaron sus escamas y provocaron placenteras sensaciones de cosquilleo en sus cavernosos ollares, mientras sus ojos se animaban. El mar helado no era más que una prolongación del glaciar —de su glaciar— y el dragón se sentía tan cómodo aquí arriba como sobre la lengua de hielo desierta.

Además se sentía seguro de sí mismo, de nuevo su propio amo. Cuando el ocaso descendió sobre el grisáceo mar, Keris empezó a buscar un lugar donde posarse. Eligió un gran iceberg con una larga cima rectangular, rodeado por un precipicio de nieves eternas. La cima era llana y estaba dividida en dos sectores por una profunda grieta.

—Tiene una gran superficie en la cumbre, allí. No se fragmentará en mucho tiempo —señaló el dragón, a lo que lord Salikarn asintió. Luego viró hacia el mayor de los sectores.

Aproximándose en un pronunciado descenso, Keristillax encogió los cuartos traseros y se preparó para posarse suavemente sobre la superficie congelada.

Pero, de pronto, su lenta aproximación reveló una grieta más pequeña a sus pies, una hendidura de paredes verticales que intersectaba la brecha central. Parcialmente oculta por una cornisa de nieve, la abertura más corta era en todo caso ancha y profunda. Con un poderoso impulso, el Dragón Blanco intentó elevarse..., pero esta vez el peso de su jinete lo venció. Keris patinó sobre la resbaladiza superficie y advirtió que sus zarpas anteriores rebasaban el borde del abismo, mientras las posteriores arañaban y desgarraban el hielo.

Impulsado por la inercia de su vuelo, el dragón se precipitó a la grieta rodeado por una nube de nieve en polvo. Keristillax se contorsionó y su ala derecha se golpeó contra el borde del precipicio. Con un rugido, cayó dando vueltas en la profunda garganta, mientras lord Salikarn se aferraba a los bordes de su crin. Con las garras extendidas, la bestia intentó frenar su caída en picado; volaron esquirlas cuando sus zarpas se clavaron en el duro hielo azulado.

Y de pronto, al fin, se quedaron inmóviles, tendidos en un saliente del iceberg. A sus pies, el mar batía contra una muralla de hielo y unos dedos de espuma saltaban por los aires, prolongándose hacia las víctimas que acababan de escapar de la muerte por tan estrecho margen.

Keristillax retrocedió cautelosamente del borde del abismo. Se detuvo a descansar en una cornisa de hielo relativamente ancha situada en la base de una oquedad de empinadas paredes de hielo.

El debilitado dragón se dejó caer pesadamente al suelo. Su ala era una membrana arrugada y el dolor le perforaba el costado como una interminable descarga de rayos.

Salikarn descendió de su escamosa montura, observando con expresión lúgubre los vanos intentos del dragón por incorporarse. El hombre palideció visiblemente cuando Keris gimió y encogió rápidamente el ala contra su cuerpo.

—El hueso está roto —siseó la bestia, retorciéndose y sacudiendo la cabeza entre espasmos de intenso dolor.

Lord Salikarn giró sobre sus talones con el rostro grave. Se dirigió a grandes zancadas hasta el borde del risco de hielo, mirando a diestra y siniestra. No había esperanza, nada más que el enfurecido océano hasta el límite del brumoso horizonte. Volviéndose, el hombre dedicó al dragón una calculadora mirada.

—¿Existe alguna posibilidad de que esa ala aguante tu peso?

Keris intentó extender la membrana, pero gimió y recogió de nuevo el pliegue contra su costado.

—No puedo enderezarla.

—Está bien. Nos quedaremos aquí hasta que puedas volar.

Cayó la noche y el humano se instaló con la máxima comodidad que pudo. Para el dragón, el hombre era menudo y frágil. Sobre su coraza de cuero resbalaban gotitas de agua y Keris comprendió que Salikarn se mantenía caliente... por el momento.

Al amanecer, no obstante, se había formado escarcha sobre los brazos y las piernas del hombre, que temblaba de frío. La pálida luz diurna no les reveló señales de tierra o de aves, ni siquiera, al principio, del sol. Al cabo de un rato, la niebla se levantó, pero los rayos horizontales se mantuvieron altos en las paredes de la garganta de hielo y jaspearon el mar con su reflejo, sin alcanzarlos a ellos dos.

Lord Salikarn contempló con anhelo el distante resplandor, pero la preciosa luz no penetraba en las profundidades del abismo. Keris tenía fuerzas suficientes para erguirse sobre las patas traseras, izando al hombre con sus garras delanteras...; pero, incluso así, los rayos del sol incidían en la grieta a demasiada distancia por encima de ellos. Finalmente, los cambiantes vientos y mareas hicieron girar el iceberg sobre sí mismo; aunque, para entonces, el sol ya se había puesto detrás de la creciente penumbra, y los dos náufragos se acurrucaron para compartir su dolor entre las sombras.

—¿Crees que la corriente nos acercará a la orilla? —preguntó el hombre, mientras sus dientes empezaban a castañetear.

—Vamos a la deriva hacia el sur —declaró Keris, encogiéndose de hombros—. Sólo podemos esperar a ver qué pasa. —Escrutó en la distancia, aspirando el aroma de una lejana foca. La vaharada no despertó reacción alguna en su estómago: era un Dragón Blanco y pasaría mucho tiempo antes de que necesitara comer.

La noche llegó acompañada por un racheado ataque de viento y nieve. El mundo

se reducía a esa enloquecida tormenta, al dragón lisiado y al hombre que en ese momento temblaba convulsivamente. A media noche, la nieve se helaba sobre la coraza de cuero negro y la piel de lord Salikarn estaba pálida por los primeros síntomas de congelación.

Extenuado por la gélida acometida, el humano hizo un esfuerzo por hablar.

—Habríamos formado un buen equipo —declaró con voz apenas audible entre las embravecidas olas.

—Creo que tienes razón —coincidió Keris—. Ni siquiera las montañas de fuego nos habrían detenido.

Aun en medio del hielo y las tinieblas, no pudo hablar de esas montañas sin encogerse de horror. No obstante, Salikarn estaba muy débil y apenas prestaba atención a las palabras del dragón.

A la mañana siguiente, el amo humano no despertó. Keris se inclinó sobre él, vio la carne amoratada, los ojos abiertos que ya no veían. Por fin, Salikarn se había rendido al frío.

Con un resoplido de satisfacción, mezclado con una curiosa punzada de remordimiento, el dragón se encogió de hombros y notó que el collar de acero se partía y caía al suelo..., el collar que lo mantendría sometido mientras viviera su amo.

Contempló de nuevo la rígida figura del difunto, reparó en que la congelación había empezado a cubrir los miembros enfundados en cuero y el yerto y pálido rostro. De todos los servidores que la Reina de la Oscuridad podía haber mandado para que lo encontrasen a él, éste no había estado mal. Keristillax lamentaba vagamente que el infeliz hubiera encontrado la muerte en la misión. Aun así, eran muchos los voluntarios para servir a Takhisis, para nutrir su guerra.

Y sólo había un Muro de Hielo.

Resollando, Keristillax se volvió hacia el borde del acantilado de hielo. El viento soplaba a través de su erizada crin. Podía estar a cientos de kilómetros de distancia, pero eso ya no tenía importancia.

El Dragón Blanco desplegó su ala arrugada y comprobó que el fuerte hueso intacto sostenía su peso.

Finalmente, remontó el vuelo con un poderoso y fácil aleteo. Posando la vista en el glaciar que, por ahora, le pertenecía, Keristillax se elevó.